



LOUISE ERDRICH

La casa redonda

Lectulandia

Un domingo de primavera de 1988, una mujer india ojibwe es agredida en la reserva donde vive en Dakota del Norte. Los detalles de la brutal violación tardan en conocerse ya que Geraldine Coutts ha quedado traumatizada y se niega a revivir o contar lo ocurrido, tanto a la policía como a Bazil, su marido, y a Joe, su hijo de trece años. En solo un día, la vida del muchacho da un vuelco de forma irreversible. Intentará ayudar a su madre, pero ésta se atrinchera en la cama hasta naufragar paulatinamente en un abismo de soledad. Cada vez más solo, Joe se verá arrojado de forma prematura al mundo de los adultos para el que aún no está preparado.

Mientras su padre, juez tribal, intenta conseguir que se haga justicia, Joe se siente frustrado con la investigación oficial y, con la ayuda de sus leales amigos, Angus, Cappy y Zack, se propone encontrar algunas respuestas por su cuenta. Su búsqueda les conducirá en primer lugar a la casa redonda, un espacio sagrado y de culto para los nativos de la reserva. Y esto no será más que el principio.

Lectulandia

Louise Erdrich

La casa redonda

ePub r1.0

Maki 18.02.14

Título original: *The round house*

Louise Erdrich, 2012

Traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones

Retoque de portada: Maki

Editor digital: Maki

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo uno

1988

Unos pequeños árboles habían atacado los cimientos de la casa de mis padres. Tan solo eran unas plántulas con un par de tiasas y vigorosas hojas. Aun así, los tallos de los retoños habían conseguido deslizarse por las delgadas grietas de las tablillas decorativas y marrones que cubrían los bloques de cemento. Habían crecido dentro del muro invisible y no resultaba nada fácil arrancarlos. Mi padre se limpió la frente con la palma de la mano y maldijo su resistencia. Yo utilizaba una vieja y oxidada horquilla para dientes de león con el mango astillado; él blandía un largo y fino atizador de hierro para chimenea, que probablemente resultaba más perjudicial que beneficioso. A medida que mi padre taladraba la tierra a ciegas, allí donde intuía que podían haber penetrado las raíces, seguramente realizaba en el mortero oportunos agujeros para los pimpollos del próximo año.

Cada vez que yo lograba desenterrar algún arbolillo a duras penas, lo colocaba a mi lado, como si fuera un trofeo, en la estrecha acera que rodeaba la casa. Había brotes de fresnos, olmos, arces, arces americanos e incluso una catalpa de buen tamaño, que mi padre guardó en un tarro de helado y regó, pensando que podría encontrarle un sitio para replantarla. A mí me parecía un milagro que esos minúsculos árboles hubieran sobrevivido al invierno de Dakota del Norte. Habían recibido agua, desde luego, pero escasa luz y apenas unas migajas de tierra. Aun así, cada semilla había logrado enterrar y afianzar una raíz en lo más hondo, así como asomar fuera un zarcillo.

Mi padre se enderezó y estiró la espalda dolorida. Ya es suficiente, anunció, aunque solía ser un perfeccionista.

Yo era reacio a parar, sin embargo, y después de que entrara en casa para llamar por teléfono a mi madre, que había acudido a la oficina a buscar una carpeta, seguí escarbando las ocultas raíces. Mi padre no volvió a salir y pensé que debía de haberse acostado para echarse una siesta, como ahora acostumbraba. Hay quien podría pensar que yo, un muchacho de trece años con mejores cosas que hacer, dejaría entonces de trabajar, pero fue al contrario. Conforme fue avanzando la tarde y la quietud y el silencio se fueron apoderando de la reserva, me parecía cada vez más importante exterminar a cada uno de estos invasores hasta el extremo de la raíz, donde se concentraba todo el crecimiento vital. Y también me parecía importante hacerlo con precisa meticulosidad, al contrario de tantas tareas que había realizado de forma chapucera. Todavía hoy me sorprende el esmero tan riguroso que mostré. Hundía la horquilla de hierro lo más cerca que podía a lo largo del brote con forma de ramilla. Cada diminuto árbol requería su propia y particular estrategia. Resultaba casi imposible no seccionar la planta antes de extraerla intacta de su tenaz escondrijo.

Desistí al fin; entré a hurtadillas en su despacho y cogí el libro de derecho que mi padre llamaba La Biblia. El *Manual de la Ley Federal India* de Felix S. Cohen. Mi padre lo había heredado de su padre; la cubierta de color rojo óxido estaba arañada y el largo lomo cuarteado, y en cada página aparecían anotaciones escritas a mano. Yo intentaba familiarizarme con la antigua lengua y las constantes notas a pie de página. Mi padre, o mi abuelo, había garabateado un signo de exclamación en la página 38, junto al caso escrito en cursiva, que naturalmente también había despertado mi interés: *Estados Unidos contra ciento sesenta litros de whisky*. Supongo que uno de ellos debió de pensar que ese título era ridículo, al igual que yo. No obstante, estaba analizando la idea, puesta en evidencia en otros casos y reforzada en éste, de que nuestros tratados con el Gobierno parecían ser tratados firmados con naciones extranjeras. Que la *grandeur* y la fuerza de las que hablaba mi Mooshum no se habían perdido por completo, ya que permanecían protegidas por la ley, al menos hasta cierto punto, que yo me proponía conocer.

Estaba leyendo y tomándome un vaso de agua fresca en la cocina cuando mi padre se levantó de la siesta y apareció, desorientado y bostezando. A pesar de su importancia, el manual de Cohen no era un libro plúmbeo y, cuando mi padre apareció, lo escondí rápidamente en el regazo, debajo de la mesa. Mi padre se lamió los labios reseco y se puso a dar vueltas en busca del olor a comida, tal vez, el ruido de cacharros, el tintineo de vasos o el sonido de unos pasos. Lo que me dijo me sorprendió, aunque aparentemente sus palabras sonaron intrascendentes.

¿Dónde está tu madre?

Su voz era ronca y áspera. Deslicé el libro en otra silla, me levanté y le di mi vaso de agua. Lo apuró de un trago. No repitió esas palabras, pero ambos nos miramos fijamente el uno al otro de un modo que, en cierta medida, me pareció adulto, como si él supiera que con mi lectura yo me había introducido en su mundo. Me sostuvo la mirada hasta que bajé los ojos. La verdad es que yo acababa de cumplir trece años. Dos semanas atrás, tenía doce.

¿Trabajando?, respondí, para escapar de su mirada. Yo daba por sentado que él sabía dónde estaba, que ella le había dado esa información cuando la llamó. En realidad, yo sabía que no estaba trabajando. Ella había contestado a una llamada de teléfono y después me había dicho que iba a la oficina a buscar un par de carpetas. Como especialista del registro tribal, seguramente estaría dándole vueltas a alguna solicitud que había recibido. Era domingo; de ahí tanto secretismo. El tiempo detenido del domingo por la tarde. Aunque hubiese ido a la casa de su hermana Clemence para hacerle una visita después, mamá debería de estar ya de vuelta para preparar la cena. Ambos lo sabíamos. Las mujeres no son conscientes del enorme valor que otorgan los hombres a la regularidad de sus hábitos. Metabolizamos sus idas y venidas en nuestros cuerpos y sus ritmos en nuestros huesos. Nuestro pulso

acompaña el suyo, y como siempre en las tardes del fin de semana, aguardábamos a que mi madre nos marcara inexorablemente el paso del tiempo hasta la noche.

Por lo que su ausencia detuvo el tiempo.

¿Qué hacemos?, preguntamos al unísono, algo que resultó de nuevo desazonador. Pero al verme nervioso, mi padre, al menos, tomó las riendas de la situación.

Vamos a por ella, dijo. E incluso en ese momento, mientras me ponía la cazadora, me alegraba de que se mostrara tan decidido: «a por ella», no solo a buscarla, ni salir en su busca. Saldríamos y la encontraríamos.

Habrás pinchado, razonó. Seguramente llevó a alguien a casa y tuvo un pinchazo. Estas malditas carreteras. Caminaremos hasta la casa de tu tío para que nos deje el coche e iremos a por ella.

A por ella otra vez. Caminé a su lado. Andaba con paso ligero y todavía vigoroso una vez que se ponía en marcha.

Se había hecho abogado y después juez, y también se había casado ya mayor. También yo fui una sorpresa para mi madre. Mi viejo Mooshum me llamaba «Oops^[1]»; era el apodo que me había puesto, y por desgracia, a otros miembros de la familia les hizo gracia. Por ello, a veces me llaman Oops, incluso a día de hoy. Bajamos la colina hasta la casa de mis tíos —una casa verde claro del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, protegida por unos chopos y cuyos aspecto y categoría habían sido mejorados con tres pequeños abetos azules—. Mooshum también vivía allí, en una eterna neblina. Todos nos sentíamos orgullosos de su extraordinaria longevidad. Era un anciano, pero todavía cuidaba activamente del jardín. Tras los esfuerzos realizados, se acostaba en un catre —un amasijo de palos— junto a la ventana para descansar, echaba unas cabezadas, a veces emitiendo unos roncros chisporroteos que seguramente eran risotadas.

Cuando mi padre explicó a Clemence y a Edward que mi madre había pinchado y que necesitábamos su coche, como si de verdad fuera sabedor del supuesto pinchazo, casi me eché a reír. Parecía haberse convencido a sí mismo de la verdad de su conjetura.

Salimos del camino de acceso marcha atrás en el Chevrolet de mi tío y nos dirigimos a las oficinas tribales. Dimos una vuelta completa al aparcamiento. Vacío. Las ventanas estaban a oscuras. Tras salir marcha atrás de la entrada, giramos a la derecha.

Seguro que ha ido a Hoopdance, dijo mi padre. Necesitaría algo para la cena. Tal vez quería darnos alguna sorpresa, Joe.

Soy el segundo Antone Basil Coutts, pero me pelearía con cualquiera que

añadiera un número a mi nombre. O me llamara Bazil. Decidí llamarme Joe al cumplir seis años. A los ocho, me di cuenta de que había elegido el nombre de Joseph, el padre de mi padre, el abuelo al que nunca conocí salvo por las inscripciones en los libros de páginas amarillentas y de cubiertas de cuero cuarteadas. Dejó en herencia varias estanterías repletas de estas antiguallas. Me molestaba no tener un nombre totalmente inédito para distinguirme del tedioso linaje de los Coutts, hombres responsables y rectos, incluso improvisados y desenvueltos héroes, que bebían tranquilamente, fumaban algún que otro puro, conducían un coche práctico y solo mostraban su valía al casarse con mujeres más inteligentes. Yo me veía diferente, aunque todavía no sabía en qué. Incluso en ese momento, aplacando mi angustia mientras partíamos en busca de mi madre, que había ido a la tienda de comestibles —nada más, seguramente nada más—, fui consciente de que lo que estaba sucediendo era algo fuera de lo normal. Una madre desaparecida. Algo que no le ocurría al hijo de un juez, ni siquiera a uno que viviera en una reserva. De un modo impreciso, esperaba que algo ocurriera.

Yo era ese tipo de muchacho que se pasaba los domingos por la tarde arrancando de cuajo arbolitos de los cimientos de la casa de sus padres. Tendría que haberme rendido a la ineluctable evidencia de que ése sería el tipo de persona en que me convertiría al final, pero no dejaba de luchar contra esa perspectiva. Sin embargo, cuando digo que deseaba que ocurriera algo, no me refiero a nada malo, sino tan solo a algo. Un acontecimiento excepcional. La observación de algo singular. Ganar al bingo, aunque los domingos no eran días para jugar al bingo y habría sido totalmente anómalo que mi madre fuera a jugar. Eso era lo que yo deseaba, no obstante: algo fuera de lo normal. Nada más.

A mitad de camino a Hoopdance, caí en la cuenta de que la tienda de comestibles cerraba los domingos.

¡Pues claro! Mi padre estiró el mentón y apretó el volante con las manos. Tenía un perfil que parecía un indio en un cartel de cine y un romano en una moneda. Había cierto estoicismo clásico en su nariz aguileña y su mandíbula. Siguió conduciendo, porque —sostuvo— quizá a ella también se le había olvidado que era domingo. Fue entonces cuando nos cruzamos con ella. ¡Allí mismo! Pasó zumbando por el carril contrario, absorta, superando el límite de velocidad, ansiosa por volver a casa con nosotros. ¡Pero ahí estábamos nosotros! Nos echamos a reír ante su gesto tenso mientras dábamos media vuelta en la carretera estatal y nos poníamos a seguirla, pisándole los talones.

Está loca, se echó a reír mi padre, aliviado. ¿Lo ves?, ya te lo dije yo. Se le había olvidado. Fue a la tienda y se olvidó de que estaba cerrada. Ahora estará furiosa por haber malgastado gasolina. ¡Ay, Geraldine!

Había adoración, asombro y un tono divertido en la voz de mi padre cuando

pronunció esas palabras. «¡Ay, Geraldine!». En tan solo esas dos palabras quedaba claro que amaba y siempre había amado a mi madre. Nunca había dejado de agradecer que ella se hubiera casado con él y, además, que en el mismo paquete, le hubiera dado un hijo cuando había empezado a pensar que sería el último de su linaje.

Ay, Geraldine.

Sacudió la cabeza con una amplia sonrisa mientras conducía y ya todo estaba bien, más que bien. Ahora podíamos admitir que la inusual ausencia de mi madre nos había preocupado. Podíamos tomar una repentina y nueva conciencia de lo mucho que valorábamos el carácter sagrado de nuestra pequeña rutina cotidiana. Por muy alocado que me viera a mí mismo reflejado en el espejo, en mi mente valoraba tales placeres corrientes.

Así que ahora nos tocaba a nosotros preocuparla a ella. Un poquito nada más, dijo mi padre, solo para que probara un poco de su propia medicina. Nos tomamos nuestro tiempo para llevar el coche de vuelta a casa de Clemence y subir la colina a pie, anticipando esta vez la indignada pregunta de mi madre: ¿Dónde estabais? Ya me la estaba imaginando con los puños cerrados y los brazos en jarras. Su sonrisa a punto de asomar detrás de su ceño fruncido. No tardaría en reír en cuanto oyera la historia.

Recorrimos el camino de tierra de la entrada, donde mi madre había plantado los brotes de pensamientos que había cultivado en cartones de leche, y que ahora lo bordeaban formando una estricta hilera. Los había sacado pronto. La única flor capaz de soportar una helada. A medida que nos acercábamos por el camino, advertimos que seguía dentro del coche. Sentada en el asiento del conductor, ante el panel blanco que conformaba la puerta del garaje. Mi padre echó a correr. Yo también lo vi en la postura de su cuerpo: contracción y rigidez, algo iba mal. Cuando llegó al coche, abrió la puerta del conductor. Mi madre tenía las manos aferradas al volante y la mirada vacía clavada en el horizonte, como la habíamos visto cuando nos cruzamos con ella en dirección contraria, de camino a Hoopdance. Habíamos advertido esa mirada fija y nos había hecho gracia entonces. ¡Estará furiosa por haber malgastado gasolina!

Yo estaba justo detrás de mi padre. Incluso en ese momento tenía cuidado de no pisar las hojas festoneadas y los capullos de los pensamientos. Colocó sus manos en las de ella y, con delicadeza, fue despegando sus dedos del volante. Sosteniéndola por los codos, la sacó del coche y la sujetó mientras ella se giraba hacia él, todavía encorvada con la forma del asiento del coche. Se desplomó sobre él, con la mirada ausente, sin verme. Había vómito por toda la parte delantera de su vestido, y su falda y la lona gris del asiento del coche estaban empapados de su sangre oscura.

Ve a casa de Clemence, dijo mi padre. Ve y diles que me llevo a tu madre a urgencias a Hoopdance. Diles que vayan.

Con una mano, abrió la puerta del asiento trasero y, después, como si se tratase de

algún espantoso baile, condujo a mamá hasta la esquina del asiento y, muy despacio, la tendió allí. La ayudó a ponerse de costado. Ella no hablaba, aunque se humedeció los labios partidos y ensangrentados con la punta de la lengua. Vi cómo parpadeó, frunciendo el ceño. Su cara comenzaba a hincharse. Rodeé el coche y me subí a su lado. Le levanté la cabeza y deslicé una pierna debajo. Me senté a su lado, sosteniéndola por el hombro con el brazo. Tiritaba con un temblor continuo, como si hubiesen encendido un interruptor en su interior. Desprendía un fuerte olor, a vómito y a algo más, como gasolina o queroseno.

Te dejaré allí arriba, dijo mi padre, mientras daba marcha atrás y hacía chirriar los neumáticos.

No, yo también voy. Tengo que sujetarla. Llamaremos desde el hospital.

Casi nunca había desafiado a mi padre ni con palabras ni con hechos. Pero ni siquiera nos dimos cuenta de ello. Ya habíamos intercambiado esa mirada, extraña, como entre dos hombres adultos, y yo no había estado preparado. Pero aquello no importaba. Sujetaba ahora a mi madre firmemente en el asiento trasero del coche. Me había manchado con su sangre. Extendí la mano hacia la luna trasera y cogí una vieja colcha de cuadros que guardábamos allí. Tiritaba de tal forma que temí que fuera a romperse en mil pedazos.

Rápido, papá.

De acuerdo, respondió.

Y salimos volando. Aceleró el coche hasta ponerlo a ciento cincuenta. Volamos.

Mi padre poseía una voz capaz de tronar; se decía que había cultivado esta característica. No había sido así en su juventud, pero había tenido que utilizarla en los tribunales. Su voz tronó e inundó todo el vestíbulo de urgencias. Los celadores colocaron a mi madre en una camilla y mi padre me mandó que llamara a Clemence y esperara. Y ahora que lo que impregnaba el ambiente era su ira, crepitante y cristalina, me sentía mejor. Fuera lo que fuera lo que había pasado, tenía solución. Gracias a su furia, que era algo singular y que daba resultado. Él sujetaba la mano de mi madre mientras la trasladaban a la sala de urgencias. Las puertas se cerraron tras él.

Me senté en una silla de plástico moldeado de color naranja. Una escuálida mujer embarazada había pasado delante de la puerta abierta del coche, mirando detenidamente a mi madre, asimilando la escena antes de inscribirse en el mostrador. Se sentó frente a mí y cogió un viejo número de la revista *People*.

¿Es que los indios no tenéis vuestro propio hospital allá? ¿No estabais construyendo uno nuevo?

El pabellón de urgencias todavía está en obras, respondí.

Aun así, dijo.

¿Aun así, qué? Procuré hablar con voz cortante y sarcástica. Nunca fui como tantos niños indios, que bajaban los ojos en silencio tragándose su rabia sin decir nada. Mi madre me había enseñado otra cosa: a no dejarme intimidar.

La mujer embarazada frunció los labios, se sentó y se puso a leer la revista. Me dirigí al teléfono público, pero no tenía dinero. Me acerqué a la ventanilla de la enfermera y le pedí que me dejara hacer una llamada. Estábamos lo bastante cerca como para que fuese una llamada local, por lo que la enfermera accedió. Pero nadie contestó. Así supe que mi tía había llevado a Edward a adorar el sacramento, motivo por el que estaban fuera de casa los domingos por la noche. Decía que mientras Clemence adoraba el sacramento, él meditaba sobre cómo era posible que los hombres hubieran evolucionado desde los simios solo para sentarse boquiabiertos alrededor de una galleta redonda y blanca. El tío Edward era profesor de ciencias.

Volví a sentarme en la sala de espera, lo más lejos posible de la mujer embarazada, pero la habitación era muy pequeña, de modo que no llegó a ser lo bastante lejos. La mujer hojeaba la revista. Cher salía en la portada. Yo podía leer las palabras escritas al lado de su mandíbula: «Hizo de *Hechizo de luna* un éxito de taquilla, su novio tiene veintitrés años y es lo bastante dura como para decir “tócame las narices y te mato”». Pero Cher no parecía dura. Tenía el aspecto de una muñeca de plástico sorprendida. La mujer huesuda y abultada echó un vistazo a Cher y me dirigió una mirada maliciosa.

Parece que esa pobre mujer ha tenido un aborto o tal vez..., bajó la voz... la hayan violado.

Alzó el labio de sus dientes de conejo mientras me observaba. Su pelo desgreñado y amarillento se agitó. Le devolví la mirada, clavándola en sus ojos castaños desprovistos de pestañas. Entonces, por instinto, hice algo anómalo. Me incliné y le arrebaté la revista de las manos. Sin quitarle los ojos de encima, arranqué la portada y dejé caer el resto de la revista. Rompí otra vez la hoja. Las cejas idénticas de Cher se partieron. Le devolví la portada y la mujer aceptó los pedazos. De pronto me sentí mal por Cher. ¿Qué me había hecho? Me levanté y salí de la sala.

Me quedé fuera. Podía oír la voz de la mujer, elevada y triunfal, que se quejaba a la enfermera. El aire se había vuelto gélido, y con la oscuridad me recorrió la espalda un sigiloso escalofrío. Di unos saltitos sobre un pie y el otro mientras movía los brazos. Me daba igual. No volvería allí dentro hasta que aquella mujer se marchara, o hasta que mi padre saliera y me dijera que mi madre estaba bien. No podía dejar de pensar en lo que había dicho esa mujer. Aquellas palabras eran una puñalada en mis pensamientos, tal y como ella pretendía. Aborto. Una palabra que yo no entendía del todo pero que sabía que tenía que ver con bebés. Algo que era imposible. Mi madre me había contado, seis años atrás, cuando le daba la lata con la idea de tener un hermanito, que el médico se había asegurado de que no pudiese quedarse embarazada

después de que yo naciera. No podía ocurrir. De modo que solo quedaba la otra palabra.

Al cabo de un rato, vi que una enfermera acompañaba a la mujer embarazada al otro lado de las puertas. Esperé que no la pusieran ni remotamente cerca de mi madre. Volví a entrar y telefoneé de nuevo a mi tía, que me dijo que dejaría a Edward con Mooshum y acudiría enseguida. También me preguntó qué había ocurrido, qué le pasaba.

Mamá está sangrando, respondí. Se me hizo un nudo en la garganta y no pude decir nada más.

¿Está herida? ¿Ha tenido un accidente?

Conseguí balbucear que no lo sabía y Clemence colgó. Una enfermera con gesto adusto salió y me pidió que fuera junto a mi madre. La enfermera reprobaba que mi madre hubiese preguntado por mí. Insistió, dijo. Quise ir corriendo, pero seguí a la enfermera por un pasillo luminoso hasta una sala sin ventanas, en cuyas paredes se alineaban vitrinas metálicas verdes. La habitación tenía una luz tenue y mi madre llevaba una fina bata de hospital. Una sábana le cubría las piernas. No había sangre por ninguna parte. Mi padre se hallaba de pie a la cabecera de la cama, sujetando la barra metálica con la mano. Al principio, no le miré, solo a ella. Mi madre era una mujer hermosa: eso era algo que siempre había sabido. Un hecho reconocido por la familia y por los desconocidos. Clemence y ella tenían la piel de color café con leche y un cabello precioso, negro, lustroso y rizado. Incluso después de haber tenido hijos, eran delgadas. Serenas y directas, con miradas firmes y seguras de sí mismas, y unos labios de estrellas de cine. Cuando se reían a carcajadas, en cambio, perdían toda su dignidad, y se atragantaban, resoplaban, eructaban, jadeaban e incluso se tiraban pedos, lo que les causaba cada vez más hilaridad. Normalmente una provocaba a la otra, pero a veces también mi padre podía hacerles perder el control. Incluso entonces estaban preciosas.

Ahora su rostro aparecía hinchado con verdugones, se había deformado y presentaba un aspecto horrible. Aguzó la vista entre las delgadas aberturas de la carne macilenta de sus párpados.

¿Qué ha pasado?, le pregunté tontamente.

No respondió. De sus ojos brotaron unas lágrimas. Se las secó con el puño vendado con una gasa. Estoy bien, Joe. Mírame. ¿Lo ves?

Y la miré. Pero no estaba bien. Tenía arañazos y golpes, y la cara horriblemente desencajada. Su piel había perdido su habitual color cálido. Presentaba un tono gris ceniza. Sus labios parecían sellados con sangre seca. La enfermera entró y levantó el extremo de la cama con una manivela. Colocó otra manta sobre ella. Intenté acariciar su muñeca vendada y fría y las yemas reseca de sus dedos. Retiró la mano con un

grito, como si le hubiese hecho daño. Se puso rígida y cerró los ojos. Ese gesto me destrozó. Levanté los ojos hacia mi padre y me indicó que le acompañara. Me rodeó el hombro con el brazo y me condujo fuera de la habitación.

Ella no está bien, dije.

Bajó los ojos hacia su reloj y luego me miró. Su rostro solo expresaba la efervescente rabia de un hombre incapaz de pensar lo bastante rápido.

No está bien, insistí, como si estuviera proclamando una apremiante verdad. Por un segundo, pensé que se derrumbaría. Podía ver que algo iba creciendo en su interior, pero lo dominó, respiró hondo y se recompuso.

Joe. Fijaba de nuevo los ojos en el reloj de forma extraña. Joe, han agredido a tu madre.

Nos quedamos de pie en el pasillo, el uno junto al otro bajo el zumbido de los fluorescentes parpadeantes. Dije lo primero que se me ocurrió.

¿Quién? ¿Quién la atacó?

De forma absurda, ambos nos dimos cuenta de que su respuesta habitual habría sido corregirme el tiempo verbal. Nos miramos, pero no dijo nada.

Mi padre poseía la cabeza, el cuello y los hombros de un hombre alto y fuerte, pero el resto de su cuerpo era perfectamente corriente. Incluso era algo torpe y bonachón. Si uno se para a pensar en ello, se trata de un físico muy adecuado para un juez. Sentado en el tribunal, imponente, domina la escena, pero cuando atiende en su despacho (un cuarto de escobas dignificado), no resulta nada amenazante y la gente confía en él. Su voz, lo mismo que sabe ser atronadora, es capaz de todas las sutilezas, e incluso a veces resulta de lo más dulce. Era la dulzura de su voz lo que ahora me asustaba, y la suavidad. Casi un susurro.

No sabe quién era ese hombre, Joe.

Pero ¿lo encontraremos?, pregunté con el mismo tono susurrante.

Lo encontraremos, dijo mi padre.

¿Y luego qué?

Mi padre nunca se afeitaba los domingos, y en su cara asomaba una incipiente barba cana. Aquella cosa se acumulaba de nuevo en él, a punto de estallar. Sin embargo, en lugar de eso, me puso las manos en los hombros y me habló con esa voz atiplada que me asustaba.

No puedo pensar a tan largo plazo ahora mismo.

Coloqué mis manos en las suyas y le miré a los ojos. A esos penetrantes ojos castaños. Necesitaba saber que a quienquiera que hubiera atacado a mi madre se le encontraría, castigaría y mataría. Mi padre lo vio. Me clavó los dedos en los hombros.

Lo encontraremos, dije rápidamente. Me sentía asustado al verbalizarlo, aturdido.

Sí.

Apartó las manos. Sí, repitió. Dio un golpecito en el reloj y se mordió el labio.

Ahora, a ver si llega la policía. Tienen que tomarle declaración. Ya deberían de estar aquí.

Dimos media vuelta para volver a la habitación.

¿Qué policía?, pregunté.

Exacto, respondió.

La enfermera no quería que volviésemos todavía a la habitación, y mientras aguardábamos, llegó la policía. Tres hombres entraron por las puertas de dos hojas y esperaron en el vestíbulo tranquilamente. Había un agente estatal, otro municipal de la localidad de Hoopdance y Vince Madsewin, de la policía tribal. Mi padre había insistido en que cada uno de ellos tomara declaración a mi madre, porque no estaba claro dónde se había cometido el delito —en tierras del estado o tribales—, ni quién lo había cometido —un indio o un no indio—. Yo ya sabía, de una forma rudimentaria, que estas cuestiones girarían en torno a los hechos. Al igual que sabía que esas cuestiones no cambiarían los hechos. Sin embargo, modificarían inevitablemente la manera en que exigiríamos justicia. Mi padre me tocó el hombro antes de dejarme y acercarse a ellos. Me apoyé contra la pared. Eran todos un poco más altos que mi padre, pero le conocían, y se inclinaron para oír sus palabras. Le escucharon con atención sin quitarle los ojos de encima. Mientras hablaba, mi padre miraba al suelo de vez en cuando y cruzaba las manos en la espalda. Levantó los ojos para mirar a cada uno de ellos con el ceño fruncido y, después, bajó la vista al suelo otra vez.

Cada uno de los hombres entró en la habitación con una libreta y un bolígrafo, y salió a los quince minutos con gesto inexpresivo. Cada uno de ellos le dio la mano a mi padre y se marchó rápidamente.

Un médico joven llamado Egge se encontraba de servicio ese día. Fue él quien examinó a mi madre. Mientras mi padre y yo regresábamos a la habitación, advertimos que el doctor Egge había vuelto.

No recomiendo que el muchacho..., comenzó.

Me pareció gracioso que su cabeza abombada, calva y brillante tuviese forma de huevo, haciendo honor a su apellido^[2]. Su rostro ovalado con pequeñas gafas redondas y negras me resultaba familiar y me di cuenta de que era el tipo de cara que mi madre solía dibujar en los huevos pasados por agua para que me los comiera.

Mi esposa ha insistido en volver a ver a Joe, explicó mi padre al doctor Egge. Necesita que él vea que ella está bien.

El doctor Egge guardó silencio. Dirigió a mi padre una mirada remilgada y penetrante. Mi padre se alejó de Egge y me pidió que fuera a la sala de espera a ver si Clemence ya había llegado.

Me gustaría volver a ver a mamá.

Iré a buscarte, apremió mi padre. Vete.

El doctor Egge observaba a mi padre con una mirada todavía más severa. Me marché muy a regañadientes. La puerta que daba a la sala de espera se encontraba al final del pasillo. Mientras mi padre y el doctor Egge se alejaban de mí, hablaban en susurros. Yo no quería marcharme, de modo que me di la vuelta y los observé antes de franquear la puerta. Se detuvieron delante de la habitación de mi madre. El doctor Egge terminó de hablar y se ajustó las gafas en la nariz con un dedo. Mi padre dio unos pasos hasta la pared, como si fuera a atravesarla. Apoyó la frente y las manos en ella, y permaneció así con los ojos cerrados.

El doctor Egge se giró y me descubrió inmóvil delante de la puerta. Me señaló la sala de espera. La emoción de mi padre era algo —daba a entender con su gesto— que yo era demasiado joven para presenciar. Pero durante las últimas horas me había vuelto cada vez más resistente a la autoridad. En lugar de desaparecer educadamente, corrí hacia mi padre, apartando al doctor Egge con los brazos. Me abracé al mullido pecho de mi padre, debajo de su chaqueta, y me agarré fuertemente a él sin decir nada, solamente respirando con él, entre profundos sollozos.

Mucho más tarde, después de que me dedicara al Derecho y estudiara a fondo otra vez cada documento que podía encontrar, cada declaración, reviviera cada minuto de ese día y de los días posteriores, comprendí que fue ése el momento en que mi padre conoció, por parte del doctor Egge, los detalles y la gravedad de las heridas de mi madre. Pero aquel día, lo único que yo sabía, después de que Clemence me separara de mi padre y me alejara de allí, fue que aquel pasillo era una pendiente muy pronunciada. Abrí las puertas de la sala y dejé que Clemence hablara con mi padre. Después de llevar una media hora esperando sentado en la sala de espera, Clemence entró y me anunció que mi madre entraba en quirófano. Me apretó la mano. Nos quedamos sentados juntos con la mirada clavada en el cuadro de una pionera descansando en una colina calurosa con un bebé acostado a su lado, a la sombra de una sombrilla negra. Convinimos que nunca nos había importado esa imagen y que ahora la íbamos a odiar activamente, aunque no fuese culpa del dibujo.

Debería llevarte a casa, podrías dormir en la habitación de Joseph, dijo Clemence. Mañana puedes ir al colegio desde nuestra casa. Yo volveré aquí para esperar.

Yo estaba cansado, me dolía la cabeza, pero la miré como si estuviese loca. Porque debía de estar mal de la cabeza si pensaba que yo iría a clase. Nada seguiría como si tal cosa. Aquel empinado y terrible pasillo conducía a este sitio —la sala de espera—, donde yo esperaría.

Al menos, duerme un poco, dijo mi tía. Dormir no te hará mal. Así el tiempo pasará y no tendrás que mirar ese maldito cuadro.

¿La han violado?, le pregunté.

Sí, respondió.

Hubo algo más, añadí.

Mi familia no se anda con rodeos. Aunque católica, mi tía no es ninguna mojigata. Cuando habló para responderme, su voz era directa y serena.

La violación es una relación sexual por la fuerza. Un hombre puede forzar a una mujer. Eso fue lo que pasó.

Asentí. Pero quería saber algo más.

¿Se va a morir?

No, contestó Clemence enseguida. No se va a morir. Pero a veces...

Se mordió los labios por dentro, de modo que dibujaron una línea fruncida, y entrecerró los ojos hacia el cuadro.

... es más complicado, continuó al fin. Tú has visto que la han golpeado, y mucho, ¿no? Clemence se acarició la mejilla levemente colorada y empolvada para ir a la iglesia.

Sí, lo he visto.

Nuestros ojos se empañaron de lágrimas y desviamos la mirada el uno del otro, para bajarla hacia el bolso de Clemence mientras rebuscaba en él un pañuelo de papel. Ambos nos permitimos llorar un poco mientras sacaba los pañuelos. Suponía un alivio. Después, nos enjugamos las lágrimas y Clemence prosiguió.

Puede ser más violento que en otras ocasiones.

Violada con violencia, pensé.

Sabía que esas dos palabras casaban. Tal vez de un juicio que había leído en los libros de mi padre o de un artículo de prensa o de las novelas policiacas baratas del supermercado que mi tío Whitey guardaba en la estantería de libros de bolsillo.

Gasolina, dije. Pude olerlo. ¿Por qué olía a gasolina? ¿Había ido a la gasolinera de Whitey?

Clemence me miró fijamente, deteniendo el pañuelo de papel junto a su nariz, y su piel se tornó del color de la nieve antigua. Se agachó de pronto y apoyó la cabeza en las rodillas.

Estoy bien, dijo detrás del pañuelo de papel. Su voz sonaba normal, incluso fría. No te preocupes, Joe. Creí que me iba a desmayar, pero se me ha pasado.

Se recompuso y se enderezó. Me dio palmaditas en la mano. No volví a preguntarle por la gasolina.

Me quedé dormido en una banqueta de plástico y alguien me tapó con una manta de hospital. Sudé mientras dormía y, cuando desperté, tenía la mejilla y el brazo pegados al plástico. Me despegué de forma desagradable y me apoyé en un codo.

El doctor Egge se hallaba al otro lado de la sala hablando con Clemence. Enseguida pude ver que las cosas iban mejor, que mi madre estaba mejor, que fuese

lo que fuese de lo que la habían operado estaba mejor y que, a pesar de la gravedad de las cosas, al menos de momento la situación no estaba empeorando. Así que hundí el rostro en el plástico verde y pegajoso, que ahora resultaba agradable, y me volví a dormir.

Capítulo dos

Sola entre nosotros

Yo tenía tres amigos. Todavía sigo en contacto con dos de ellos. El otro es una cruz blanca en Montana Hi-Line. Quiero decir que allí está marcada su partida física. En cuanto a su espíritu, lo llevo siempre conmigo bajo la forma de una piedra redonda y negra. Me la dio cuando se enteró de lo que le había pasado a mi madre. Se llamaba Virgil Lafournais, o Cappy. Me dijo que se trataba de una de esas piedras que se encuentran a los pies de un árbol alcanzado por un rayo y que era sagrada. Un huevo de Pájaro Trueno, lo llamaba. Me la regaló el día que volví al colegio. Cada vez que ese día algún niño o profesor me dirigía una mirada extraña, de lástima o curiosidad, tocaba la piedra que Cappy me había regalado.

Ya habían transcurrido cinco días desde que encontráramos a mi madre sentada delante de casa. Me había negado a ir al colegio antes de que le dieran el alta del hospital. Ella estaba deseando marcharse y se sintió aliviada de volver a casa. Aquella mañana me había dicho adiós desde la cama de matrimonio de su dormitorio en la planta de arriba.

Cappy y el resto de tus amigos te echarán de menos, dijo.

Debía volver a clase, aunque solo faltara una semana para las vacaciones de verano. En cuanto se encontrase mejor, nos prepararía una tarta, dijo, y sándwiches de salsa boloñesa. Siempre le había gustado prepararnos comida.

Mis otros dos amigos eran Zack Peace y Angus Kashpaw. En aquellos tiempos, los cuatro nos juntábamos en cuanto podíamos, aunque se sobreentendía que Cappy y yo éramos uña y carne. La madre de Cappy había fallecido cuando él era un niño, dejando a Cappy, a su hermano mayor, Randall, y a su padre, Doe Lafournais, destinados a una vida de hábitos de soltero y a un hogar donde reinaba el caos por la ausencia de una mujer. Aunque Doe salía con mujeres de vez en cuando, nunca volvió a casarse. Trabajaba de conserje en las oficinas tribales al mismo tiempo que ejercía, cada cierto tiempo, de presidente tribal. Cuando lo eligieron por primera vez en 1960, cobró justo el dinero suficiente para poder reducir su empleo de conserje a media jornada. Cuando estaba demasiado cansado como para presentarse a otro mandato, ampliaba el número de horas trabajando de vigilante nocturno. Hasta los años setenta, los agentes federales no empezaron a invertir dinero en el gobierno tribal, y solo entonces comenzamos a aprender a gestionar nuestras cosas. Doe seguía siendo presidente, de forma discontinua. Funcionaba de la siguiente manera: la gente votaba a Doe cuando se cabreaba con el presidente de turno. Pero en cuanto Doe ocupaba el cargo, comenzaban las habladurías, las quejas, los chismorreos, el inexorable acoso y derribo consustancial a la política en la reserva y destino de todo aquél que se acerca demasiado a la luz de cualquier foco. Cuando la cosa se ponía

muy mal, Doe decidía no seguir en el cargo. Recogía sus pertenencias del despacho, incluidos los artículos de papelería de presidente de la tribu que siempre encargaba y pagaba de su propio bolsillo: «Doe Lafournais, presidente tribal». Durante algunos años, tuvimos mucho papel para pintar. Inevitablemente, su sucesor sufría el mismo sino. Al final, los arrepentidos y suplicantes votantes de Doe trataban de persuadirle hasta que el hombre volvía a presentarse. 1988 fue un año sin mandato para Doe, por lo cual salimos mucho a pescar. Pasamos la mitad del invierno en la casa de hielo, pescando lucios y tomando cervezas a escondidas.

La familia de Zack Peace estaba separada por segunda vez. Corwin Peace, su padre, era un músico en permanente gira. Carleen Thunder, su madre, dirigía el periódico de la tribu. Vince Madwesin, su padrastro, era el agente de la policía tribal que había tomado declaración a mi madre. Zack les llevaba más de diez años a su hermano y a su hermana, porque sus padres se habían casado muy jóvenes, se habían divorciado, luego se dieron una nueva oportunidad y descubrieron que habían hecho bien en divorciarse la primera vez. Zack tenía grandes dotes para la música, como su padre, y siempre llevaba su guitarra a la casa de hielo. Decía que se sabía mil canciones.

En cuanto a Angus, procedía de un barrio de la reserva de extrema pobreza. La tribu había conseguido dinero para levantar un complejo de viviendas protegidas: unos edificios amplios y de color ocre, de estilo urbano, de apartamentos en las afueras del pueblo. Estaban rodeados de morones cubiertos de maleza, desprovistos de árboles o arbustos. El dinero se había agotado antes de construir las escaleras, así que la gente utilizaba rampas de contrachapado o se aupaba para entrar en sus casas, y salía de ellas de un salto. Su tía Star había instalado a Angus, sus dos hermanos, los dos hijos de su novio y a un despliegue siempre cambiante de hermanas embarazadas y primos juerguistas o en desintoxicación en una vivienda de tres habitaciones. La tía Star administraba una cantidad épica de locura. Tampoco ayudaba que, además de carecer de escaleras, el edificio mismo fuera una pesadilla de bajo presupuesto. El constructor se había ahorrado el aislamiento, de modo que en invierno Star tenía que dejar el horno encendido por la noche con la puerta abierta y el grifo del agua un poco abierto, para que no se helaran las tuberías. Unos trapos rellenaban las rendijas existentes entre las paredes y las ventanas, porque las placas de yeso se habían desprendido de los marcos de las baratas dobles ventanas combinadas de aluminio. En poco tiempo, las ventanas se rompieron y los cristales se desencajaron. Nada funcionaba. Las cañerías regurgitaban. Me convertí en un experto en sellar el retrete con cera y cinta americana. Star siempre nos sobornaba con pan frito para que arregláramos cosas de la casa o improvisáramos una antena parabólica con un tapacubos o algo similar.

En realidad, en cuanto se juntó con Elwin, su gran amor, conseguimos armar una

antena parabólica. Star tenía un televisor de primera calidad, que se había comprado con la sustancial suma de dinero que había ganado en el bingo por única vez en su vida. Con la ayuda de Elwin, chapuceamos a lo MacGyver un viejo aparato y conseguimos señales de Fargo, Minneapolis e incluso de Chicago o Denver. Colgamos la antena parabólica en septiembre de 1987, justo a tiempo para los estrenos de la temporada de todos los programas de la televisión. Mejoramos la recepción hasta tal punto que a veces sintonizábamos los programas emitidos fuera de algunas ciudades, algo siempre cambiante según las condiciones climatológicas y el magnetismo de los planetas. Teníamos que rastrearlos, pero no creo que nos perdiéramos un solo capítulo de *Star Trek*. No la versión antigua, sino *La nueva generación*. Nos encantaba *La guerra de las galaxias* y teníamos nuestras frases favoritas, pero vivíamos en *La nueva generación*.

Por supuesto, todos queríamos ser Worf. Todos queríamos ser klingons. La solución de Worf ante cualquier problema era atacar. En el capítulo «Justicia», descubrimos que Worf no sentía placer en sus relaciones sexuales con mujeres humanas porque eran demasiado frágiles y tenía que refrenarse. Nuestra gran broma cuando había alguna chica guapa era: «Oye, refrénate un poco». En «La tentación de Q», la chica klingon ideal se tiraba a Worf y era monstruosamente apasionada. Worf era inflamable, noble y atractivo, incluso con un caparazón de tortuga en la frente. Después de Worf, nos gustaba Data porque se burlaba de los hombres blancos al mostrar curiosidad por las tonterías que decía o hacía la tripulación, y porque cuando la guapísima Yar se emborrachó, él se declaró completamente operativo e hizo el amor con ella. Wesley, con quien se podría pensar que nos identificaríamos, un genio de nuestra misma edad y con una madre negligente que deja que el chico se meta en líos, no nos interesaba porque era un inútil niño de ciudad y llevaba jerséis ridículos. Por supuesto estábamos enamorados de la betazoide Deanna Troi, sobre todo cuando la serie dejó que se soltara la melena. Los monos que llevaba mostraban un gran escote, su cinturón rojo en forma de V señalaba ya saben dónde, y su voluminosa cabeza y su pequeño cuerpo lleno de curvas nos volvían locos. El comandante Riker estaba enamorado de ella, pero era como un palo y en absoluto convincente. Mejoró un poco cuando la barba disimuló sus mejillas infantiles, pero aun así queríamos ser Worf. En cuanto al capitán Picard, era un hombre mayor, aunque un hombre mayor francés, así que nos gustaba. También nos caía bien Geordi, porque siempre le dolía algo debido al visor que llevaba, y eso le proporcionaba cierto halo de nobleza también.

Abundo en tantos detalles porque nos separamos por culpa de la serie. Hacíamos dibujos, historietas e incluso intentamos escribir algún capítulo. Hacíamos como si tuviéramos un conocimiento especial. Empezábamos a crecer y estábamos ansiosos por saber cómo acabaríamos. En *La nueva generación*, no éramos escuchimizos,

pobres, acosados, huérfanos de madre, ni estábamos asustados. Éramos guays porque nadie más sabía de lo que hablábamos.

El primer día que volví a la escuela, Cappy me acompañó a casa. Hoy en día no es habitual ver andar a la gente en la reserva, salvo en los caminos peatonales creados para fomentar el ejercicio físico. Pero a finales de los años ochenta, los jóvenes todavía iban a pie a los sitios, y como Cappy y yo vivíamos a menos de un kilómetro y medio del colegio, aunque en direcciones contrarias, a menudo lanzábamos una moneda para decidir a casa de quién de los dos iríamos. La suya estaba más animada, ya que Randall, su hermano mayor, siempre tenía a sus amigas en casa, pero la mía tenía una televisión y una consola, por lo que podíamos jugar a *Bionic Commando*, un juego del que éramos auténticos fans.

Cappy me había dado la piedra del Pájaro Trueno en el pasillo del colegio, y me habló de ella en el camino de vuelta a casa. Me contó que cuando la encontró, el árbol todavía humeaba. Fingí que le creía. Sin decir nada, estaba claro que Cappy solo me acompañaba hasta casa, pero que no iba a entrar. Yo no le habría dejado pasar de todas maneras. Mi madre no quería que nadie la viese. Aunque mi padre pensaba cogerse una excedencia y había llamado a otro juez jubilado, estaba terminando algún papeleo en el despacho. Ya me había informado de que durante ese día estaría pendiente de ella, pero que mi madre se alegraría cuando yo llegase a casa.

Mientras nos acercábamos por el camino, Clemence salió por la puerta principal y me dijo que la había llamado una vecina para decirle que Mooshum estaba en el jardín. Por las prisas que tenía, supuse que se habría dejado los pantalones en casa. Subió al coche y dio media vuelta a toda velocidad. Cappy se volvió hacia su casa en cuanto llegamos a la mía, y yo recorrí la estrecha acera para entrar por la puerta trasera. Cuando doblé la esquina, divisé los arbolitos con sus pequeñas ramas y hojas marchitas, alineadas sobre el pavimento, a punto de morir. Dejé los libros en el suelo y los recogí, uno por uno, y los puse a buen recaudo en un costado del jardín. En ese momento me dio por sentir lástima por ellos y, al mismo tiempo, fui consciente de que me daba pavor entrar en casa. Nunca había sentido algo así antes. Después, intenté abrir la puerta y descubrí que estaba cerrada con llave.

Me quedé tan desconcertado al principio que le propiné una patada a la puerta, pensando que estaría atascada. Pero la puerta trasera realmente estaba cerrada con llave. Y la puerta principal se cerraba de forma automática. Seguramente a Clemence se le había olvidado aquello. Saqué la llave del escondrijo y entré despacio, sin hacer ruido, sin dar un portazo ni soltar los libros de golpe encima de la mesa como habría hecho normalmente. Cualquiera otro día, mi madre no habría llegado a casa todavía y yo habría experimentado el tipo de euforia que siente todo muchacho al entrar en la casa de sus padres sabiendo que será solo para él durante dos horas. Que puede

prepararse el bocadillo que le dé la gana. Que si tienen televisión, podrían estar poniendo alguna reposición para que la viera después de clase. Que podría haber galletas o alguna otra golosina en casa, que su madre hubiera escondido, pero no demasiado bien. Que podría husmear entre los libros de su padre y las estanterías del dormitorio de su madre en busca de algún libro, como *Hawai* de James Michener, donde podría encontrar consejos interesantes, pero inútiles al fin y al cabo, sobre los juegos amorosos preliminares de los polinesios. Pero no tengo más remedio que detenerme aquí. Era la primera vez, que yo recordara, que se había cerrado con llave la puerta trasera de casa, y tenía que buscar la llave debajo de los peldaños de atrás, donde siempre colgaba de un clavo y que solo utilizábamos cuando los tres regresábamos de largos viajes.

Y esa misma era la sensación que yo experimentaba en ese momento: que ir al colegio había sido un largo viaje del que acababa de regresar.

El ambiente en casa parecía desolado, rancio y extrañamente apagado. Me di cuenta de que eso se debía a que desde que encontramos a mi madre sentada en el coche nadie había cocinado, frito u horneado ni preparado ningún alimento. Mi padre tan solo había hecho café, que bebía día y noche. Clemence había traído cazuelas con guisos, que permanecían en el frigorífico, a medio comer. Llamé a mi madre en voz baja y subí las escaleras hasta la mitad, hasta que reparé en que la puerta del dormitorio de mis padres estaba cerrada. Bajé de nuevo despacio hasta la cocina. Abrí el frigorífico, me serví un vaso de leche fría y bebí un trago largo. Estaba terriblemente agria. Tiré la leche, enjuagué el vaso, lo llené y apuré el agua ferruginosa de la reserva hasta quitarme el mal sabor de la boca. Después, me quedé allí con el vaso vacío en las manos.

Una puerta entornada permitía ver una parte del mobiliario del comedor: una mesa de madera de arce moteada, rodeada por seis sillas. Estaba separada de la sala de estar por una estantería baja. El sofá se encontraba justo al otro lado de un pequeño cuarto atestado de libros: la guarida de mi padre, también conocida como su despacho. Con el vaso en la mano, percibí el inmenso silencio que reinaba en nuestra pequeña casa como el que sigue a una enorme explosión. Todo se había detenido. Incluso el tictac del reloj. Mi padre lo había desenchufado cuando regresamos a casa del hospital la segunda noche. Quiero un reloj nuevo, dijo. Me quedé allí de pie, observando el viejo reloj cuyas manecillas se habían detenido sin sentido a las 11.22. El sol entraba por el oeste dibujando parches dorados en el suelo de la cocina, pero era un resplandor siniestro, como la luz penetrante que asoma por detrás de una nube cuando avanza desde poniente. Me invadió una sensación de angustia y pavor, un sabor a muerte como leche agria. Dejé el vaso en la mesa y salí corriendo escaleras arriba. Irrumpí en la habitación de mis padres. Mi madre se hallaba sumida en un sueño tan profundo que cuando intenté acostarme a su lado, me golpeó en la cara. Fue

un codazo que me alcanzó en la mandíbula y me dejó casi sin sentido.

Joe, susurró con voz trémula. Joe...

Mamá... La leche está cortada.

Bajó el brazo y se incorporó.

¿Cortada?

Nunca había dejado que se cortara la leche en el frigorífico. Se había criado sin refrigeración y se enorgullecía de lo limpia que tenía su preciada nevera. Se tomaba muy en serio lo de mantener en perfectas condiciones lo que allí guardaba. Incluso había comprado fiambreras de Tupperware en una fiesta. ¿La leche está cortada?

Sí, respondí. Está cortada.

¡Hay que ir a la tienda!

Su serena reserva había desaparecido: un gesto de angustia y horror le empañó el rostro. Los moratones se habían hecho visibles y sus ojos aparecían rodeados de sombras oscuras, como los de un mapache. Sus sienes latían con un color verde enfermizo. Su mandíbula era índigo. Sus cejas siempre habían sido muy expresivas, con ironía y amor, pero ahora estaban tensas y denotaban ansiedad. Dos líneas verticales, tan negras como si las hubieran pintado con un rotulador, le dividían la frente. Sus dedos tiraban del borde del edredón. ¡Cortada!

Ahora venden leche en la gasolinera de Whitey. Puedo acercarme allí en bici, mamá.

¿En serio? Me miró como si le acabara de salvar la vida, como a un héroe.

Le llevé el bolso y me dio un billete de cinco dólares.

Compra más cosas, dijo. Comida que te guste. Algún capricho. Se le trababa la lengua al hablar y me di cuenta de que seguramente le habían dado alguna medicina para ayudarla a dormir.

Nuestra casa había sido construida en los años cuarenta y era un sólido bungalow. En ella había vivido hacía tiempo el director de la Oficina de Asuntos Indios, un burócrata presuntuoso, acicalado, de estatura anormalmente baja y profundamente aborrecido. La vivienda había sido vendida a la tribu en 1969 y destinada a oficinas hasta que se planificó su demolición para ser sustituida por los actuales locales. Mi padre la compró y la trasladó a un pequeño terreno en las afueras del pueblo, que había pertenecido a Shamengwa, el difunto tío de Geraldine, un hombre apuesto en un antiguo marco de foto. Mi madre echaba de menos su música, pero su violín estaba enterrado con él. Whitey había utilizado el resto del terreno de Shamengwa para levantar la gasolinera al otro extremo del pueblo. Mooshum poseía la vieja parcela que se encontraba a unos seis kilómetros de distancia, donde vivía el tío Whitey, el cual se había casado con una mujer más joven: una antigua *stripper* alta, rubia y de piel curtida. Él ponía la gasolina, cambiaba el aceite, inflaba los

neumáticos y realizaba chapuzas poco fiables. Su mujer llevaba las cuentas, abastecía las estanterías de la pequeña tienda con frutos secos y patatas fritas y le decía a la gente por qué podía o no repostar. Había comprado recientemente un gran frigorífico para conservar la leche. Tenía otro más pequeño para botellas de zumo de naranja y uva. Se llamaba Sonja, y me gustaba como a cualquier chico le puede gustar su tía, pero mis sentimientos hacia sus pechos tenían otra dimensión: perdía la cabeza por ellos sin remedio.

Cogí mi bicicleta y una mochila. Tenía una bici destartalada con cinco marchas y ruedas todoterreno, un portabidón y un garabato plateado en el cuadro: Storm Ryder. Tomé la carretera secundaria llena de baches, crucé la carretera principal, rodeé una vez la gasolinera de Whitey y derrapé hasta detenerme, con la esperanza de que Sonja me estuviera mirando. Pero no, estaba dentro contando palitos de Slim Jims. Lucía una enorme, resplandeciente, radiante y blanca sonrisa. Levantó la vista y me la dirigió a mí cuando entré. Era como una lámpara de rayos ultravioletas. Llevaba el cabello recogido como un algodón de azúcar, formando una corona ondulante y amarilla, de la que colgaba una sedosa coleta de más de medio metro, que le caía por la espalda. Como siempre, vestía un conjunto espectacular: en esta ocasión, un chándal azul celeste con ribetes de lentejuelas y la cremallera de la sudadera bajada hasta las tres cuartas partes. Me quedé sin aliento al ver la camiseta, un tejido más claro y transparente, como alas de hadas. Llevaba unas impolutas deportivas blancas y esponjosas, y unos pendientes de cristal en las orejas, tan grandes como chinchetas. Cuando vestía de azul, como ocurría a menudo, sus ojos azules despedían fulminantes y prodigiosos rayos.

Cielo..., me dijo. Dejó los Slim Jims y me abrazó. En ese momento no había nadie en la gasolinera ni en la tienda. Olía a Marlboros, a Aviance Night Musk y a su primer trago de la noche.

Yo era muy afortunado: era un chico al que las mujeres adoraban. No era algo que yo hubiera buscado, y de hecho aquello preocupaba a mi padre. El hombre hacía valientes tentativas por contrarrestar esos mimos femeninos realizando actividades masculinas conmigo: jugábamos a la pelota, lanzábamos balones de fútbol americano, acampábamos al aire libre y salíamos a pescar. Pescábamos a menudo. Me enseñó a conducir cuando cumplí ocho años. Temía que tantas cucamonas acabasen por ablandarme, aunque él mismo había sido bastante mimado, podía darme cuenta de ello, y mi abuela le había consentido (y a mí también) muchísimo durante los años anteriores a su muerte. Aun así, yo supuse una tregua en la historia reproductiva de nuestra familia. Mis primos Joseph y Evelina estaban en la universidad cuando yo nací. Los hijos de Whitey de su primer matrimonio eran ya adultos y la relación de Sonja con su hija, London, resultaba tan tormentosa que la

llevó a asegurar no querer tener más hijos jamás. No había nietos en la familia (de momento, gracias a Dios, decía Sonja). Como ya he dicho, nací muy tarde, en el estrato envejecido de la familia y de padres a quienes a menudo se tomaría por abuelos. Había que añadir además esa carga adicional de ser una sorpresa para mis padres, con todas las repentinas esperanzas que aquello llevaba consigo. Todo recaía sobre mí: lo malo y lo bueno. Pero una de las mejores cosas, una que yo apreciaba sobremanera, era lo cerca que me permitía estar de los pechos de Sonja.

Podía quedarme pegado a sus senos todo el tiempo que ella me abrazara. Siempre me cuidaba mucho de no tentar a mi suerte, aunque sentía un cosquilleo en las manos. Eran voluptuosos, delicados, firmes y redondos. Unos pechos capaces de partirte el corazón. Los llevaba muy realzados bajo sus camisetas con escotes de vértigo y de tonos pastel. Todavía lucía una fina cintura y sus caderas incendiaban levemente los ánimos dentro de unos ajustados y desgastados vaqueros. Sonja se masajeaba el cuerpo con aceite para niños, pero se había pasado toda la vida tomando el sol sin descanso, y su bonita nariz sueca mostraba marcas de quemaduras solares. Era una amante de los caballos; Whitey y ella tenían un viejo caballo pinto, un impresionante mestizo cuarto de milla y árabe, un appaloosa roano, tuerto y con mirada fantasmal, llamado Espectro, y un poni. De modo que junto con el olor a whisky, perfume y tabaco, solía desprender unos suaves aromas a heno y tierra, así como la fragancia a caballo, algo que en cuanto se ha olido una vez siempre se echa en falta. Los hombres estaban destinados a vivir con el caballo. Whitey y ella tenían además tres perras, todas muy fieras, y cuyos nombres estaban inspirados de algún modo en Janis Joplin.

Nuestro perro había muerto hacía dos meses y todavía no teníamos otro. Abrí la mochila y Sonja guardó en el interior la leche y los otros productos que había cogido. Rechazó mis cinco dólares y me miró desde sus delicadas y depiladas cejas color castaño claro. Se le anegaron los ojos. Joder, dijo. Que me pongan delante a ese tipo. Y me lo cargo.

No supe qué decir. Los pechos de Sonja hacían que mi mente se quedara casi en blanco.

¿Qué tal está tu madre?, preguntó, mientras negaba con la cabeza y se secaba las mejillas.

Intenté concentrarme; mi madre no estaba bien, así que no podía responder «bien». Tampoco podía contarle a Sonja que media hora antes me había temido que mi madre hubiera muerto y me había abalanzado sobre ella, recibiendo un golpe suyo por primera vez en mi vida. Sonja encendió un cigarrillo y me ofreció un chicle Black Jack.

No está bien, contesté. Está nerviosa.

Sonja asintió. Le llevaremos a Pearl.

Pearl era una perra larguirucha de patas largas, cabeza ancha de bull terrier y fauces con aspecto de torno. Tenía manchas de dóberman, el grueso pelo de un perro pastor y algo de loba. Pearl no ladraba mucho pero cuando lo hacía, se alteraba una barbaridad. Caminaba de un lado a otro y mordía el aire en cuanto alguien violaba las fronteras invisibles de su territorio. Pearl no era una perra de compañía, y yo no estaba seguro de querer tenerla en casa, pero mi padre sí lo estaba.

Es demasiado vieja para ir a buscarte cosas, me quejé a mi padre cuando llegó a casa esa noche.

Estábamos sentados en la planta de abajo mientras comíamos un guiso recalentado que nos había traído Clemence, una vez más. Mi padre se había preparado su habitual cafetera de café poco cargado y se lo bebía como si fuera agua. Mi madre estaba acostada, desganada. Mi padre dejó el tenedor en el plato. Del modo en que lo hizo (era un hombre al que le gustaba comer e interrumpir una comida suponía una renuncia para él, aunque en esos días no comía mucho), pensé que estaba enfadado. Pero aunque recientemente sus gestos se habían vuelto bruscos y a menudo apretaba los puños, no levantaba la voz. Habló muy despacio, con tono sosegado, y me explicó por qué necesitábamos a Pearl.

Joe, necesitamos un perro guardián. Sospechamos de un hombre. Pero se ha desvanecido. Lo que significa que podría estar en cualquier parte. O puede que él no lo haya hecho y que el verdadero agresor siga por la zona.

Le solté lo que me pareció una pregunta de serie policiaca de televisión.

¿Qué pruebas tienes para afirmar que fue ese tío quien lo hizo?

Mi padre consideró la posibilidad de no contestar, me di cuenta de ello. Pero al final lo hizo. Le costaba pronunciar algunas de las palabras.

Al autor del crimen o al sospechoso... al agresor... se le cayó una caja de cerillas. Las cerillas eran del campo de golf. Las regalan en recepción.

Así que empiezan por los golfistas, dije. Eso significaba que el agresor podía ser indio o blanco. Ese campo de golf fascinaba a todo el mundo: se había puesto de moda. En teoría, el golf era cosa de ricos, pero nosotros poseíamos un campo de césped descuidado y pequeños pozos de agua naturales. Y una tarifa de iniciación especial. La gente se pasaba los palos y todo el mundo parecía haberlo probado; salvo mi padre.

Sí, el campo de golf.

¿Por qué se le cayeron las cerillas?

Mi padre se frotó los ojos con la mano y de nuevo le costó hablar.

Quería, intentó, tuvo dificultades para encender una cerilla.

¿La cerilla de una caja?

Sí.

Ah. ¿Consiguió prenderla?

No... la cerilla estaba mojada.

¿Y qué pasó?

De pronto se me humedecieron los ojos y me incliné sobre mi plato.

Mi padre cogió de nuevo el tenedor. Engulló rápidamente grandes bocados del conocido mejunje de Clemence de macarrones con salsa de tomate y hamburguesa. Vio que yo había dejado de comer, a la espera de algo, y se recostó en la silla. Apuró otro trago en su taza favorita de porcelana blanca. Se limpió los labios con la servilleta, cerró los ojos, los abrió y me miró fijamente.

De acuerdo, Joe, estás haciendo muchas preguntas. Estás intentando poner las cosas en orden en tu cabeza. Estás procesando todo esto. Yo también. Joe, el autor de la agresión no pudo encender la cerilla. Fue a buscar otra caja. Algún modo de encender un fuego. Y mientras él se fue, tu madre consiguió escapar.

¿Cómo?

Por primera vez desde que habíamos arrancado esos arbolitos el domingo anterior, mi padre sonrió, o al menos era alguna versión de una sonrisa, diría yo. No denotaba el menor regocijo. Si tuviese que clasificar esa mueca, diría que era una sonrisa al mejor estilo Mooshum. Una sonrisa como cuando se recuerdan tiempos perdidos.

Joe, ¿te acuerdas de cómo solía enfurecerme cuando tu madre cerraba el coche con las llaves dentro? Tenía, todavía tiene, la costumbre de dejar las llaves puestas. Cuando aparca, recoge los papeles o las compras del asiento del copiloto, después deja las llaves en el salpicadero, se baja y cierra el coche. Se olvida de que ha dejado las llaves dentro del vehículo hasta que tiene que volver a casa. Entonces rebusca en el bolso y no encuentra las llaves. Oh, no, exclama, ¡otra vez no! Sale, repara en las llaves en el salpicadero, con el coche cerrado, y me llama por teléfono. ¿Te acuerdas?

Sí. Yo también casi sonreí mientras describía aquella costumbre suya, y todo el follón en que nos metía. Sí, papá. Te llama por teléfono. Tú sueltas una palabrota suave, luego coges el juego de llaves de repuesto y te das un largo paseo hasta las oficinas tribales.

Una palabrota suave. ¿De dónde has sacado eso?

Caray, no lo sé.

Sonrió otra vez, extendió la mano y me dio un golpecito en la mejilla con los nudillos.

En realidad nunca me importó mucho, prosiguió. Pero un día, pensé que tu madre podría quedarse tirada si yo no estuviera en casa. No solemos salir a muchos sitios. Nuestra rutina es bastante aburrida. Pero si yo no estuviera en casa, ni tú tampoco para poder llevarle las llaves en bicicleta...

Eso nunca ha pasado.

Ya, pero imagina que estás en el jardín. No oyes el teléfono. Me dije: ¿y si se

queda colgada en algún sitio de verdad? Y pensando en ello, hará unos dos meses, pegué un imán a una de esas pequeñas cajas metálicas que vende Whitey con caramelos de menta. Me había fijado en alguien que tenía un llavero como ése. Guardé una llave en la caja y la pegué en el interior de la carrocería, justo encima de la rueda izquierda. Así fue cómo logró escapar.

¿Qué?, exclamé. ¿Cómo?

Consiguió llegar hasta el coche y sacar la llave. El tipo fue a por ella. Ella se encerró en el coche y luego arrancó y se marchó.

Respiré hondo. No podía evitar sentir una punzada de su miedo recorriéndome el cuerpo y flaqueé.

Mi padre comenzó a comer de nuevo, y esta vez estaba decidido a terminarse el plato. El asunto de lo que le había pasado a mi madre estaba zanjado. Volví al tema de la perra.

Pearl muerde, dije.

Bien, contestó mi padre.

Entonces todavía anda detrás de ella.

No lo sabemos, dijo mi padre. Cualquiera pudo haber cogido esas cerillas. Un indio. Un hombre blanco. Cualquiera pudo haberlas perdido. Pero seguramente ha sido alguien de por aquí.

No se puede decir si una persona es india por sus huellas dactilares. No se puede saber por su nombre. Ni siquiera puede afirmarse por una denuncia de la policía local. No se puede saber por una fotografía de ficha policial. Por un número de teléfono. Por el punto de vista del Gobierno. La única forma de poder decir si un indio lo es consiste en estudiar la biografía de esa persona. Debe tener antepasados lejanos que hayan firmado algún tipo de documento o que hayan sido inscritos como indios por el Gobierno de los Estados Unidos, alguien identificado como miembro de una tribu. Y después, hay que analizar la pureza de la sangre de ese individuo, cuánta de su sangre india pertenece a una misma tribu. En la mayoría de los casos, el Gobierno llamará india a esa persona si la proporción de esa sangre es de un cuarto —por regla general ha de ser de una misma tribu—. Pero esa tribu tiene que haber sido reconocida por las leyes federales. Dicho de otro modo, ser indio es, de alguna manera, una maraña de trámites burocráticos.

Por otra parte, los indios reconocen a los otros indios sin necesidad de su linaje federal, y ese conocimiento, como el amor, el sexo o tener o no un hijo, nada tiene que ver con el Gobierno.

Tardé varios días en descubrir que ya circulaban rumores de que había sospechosos —básicamente cualquiera que se comportara de forma extraña, llevara tiempo desaparecido o fuera visto saliendo por la puerta trasera de su casa con

pesadas bolsas de basura negras—. Lo averigüé al ir a la casa de mis tíos para recoger una tarta el sábado por la tarde. Mi madre había dicho a mi padre que pensaba que debería levantarse, asearse y vestirse. Todavía tomaba calmantes, pero el doctor Egge le había dicho que hacer reposo en la cama no la beneficiaría. Necesitaba realizar una actividad moderada. Papá anunció que prepararía la cena siguiendo una receta. Pero no era capaz de hacer el postre. De ahí lo de la tarta. El tío Whitey estaba sentado a la mesa con un vaso de té helado. También estaba allí Mooshum, encorvado y frágil, vistiendo calzoncillos largos de color marfil con una bata de cuadros por encima. Se negaba a vestir de calle los sábados, porque mantenía que necesitaba un día con ropa cómoda para prepararse para el domingo, cuando Clemence le obligaba a enfundarse un pantalón de traje, una camisa blanca y planchada, y a veces hasta una corbata. Él también sujetaba un vaso de té helado, que fulminaba con la mirada.

Pis de conejo, espetó.

Eso es, papá, respondió Clemence. Es una bebida para viejos. Te sentará bien.

Ah, té de labrador de los pantanos, observó el tío Whitey, mientras agitaba el líquido con satisfacción. Es bueno para todo lo que te aqueja, tío.

¿Cura la vejez?, replicó Mooshum. ¿Te quita años?

Todo menos eso, contestó Whitey, quien sabía que podría tomarse una cerveza en cuanto llegara a casa y dejara de hacer el paripé de beber té con Mooshum, que añoraba los viejos tiempos, cuando Clemence le servía un trago de whisky suave. La mujer se había convencido de que eso le hacía daño y siempre intentaba quitárselo.

Esto sienta mal, hija mía, dijo a Clemence.

Pero te limpia el hígado, repuso Whitey.

Oye, Clemence, sírvele un poco de té a Joe.

Clemence me sirvió un vaso de té helado y fue a contestar al teléfono. La gente la llamaba sin cesar para preguntar, para chismorrear en realidad, por su hermana.

Quizá el pervertido no sea indio en realidad, comentó el tío Whitey. Llevaba una maleta india.

¿Qué maleta india?, pregunté.

Las bolsas de basura de plástico negras.

Me incliné hacia delante. Así que ¿se ha marchado? Pero ¿de dónde? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Clemence volvió y le fulminó con la mirada.

Ahwee, dijo el tío Whitey. Me parece que no debo hablar.

Ni tomar un vasito de nada de whisky. Ni mear en el fregadero, tal y como haré hasta que deje de servirme tés de los pantanos. Los riñones de un hombre se desbordan, señaló Mooshum.

¿Meas en el fregadero?, pregunté.

Cuando me dan té, siempre.

Clemence entró en la cocina y volvió con tres vasos de chupito apilados. Los dejó en la mesa y llenó dos hasta una cuarta parte. Llenó el tercero hasta la mitad y lo apuró de un trago. Yo me quedé atónito. Nunca había visto a mi tía vaciar un vaso de whisky como un hombre. Sujetó el vaso vacío con delicadeza durante un momento, mirándonos, antes de depositarlo con un pequeño chasquido y salir.

¿Qué ha sido eso?, preguntó el tío Whitey.

Eso ha sido mi hija cuando se rebasa el límite de su paciencia, respondió Mooshum. Me compadezco de Edward cuando vuelva del trabajo. El whisky habrá surtido efecto para entonces.

A veces el whisky afecta a Sonja también, apuntó el tío Whitey, pero tengo mis trucos.

¿Qué clase de trucos?, preguntó Mooshum.

Viejos trucos indios.

Enséñaselos a Edward, ¿quieres? Va perdiendo terreno.

La tarta empezó a impregnar el ambiente con un aroma dulce y ámbar. Esperaba que mi tía no se hubiera enfadado tanto como para olvidarse de la tarta.

El campo de golf. ¿Fue allí dónde sucedió? Miré directamente a Whitey a los ojos, pero bajó la mirada y bebió.

No, no ocurrió allí.

¿Dónde fue?

Whitey levantó los ojos, permanentemente tristes y enrojecidos. No iba a decírmelo. Fui incapaz de sostenerle la mirada.

El pulso de Mooshum, tan trémulo que derramó el vaso de té sobre la mesa, se hizo más firme. Levantó el chupito y tomó un buen sorbo. Le brillaban los ojos. No había escuchado nuestra conversación. Todavía tenía la mente fija en las mujeres.

Ay, hijo mío, háblanos a Oops y a mí de tu hermosa mujer. La Roja Sonja. Descríbenos la escena. ¿Qué hace ahora?

Whitey me quitó los ojos de encima. Cuando sonreía, mostraba el hueco del diablo entre los incisivos. La Roja Sonja había sido el nombre de bailarina exótica de mi tía no hacía mucho tiempo. Llevaba una sugerente armadura de bárbara, compuesta por trozos de tachuelas de plástico. Jirones de pañuelos le colgaban de las caderas. El tejido transparente parecía haber sufrido las fauces o garras de hombres desesperados o lobos domesticados. Zack había encontrado la fotografía en una revista de Minneapolis y me la había regalado. La guardaba en el fondo de mi armario, en una carpeta especial que había elaborado y en la que había escrito «DEBERES».

Estos días, Sonja está trabajando en la caja, explicó mi tío, el whisky añadía su suave brillo. Siempre está haciendo cuentas. Ahora está comprobando los pedidos que debemos hacer para la semana que viene.

Mooshum cerró los ojos, retuvo el whisky detrás de la lengua y asintió, mientras se la imaginaba, inclinada sobre las cuentas. Yo también pude verla de pronto, con los pechos cabalgando como nubes por las largas columnas de ordenadas cifras.

¿Y qué va a hacer, continuó Mooshum con gesto soñador, cuando ya tenga las cuentas del día claras, cuando acabe?

Dejar el mostrador y salir fuera con un cubo de agua y la larga escobilla. Limpia los cristales todas las semanas.

Mooshum no llevaba su vistosa dentadura y desplegó una sonrisa hundida. Cerré los ojos y vi la esponja rosa de la escobilla chorreando el detergente jabonoso por el cristal. Sonja se había puesto de puntillas. Randall, el hermano mayor de Cappy, decía que las chicas estaban tan atractivas cuando se ponían de puntillas que le encantaba sentarse a mirarlas en los pasillos de la biblioteca del instituto. El hermano de Cappy había colocado todos los buenos libros en los anaqueles de arriba. Mooshum suspiró. Me imaginé a Sonja presionando la hoja de goma contra el cristal, arrastrando el polvo y la suciedad con el líquido y dejándolo todo con una claridad resplandeciente.

Clemence entró de nuevo, interrumpiendo mi ensoñación, y oí el crujido de la puerta del horno. Después, el ruido de la bandeja deslizándose cuando retiró dos tartas del horno. Oí cómo sacaba las tartas fuera de la casa para que se enfriaran. La puerta del horno retumbó con un fuerte sonido metálico y la puerta acristalada se abrió con un chirrido antes de cerrarse de golpe. Enseguida se filtró por el cristal un suave y fresco aroma a tabaco. No sabía que mi tía fumara, pero había empezado después del hospital.

La fragancia que desprendía el recién adquirido hábito de Clemence despejó a los dos hombres.

Se volvieron hacia mí y el rostro de mi tío Whitey se tornó serio cuando me preguntó por mi madre.

Esta noche va a salir de su habitación, anuncié a Whitey. Será mejor que me lleve esa tarta a casa. Mi padre está haciendo la cena.

Mooshum me observó fijamente, con un atisbo de brillo severo en la mirada, y supe que le habían contado algo, al menos, de lo ocurrido.

Eso está bien, dijo. Ahora escúchame con atención, Oops. Tiene que salir. No dejes que se quede allí sentada. No la dejes sola demasiado tiempo.

Las sombras de un día primaveral y despejado se extendían por la carretera como el agua. Más allá de la apacible ciénaga, los motores de los coches rugían en un continuo vaivén hasta la ventanilla de la tienda de vinos y licores. Desde jardines invisibles, ocultos tras hileras de sauces y cerezos silvestres, se oían los gritos cortados y vibrantes de varias mujeres que llamaban a sus hijos para que volvieran a

casa. Un coche aminoró la marcha a mi lado y Doe Lafournais me señaló con la cabeza el asiento del copiloto vacío. Doe tenía un rostro tranquilo, una nariz aguileña y unos ojos amables. Tenía unos brazos fornidos y se mantenía fuerte cuando no estaba en la oficina gracias a un trabajo duro y constante: además de ser presidente y portero, había construido su casa con sus propias manos, y él y sus hijos también la habían echado a perder con sus propias manos. El lugar era un cúmulo de capas de cachivaches sobre más cachivaches, ahora interesantes. Siguió adelante cuando le dije que no con la cabeza y que ya le vería más tarde —esa noche iría a echarle una mano a Randall con la cabaña de sudación—. Clemence había metido la tarta dentro de una caja de cartón poco profunda. El vapor que desprendían las manzanas calientes brotaba por los resquicios de la corteza. El atardecer no refrescaba, pero no me importaba. Estaba dispuesto a sudar con tal de comerme esa tarta. Tomé el desvío hasta casa y Pearl surgió de entre las lilas. Soltó un solo y hondo ladrido al reconocermelo y, después de olisquear el aire a mi alrededor, me acompañó aproximadamente a un metro de distancia hasta la puerta trasera de casa. Allí me dejó y dio media vuelta para volver a tumbarse bajo su arbusto.

Mi padre me abrió la puerta. La cálida cocina olía a un intenso experimento.

Llegas justo a tiempo, dijo, y dejó la tarta en la encimera. Vamos a dejar que esto sea una sorpresa. El plato fuerte. Enseguida baja, Joe. Ve a lavarte.

Mientras me encontraba en el pequeño aseo que daba al despacho, oí las escaleras que crujían. Me quedé allí mientras me lavaba y secaba las manos lentamente. La verdad es que no tenía muchas ganas de ver a mi madre. Suena terrible, pero era la verdad. Aunque entendía perfectamente por qué me había golpeado, me molestaba tener que fingir que no había sucedido o que no importaba. El codazo no me había dejado un moratón visible y mi pómulo solo estaba un poco dolorido, pero no dejaba de palparme la zona y tener una y otra vez la sensación de estar herido. Cuando acabé de lavarme, doblé la toalla, tal vez por primera vez en mi vida, y la colgué con cuidado en el toallero.

En nuestro pequeño rincón del comedor, mi madre esperaba de pie detrás de la silla, sujetando, nerviosa, el respaldo de madera con las dos manos. El ventilador estaba encendido y mecía su vestido. Contemplaba la comida dispuesta sobre el sencillo mantel verde. La miré y enseguida me avergoncé de mi resentimiento: su rostro todavía presentaba evidentes magulladuras. Me activé. Mi padre había preparado un estofado. El choque de olores que me había golpeado al entrar en la cocina se debía a los ingredientes: nabos encurtidos con tomates en lata, remolacha y maíz, ajo chamuscado, carne de nombre desconocido y una cebolla pocha. El mejunje despedía un hedor penetrante.

Mi padre nos hizo señas para que nos sentáramos. Había patatas, levemente enfriadas, demasiado cocidas que, sin escurrir, se deshacían en una cazuela. Con

solemnidad fue llenando nuestros platos hondos. Después, nos quedamos mirando la comida. No rezamos. Por primera vez, echaba en falta algún ritual. No podía comenzar a comer sin más. Mi padre se dio cuenta de ello y habló con gran emoción, mirándonos a los dos.

Se necesita muy poco para ser feliz, declaró.

Mi madre respiró hondo y frunció el ceño. Apartó sus palabras con los hombros encogidos, como si la irritaran. Supongo que ya había oído antes su cita de Marco Aurelio, pero ahora, retrospectivamente, me doy cuenta de que intentaba ponerse una coraza. Para no sentir las cosas. No aludir a lo que había pasado. La emoción de él intentaba aferrarse a ella.

Sin más ceremonia, cogió la cuchara y la sumergió en el estofado. Tragó rápidamente el primer bocado. Me quedé expectante. Ambos miramos a mi padre.

Le he echado semillas de alcaravea, explicó con suavidad. ¿Qué te parece?

Mi madre cogió una servilleta de papel de la pila que mi padre había colocado en el centro de la mesa y se la llevó a los labios. Todavía tenía el rostro desfigurado con profundos arañazos morados y contusiones amarillentas, que iban cicatrizando. El blanco de su ojo izquierdo estaba escarlata y se le caía levemente el párpado, y lo haría en adelante, ya que el nervio había resultado dañado de forma irreversible.

¿Qué te parece?, preguntó de nuevo mi padre.

Mi madre y yo permanecíamos callados, con la mirada conmocionada tras lo que acabábamos de probar.

Creo, comenzó al fin, que será mejor que vuelva a cocinar yo.

Mi padre bajó los ojos y extendió las manos, componiendo la imagen de un hombre que lo había hecho lo mejor que podía. Hizo un mohín, hundió la cuchara en su plato, con una fingida jovialidad que se volvió forzada. Engulló una vez, luego otra. Me quedé horrorizado ante su fuerza mental. Yo me saqué con pan. El ritmo de sus cucharadas aminoró. Mi madre y yo seguramente comprendimos al mismo tiempo que mi padre, que había cuidado de mi abuela durante muchos años y que desde luego sabía cocinar, había fingido su ineptitud. Pero aquel estofado con un deje a cebollas podridas y que producía arcadas, resultaba tan satisfactoriamente infernal que nos levantó el ánimo a todos, al igual que lo había hecho la decisión de mi madre de volver a los fogones. Cuando me llevé la espantosa cena de la mesa y apareció la tarta, mi madre esbozó una leve sonrisa, apenas una pequeña mueca en los labios. Mi padre partió la tarta en tres partes iguales y sirvió un trozo de helado de vainilla Blue Bunny encima de cada uno. Me tocó terminar el de mi madre. Comenzó a tomarle el pelo a mi padre con el guiso.

Exactamente, ¿cuántos años tenían esos nabos?

Más años que Joe.

¿Y de dónde has sacado esa cebolla?

Ése es mi pequeño secreto.
¿Y la carne? ¿Lo atropellaste?
Dios mío, no. Murió en el jardín trasero.

No me preocupaba especialmente perderme la cena esa noche, porque sabía que, después de la cabaña de sudación de Randall, Cappy y yo nos pondríamos las botas. Éramos los guardianes del fuego. Suzette y Josey, las tías de Cappy, que habían convertido a los chicos de Doe en sus mascotas, siempre se encargaban de la comida. Las noches de ceremonia, dejaban preparado un festín, perfectamente organizado dentro de dos grandes neveras de plástico a lo largo de la pared del garaje. Más atrás, casi en el bosque, la cúpula de la cabaña de sudación, construida con ramas de árboles jóvenes, dobladas y amarradas entre sí, y cubierta de lonas procedentes de excedentes del ejército, aguardaba muy húmeda, atrayendo un sinfín de mosquitos. Cappy ya había encendido el fuego. Las piedras, los abuelos, estaban ya incandescentes en el centro. Nuestro trabajo consistía en alimentar el fuego, entregar las pipas sagradas y las pócimas, llevar las piedras hasta la puerta en las largas palas y cerrar y abrir las portezuelas. También echábamos tabaco al fuego cuando alguien desde el interior de la cabaña nos lo ordenaba, para subrayar alguna oración o petición especial. En las noches frescas, era un trabajo agradable: nos quedábamos sentados alrededor de la hoguera, charlando, calentitos. A veces asábamos en secreto alguna salchicha o nube en un palo, aunque se tratara de un fuego sagrado, y una vez Randall nos pilló. Nos aseguró que habíamos anulado el carácter sagrado del fuego con nuestras salchichas.

Cappy lo miró y le dijo, ¡pues vaya poder tiene tu fuego si le hemos chupado todo su carácter sagrado con nuestras raquílicas salchichas! No podía dejar de reírme. Randall levantó las manos y se alejó. Ahora hacía demasiado calor para asar nada, además sabíamos que al final comeríamos una barbaridad. Randall nos pagaba con comida y también nos dejaba conducir a veces su destartalado Oldsmobile. Normalmente era un trabajo más bien agradable. Pero esa noche, en vez de refrescar, hacía bochorno. No soplabla la menor brisa. Incluso antes de que se pusiera el sol, empezaron a revolotear a nuestro alrededor enjambres enteros de mosquitos. Sus embestidas nos obligaron a sentarnos más cerca de las llamas, para aprovecharnos del humo, lo cual solo consiguió hacernos sudar más. No paraban de picarnos a través de saladas y ahumadas capas de repelente.

Los amigos de Randall, que tocaban todos el tambor en las *powwows* o bailaban como él, aparecieron entre risas. Dos de ellos estaban borrachos, pero Randall no se percató de ello. Era maniático con que todo estuviera perfecto: el soporte para las

pipas, la colcha con la estrella extendida junto a la entrada, la concha de abulón para quemar salvia, los tarros de cristal con pócimas en polvo, el cubo y el cazo. Parecía que tenía en la cabeza un pequeño medidor capaz de alinear todos estos objetos. A Cappy le sacaba de quicio. Pero a otros les gustaba el estilo de Randall, y tenía amigos en todas partes; solo ese día había abierto un paquete de un amigo de Pueblo que contenía un tarro de pócima y que se encontraba junto con los demás. Estaba canturreando una canción de cargar la pipa mientras la armaba, con tal concentración que no advirtió que tenía la nuca cubierta de mosquitos devoradores. Los espanté con la mano.

Gracias, dijo, distraído. Rezaré por tu familia.

Eso está guay, respondí, aunque me hizo sentir incómodo. No me gustaba que rezaran por mí. Mientras daba media vuelta, sentí cómo las oraciones me iban subiendo por la espalda. Pero así también era Randall, siempre dispuesto a hacerte sentir un poco incómodo con la sincera superioridad de todo lo que estaba aprendiendo de los mayores, incluso de los tuyos, por tu bien. Mooshum había enseñado a Doe cómo levantar esta cabaña y Doe se lo había transmitido a Randall. Cappy advirtió mi gesto.

No te preocupes, Joe. También reza por mí. Y consigue a muchas chicas con su pócima. Así que debe seguir en activo.

Randall tenía un perfil pétreo, una piel suave y una larga trenza. Las chicas, sobre todo las blancas, sentían fascinación por Randall. Una alemana acampó en su jardín un mes entero un verano. Era bonita y había llevado las primeras sandalias Earth que se habían visto nunca en nuestra reserva, de modo que a Randall le tomaron el pelo con ellas. Alguien pudo ver bien la etiqueta, que ponía «Birkenstock», convirtiéndose así en el apodo de Randall.

El calor fue en aumento y engullíamos cazos enteros del agua sagrada de la cabaña de sudación. Envidiaba a los tipos que entraban en la cabaña, porque pasarían tal calor ahí dentro que el de fuera les parecería una brisa fresca al salir. Además el calor más abrasador de esos abuelos debilitaría a los mosquitos. Todos entraron en la cabaña. Cappy y yo llevamos las piedras hasta la portezuela con las palas largas. Randall las cogió de ellas con un par de cuernos de ciervo y las depositó en el hoyo central. Le entregamos todo el material y cerramos la portezuela. Empezaron a entonar sus cánticos y nosotros volvimos a rociarnos de repelente.

Habíamos terminado ya tres rondas y entregado los últimos abuelos. Subimos hasta casa para rellenar el dispensador de agua y, justo cuando salíamos a la terraza de atrás, se produjo una explosión. Ni siquiera oímos a nadie que gritara «puerta» para indicarnos que la abriéramos. El techo de la cabaña de sudación simplemente se hinchó y se levantó mientras los hombres luchaban por salir. Bramaban y movían los brazos frenéticamente en medio de las lonas. Se oían alaridos apagados. De pronto

salieron como pudieron: jadeando, chillando y rodando desnudos por la hierba. Los mosquitos se lanzaron en picado, agradecidos. Corrimos con el dispensador de agua. Randall y sus colegas nos señalaron sus rostros retorcidos de dolor y les empapamos la cabeza. En cuanto fueron capaces de ponerse en pie, de golpe, todos se marcharon a sus casas, tambaleándose o a todo correr. Las tías de Cappy llegaron en coche justo en ese momento y vieron a ocho hombres indios desnudos y cegados, que intentaban abrirse paso por el jardín. Suzette y Josey se quedaron en el coche.

Sentados todos en la casa en medio del montón de trastos de soltero, los hombres tardaron mucho en salir de su conmoción y comprender lo que había sucedido.

Creo que fue, dijo Skippy al fin, esa pócima de Pueblo. ¿Te acuerdas de que justo antes de que lanzaras un enorme puñado sobre las piedras diste las gracias a tu colega de allí y luego recitaste una larga oración?

Una oración larguísima, Birkenstock. Después, vertiste un poco de agua...

Vaya, dijo Randall. Mi amigo dijo que era un filtro de Pueblo. Estaba rezando por su situación con una mujer navajo. Cappy, ve a buscarme ese tarro.

No me des órdenes.

Está bien. Por favor, hermanito, ya que puedes ver cómo estamos todos en pelotas y traumatizados, ¿podrías ir a buscar ese tarro?

Cappy salió. Regresó. El tarro tenía una etiqueta.

Randall, dijo Cappy, la palabra «filtro» está escrita entre comillas.

El tarro contenía unos polvos pardos que no nos olieron muy fuerte: no como la raíz del oso, ni el *wiikenh* ni el *kinnikinnick*. Randall sujetó el tarro y frunció el ceño. Lo olfateó igual que un fino catador de vinos. Por último, se lamió el dedo, lo introdujo en el frasco y luego se lo llevó a la boca. Le lloraron los ojos al instante.

¡Ay, ay! Sacó la lengua.

Guindillas, exclamaron los demás. Guindilla especial de Pueblo. Observaron a Randall que bailaba por toda la habitación.

Tío, mirad cómo vuelan sus pies.

Habría que darle polvos de Pueblo en la próxima *powwow*.

Ya te digo, tío. Bebieron largos tragos de agua. Randall estaba en el fregadero con la lengua bajo el grifo.

Randall puso ese filtro en las piedras, dijo Skippy, pero cuando vertió encima cuatro grandes cazos de agua, entonces, joder, ¡el vapor se nos metió en los ojos y nos pusimos a respirar esa mierda! Quemaba un horror. ¿Cómo ha podido hacernos esto Randall, tío?

Todos miraron a Randall con la lengua bajo el chorro de agua.

Ojalá se ponga algo más de ropa, dijo Chiboy Snow.

Nos acordamos de las tías cuando oímos cómo se alejaba su coche. Nos asomamos. Habían dejado atrás dos bolsas de panecillos fritos indios recién hechos.

La grasa dibujaba oscuras y delicadas manchas en los envoltorios de papel.

Si nos traéis la ropa, nos dijo Skippy, y ese festín, os pagaré.

¿Cuánto?, preguntó Cappy.

Dos pavos a cada uno.

Cappy me miró. Me encogí de hombros.

Cargamos sus pertenencias dentro de casa y nos pusimos todos a comer. Llegó Randall y se sentó a mi lado. Tenía el gesto arrugado y descarnado como los demás. Tenía los ojos hinchados y rojos. Randall había realizado la mayor parte de sus estudios universitarios, y a veces me hablaba como si fuera un caso de los servicios sociales, y otras me trataba como si fuera su hermano pequeño. Éste era uno de esos tratos íntimos y familiares. Sus amigos ya estaban riéndose y comiendo. Se les pasó el enfado con Randall y ahora el ambiente era de diversión.

Joe, comenzó, vi algo allí dentro.

Me llené la boca con carne guisada para tacos.

Vi algo, prosiguió, y parecía sinceramente preocupado. Fue justo antes de que la guindilla lo hiciera volar todo por los aires. Estaba rezando por tu familia y por la mía, cuando de pronto vi a un hombre inclinado sobre ti, tal vez un policía, mirándote, y tenía el rostro blanco y unos ojos muy hundidos. Le rodeaba un aura plateada. Sus labios se movían y hablaba, pero yo no lograba oír nada de lo que decía.

Nos quedamos en silencio. Dejé de comer.

¿Qué debería hacer con eso, Randall?, pregunté con un hilo de voz.

Los dos vamos a hacer una ofrenda de tabaco, dijo. Y tal vez debas hablar con Mooshum. Era de mal agüero, Joe.

Mi madre cocinó durante toda la semana siguiente e incluso trabajó al aire libre, sentada en una raída silla de jardín mientras acariciaba el cuello de Pearl y miraba fijamente los matorrales de cerezos silvestres que delimitaban el jardín trasero. Mi padre pasaba en casa el mayor tiempo posible, pero todavía le llamaban para cerrar algunos asuntos. También se reunía a diario con la policía tribal y hablaba con el agente federal asignado al caso. Una vez, viajó a Bismarck y volvió en el día para hablar con Gabir Olson, el fiscal federal y viejo amigo suyo. El problema con la mayoría de los casos de violación donde intervenían personas indias era que, incluso si alguno conseguía llegar a juicio, el fiscal federal a menudo lo desestimaba por un motivo u otro. Normalmente por una avalancha de casos más importantes. Mi padre quería asegurarse de que eso no sucedería.

Los días transcurrieron así en ese falso interludio. El viernes por la mañana, mi padre me recordó que necesitaba mi ayuda. A menudo me ganaba un par de dólares

acercándome en bicicleta al despacho de mi padre después de las clases para recoger y echar el cierre al tribunal durante el fin de semana. Barría su pequeña oficina y limpiaba con un vaporizador la superficie acristalada de su escritorio de madera. Colocaba en su sitio los diplomas colgados en la pared y les quitaba el polvo. Universidad de Dakota del Norte. Facultad de Derecho de la Universidad de Minnesota, así como las placas que acreditaban sus servicios en asociaciones jurídicas. Tenía una lista con las plazas en las que estaba autorizado a ejercer que llegaba hasta el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Estaba orgulloso de ello. Al lado, en el gabinete contiguo convertido en despacho, hacía una limpieza a fondo. La sonrisa del presidente Reagan, con mejillas rubicundas, ojos confusos y dientes de actor de serie B desaparecía de la pared con su retrato oficial del Gobierno. Reagan sabía tan poco de los indios que pensaba que vivíamos en «reservas naturales». Había una lámina de nuestro sello tribal y otra del gran sello de Dakota del Norte. Mi padre había enmarcado una copia, que había envejecido para darle un aire antiguo, del Preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos, además de la Declaración de Derechos.

Una vez en su despacho, sacudí la alfombra de lana marrón. Ordené y enderecé los libros, que incluían las ediciones posteriores del viejo manual de Cohen que había en casa. Estaba la edición de 1958, publicada en la época en que el Congreso se mostraba decidido a acabar con las tribus indias: siempre la dejaba en la estantería y su rechazo a usarla representaba una silenciosa amonestación a los editores. Estaba la edición facsímil de 1971 y la de 1982: grande, pesada y muy desgastada. Junto a esos volúmenes había un ejemplar compacto de nuestro propio Código Tribal. También ayudaba a mi padre a archivar todo lo que no hubiera guardado Opichi Wold, su secretaria. Opichi, cuyo nombre significaba «petirrojo», era una mujer adusta, bajita y escuálida, con una mirada aguda. Eran los ojos y los oídos de mi padre en la reserva. Todo juez necesita tener un confidente allí. Opichi se enteraba de pequeñas cosas, llámenlo chismes, pero las decisiones de mi padre a menudo se sustentaban en lo que ella averiguaba. Sabía quién sería puesto en libertad provisional sin fianza y quién huiría. Sabía quién traficaba, quién solamente consumía, quién conducía sin carné, quién era maltratador, quién estaba rehabilitado, quién bebía, quién era peligroso o inofensivo para sus propios hijos. Era una mujer que no tenía precio, aunque su forma de archivar los documentos resultaba un tanto enigmática.

Guardábamos todos los papeles en la habitación contigua, en una sala más amplia donde se alineaban varios archivadores metálicos a lo largo de la pared. Siempre quedaban algunas carpetas encima de los armarios porque mi padre mostraba interés en leerlas de nuevo o anotaba cosas en ellas. Ese día advertí que había dejado fuera dos grandes pilas: unas carpetas de cartón marrones en las que Opichi había escrito a máquina y colocado pulcramente las etiquetas. La mayoría eran apuntes sobre casos,

resúmenes y reflexiones, borradores previos a la publicación de la sentencia definitiva. Pregunté si íbamos a archivarlas, porque me parecían demasiadas para terminar antes de la hora de la cena.

Nos las llevamos a casa, dijo mi padre.

Eso era algo absolutamente inaudito. Su despacho en casa era su refugio de todo lo que sucedía en el tribunal tribal. Estaba orgulloso de dejar el torbellino de toda la semana en su sitio. Pero ese día cargamos las carpetas en el asiento trasero. Metimos mi bicicleta en el maletero y volvimos a casa.

Meteré esas carpetas en casa yo mismo después de cenar, anunció de camino. Así me enteré de que no quería que mi madre le viera introducir esos expedientes en casa. Después de aparcar, sacamos la bicicleta y rodeamos la casa. Mientras entraba por la puerta de la cocina, oí un gran estrépito. Y acto seguido, un leve grito, agudo y lleno de angustia. Eché a correr. Mi madre apoyaba la espalda en el fregadero, temblando y con la respiración entrecortada. Mi padre se encontraba a pocos pasos de ella con las manos extendidas, aferrando en vano el aire con forma de mi madre, como si quisiera abrazarla pero sin hacerlo. Entre ambos yacía en el suelo una fuente de estofado chorreante, hecha añicos.

Miré a mis padres y comprendí lo que había sucedido exactamente. Mi padre había entrado —mi madre debía de haber oído el coche, ¿y no había ladrado Pearl?—. También caminaba con paso pesado. Siempre hacía ruido y era, como ya he mencionado, un hombre algo torpe. Me había fijado que en la última semana siempre gritaba alguna tontería al llegar a casa, algo como ¡Ya estoy en casa! Pero quizá se le olvidara. Quizá fuera demasiado sigiloso esta vez. Quizá entrara en la cocina como solía hacerlo y después abrazara a mi madre por la espalda. En nuestra antigua vida, ella habría seguido atareada en los fogones o en el fregadero mientras él echaría un vistazo por encima de su hombro y le hablaría. Permanecerían así juntos, componiendo un pequeño cuadro de feliz regreso a casa. Después, acabaría llamándome para que le ayudara a poner la mesa. Se cambiaría de ropa rápidamente mientras ella y yo daríamos los últimos toques a la cena, y al final nos sentaríamos todos juntos a la mesa. No íbamos a la iglesia. Éste era nuestro ritual. Nuestro partir el pan, nuestra comunión. Y todo empezaba con ese momento de confianza, cuando mi padre se acercaba a mi madre por detrás y ella sonreía al oírle sin volverse. Pero ahora estaban mirándose el uno al otro con impotencia ante la fuente rota.

Era el tipo de momento —ahora me doy cuenta— que podría haberse resuelto de varias maneras. Ella podría haberse echado a reír, a llorar, o podría haberse arrojado a sus brazos. O él podría haberse arrodillado, fingiendo el infarto que acabaría con su vida años después. La habría sacudido de su conmoción. Ella le habría ayudado. Después, habríamos recogido los destrozos, preparado unos sándwiches y todo habría seguido adelante. Si nos hubiéramos sentado juntos a la mesa esa noche, creo

sinceramente que las cosas habrían seguido como si tal cosa. Pero el rostro de mi madre se ruborizó sombríamente y un escalofrío imperceptible le recorrió todo el cuerpo. Respiró hondo y se llevó la mano a su rostro malherido. Después, pasó por encima de la fuente rota en el suelo y se alejó despacio. Yo quería que gritara, estallara o arrojara algo. Cualquier cosa habría sido mejor que la sensación de suspensión congelada con la que subió las escaleras. Esa noche llevaba un vestido liso y azul. Sin medias. Unos mocasines negros Minnetonka. Mientras subía peldaño a peldaño, mantenía la mirada al frente y se sujetaba firmemente a la barandilla con la mano. Sus pasos eran silenciosos. Parecía como si flotara. Mi padre y yo la habíamos seguido hasta el umbral, y creo que, mientras la contemplábamos, ambos tuvimos la misma sensación de que ascendía a un lugar de absoluta soledad del que tal vez nunca regresaría.

Permanecemos juntos incluso después de que cerrara la puerta del dormitorio con un chasquido. Al final, dimos media vuelta y, sin mediar palabra, regresamos a la cocina para recoger los restos de estofado y de la fuente rota. Juntos tiramos los desechos a la basura. Mi padre se detuvo tras cerrar la tapa del cubo. Agachó la cabeza y, en ese instante, reparé por primera vez en que rezumaba una desolación que terminaría apoderándose de él con una fuerza creciente. Cuando permaneció allí sin pestañear, me asusté de verdad. Puse rápidamente la mano en su brazo. Era incapaz de decir lo que sentía, pero esa vez, al menos, mi padre levantó los ojos.

Ayúdame a meter esas carpetas en casa. Su voz sonaba brusca y apremiante. Empezaremos esta noche.

Y eso hice. Descargamos el coche. Después, preparamos rápidamente un par de sándwiches de cualquier manera. (Preparó uno con más esmero y lo colocó en un plato. Yo partí una manzana y dispuse los trozos alrededor del pan, la carne y la lechuga. Cuando mi madre no respondió tras llamar a la puerta, dejé el plato delante de su habitación). Con la comida en las manos, entramos en el despacho de mi padre y nos llenamos la boca mientras contemplábamos las carpetas con el gesto fruncido. Arrojam las migas al suelo. Mi padre encendió las lámparas. Se acomodó detrás de su escritorio y me indicó que me sentara en la butaca donde solía leer.

Está ahí dentro, afirmó señalando las gruesas carpetas.

Comprendí que yo le iba a ayudar. Mi padre me trataba como a su asistente. Él estaba al tanto, por supuesto, de mis lecturas a escondidas. Instintivamente, eché un vistazo a la estantería donde guardaba el manual de Cohen. Asintió otra vez, arqueó levemente las cejas y me señaló con los labios la pila de expedientes que tenía junto a mi codo. Nos pusimos a leer. Fue entonces cuando comencé a comprender quién era mi padre, lo que hacía todos los días y lo que había sido su vida.

Durante el transcurso de la siguiente semana, seleccionamos varios casos del

corpus de su trabajo. Durante ese tiempo, que se correspondía con la última semana de clase, mi madre fue incapaz de abandonar el dormitorio. Mi padre le llevaba la comida. Yo me sentaba a su lado por las tardes y le leía versos de *The Family Album of Favorite Poems* hasta que se quedaba dormida. Era un viejo volumen granate con una portada ajada, que mostraba a hombres blancos felices leyendo poemas en la iglesia, a los niños antes de dormir o susurrándolos al oído de su enamorada. No me dejaba que le leyera nada edificante. Tenía que leerle los cuentos en verso de siempre con sus palabras rimbombantes y toscas rimas. «Ben Bolt», «The Highwayman», «The Leak in the Dike». En cuanto su respiración se tornaba regular, me escabullía sigilosamente, aliviado. Ella dormía y dormía, como si compitiera en un maratón de sueño. Comía poco. Lloraba a menudo, un llanto estridente y monótono, que intentaba ahogar en las almohadas y que reverberaba al otro lado de la puerta de la habitación. Yo bajaba las escaleras, iba al despacho con mi padre y seguía leyendo los expedientes.

Leíamos con concentrada intensidad. Mi padre estaba convencido de que en alguna parte de sus informes, notas, resúmenes y decisiones se hallaba la identidad del hombre cuya acción estuvo a punto de cercenar el espíritu de mi madre de su cuerpo.

Capítulo tres

Justicia

16 de agosto de 1987

Durlin Peace, Demandante

contra

Bingo Palace, Lyman Lamartine, Demandados

Durlin Peace trabaja como portero en el Bingo Palace y en el Casino, y está bajo las órdenes directas de Lyman Lamartine. Le despidieron el 5 de julio de 1987, dos días después de discutir con su jefe. Un testigo declaró que la discusión fue oída por varios empleados y giraba sobre una mujer con la que ambos salían.

El 4 de julio, la barbacoa para los trabajadores se celebró en el patio trasero del Bingo Palace. Durante esa barbacoa, Durlin Peace, que había estado arreglando algún equipamiento esa misma mañana, abandonó el recinto a pie. Lyman Lamartine le detuvo y le pidió que se vaciara los bolsillos. En uno de ellos, se encontraron seis arandelas, por un valor aproximado de 15 centavos cada una. Lyman Lamartine acusó entonces a Durlin Peace de intentar robar bienes de la empresa y le despidió.

Durlin Peace sostuvo que las arandelas eran suyas. Como dichas arandelas, examinadas por el juez Coutts, no mostraban marca alguna que las distinguiera, no existía ninguna prueba de que pertenecieran al Bingo Palace. Dado que no se han encontrado fundamentos válidos para despedir a Durlin Peace, se resuelve que sea readmitido en el Bingo Palace.

¡¿Arandelas?!, exclamé.

¿Qué pasa con ellas?, preguntó mi padre.

Miré de nuevo el expediente.

Aunque éste no fuese un caso que señaláramos como importante, lo recuerdo muy bien. Aquí estaban. Los asuntos de gran enjundia a los que mi padre dedicaba su tiempo y su vida. Por supuesto, yo había estado en el tribunal cuando mi padre había tratado este tipo de casos. Pero siempre había creído que me apartaban de los asuntos más importantes, dolorosos, violentos o demasiado complejos, por mi edad. Me había imaginado que mi padre dirimía relevantes cuestiones legales, que trabajaba en pro de los derechos recogidos en los tratados, por recuperar las tierras, que miraba a los asesinos a los ojos, que arrugaba el ceño cuando los testigos tartamudeaban y cerraba la boca a los arteros abogados con un destello de ironía. No dije nada, pero a medida que iba leyendo, me invadió un creciente sentimiento de consternación. ¿Para qué había escrito ese manual Felix S. Cohen? ¿Dónde estaba la grandeza? ¿El

dramatismo? ¿El respeto? Todos los casos que había juzgado mi padre eran casi igual de nimios, ridículos o de poca monta. Si bien algunos resultaban desgarradores, o una mezcla de tristeza e idiotez, como el caso de Marilyn Shigaag, que robó cinco perritos calientes de una gasolinera y se los comió en los aseos de la misma gasolinera, ninguno de ellos alcanzaba la grandeza que yo me había imaginado. Mi padre castigaba a ladrones de perritos calientes y examinaba arandelas —ni siquiera lavadoras—, tan solo arandelas que valían 15 centavos la pieza.

8 de diciembre de 1976

*En presencia del juez Antone Coutts, presidente del tribunal,
la jueza Rose Chenois y el juez asociado Mervin «Tubby»
Ma'ingan.*

Tommy Thomas et al., Demandantes

contra

Vinland Super Mart et al., Demandados

Tommy Thomas y los demás demandantes de este caso eran miembros de la tribu chippewa, y Vinland era y es una gasolinera y tienda de comestibles no india, que, aunque situada esencialmente en un terreno de pleno dominio (antigua parcela adquirida), se encuentra rodeada por terrenos tribales en fideicomiso. Los demandantes alegaron que durante las transacciones comerciales que se llevaban a cabo en Vinland Super Mart, se cobraba un recargo del 20% en todas las operaciones realizadas con miembros de la tribu que mostraran tener señales de demencia imputables a la edad, o inocencia debida a una juventud extrema, trastorno mental, estado de embriaguez o confusión general.

Los propietarios, George y Grace Lark, no negaron que en algunas ocasiones se cobrara un recargo del 20% en los tiques de la caja registradora. Defendieron sus actuaciones insistiendo en que era una manera de compensar las pérdidas ocasionadas por los hurtos en la tienda. Los demandados alegaron que el tribunal tribal no tenía jurisdicción sobre la persona de los demandados ni competencia por razón de la materia sobre dichas transacciones, en las que se fundamentaba la querrela de los demandantes.

El tribunal resolvió que, si bien el edificio de la gasolinera se encontraba en la parcela número 122093, la zona de aparcamiento, el área de los contenedores de basura, la acera que llevaba hasta allí, los surtidores, las bocas de incendio, el sistema de alcantarillado, el campo de drenaje de la fosa séptica, las vallas de hormigón del aparcamiento, las mesas exteriores y las macetas con plantas decorativas estaban situados en terrenos tribales en fideicomiso, de modo que para entrar en Vinland Super Mart, los clientes, miembros tribales en un 86%, tenían que conducir y luego

caminar por terrenos tribales en fideicomiso.

Este tribunal alegó tener jurisdicción sobre la causa y, como no se presentaron pruebas que negaran la aplicación de los recargos, resolvió a favor de los demandantes.

Mi padre había puesto esa carpeta a un lado.

Parece un caso bastante anodino, comenté, intentando disimular la desilusión en mi voz.

En ese caso fui capaz de alegar jurisdicción limitada sobre una empresa propiedad de un no indio, dijo mi padre. El caso resistió la apelación. Había orgullo en su voz.

Eso fue gratificante, prosiguió, pero no es la razón por la que he seleccionado este caso. Lo he apartado para analizarlo más a fondo por las personas implicadas.

Miré la carpeta otra vez.

¿Tommy Thomas *et al.* o los Lark?

Los Lark; aunque Grace y George han fallecido, Linda vive aún. Así como su hijo Linden, a quien no se menciona en el auto ni tuvo parte en el asunto, pero que no obstante aparece en otra demanda, más compleja emocionalmente. Los Lark eran el tipo de gente que alardeaba de su buena relación con los «indios buenos», a quienes despreciaban en secreto y trataban abiertamente con condescendencia, para demostrar su amor en general por los indios, a quienes se encargaban de engañar. Los Lark eran empresarios incompetentes y ladrones de poca monta, pero también se engañaban a sí mismos. Mientras sus principios morales para el resto del mundo eran inflexibles, siempre encontraban alguna justificación para sus propias deficiencias. Es ese tipo de gente, continuó mi padre, verdaderamente hipócrita, de tres al cuarto, que en determinadas ocasiones es capaz de cometer atrocidades a la menor oportunidad que se le presente. Los Lark, de hecho, eran fervientes detractores del aborto. Y sin embargo, cuando nacieron sus gemelos, estaban dispuestos a dejar morir al bebé más débil y (tal y como pensaron en su momento) con malformaciones: una niña. Toda la reserva se enteró de ello porque las enfermeras del hospital apartaron a la criatura deforme. Betty Wishkob, miembro de la tribu, que era una enfermera del turno de noche, consiguió adoptar a la niña. Lo cual nos conduce al otro caso.

En la causa de la herencia de Albert y Betty Wishkob

Albert y Betty Wishkob, ambos miembros inscritos de la tribu chippewa y residentes en la reserva, fallecieron dentro del estado, dejando cuatro hijos: Sheryl Wishkob Martin, Cedric Wishkob, Albert Wishkob Jr. y Linda Wishkob, nacida con el nombre de Linda Lark. Linda fue acogida por los Wishkob sin adopción formal y se crio en el

seno de la familia como una niña india. A la muerte de sus padres adoptivos, los otros hijos, que se habían marchado de la reserva, accedieron a que Linda siguiera viviendo como siempre en la vivienda de Albert y Betty, situada en la parcela número 1002874 de sesenta y cinco hectáreas, que había vuelto a ser otorgada en fideicomiso a la tribu por el Gobierno tras la Ley de Reorganización India de 1934. El 19 de enero de 1986, Grace Lark, madre biológica de Linda Lark Wishkob, presentó una apelación ante este tribunal para que se le otorgara la tutela legal de su hija Linda, ahora de mediana edad, a fin de administrar sus bienes.

Grace Lark alegó que una enfermedad contraída después de que Linda fuera sometida a una compleja intervención quirúrgica le había provocado una depresión severa y confusión mental. Grace Lark manifestó abiertamente que estaba interesada en urbanizar las sesenta y cinco hectáreas que, según reclamaba, habían sido legadas en herencia a Linda a la muerte de sus padres adoptivos.

El último párrafo estaba escrito a mano, solo para que lo viera mi padre.

Dado que Linda no es india de sangre, dado que no hay pruebas de que los Wishkob adoptaran legalmente a Linda, dado que Grace Lark no hizo el menor intento por contactar con los otros tres herederos implicados y, además, dado que Linda Lark Wishkob, en la opinión del tribunal, no solo estaba mentalmente capacitada sino que además estaba más cuerda que muchos de los que habían declarado ante el tribunal, incluida su madre biológica, se desestimó la demanda con efectos de cosa juzgada.

Qué raro, comenté.

Se vuelve más raro aún, añadió mi padre.

¿Cómo?

Lo que has oído no es más que la punta del iceberg de un psicodrama que, durante años, consumió tanto a los Lark, que entregaron a su hija, como a los Wishkob, que, con su bondad, salvaron y criaron a Linda. Cuando los hermanos Wishkob supieron de la demanda, un torpe, codicioso y mezquino intento por apropiarse y aprovecharse de una herencia que nunca fue, y de unas tierras que nunca podrían ser al dejar de tener propiedad tribal, se pusieron furiosos. Sheryl, la hermana adoptiva mayor de Linda, tomó medidas inmediatas y organizó un boicot a la gasolinera de los Lark. No se limitó a eso y ayudó a Whitey a conseguir un crédito. Ahora todo el mundo acude al negocio de Whitey. Whitey y Sonja han llevado a los Lark a la quiebra. Durante ese tiempo, Linden, el hijo de la señora Lark, perdió su empleo en Dakota del Sur y regresó a casa para ayudar a su madre con la alicaída empresa. La mujer falleció de un aneurisma fulminante. El hijo culpó a los Wishkob, a su hermana Linda, a Whitey

y Sonja y al juez en esta causa, o sea, yo, de su muerte y de su probable bancarrota, que se antoja ahora inevitable.

Mi padre miró las carpetas con el ceño fruncido.

Le vi en el tribunal. La gente dice que tiene mucha labia, que es un autentico encantador de serpientes. Pero durante todo el juicio no dijo ni mu.

¿Podría ser él...?, pregunté.

¿Agresor? No lo sé. Es un caso extraño. Tras la muerte de su madre, se metió en política durante un tiempo. En el juicio, es posible que cayera en la cuenta, para su disgusto, de las cuestiones jurisdiccionales que afectan a la reserva y sus inmediaciones. Escribió una carta incendiaria al *Fargo Forum*. Opichi la recortó. Recuerdo que rebosaba de los habituales «hay que disolver las reservas», recurrió a la vieja arenga de los *redneck*^[3], «les ganaremos con todas las de la ley». Nunca entienden que las reservas existen porque nuestros antepasados firmaron transacciones legales. Pero algo debió de calar porque enseguida tuve noticia de que Linden recaudaba fondos para Curtis Yeltow, que se presentaba a gobernador y compartía sus ideas. También he oído, por mediación de Opichi, por supuesto, que Linden aparece involucrado en un capítulo local y medio secreto de *Posse Comitatus*^[4]. Ese grupo considera que los poderes del funcionario electo del Gobierno más importante han de residir en el *sheriff* local. Lo último que he oído es que Lark vive en la casa de su madre. Lleva una vida tranquila y viaja mucho. A Dakota del Sur, se supone. Se ha vuelto muy reservado. Opichi dice que hay una mujer, pero solo se la ha visto en un par de ocasiones. El hombre va y viene a horas extrañas, pero hasta el momento no hay ninguna señal de que trafique con drogas ni que quebrante la ley de modo alguno. Sí sé que la madre era una experta incitando a la violencia emocional. Otras personas absorbían su ira. Era una anciana blanca, enclenque y de aspecto frágil. Pero se creía en posesión de todos los derechos de modo autoritario y absoluto. Era puro veneno. Tal vez Lark siguió adelante o tal vez absorbió su veneno.

Mi padre se dirigió a la cocina a llenarse la taza. Observé las carpetas fijamente. Quizá fuera entonces cuando reparé en que cada una de las sentencias de mi padre estaban rubricadas con una pluma estilográfica, cuya tinta presentaba un lírico tono índigo. Su caligrafía era meticulosa, casi victoriana, con la floritura de otros tiempos. He aprendido desde entonces que siempre se dan dos constantes en la vida de los jueces. Todos tienen perros y todos tienen alguna extravagancia particular que los hace inolvidables. En este caso, me parece, era la pluma estilográfica, aunque en casa mi padre usaba un bolígrafo. Abrí el último expediente que había en el escritorio. Lo leí.

1 de septiembre de 1974

Frances Whiteboy, Demandante

contra

Asiginak, Policía Tribal, Vince Madwesin, Demandados

William Sterne, abogado, Hoopdance, de la parte demandante

y Johanna Coeur de Bois, abogada de la parte demandada

El 13 de agosto de 1973, se celebró una ceremonia de la Tienda Vibrante, en la vieja casa redonda al norte del lago de la reserva. La Tienda Vibrante es uno de los rituales ojibwes más sagrados, y no aparecerá descrito aquí salvo para mencionar que dicha ceremonia tenía por objeto curar a los solicitantes y dar respuesta a cuestiones espirituales.

Aquella noche, habían acudido allí más de cien personas, muchas de las cuales bebían, rodeando el gentío. Uno de los que bebían era Horace Whiteboy, hermano de Francis, el demandante en esta causa. El oficiante de la ceremonia, Asiginak, había solicitado a Vince Madwesin, de la policía tribal local, que se hiciera cargo de la seguridad del ritual. Vince Madwesin pidió a Horace Whiteboy y a los demás bebedores que abandonaran la zona.

Es culturalmente inaceptable, incluso es una ofensa, beber en una ceremonia de la Tienda Vibrante, y Madwesin actuó adecuadamente al pedir a los bebedores que se marcharan. Al darse cuenta de que cometían una violación flagrante del protocolo sagrado, varios de ellos abandonaron el lugar. Horace Whiteboy fue visto mientras se alejaba carretera abajo, dando tumbos, entre aquellos bebedores. Sin embargo, tal y como aseguran varios testigos, el espíritu de la tienda habitada por Asiginak advirtió a los que escuchaban que Horace Whiteboy se hallaba en peligro.

El cuerpo sin vida de Horace Whiteboy fue encontrado la tarde siguiente a la ceremonia. Después de dejar aparentemente el grupo de bebedores en la carretera, había dado media vuelta para intentar regresar a la casa redonda. Por lo visto, el joven decidió echarse a los pies de la colina. Fue hallado debajo de unos matorrales, tumbado boca arriba; se había ahogado con su propio vómito.

Francis Whiteboy, hermano de Horace, denuncia negligencia en las actuaciones de Asiginak (que se encontraba dentro de la tienda y tenía conocimiento por los espíritus de que su hermano estaba en peligro) y de Vince Madwesin (a quien se le encomendó la seguridad del acto, aunque no estaba de servicio y no recibió remuneración alguna).

El tribunal resolvió que la única responsabilidad de Asiginak era permitir que los espíritus expresaran, a través de su presencia, lo que ellos sabían. Y cumplió con esa responsabilidad.

Las actuaciones de Vince Madwesin para garantizar la seguridad de la ceremonia de la Tienda Vibrante fueron apropiadas y, puesto que no estaba de servicio ni recibió remuneración alguna por ello, no se pueden presentar acciones legales contra la policía tribal. La responsabilidad de Madwesin consistía en cerciorarse de que las personas ebrias abandonaran el lugar. No era responsable de los actos de los bebedores.

Un individuo que bebe hasta perder el conocimiento corre el riesgo de perecer de manera accidental. La muerte que sufrió Horace Whiteboy, por muy trágica que sea, fue el resultado de sus propios actos. Si bien la compasión debería ser la norma que rija respecto a los alcohólicos, cuidarlos como uno cuida de los niños no es lo que prescribe la ley. El comportamiento de Horace Whiteboy tuvo como resultado su propia muerte y sus propias decisiones sellaron su destino.

El tribunal falló a favor de los demandados.

Y éste, ¿por qué?, pregunté cuando mi padre regresó.

Era tarde. Mi padre se sentó, bebió un sorbo de café y se quitó las gafas de leer. Se frotó los ojos y, tal vez por cansancio, habló sin pensar.

Por lo de la casa redonda, dijo.

¿La vieja casa redonda? ¿Ocurrió allí?

No respondió.

Lo que le pasó a mamá, ¿ocurrió allí?

Seguía sin contestar.

Revolvió los papeles y se levantó. La lámpara iluminó las arrugas de su rostro, transformándolas en profundos surcos. Parecía tener mil años.

Capítulo cuatro

Estridente como un susurro

Cappy era un tipo escuálido con manos y pies grandes, pero de pómulos fuertes, nariz recta, dientes grandes y blancos, y de pelo lacio y lustroso que le caía sobre un ojo castaño de mirada enternecedora. Las chicas le adoraban, incluso a pesar de llevar siempre las mejillas y la barbilla llenas de arañazos y de tener una brecha en una ceja, donde una piedra le había abierto la frente. Su bicicleta era un modelo de diez marchas, oxidada, de color azul, que Doe había recuperado de la misión. Dado que su casa estaba atestada de herramientas tiradas por todo el suelo, Cappy la tenía medio arreglada. Aun así, solo funcionaba la primera marcha. Y los frenos fallaban sin previo aviso. Por ello, cuando Cappy montaba en bicicleta, se veía a un chico delgado y oscuro que pedaleaba muy rápido hasta que sus piernas se tornaban borrosas y que, de vez en cuando, arrastraba los pies para frenar, o, si aquello no resultaba, se arrojaba sobre el manillar de un modo suicida. Angus tenía una BMX rosa y destartalada, que tenía intención de pintar hasta que descubrió que el color impedía que se la robasen. La bicicleta de Zack era nueva y de un color negro muy guay, porque su padre se la había regalado después de llevar dos años sin aparecer. Como no podíamos conducir de forma legal (aunque por supuesto conducíamos en cuanto podíamos), las bicicletas nos permitían un cierto grado de libertad. No teníamos que depender de Elwin ni de los caballos de Whitey, aunque también montábamos esos caballos cada vez que podíamos. No teníamos que pedirle a Doe ni a la madre de Zack que nos llevaran, lo cual era una suerte porque en el primer día de vacaciones no nos habrían llevado adonde nosotros queríamos ir.

Zack había podido confirmar, tras escuchar la crepitante radio de la policía (algo que hacía constantemente), el lugar donde se había cometido la agresión contra mi madre. Era la casa redonda. Un camino de tierra atravesaba el monte y conducía a la vieja cabaña redonda de troncos situada en el otro margen del lago de la reserva. A primera hora de aquella mañana, me levanté y me vestí sin hacer ruido. Bajé sigilosamente y dejé salir a Pearl. Juntos, orinamos fuera, en los matorrales del jardín trasero. No quería tirar de la ruidosa cadena del váter. Me deslicé de nuevo en casa, entreabriendo lo justo la puerta mosquitera para que no chirriase y cerrándola despacio para que no diera un portazo. Pearl entró conmigo y me observó en silencio mientras yo llenaba una bolsa con sándwiches de mantequilla de cacahuete. Los guardé en mi mochila con un bote de pepinillos en vinagre de mi madre y una jarra de agua. Había aceptado escribir una nota a mi padre para decirle dónde estaba —me había hecho prometer hacerlo durante todo el verano—. Escribí la palabra «LAGO» en el bloc de papel amarillo que mi padre había dejado para mí sobre la encimera. Arranqué media hoja y garabateé otra nota que me guardé en el bolsillo. Puse la

mano en la cabeza de Pearl y la miré a sus ojos claros.

Cuida de mamá, dije.

Cappy, Zack y Angus debían encontrarse conmigo un par de horas más tarde en un mojón que solíamos utilizar junto a la carretera estatal, al otro lado de la cuneta. Allí dejé la otra nota, explicándoles que me había adelantado. Lo había decidido así porque quería estar solo en la casa redonda cuando llegara allí.

Era una preciosa mañana de junio. El rocío todavía estaba fresco en los escaramujos y en la savia de los rastrojos sesgados del pasado otoño, pero sabía que, llegada la tarde, haría calor. Una tarde clara y calurosa. Habría garrapatas. Apenas se veía a nadie a esas horas. Solo me adelantaron dos coches por la carretera. Tomé el desvío de Mashkeeg, un camino de grava bordeado de árboles, que daba parcialmente la vuelta al lago. Junto al lago se alzaban algunas casas, protegidas por unos arbustos. De vez en cuando, aparecía algún perro, pero yo pedaleaba rápido y cruzaba su territorio tan veloz que pocos ladraron y ninguno me siguió. Ni siquiera una garrapata, que cayó de un árbol dando vueltas en el aire hasta mi brazo, pudo aferrarse a mí. La rechacé de un manotazo y pedaleé aún más rápido hasta alcanzar la estrecha carretera que conducía a la casa redonda. Todavía seguía cortada por conos de señalización y barriles de aceite pintados. Supuse que serían obra de la policía. Me bajé de la bicicleta y fui caminando con ella, observando detenidamente el suelo y debajo de la hojarasca de los arbustos a lo largo del camino. La zona se había cubierto de una gruesa capa de hojas en las últimas dos semanas. Yo buscaba cualquier detalle que otros ojos pudieran haber pasado por alto, como en una de las novelas policiacas de Whitey. No vi nada fuera de su sitio, aunque, o más bien, dado que se trataba del bosque y todo estaba fuera de lugar y salvaje, no vi nada en su sitio. Una zona limpia. Algo que no pareciera encajar o que desentonara. Un tarro vacío, la chapa de una botella, una cerilla quemada. El área había sido rastreada a conciencia para retirar todo elemento que no le perteneciera, y llegué al claro donde se encontraba la casa redonda sin hallar nada interesante ni significativo.

Todavía no se había cortado el césped, pero la zona donde aparcaban los coches aparecía cubierta de cierta maleza. Los caballos habían arrancado de raíz todas las plantas buenas y ahora pequeñas y rígidas malas hierbas raspaban las ruedas de mi bicicleta. El hexágono hecho con troncos descansaba sobre un leve montículo, rodeado de una hierba suntuosa, larga y espesa, de un verde resplandeciente. Solté la bicicleta. Hubo un momento de intenso silencio. Después, un leve susurro de aire pasó entre las rendijas de los troncos plateados de la casa redonda. Emocionado, me sobresalté. Aquel lamento parecía manar del mismísimo edificio. El sonido me impregnó por completo, rebotándose. Al fin, cesó. Decidí acercarme. Mientras subía la colina, una brisa me erizó el vello de la nuca. Pero cuando llegué a la casa redonda, el sol semejava una mano cálida sobre mis hombros. El lugar parecía tranquilo. No

había ninguna puerta. Había tenido una, pero la enorme tabla de madera rectangular había sido arrancada y arrojada a un lado. La hierba crecía entre las rendijas de las tablas de madera. Me detuve en el umbral. El interior estaba en penumbra, aunque cuatro pequeños y destrozados ventanucos se abrían a cada lado. El suelo estaba limpio, sin envases vacíos ni papeles ni mantas. La policía lo había recogido todo. Percibí un leve olor a gasolina.

En los viejos tiempos, cuando los indios no podían profesar su religión —bueno, en realidad no tan viejos; en los tiempos anteriores a 1978—, la casa redonda se utilizaba para celebrar ceremonias. La gente fingía que se trataba de una sala de baile social o llevaba su Biblia a las reuniones. En aquellos tiempos, los faros del coche del sacerdote al acercarse por la larga carretera iluminaban la ventana sur. Para cuando llegaba el cura o el superintendente de la Oficina de Asuntos Indios, los tambores de agua, las plumas de águila, las bolsas de pócimas, los rollos de corteza de abedul y las pipas sagradas ya se encontraban a bordo de un par de lanchas en medio del lago. La gente sacaba la Biblia y leía en voz alta el Eclesiastés. Una vez le pregunté a Mooshum por qué leían ese libro de la Biblia. Capítulo 1, versículo 4, respondió. Generación va y generación viene; mas la tierra siempre permanece. Nosotros también pensamos así. A veces bailábamos en cuadrillas, explicó Mooshum, nuestro sumo hechicero de Midewiwin^[5] era un magnífico maestro de baile.

Hubo un viejo cura católico, que solía sentarse con los hombres medicina. El padre Damien enviaba a casa al superintendente. Después, los tambores de agua, las plumas y las pipas regresaban. El viejo cura se sabía las canciones. Ningún sacerdote conoce esas canciones ya.

Por el informe de Zack sobre la conversación de su padrastro en la radio y por el silencio de mi padre cuando le mencioné la casa redonda, había conseguido localizar el escenario del crimen a grandes rasgos. Pero ignoraba el lugar exacto. En ese momento, tuve una certeza. Lo supe. La había agredido ahí. El viejo lugar de ceremonias me lo había dicho; me lo había gritado con la angustiada voz de mi madre, pensaba ahora, y se me llenaron los ojos de lágrimas. Dejé que me resbalaran por las mejillas. No había nadie allí para verme, de modo que ni siquiera me las enjuagué. Me quedé allí, en el umbral sombreado, pensando con las lágrimas. Sí, las lágrimas pueden ser pensamientos, ¿por qué no?

Me concentré en la huida, tal y como me la había descrito mi padre. Nuestro coche aparcado a los pies de la colina, justo detrás de una maraña de matorrales. Además, nadie podía llegar por la carretera desde ese lado. Un poco más abajo, había una playa a la que se accedía más fácilmente por una carretera que bordeaba el lago por el otro lado. Por supuesto, el violador —solo que no empleé esa palabra; utilicé «agresor»—, el agresor había contado con que este lugar solitario permaneciera desierto. Lo cual implicaba que algo sabía acerca de la reserva y necesitó una

planificación mayor. La gente solía beber en esa playa por la noche, pero para acceder a ella desde la casa redonda había que cruzar una alambrada y después abrirse paso entre matorros. La agresión había tenido lugar más o menos donde yo me encontraba. El hombre la dejó aquí mismo, para ir a buscar otra caja de cerillas. Rechacé todo pensamiento sobre mi madre aterrorizada arrastrándose con dificultad hasta el coche. Calculé a qué distancia debió de alejarse el agresor en busca de las cerillas para que no le diera tiempo a regresar corriendo y alcanzarla.

Mi madre se había incorporado y había salido corriendo por la puerta, colina abajo hasta el coche. Si no la vio, su agresor debió de bajar por el lado opuesto de la colina, hacia el norte. Caminé por donde supuse que se habría ido, entre la hierba, hasta la alambrada. Levanté el alambre de arriba y me deslicé al otro lado. Otra alambrada conducía hasta el lago en medio de una espesa maraña de abedules y álamos. Seguí la alambrada hasta la orilla del lago y continué avanzando hasta el agua.

El hombre debía de tener un escondrijo en alguna parte o tal vez otro coche: uno aparcado junto a la playa. Volvió a por más cerillas cuando se mojaron las que tenía. Probablemente fuera fumador. Había dejado atrás unas cerillas de repuesto o un mechero. Siguió esa alambrada hasta el lago. Llegó hasta su escondrijo. Oyó el portazo del coche. Regresó corriendo a la casa redonda y persiguió a mi madre. Pero era demasiado tarde. Ella había logrado arrancar el motor y pisar el acelerador. Se había escapado.

Yo seguí avanzando y atravesé la estrecha franja de arena hasta el lago. Mientras continuaba moviéndome al tiempo que empezaba a comprender, mi corazón latía con tal fuerza que no noté el agua. Experimenté su creciente y poderosa frustración mientras observaba el coche esfumándose. Le vi coger el bidón de gasolina y arrojarlo hacia las luces traseras que iban desapareciendo. Echó a correr hacia delante, luego volvió sobre sus pasos. De pronto, se detuvo, al acordarse de sus pertenencias, del coche, de lo que fuese que tuviera, de sus cigarrillos. Y del bidón. No podían encontrarle con ese bidón. Por mucho frío que hiciese ese mes de mayo, el hielo apenas derretido y el agua aún gélida, no le quedaba más remedio que adentrarse en el lago y llenar el bidón de agua. Y después, habría lanzado el bidón lleno de agua lo más lejos posible; y ahora, si yo me sumergiera y recorriera con las manos el fondo lleno de fango, limo, malas hierbas y caracoles, lo encontraría.

Mis amigos me encontraron sentado delante de la puerta de la casa redonda bajo un sol radiante, secándome aún, con el bidón de gasolina delante de mí, sobre la hierba. Me alegré de que llegaran. Para entonces había comprendido que el agresor de mi

madre también había intentado prenderle fuego. Aunque este hecho había quedado claro, o al menos implícito, con las actuaciones de Clemence en el hospital y el relato que había hecho mi padre de la huida de mi madre, me había resistido a entenderlo. Con el bidón de gasolina ante mí, empecé a temblar con tal virulencia que me castañeteaban los dientes. Cuando me alteraba de esa manera, a menudo vomitaba. No me había sucedido en el coche, ni en el hospital, ni siquiera mientras leía a mi madre. Tal vez estuviese algo aturdido. Ahora sentía en mis entrañas lo que le había sucedido. En la orilla del lago cavé un agujero para enterrar el vómito y lo cubrí todo con un montículo de arena. Me quedé allí sentado, muy débil. Cuando oí las voces y el ruido de las bicicletas, los pies de Cappy arrastrándose para frenar y los gritos, me incorporé de un salto y empecé a darme palmadas en los brazos. No podía dejar que me vieran temblando como una nenaza. Cuando me alcanzaron, fingí que era por culpa del agua fría. Angus dijo que tenía los labios amoratados y me ofreció un cigarrillo Camel sin filtro.

Eran los mejores cigarrillos que se podían robar. El ligue de Star normalmente fumaba picadura de tabaco, pero debió de haber ganado algo de dinero. Angus los sustraía del paquete de Elwin, de uno en uno, para que no sospechara nada. En esta ocasión, había cogido dos. Partí con cuidado el mío en dos y lo compartí con Cappy. Zack y Angus compartieron el otro. Di varias caladas hasta el final y me chamusqué los dedos. No hablamos mientras fumábamos, y cuando acabamos, nos quitamos las hebras de tabaco de la lengua, tal y como lo hacía Elwin. El bidón de gasolina estaba muy deteriorado y era de un color rojo apagado con una raya dorada que lo atravesaba de arriba abajo. Tenía un pitorro largo y torcido. Escrito con gruesas letras negras encima del dibujo de una llama de un color amarillo chillón con el centro azul y un punto blanco en medio del color azul, se podía leer la indicación rayada: PELIGRO.

Quiero cogerlo, anuncié a mis amigos. Ver cómo arde. Ellos también tenían los ojos clavados en el bidón. Sabían a qué me refería.

Cappy cogió una tabla de madera de la puerta rota y golpeó el suelo. Zack masticaba una brizna de hierba. Miré a Angus. Siempre tenía hambre. Le dije que había traído unos sándwiches y saqué la bolsa de mi mochila para repartirlos.

Primero, despegamos con cuidado las rebanadas de pan con mantequilla de cacahuete. A continuación, introdujimos los pepinillos en vinagre. Por último, cerramos de nuevo los emparedados. El vinagre del encurtido salaba la mantequilla de cacahuete y le quitaba la textura pegajosa, de modo que podíamos tragar con facilidad cada bocado, y también añadía un toque agrio y crujiente a los cacahuetes. Cuando ya no quedaron sándwiches, Angus se bebió casi toda la salmuera y se metió la guindilla en la boca. Cappy cogió el eneldo y mordisqueó la punta de la ramita. Zack apartó la mirada; a veces era muy melindroso, pero luego te sorprendía.

Nos pasamos el agua y entonces les expliqué lo que había cavilado sobre el modo en que se había producido la agresión. Sucedió así, comencé sin pestañear. Fue aquí donde lo hizo. Giré la cabeza para señalar la casa redonda. Lo hizo, luego quiso prenderle fuego dentro de la cabaña. Pero se le mojaron las cerillas. Subió la colina y bajó hasta el lago a por unas que estuvieran secas. Les expliqué exactamente cómo había escapado mi madre. Dije que pensaba que el agresor debía de guardar algunas pertenencias en el bosque, y que había seguido la alambrada hasta el lago, y que después me había adentrado en el lago donde él había arrojado el bidón. Añadí que seguramente sería fumador porque fue a buscar más cerillas, o tal vez tuviese un mechero. Debía haber dejado algo en el bosque. Si había dejado un fardo con cosas allí, es posible que llegara a dormir allí también. Quizá había fumado y dejado alguna colilla. O tal vez deshiciera el cigarrillo por completo del mismo modo que lo hacía Whitey, separando las hebras del filtro y liándolas hasta formar una pelotilla con el extremo del papel. Lo que andaríamos buscando entonces serían hebras, alguna huella, algún elemento extraño o cualquier cosa.

Todos asentimos. Miramos al suelo. Cappy levantó la cabeza y me miró fijamente.

Adelante, dijo. ¿Starboy?

De acuerdo, dijo Angus, que respondía a ese apodo. A ver qué conseguimos.

Lo que conseguimos fueron garrapatas de madera. Nuestra reserva es famosa por ellas. Delimitamos el bosque y peinamos la zona exhaustivamente desde la alambrada en dirección sur, bordeando el lago unos diez metros. En primavera, si golpeas un agujero de garrapatas, donde ha anidado un enorme enjambre, se abalanzan sobre ti. Pero se amontonan lenta e inexorablemente. Puedes quitarte unas cuantas de encima, pero resulta imposible eliminarlas todas. Nosotros atravesábamos un agujero de garrapatas tras otro.

Zack chilló una vez, con voz aterrorizada. Se incorporó de un salto y vi unas cuantas que se desprendían de él para caer sobre Angus y en el cabello lustroso de Cappy.

¡Cállate, nenaza!, espetó Angus. Las pulgas son muchísimo peor.

Sí, las pulgas, asintió Zack. ¿Te acuerdas cuando tu madre fumigó toda la casa y se olvidó de que estabas allí dentro?

Joder, cerró la casa a cal y canto y lo llenó todo de insecticida, respondió Angus, mientras observaba con los ojos entrecerrados algo que parecía un trozo de envoltorio de plástico y le daba la vuelta. Se olvidó de que yo estaba durmiendo en el rincón y me dejó allí toda la noche. Todas las pulgas se abalanzaron sobre mí para resguardarse, y yo solo tenía cuatro años. Se tomaron un último trago de sangre y murieron en mi ropa. Tuve suerte de que no me chuparan toda la sangre.

Pero te chuparon todo el cerebro, bromeó Zack. Mira lo que acabas de tirarme.

Cogió con los dedos y por la punta un preservativo apelmazado y lo agitó. Era evidente que llevaba allí todo el invierno. Los chicos más mayores hacían hogueras en la playa.

Extendí la bolsa del pan y Zack soltó en ella el preservativo petrificado. Después, encontramos docenas más y tantas latas de cerveza que Angus las fue acercando a una roca y se puso a aplastarlas para llevárselas de vuelta y venderlas. Lo que desde lejos parecía una frondosa maleza ocultaba en realidad un vertedero. Había colillas por doquier. La bolsa del pan pronto se llenó de preservativos y colillas. También había envoltorios de caramelos y restos de papel higiénico arrugados en pelotillas. O el lugar no le había parecido relevante a la policía, o simplemente había tirado la toalla.

La gente es asquerosa, dijo Zack. Aquí hay demasiadas pruebas.

Me arrodillé en el suelo con la bolsa del pan. Las garrapatas trepaban por todo mi cuerpo. Dije que era mejor que abandonáramos y ahogáramos las garrapatas en el lago. Así que salimos del bosque y nos desnudamos en la playa. Las garrapatas se quedaron sobre todo en la ropa y no teníamos casi ninguna en el cuerpo, salvo Angus, que tenía una pegada en los testículos.

Oye, Zack, ¿necesito ayuda!

Que te jodan, respondió Zack.

Cappy se echó a reír. ¿Por qué no la dejas ahí hasta que se haga gigante? Así te llamarán Tres Huevos.

Como el viejo Niswi, dije.

Tenía realmente tres huevos. Es cierto. Mi abuela lo sabe, puntualizó Zack.

Cállate, dijo Cappy. No soporto escuchar cómo tu abuela se tiró a un tío con tres huevos.

Nos zambullimos todos en el agua, salpicándonos mientras fingíamos pelear. Habíamos tenido tanto calor y estado tan sudorosos y llenos de picores que nos sentíamos en la gloria. Me agaché para comprobar que ninguna garrapata se me había pegado en el mismo lugar que a Angus. Me sumergí bajo el agua y permanecí así todo lo que pude. Cuando volví a la superficie, Zack estaba hablando.

Ella decía que golpeaban contra su culo como tres enormes ciruelas maduras.

Tu abuela dice cualquier cosa, comentó Cappy.

Es lo que me ha contado, dijo Zack.

Hay abuelas indias con demasiadas dosis de iglesia y abuelas indias en las que la iglesia no prende, y que, en su vejez, se sueltan la melena y escandalizan a los jóvenes. La de Zack era una de estas últimas. La abuela Ignatia Thunder. Había estudiado en un internado católico, pero aquello solo había servido para endurecerla, sostenía la mujer, del mismo modo que endurecía a los curas. Hablaba indio y hablaba de los secretos de los hombres. Mi padre afirmaba que, cuando se juntaba

con Mooshum para recordar los viejos tiempos, lo que decían era tan obsceno que el aire a su alrededor se tornaba verdoso.

Cuando el agua nos tenía ya entumecidos, salimos y nos burlamos, unos de otros, de nuestros penes encogidos.

Zack se rio de mí: ¿No eres un poco pequeño para ser un soldado imperial?

No importa el tamaño. Me juzgas por el tamaño, ¿verdad?

Eran frases habituales entre nosotros.

Zack tenía un Darth Vader, circuncidado, al igual que yo. Los de Cappy y Angus todavía mantenían su capucha, así que eran emperadores. Discutíamos acerca de si era mejor ser un emperador o un Darth Vader —cuál preferirían las chicas—. Encendimos una hoguera. Nos sentamos alrededor del fuego, desnudos, sobre unos troncos, quitando las garrapatas de nuestra ropa y arrojándolas a las llamas.

Whorf es un emperador, dijo Angus.

Seguro, contestó Cappy.

No, dije. De todas formas, la importante sería la de Data, porque le darían a un androide el tipo de polla que más les gusta a las tías, ¿no? Y él seguro que es un Darth Vader. No lo veo como nada que no sea un Darth.

Yo creo que todos los que están a bordo de esa nave son un Darth, opinó Cappy, salvo Whorf.

Pero, oye, dijo Zack, ¿un klingon? Debería colgarle, tío, pero no se ve ningún bulto en el uniforme.

¿Pones en duda el poder de los klingons?, saltó Cappy, poniéndose de pie. Bajó la mirada. Levántate, amigo.

No hubo respuesta. Nos empezamos a reír de él. Cappy también soltó una carcajada. Al cabo de un rato, queríamos tener más cigarrillos y teníamos hambre otra vez. Angus se alejó para orinar. Se metió en el lago, luego rodeó la valla y se adentró en el bosque.

¡Coño!, chilló.

A continuación emergió del bosque con dos paquetes completos de seis latas de cerveza Hamm's. Uno en cada mano. Cappy y Zack soltaron un grito de alegría. Corrí hasta él. Todas las demás latas que habíamos aplastado o botellas que habíamos encontrado eran Old Mill o Blatz, las cervezas que se bebían en la reserva en aquella época. A pesar de todo el baile, del sonido de los tambores y del oso ataviado con plumas indias en el anuncio de Hamm's, éramos gente de Blatz.

Suelta eso, grité. Angus se detuvo en seco. Depositó con cuidado los *packs* de seis latas en el suelo.

Creo que se los dejó, dije. Creo que son una prueba. Tendrán huellas digitales.

Eh... Podía ver que Angus pensaba lo más rápido que podía. Habló rápido, también. ¿El agua borra las huellas digitales? Me las encontré en una nevera abierta.

La cerveza estaba cubierta de agua.

Has encontrado su alijo, dije.

¿Puedo coger la cerveza?, preguntó Angus.

Supongo que sí, respondí.

¿Puedo abrir una?

Miré a mis amigos. Sí, dije.

Sus manos se precipitaron para arrancar las latas de las anillas de plástico.

Si no hay huellas digitales, entonces la prueba principal es que es bebedor de Hamm's, dije. Haced con eso lo que os dé la gana. Cogí una cerveza. Estaba fría y mojada. La sostuve mientras seguía a Angus hasta el lugar donde había hallado el alijo. Le dije que no deberíamos acercarnos demasiado para no destruir más pruebas, que sería mejor que nos arrastráramos con cuidado hasta el lugar y recoger todo lo que encontráramos alrededor.

¿Arrastrarnos? ¿Otra vez?, refunfuñó Angus.

La nevera portátil, barata y de espuma de poliestireno, se apoyaba contra un árbol. A un lado había ropa amontonada.

Cappy dijo que prefería beberse la cerveza primero para animarse y después arrastrarse desnudo en busca de pruebas antes de tirarse en el lago para ahogar las garrapatas otra vez. Así que nos bebimos las cervezas.

Sienta fenomenal, dijo Angus. Intentó aplastar la lata contra su muslo. Ay..., exclamó.

Nos abrimos en abanico y nos arrastramos formando un círculo, acercándonos a la nevera portátil. El lugar se hallaba en la linde con un prado de vacas y había boñigas secas desperdigadas aquí y allá. Habíamos apurado las cervezas con rapidez, para animarnos, a sabiendas de que a cada uno de nosotros nos esperaban otras dos, frías, y que las beberíamos despacio junto a la hoguera. Desde luego, reptar por el suelo nos resultó mucho más fácil esta vez, aunque Angus levantó la pierna y me soltó un *boogid*.

Nada de guerras de *boogids*, proclamó Zack.

Ah, respondió Angus y soltó una nueva ventosidad.

De pronto Cappy lanzó una boñiga hacia el prado como un *frisbee*, y se echó a reír.

¿Por qué ignoró el indio a la boñiga?

Nadie respondió.

¡No sabía una mierda!

¡Ja, ja!, se rio Zack. Te vas a convertir en un maestro de ceremonia de *powwows* como tu padre.

¿Cuánto son cuatro pavos más cuatro pavos?

Una pelea de bar de indios, dijo Angus. Levantó la pierna pero ya no le quedaban

gases que expeler.

Era cierto que en casa, Doe, Randall y Cappy a veces se dedicaban a inventarse chistes malos de indios.

Mientras reptábamos, me fijé en nosotros. Mi piel mostraba un tono tostado claro. La de Cappy era más morena. Y la de Zack más oscura. La piel de Angus era blanca, pero bronceada por el sol. Cappy había empezado a crecer. Luego iba yo. Zack y Angus eran más bajitos. Entre todos, teníamos tantas cicatrices que era difícil contarlas.

¿Cómo se parten de risa cuatro indios en pelotas en un bosque?, preguntó Cappy.

No le des carrete, dije.

Porque los descojonan las garrapatas.

La hostia. Me eché a reír. Para ser un tipo guapo que volvía locas a las chicas, Cappy no molaba nada.

Angus se arrastraba lejos de mí. Me mantuve a distancia. Tenía el trasero lleno de moratones donde su hermano le había disparado con una pistola de aire comprimido. Ahora nos movíamos torpemente sin orden ni concierto, sin seguir ninguna pauta. No había apenas ninguna basura a este lado de la valla. Supuse también que el agresor se había adentrado en el lago, al final de la valla, y había dejado la mercancía lejos de la arena. Nos acercamos a la nevera portátil y, con la ayuda de un palo, removí la pila de mantas y ropa.

Las mantas eran de un poliéster espantoso; había una camisa que parecía en estado de putrefacción y unos vaqueros. Todo apestaba como detrás del bar Dead Custer.

Tal vez sea mejor dejar esto a la policía, sugerí.

Si se lo contamos, tendremos que confesar que hemos estado aquí, apuntó Zack. Descubrirán que he estado escuchando la radio de Vince y sus llamadas telefónicas. Estaré superjodido.

Además, argumentó Angus, está la cerveza.

Habernos bebido la mitad de las pruebas no estaría bien visto, añadió Cappy.

Hay que deshacerse de todo, dijo Zack.

Vale, asentí.

Volvimos, rodeando la valla, y alimentamos la hoguera. Después, corrimos hasta el lago, nos tiramos de golpe y nos deshicimos de las nuevas garrapatas. Zack nos mostró el sitio donde le habían acuchillado en la axila. Podría haber muerto, le dijeron. Los puntos cicatrizaron dibujando una estrecha y blanca vía de tren que discurría de forma misteriosa por sus costillas hasta recorrerle la parte interior del brazo. Nos vestimos y nos sentimos normales de nuevo. Nos sentamos junto al fuego y abrimos el resto de las pruebas.

¿Su tercer huevo era del mismo tamaño que los otros dos?, preguntó Angus a

Zack.

No empieces con eso otra vez, dijo Cappy.

Me pregunto, comencé, si deberíamos hablar siquiera con la poli. Quiero decir que ellos pasaron por alto el bidón de gasolina. Pasaron por alto la nevera portátil. Pasaron por alto la pila de ropa.

La pila apesta. Huele a meado.

Se meó encima, dijo Angus.

Deberíamos prender fuego a esa mierda, dije.

Me escocía la garganta y sentí una punzada tan lacerante que me entraron ganas de llorar, de nuevo. De pronto, nos quedamos de piedra. Oímos lo que parecía el agudo pitido de un silbato de hueso de águila en lo alto de la colina, entre el crujido sordo de los árboles. El viento había cambiado de dirección y las notas sonaban como si el aire entrara a raudales por los resquicios que dejaban las grietas de barro de la casa redonda.

Cappy se levantó y observó la casa redonda.

Angus se santiguó.

Larguémonos echando leches, dijo Zack.

Aplastamos las latas de Hamm's con las otras, las amontonamos en un trozo de plástico y lo atamos todo para que Angus pudiera llevárselas para vender. Después, apagamos la hoguera y enterramos el resto de basura. Fijé el bidón de gasolina en mi bicicleta con un cordón de zapato y nos marchamos. Las sombras se alargaban, el aire refrescaba, y teníamos hambre del modo en que tienen hambre los adolescentes. Hambre de un modo irracional, tanto que todo lo que veíamos parecía apetitoso y no éramos capaces de hablar de otra cosa que no fuera comida durante todo el trayecto de vuelta a casa. Dónde podríamos conseguir comida, y comer comida, mucha comida, y rápido. Ésa era nuestra única inquietud. La madre de Zack estaría en el bingo. La tía Star estaba o forrada o sin un pavo, nunca algo intermedio, y era sábado. A esta hora se habría gastado lo que tenía y seguramente no en comida. Era una semana de vacas flacas en casa de Cappy, aunque era posible que su padre hubiese hecho un estofado. Pero los estofados de soltero de Doe eran una lotería. Una vez, puso ciruelas de los subsidios del Gobierno a su chile. En otra ocasión, dejó fuera masa de pan durante una noche y un ratón se metió en el interior. A Randall le tocó una rebanada con la cabeza del roedor y a Cappy, la cola. Nadie pudo encontrar el cuerpo. Mis amigos no mencionaron mi casa, a pesar de que, antes de lo sucedido, habríamos acabado allí sin lugar a dudas, en un asalto en toda regla. La casa de Whitey y Sonja nos pillaba de camino, pero yo odiaba que mis amigos hablaran de ella. Sonja era mía. Así que objeté que estarían trabajando en la gasolinera. Nuestra única opción era la abuela Ignatia Thunder. Vivía en la residencia, en un apartamento de una sola habitación con cocina bien equipada. Le gustaba cocinar para nosotros; su

despensa rebosaba de alimentos que otros intercambiaban con ella.

Nos preparará panecillos fritos con carne, dijo Zack.

Siempre tiene latas de melocotón en almíbar, añadió Angus, con voz reverente.

Cobra lo suyo, dijo Cappy.

Simplemente que nadie hable de huevos ni pronuncie la palabra «coño».

¿Quién diría esa palabra delante de su abuela?

Alguien podría irse de la lengua.

¿Irse? No digáis «irse».

Ni se os ocurra decir «pollo». Ella dirá «polla».

Vale, dije. La lista de temas que no se deben tocar mientras nos ponemos ciegos en casa de la abuela es huevos, pollos, pollas y conejos.

No digáis «chupar», jamás.

No digáis *wiinag*, ni nada que rime con «joder» o la palabra «picha».

Nada de «entrepierna», ni «verga», ni «raja», como pedir una raja de algo. Ella lo interpretará a su manera, creedme.

No digáis «picante» ni «duro».

No digáis «caliente» ni «teta» ni «virgen».

Tengo que bajarme de la bici, dijo Angus.

Todos le imitamos. Dejamos las bicis. Rehuendo mirarnos a los ojos, farfullamos algo sobre ir a mear y cada uno de nosotros nos alejamos a solas, nos aliviarnos en tres minutos de todas esas palabras, volvimos y montamos en nuestras bicis para seguir camino por la carretera secundaria más allá de la misión. Cuando entramos en el pueblo, pedaleamos hasta la residencia de ancianos. Yo me sentía culpable por haber escrito a mi padre solo la palabra «LAGO», así que llamé a casa desde el vestíbulo. Mi padre contestó enseguida, pero cuando le dije que estaba en casa de la abuela Thunder, pareció alegrarse y me dijo que el tío Edward le estaba mostrando el último artículo científico de mi primo Joseph mientras comían algunas sobras. Le pregunté, aunque lo sabía, dónde estaba mamá.

Arriba.

¿Está durmiendo?

Sí.

Te quiero, papá.

Pero ya había colgado. Las palabras «te quiero» resonaron con eco. ¿Por qué había dicho esas palabras y por qué al teléfono justo en el momento en que yo sabía que él estaba colgando? Estaba furioso por haberlas pronunciado y que mi padre no hubiera respondido me dolió en el alma. Mis ojos se cubrieron de una nube roja de rabia. Mi cabeza flotaba de hambre también.

Vamos, dijo Cappy, acercándose a mí por detrás, haciendo que me sobresaltara de tal modo que se me anegaron de nuevo los ojos ese día, algo que ya era demasiado

para mí.

Cállate, joder, le dije.

Levantó las manos y se alejó. Le seguí por el pasillo. Justo antes de llegar al apartamento de la abuela, me dirigí a su espalda, Cappy, yo...

Se volvió hacia mí. Hundí las manos en los bolsillos y arrastré los zapatos por el suelo. Mi padre se había negado a comprarme en Fargo las zapatillas de baloncesto que yo quería. Me dijo que no necesitaba zapatillas nuevas, lo cual era cierto. Cappy llevaba las zapatillas que yo quería. También tenía las manos en los bolsillos y miraba el suelo, mientras meneaba la cabeza de adelante hacia atrás. Curiosamente, dijo lo que yo estaba pensando, aunque mentía.

Tienes las zapatillas que yo quería.

No, dije, tú tienes las que yo quería.

Vale, propuso, nos las cambiamos.

Intercambiamos las zapatillas. En cuanto me puse las suyas, me di cuenta de que calzaba un número más que yo. Se alejó con los pies encogidos. Había oído lo que yo había dicho por teléfono.

Entramos en la casa de la abuela y, cómo no, ya había carne friéndose en el fuego, y con una cebolla. El aroma tenía una fuerza maravillosa y mi estómago dio un vuelco. Yo quería echar mano a cualquier cosa que pudiera llevarme a la boca. Sobre la mesa había una pila de sándwiches de mermelada para sacarnos del apuro. Me comí uno. Nos daba la espalda en los fogones y encima de la mesa había un cuenco con pequeñas manzanas dulces y desecadas. Había un manzano detrás de la residencia de ancianos y la abuela siempre recogía los frutos. Cogía todas las manzanas del árbol, las cortaba en finos gajos, que secaba en el horno para después espolvorearlos con un poco de azúcar y canela. Comí otro sándwich de pan blanco con mermelada. La abuela había puesto platos en la mesa con servilletas de papel en ellos para absorber la grasa de los panecillos fritos.

Wiisinig, ordenó sin girarse.

Cogí unos gajos de manzana y me los puse en la lengua. Miré a Cappy. Nos comimos otro sándwich de mermelada cada uno y permanecimos allí, hambrientos, observando hipnotizados hasta que comenzó a sacar más panecillos fritos. Entonces cogimos cada uno un plato y nos colocamos al lado de la abuela. Con unas pinzas sacó los panecillos humeantes de la manteca de cerdo hirviendo y depositó en nuestros platos los bollos dorados. Le dimos las gracias. Ella salpimentó la carne. Añadió una lata de tomates y otra de alubias. Nos quedamos allí con los platos extendidos. Sirvió cucharadas del guiso de carne encima de los panecillos fritos. Sobre la mesa había un pedazo de queso de los subsidios del Gobierno. El queso estaba congelado de modo que resultaba fácil rallarlo sobre la carne. Teníamos tanta hambre que nos sentamos directamente a la mesa. Zack y Angus estaban fuera, detrás

de las puertas correderas, en el patio. Ya se habían comido sus primeros panecillos fritos. La abuela les preparó sus tacos indios como los nuestros, les pidió que entraran y se sentaron en el sofá a comer.

Durante un buen rato nadie dijo nada. Solo comimos y comimos. La abuela canturreaba mientras cocinaba en los fogones. Era una mujer enjuta y delgada, y siempre llevaba un vestido claro con un estampado de flores, unas medias de color carne, bajadas como si estuviera de moda llevarlas así, y unos mocasines que fabricaba ella misma con piel de venado. Las dos tías de Cappy curtían pieles en los patios traseros de sus viviendas. Esos patios traseros apestaban, pero las pieles salían perfectas. Cada verano, regalaban un trozo suave de piel de ante a la abuela. La mujer llevaba puesto un par de mocasines adornados con pequeñas flores rosas bordadas con perlas. Recogía su larga y fina melena cana con un pasador y llevaba pendientes de conchas blancas. Tenía el rostro curtido y pícaro, y sus ojos eran dos pequeñas canicas negras, cabrilleantes e inquisitivas. Su mirada nunca era dulce ni cariñosa, sino siempre alerta y fría. Resultaba extraño en alguien que cocinaba para muchachos. Pero al fin y al cabo, la anciana había sobrevivido a varias muertes y otras tantas pérdidas, y ya no le quedaban sentimientos. A medida que nos íbamos saciando, fuimos comiendo más despacio. Los cuatro queríamos acabar exactamente al mismo tiempo: comer y salir corriendo. Pero la abuela Thunder nos hizo más comida, y vuelta a empezar, comiendo aún más despacio pero todavía sin mediar palabra. Cuando terminé, le di las gracias y dejé mi plato en el fregadero. Estaba a punto de decirle que debía regresar a casa cuando la señora Bijiú entró sin llamar. ¡La peor de todas! Una mujer corpulenta, gritona y que no paraba de moverse. Enseguida ocupó mi silla a la mesa y soltó, ¡uf!

Ya, han comido bien, dijo la abuela Thunder.

De chuparse los dedos, dijo Angus.

Ahora nos tenemos que ir, *kookum*, dijo Zack.

Apijigo miigwech, dijo Cappy. *Minopogoziwag ingiw zaasakok waanag*. Sabía que para conquistar de verdad a las ancianas tenía que hablar en indio, aunque no estuviera muy seguro de lo que decía.

¡Escucha cómo habla este *anishinaabe*! Desde luego, estaban encantadas con él.

Anda, marchaos... La abuela agitó la mano hacia la puerta, contenta de que acudiéramos a ella.

Éste, éste de aquí, dijo la señora Bijiú señalándome con virulencia de repente con la boca. ¡Está en los huesos!

Al oír la palabra, nos dio un vuelco el corazón.

¡Huesos!, chasqueó la voz de la abuela Thunder. Se incorporó en la silla. ¡Yo te diré quién tiene un hueso en los pantalones a día de hoy!

¡Santo cielo!, exclamó la señora Bijiú. Ya sé de quién estás hablando. Napoleón.

Ese *akiwenzii* va chingando por ahí cada noche y no seré yo quien vaya a dejar pasar a ese viejo. Se mantiene en buena forma, nunca ha bebido. Ha trabajado duro toda la vida. ¡Ahora se tira a una mujer diferente cada noche!

Chicos, prestad atención, dijo la abuela Ignatia. ¿Queréis aprender algo? ¿Queréis aprender a mantener duras vuestras pequeñas vergas toda la vida? ¿Siempre funcionando? Llevad una vida sana como el viejo Napoleón. El alcohol os hace ser más rápidos y eso no es bueno. ¡Pan y tocino la mantienen bien tiesa! El viejo tiene ochenta y siete años y no solo se empalma con facilidad, sino que además es capaz de aguantar cinco horas seguidas.

Queríamos escabullirnos, pero ese último dato nos retuvo. Es posible que cada uno de nosotros pensáramos en nuestros tres minutos en el bosque.

¿Cinco horas?, preguntó Angus.

Porque nunca se iba de picos pardos ni malgastaba su semen, exclamó la señora Bijiu. ¡Era fiel a su esposa!

Eso es lo que ella se creía, apostilló la abuela Ignatia mientras se sacaba un pañuelo de la manga.

Las dos ancianas soltaron una risotada tan fuerte que a punto estuvieron de ahogarse y nosotros de salir por la puerta.

Además, el hombre jura por su fórmula secreta.

Nuestras cabezas se giraron.

Fíjate en cómo han girado la cabeza, se rieron las dos ancianas. ¿Deberíamos darles la fórmula secreta de Napoleón?

Si el pan con tocino no funciona, el tipo coge una guindilla y se la frota por los... allí abajo. La señora Bijiu hizo un gesto decidido con la mano en el regazo, tan vigoroso que salimos pitando por la puerta. La excitación socarrona de ambas mujeres nos persiguió por el pasillo. Recordé lo que la guindilla había provocado a Randall y sus amigos. No hubo la menor señal de los efectos positivos de la fórmula de Napoleón cuando salieron disparados en pelotas por la maleza.

Creo que me gustaría contar con una opinión médica antes de probar lo de la guindilla, dije para mí. Pero Angus me oyó. «Una opinión médica» se convirtió en una de esas frases ridículas y seudointeligentes con las que me tomarían el pelo. Joe necesita una opinión médica. Joe, ¿has preguntado al médico si deberías hacer eso? Mientras recorríamos el pasillo, supe que nunca me lo quitaría de encima. Como lo de «Oops». Justo antes de salir por la puerta de la residencia de ancianos, les pedí que esperasen. Me quité las zapatillas de Cappy.

Gracias, dije.

Volvimos a cambiarlas. Pero sigo estando convencido de que si me hubiera sido de alguna ayuda, Cappy habría continuado caminando con mis viejas y apretadas zapatillas.

Caían sobre los patios traseros la infinita luz y el silencio de verano del mes de junio; todo el mundo se hallaba ya en la cama o en la cocina mientras yo avanzaba con la bicicleta por mi calle. Pearl vino a mi encuentro en cuanto aparecí por la esquina de casa. Se mantuvo alerta, mirándome fijamente, sin ladrar. Sabías que era yo, dije. Has hecho muy bien. Se acercó hasta mí y meneó el rabo solo cuatro veces. Formaba un precioso penacho de color crema que no pegaba nada con su cuerpo de pelo corto, aunque sí casaba con sus largas y peludas orejas de loba. Me olisqueó la mano. Le rasqué las orejas hasta que apartó mi mano con un gesto. La perra tenía hambre. Me había llevado conmigo al salir uno de los sándwiches de mermelada de la abuela y se lo di a Pearl. En casa, se oían unas voces. Guardé la bicicleta y entré. El tío Edward seguía allí, con mi padre en el despacho. La cocina estaba patas arriba, por lo que probablemente se habían preparado algún tentempié. Entré a hurtadillas y me detuve cerca del despacho. Hablaban lo bastante alto como para poder oírlo todo desde el sofá. Podía escuchar y también fingir estar durmiendo si salían. Me di cuenta enseguida, por el tintineo de cubitos de hielo y de vasos, de que estaban bebiendo juntos. Debía de ser el Seagrams V.O. de la botella que guardaba detrás de los platos, en la estantería de arriba. Alargué el cuello para oír lo que decían.

En todos los años que llevamos casados, nunca habíamos dormido en camas separadas hasta ahora, dijo mi padre.

Eso, por supuesto, me repugnó y fascinó a la vez. Contuve la respiración.

Se está aislando incluso de Joe. No habla con nadie del trabajo, claro. No recibe visitas, ni siquiera a LaRose, su vieja amiga de su época en el internado.

Clemence dice que también se está distanciando de ella.

Geraldine. ¡Ay, Geraldine! Se le cae la fuente y ahora esto. Bueno, sé que no era por eso. La asusté, desperté en ella el miedo del suceso.

El suceso. Bazil.

Lo sé. Pero soy incapaz de llamarlo por su nombre.

Hubo un silencio. Al fin mi padre dijo: la agresión. La violación. Me estoy volviendo loco yo también, Edward. Joe se me está escapando de las manos.

El chico estará bien. Y ella saldrá de ésta, dijo Edward.

No lo sé. Cada vez se aleja más, fuera de mi alcance.

¿Y la iglesia?, sugirió Edward. ¿Ayudaría en algo que Clemence la llevase a la iglesia? Tú ya sabes lo que opino de eso, claro, pero hay un nuevo sacerdote que a ella le gusta, por lo visto.

No creo que Geraldine encuentre consuelo allí, después de tantos años.

Todos sabíamos que mi madre había dejado de acudir a la iglesia a su regreso del internado. Jamás explicó por qué. Clemence nunca intentó llevarla tampoco, al menos que yo supiera.

¿Qué tal es ese nuevo cura?, preguntó mi padre.

Interesante. Bien parecido, supongo. Si te gusta ese tipo de hombre. El estereotipo de una agencia de *casting*.

¿Para qué?

Películas bélicas. Westerns de serie B. Un hombre en una misión condenada al fracaso. Ante todo, es un antiguo marine.

Dios mío, un asesino profesional convertido al catolicismo.

Un profundo silencio se instaló entre ambos hombres y se prolongó tanto que de pronto atronaba.

Mi padre se levantó. Le oí moverse por la habitación. Oí el sedoso murmullo del alcohol.

Edward, ¿qué se sabe de este cura?

No mucho.

Piensa.

Sírveme otro trago. Es de Texas. Dallas. El mártir católico que cuelga en la pared de nuestra cocina. Dallas. De allí es el cura.

No conozco Dallas.

Para ser más exacto, es de un pequeño pueblo que se ha ido a pique a las afueras de Dallas. Tiene una escopeta y le he visto por ahí reventando perritos de la pradera.

¿Qué? Eso es muy raro para un benedictino. Yo tenía la impresión de que eran una gente más refinada.

Por lo general eso es así, pero él es nuevo, recién ordenado. Es diferente a... Pero, oye, ¿quién se acuerda del padre Damien? Y, ah, está investigando. Sus sermones son muy inquisitivos, Bazil. A veces me pregunto si está del todo equilibrado, o si, sencillamente, es que es... inteligente.

Espero que no sea como el anterior que escribió aquella tórrida carta al periódico sobre los letales encantos de las mujeres metis. ¿Te acuerdas de lo que nos pudimos reír? ¡Dios mío!

Si solo fuera cuestión de Dios. A veces, cuando me encuentro con Clemence en la adoración, veo doble, como ahora.

¿Y qué es lo que ves entonces?

Veo a dos curas: uno que rocía agua bendita con un hisopo de plata y otro que lleva un rifle.

Seguro que solo es un rifle de aire comprimido.

Solo un rifle de aire comprimido, sí. Pero era rápido con él, mortífero, preciso.

¿Recuento de taltuzas?

Docenas de ellas. Todas expuestas en el parque.

Los hombres hicieron una pausa, pensando, luego Edward continuó: Aun así, eso no le convierte en culpable...

Lo sé. Pero la casa redonda. Símbolo de las viejas tradiciones paganas. Las mujeres metis. Prenderle fuego a todo... La tentación y el crimen ardiendo juntos como en una ofrenda de fuego... Ay, Dios.

La voz de mi padre se entrecortó.

Vamos, Bazil, vamos, Bazil, dijo Edward. Solo estamos hablando.

Pero la culpabilidad del sacerdote me pareció verosímil. Aquella noche, desde el sofá, donde escuchaba sin que ellos lo supieran, pensé que quizás había oído la verdad. Lo único que necesitábamos eran pruebas.

Debí de quedarme dormido durante más de una hora. El tío Edward y mi padre me despertaron cuando se dirigían a la cocina, con el tintineo de los vasos y el chasquido de los interruptores al encender y apagar la luz. Oí a mi padre que abría la puerta y se despedía del tío Edward, y oí a Pearl entrar en casa. Le habló con voz tranquilizadora. No sonaba borracho en absoluto. Oí cómo ponía comida en el plato de Pearl. A continuación cómo ésta masticaba rechinando a conciencia. Tuve la impresión de que papá ponía un plato o dos en el fregadero y abandonaba después la idea de fregar. Apagó la luz. Me arrellané de nuevo entre los almohadones del sofá cuando pasó a mi lado, pero no hubiera reparado en mí de todas maneras.

Mi padre tenía la mirada tan clavada en lo alto de las escaleras mientras subía, peldaño a peldaño, que me acurruqué detrás del sofá para ver qué era lo que miraba tan fijamente: una luz por la rendija de la puerta del dormitorio, quizá. Desde los pies de la escalera, le observé mientras avanzaba lentamente hasta la puerta de la habitación, que estaba delineada de negro. Allí se detuvo, y luego prosiguió. Hasta el cuarto de baño, supuse. Pero no. Abrió la puerta que daba a la pequeña y fría habitación que mi madre utilizaba para coser. Había un sofá cama en esa estancia, pero solo para invitados. Ninguno de nosotros había dormido nunca allí. Incluso cuando uno de mis padres tenía gripe o un resfriado seguían durmiendo en la misma cama. Nunca buscaban protegerse de la enfermedad del otro.

La puerta del cuarto de costura se cerró. Oí a mi padre moviéndose en el interior y esperé a que saliera de nuevo. Esperaba que estuviese buscando algo, nada más. Pero entonces la cama crujió. Se produjo un silencio. Estaba acostándose allí, con la máquina de coser y las cajas de cartón llenas de telas cuidadosamente dobladas, los tableros con ganchos que había atornillado a la pared, de donde colgaban cientos de bobinas de hilos de seda de todos los colores, tijeras de tamaños escalonados, la cinta métrica pulcramente enrollada y el acerico con forma de corazón.

Subí a mi habitación y me desvestí, medio dormido, pero en cuanto mi cabeza se apoyó en la almohada, me di cuenta de que mi padre ni siquiera se había asegurado de que yo hubiera vuelto a casa. Se había olvidado de mí por completo. Permanecí en la cama, sin poder dormir, soliviantado. Repasé mentalmente los acontecimientos del

día una y otra vez. La jornada había estado repleta de péfidos hallazgos e información. Lo analicé todo de nuevo. Después, retrocedí un poco más en el tiempo, hasta la noche en que se rompió la fuente. Hasta la tensión llena de congoja y emoción contenida cuando mi madre subió las escaleras como flotando en una nube, hasta la angustia sofocada de mi padre cuando leímos juntos a la luz de la lámpara. Con todo mi ser, deseaba regresar al momento anterior a cuando todo aquello había ocurrido. Quería entrar de nuevo en nuestra cocina con aquel olor tan agradable, sentarme a la mesa con mi madre antes del día en que ella me había golpeado y antes también del momento en que mi padre se había olvidado de mi existencia. Quería oír reír a mi madre hasta quedarse sin aire. Deseaba retroceder en el tiempo e impedir que mi madre volviese a su oficina para buscar esas carpetas aquel domingo. No podía evitar pensar una y otra vez lo fácil que me habría resultado subirme al coche con ella aquella tarde. Cómo me habría podido ofrecer para hacer ese recado. Había entrado en ese surco de remordimiento —plantado con las semillas del rencor—, característico de los hombres jóvenes.

Cuando alcancé el resentimiento, sentí rencor por todo lo que se me cruzaba por la cabeza, incluida esa carpeta que mi madre había vuelto a buscar. Esa carpeta. Algo me aguijoneó. La mismísima carpeta. Nadie la había mencionado. ¿Por qué había regresado por una carpeta? ¿Qué contenía? Me encontré de nuevo lamentándome sin consuelo. Pero se lo preguntaría a mi madre. Averiguaría algo más acerca del motivo que la llevó a regresar allí el domingo. Hubo, ahora lo recordaba, una llamada de teléfono. Hubo una llamada y el sonido de su voz contestando a esa llamada. Después, se puso a dar vueltas, limpiando cosas y moviendo platos con gran estrépito, agitada, aunque no lo había relacionado con la llamada hasta ese mismo instante.

Después se marchó, tras mencionar lo de esa carpeta.

Al final, mi mente se sosegó y filtró pensamientos para convertirlos en imágenes. Estaba medio dormido cuando oí a Pearl que se acercaba a la ventana de mi habitación. Sus garras traqueteaban sobre la tarima. Me volví hacia la ventana y abrí los ojos. Pearl estaba inmóvil, muy erguida, con las orejas tiasas y los sentidos puestos en algo que había fuera. Supuse que se trataría de un mapache o una mofeta. Pero observaba con tal paciente atención, sin ladrar, que me desperté por completo. Salí de la cama y me acerqué al ventanal, donde el alféizar solo estaba a unos treinta centímetros del suelo. La luz de la luna recortaba todas las cosas y convertía las sombras en evocaciones. Arrodillado junto a Pearl, pude distinguir la silueta.

Se hallaba de pie en la linde del jardín, entre la maraña de ramas. Mientras mirábamos, sus manos apartaron las ramas y levantó la vista hacia la ventana de mi habitación. Yo conseguí distinguir sus rasgos con claridad —el semblante arrugado y un tanto agrio, los ojos penetrantes y hundidos bajo unas cejas planas y una espesa

caballera cana—, pero era incapaz de asegurar si era hombre o mujer, o más aún, si estaba vivo o muerto, o en una estación intermedia. Aunque no estaba asustado exactamente, tuve la clara sensación de que aquello que estaba viendo no era real. Sin embargo, no era humano ni tampoco del todo inhumano. El ser me vio y me dio un vuelco el corazón. Pude ver esa cara de cerca. Había un brillo detrás de la cabeza. Movi6 los labios pero no entendí lo que decía, salvo que parecía pronunciar una sola palabra, una y otra vez. Retir6 las manos y las ramas se cerraron tras él. Aquella criatura había desaparecido. Pearl camin6 en círculo tres veces y se tumb6 de nuevo en la alfombra. Me quedé dormido en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, quizá agotado por el esfuerzo mental necesario para digerir la visita de aquel ser extraño en mi estado de conciencia.

Mi padre había comprado un nuevo reloj, muy feo, y volvía a sonar un tictac en la silenciosa cocina. Me levanté antes que él. Me preparé dos tostadas, las unté con mantequilla y me las comí de pie; después, preparé otras dos y las coloqué en un plato. No había avanzado todavía tanto como para saber cocinar huevos ni había aprendido a preparar tortitas. Eso llegaría más tarde, después de que me acostumbrara al hecho de que había empezado a llevar una vida ajena a la de mis padres. Después de que yo comenzara a trabajar en la gasolinera. Mi padre apareció cuando yo estaba sentado con mi tostada. Farfulló algo y no se percató de que no le respondía. No había empezado a tomarse su café todavía. Pronto volvería a la vida. Preparó el café a la vieja usanza, echando unas medidas de café molido en una cafetera de *camping* de esmalte azul, a la que añadió un huevo para cuajar los granos. Durante un breve instante me puso una mano en el hombro. Encogí los hombros para apartarla. Llevaba puesta su viejo albornoz de lana azul con el gracioso escudo dorado. Se sentó mientras esperaba a que se hiciera el café y me preguntó si había dormido bien.

¿Dónde?, pregunté. ¿Dónde crees que he dormido esta noche?

En el sofá, contestó, sorprendido. Estabas roncando como un loco. Te tapé con una manta.

Ah, respondí.

La cafetera se puso a silbar y mi padre se levantó, bajó el fuego y se sirvió una taza.

Creo que vi un fantasma anoche, dije a mi padre.

Volvió a sentarse frente a mí y le miré fijamente a los ojos. Estaba seguro de que tendría una explicación racional para el incidente y me diría cómo y en qué me había equivocado. Estaba seguro de que afirmarí, como se supone que han de hacer los mayores, que los fantasmas no existen. Pero solo me miró, con las bolsas hinchadas bajo los ojos y las ojeras tornándose permanentes. Me di cuenta de que no había dormido bien, o nada en absoluto.

El fantasma estaba de pie en la linde del jardín, continué. Parecía casi una persona real.

Sí, están ahí fuera, respondió mi padre.

Se levantó y sirvió otra taza de café para llevársela a mi madre. Mientras abandonaba la habitación, experimenté una sensación de alarma, que se convirtió enseguida en rabia. Clavé los ojos en su espalda. O no se había molestado en apaciguar mis miedos al desafiarme a propósito, o no había escuchado nada de lo que había dicho. ¿Y de verdad me había tapado con una manta? Yo no había notado ninguna manta. Cuando volvió a la cocina, solté con tono beligerante.

Fantasma. He dicho fantasma. ¿Qué quieres decir con que están ahí fuera?

Se sirvió otra taza de café. Se sentó frente a mí. Como de costumbre, evitó que mi ira le perturbase.

Joe, dijo. Trabajé en un cementerio.

¿Y qué?

Que había algún que otro fantasma. Allí había fantasmas. A veces aparecían con el mismo aspecto que la gente normal. De vez en cuando conseguía reconocer a alguno como el de una persona que había enterrado, pero, por regla general, no se parecían mucho a sí mismos vivos. Mi antiguo jefe me enseñó a reconocerlos. Suelen tener un aspecto más borroso y macilento que la gente viva, y lánguido también, aunque irascible. Deambulaban de un lado para otro, asentían ante las lápidas, observaban los árboles y las piedras hasta que hallaban su propia tumba. Entonces se quedaban allí, tal vez confusos. Nunca me acerqué a ellos.

¿Pero cómo sabías que eran fantasmas?

Bueno, lo sabes y punto. ¿No te diste cuenta tú de que lo que estabas viendo era un fantasma?

Le dije que sí. Seguía furioso. Genial, exclamé. Ahora resulta que tenemos fantasmas.

Mi padre, que era tan estrictamente racional como para rechazar primero la comunión y luego negarse a asistir a misa, creía en los fantasmas. Es más, manejaba información sobre fantasmas, algo que jamás me había contado. Si el tío Whitey me hubiese contado todas estas cosas sobre fantasmas deambulando con aspecto de seres reales, habría pensado que me tomaba el pelo. Pero mi padre tenía maneras muy diferentes de meterse conmigo y supe que, en esta ocasión, no estaba bromeando. Dado que se tomó a mi fantasma en serio, le pregunté lo que realmente quería saber.

Vale. Entonces, ¿por qué estaba aquí?

Mi padre vaciló.

Por tu madre, posiblemente. Les atraen todo tipo de perturbaciones. Por otro lado, a veces un fantasma es alguien de tu futuro. Una persona que viaja en el tiempo, supongo que por error. Eso se lo he oído decir a mi propia madre.

Su madre, mi abuela, era de una familia de hechiceros. Había dicho muchas cosas que sonaron extrañas en un principio pero que más tarde se cumplieron.

Ella habría dicho que estuvieses atento a ese fantasma. Quizá intentase decirte algo.

Dejó la taza de café sobre la mesa y recordé que la noche pasada había dormido junto a la máquina de coser y no junto a mi madre, y que el tío Edward y él habían deducido que el cura era sospechoso, y que seguramente habían descubierto muchas más cosas, de las que yo no pude enterarme porque me quedé dormido. El cura, el bidón de gasolina, la apestosa pila de ropa y los casos judiciales se amontonaban en una madeja endiablada. Se me secó la garganta y no podía tragar. Me quedé sentado allí. Él también. El fantasma había venido a buscar a mi madre, o a decirme algo.

Lo último que me apetece saber es algo que me quiera contar un fantasma, dije.

En ese momento, caí en la cuenta de que Randall también había visto algo parecido, y eso me alivió. Si su fantasma, o lo que fuese, buscaba a Randall, él podría solucionarlo con su medicina. Haría una ofrenda de tabaco. Yo haría una ofrenda de tabaco. Ese fantasma se marcharía, o incluso podría ayudar a mi madre. ¿Quién sabe? Ella estaba arriba, con el café enfriándose en la mesilla de noche. Yo sabía que no tocaría la taza y que seguiría allí más tarde. Se formaría una película grasienta y repugnante en la superficie fría. Dejaría un círculo negro en la taza. Todo lo que le dábamos volvía y dejaba un círculo o una corteza o se enfriaba o cuajaba o se solidificaba. Estaba harto de bajar con toda su comida echada a perder.

Mi padre inclinó la cabeza y apoyó la frente en un puño. Cerró los ojos. Retumbaba el tictac del reloj en la soleada cocina. Alrededor de la esfera del reloj brotaban llamativos rayos solares. Pero los rayos semejaban unos tentáculos de plástico y el artilugio parecía más un pulpo dorado. Aun así, no aparté la vista del reloj porque si bajaba los ojos, tendría que ver la coronilla de mi padre. Ver la calva morena con aspecto de huevo, rodeada de una fina mata de cabello cano, sobrepasaba mis límites. Pensé que me volvería loco si bajaba la mirada.

Así que dije: Oye, papá, no es más que un fantasma. Podemos deshacernos de él.

Mi padre se enderezó y se limpió la cara con ambas manos. Lo sé, respondió. No tiene ningún maldito mensaje para ella y, de hecho, tampoco ha venido a por ella. Tu madre se pondrá bien, se recuperará. Volverá al trabajo la semana que viene. Dijo algo al respecto. Y está leyendo libros; quiero decir que está leyendo una revista al menos. Clemence ha traído a casa lectura ligera. Ejemplares del *Reader's Digest*. Pero eso es bueno, ¿no? El fantasma. ¿Qué quieres decir con que nos desharemos de él?

El padre Travis, solté. Puede bendecir el jardín o algo así.

Mi padre tomó un sorbo de café y me ponderó con la mirada por encima de la taza. Podía ver cómo se apoderaba de él ahora cierta energía. Volvía a ser algo

parecido a sí mismo. Sabía cuándo le estaban contando una trola.
Así que estabas despierto, dijo. Nos oíste.
Sí, y sé algo más, añadí. He ido a la casa redonda.

Capítulo cinco

El presente inexorable

Cuando la cálida lluvia caiga en junio, dijo mi padre, y florezcan las lilas. Entonces ella bajará. Le encanta la fragancia de las lilas. Un viejo rodal de arbustos, plantado por el agente agrario de la reserva hacía treinta años, florecía en el fondo sur del jardín. Mi madre se perdió su esplendor. Los rostros frágiles de sus pensamientos resplandecieron y después, con un color rosa inocente, las rosas silvestres de las praderas eclosionaron en las acequias. También se las perdió. Mamá sembraba semillas en sus arriates todos los años desde que yo recordaba. Había colocado en abril pequeños tiestos, hechos con cartones de leche, sobre la encimera de la cocina en los alféizares de todas las ventanas orientadas al sur —pero los brotes de pensamientos eran los únicos que habían sobrevivido para poder ser trasplantados en el exterior—. Después de aquella semana, nos olvidamos de cuidar de los demás. Encontramos los largos y delgados tallos totalmente secos y quebradizos. Papá había tirado los brotes al suelo en el jardín trasero y había quemado los cartones de leche recortados junto a la basura, destruyendo así cualquier indicio de nuestra negligencia, aunque mi madre no se percató de ello.

La mañana en que conté a mi padre lo de la casa redonda, echó la silla hacia atrás, se levantó y me dio la espalda. Cuando se volvió otra vez, su semblante estaba sereno y me dijo que hablaríamos más tarde. Íbamos a plantar en el jardín de mi madre. Ahora. Había comprado en un invernadero en ruinas, a treinta kilómetros de la reserva, unas plantas muy caras para trasplantar. Unos cartones extendidos y unas bandejas de plástico se alineaban en la sombra. Había petunias rojas, moradas, rosas y de rayas. Caléndulas amarillas y naranjas. Había nomeolvides azules, margaritas de Shasta, lavandas y tritomas rojas. Papá me dio instrucciones. Coloqué las plantas una por una en los arriates. Mi madre tenía una rueda de tractor pintada de blanco y llena de tierra, así como rectángulos a juego con más tierra al lado de los escalones de la entrada principal. Añadí lobelias y siemprevivas a los pensamientos en las estrechas hileras que enmarcaban el camino que conducía hasta casa. Guardé todos los finos carteles de plástico de las plantas para que ella los viera. De vez en cuando, mientras estaba trabajando, pensaba en los expedientes. El fantasma. Los fragmentos de confusión. La casa redonda. Estaba empezando a sentir pavor por la conversación con mi padre. Los expedientes otra vez. Y la molesta idea del cura, que no dejaba de acuciarme, y de los Lark, y de nuevo del cura. Detrás de la casa, se extendía su pequeño huerto, todavía cubierto por una paca de heno. Después de plantar las flores, me dirigí detrás de la casa para amontonar los tiestos de plástico y guardar las herramientas.

Mi padre salió. Vamos a remover la tierra en el huerto de tu madre, dijo.

¿Para qué?

Acababa de devolverme la pala que se me había caído y me señaló la linde del jardín, donde aguardaban bulbos de cebolla, esquejes de tomates y paquetes de semillas. Trabajamos juntos durante una hora más. Cuando terminamos con la mitad de la tierra, era la hora de comer. Mi padre se marchó a comprar el resto de las plantas. Yo entré en casa. Debía cuidar a mi madre. Busqué por la cocina. Había una lata de carne picada de salchicha en la encimera con una llave en la parte de arriba para abrirla. Me preparé un sándwich, lo comí y me bebí dos vasos de agua. Había un paquete de galletas con mermelada roja en el medio. Me comí un puñado. Después, preparé otro sándwich y lo puse en un plato con dos galletas a modo de decoración. Subí las escaleras con el plato de comida y un vaso de agua. Pearl había aprendido a estar al acecho de cualquier comida que se dejara delante de la habitación para zampársela, de modo que ahora siempre la dejábamos en el cuarto. Sostuve en equilibrio el plato encima del vaso de agua y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Llamé más fuerte.

Adelante, dijo mi madre. Entré. Hacía más de una semana que mi madre había subido esas escaleras y la habitación desprendía olor a cerrado. El aire estaba cargado con su respiración, como si ella hubiese absorbido todo el oxígeno. Mantenía las persianas cerradas. Yo deseaba dejar el sándwich y salir corriendo. Pero me pidió que me sentara.

Depositó el sándwich y el agua en la mesilla cuadrada, de la que había quitado tantos sándwiches rancios, vasos medio vacíos y tazones de sopa. Si había comido algo, yo no lo había visto. Arrimé a la cama una silla ligera con asiento tapizado. Supuse que quería que le leyese algo. Clemence o mi padre elegían los libros, nada triste ni que la pudiera alterar. Lo cual significaba que los libros o eran aburridas novelas rosas (Harlequin), o viejos libros condensados del *Reader's Digest* (mejor). O aquellos *Poemas favoritos*. Papá había marcado «Invictus» y «High Flight», y se los leí. Mi madre soltó una risotada seca.

Me incliné para encender la lámpara de su mesilla —no permitía que se subiera la persiana y entrara luz a raudales por la ventana—. Antes de que tocara siquiera el interruptor, me cogió del brazo. Su rostro era una mancha macilenta en la penumbra y sus rasgos rezumaban cansancio. Se había convertido en una silueta ingrávida que estaba en los huesos. Sus dedos se clavaron en mis brazos. La voz sonó pastosa, como si se acabara de despertar.

Os he oído a los dos. ¿Qué estabais haciendo allí fuera?

Cavando.

¿Cavando qué? ¿Una tumba? Tu padre solía cavar tumbas.

Me liberé de su brazo y me aparté de ella. Su mirada afilada y oscura daba miedo, y sus palabras sonaban extrañas. Me senté en la silla.

No, mamá, tumbas no. Hablé con cuidado. Estábamos removiendo la tierra en tu huerto. Y antes de eso, yo estuve plantando flores. Flores para que puedas mirarlas, mamá.

¿Mirarlas? ¿Mirarlas?

Se dio media vuelta, alejándose de mí. Sobre la almohada, su cabello semejaba hilos grasientos, todavía negros, con unos pocos toques grises. Podía ver su columna vertebral con total claridad a través del fino camisón; cada vértebra sobresalía y sus hombros eran pequeños bultos. Sus brazos se habían desgastado hasta no ser más que unos palos.

Te he preparado un sándwich, dije.

Gracias, cielo, susurró.

¿Quieres que te lea?

No, no hace falta.

Mamá, tengo que hablar contigo.

Silencio.

Necesito hablar contigo, insistí.

Estoy cansada.

Siempre estás cansada, pero te pasas el día durmiendo.

No respondió.

Solo era un comentario, dije.

Su silencio me sacó de quicio.

¿Es que no puedes comer? Te sentirías mejor. ¿Es que no te puedes levantar? ¿Es que no puedes... volver a la vida?

No, respondió inmediatamente, como si ella también hubiese reflexionado sobre lo mismo. No puedo hacerlo. No sé por qué. Simplemente no puedo.

Todavía me daba la espalda y noté un leve temblor en sus hombros.

¿Tienes frío? Me levanté y la arrojé con la manta hasta taparle los hombros. Después, me senté otra vez en la silla.

He plantado esas petunias de rayas que te gustan. ¡Toma! Me vacié los bolsillos con las etiquetas identificativas de plástico y las esparcí sobre la cama. Mamá, he plantado todo tipo de flores distintas. He plantado guisantes de olor.

¿Guisantes de olor?

En realidad no había plantado guisantes. No sé por qué lo dije. Guisantes de olor, repetí. ¡Girasoles! Tampoco había plantado girasoles.

¡Los girasoles crecerán demasiado!

Se giró en la cama y me miró fijamente. Sus ojos aparecían hundidos en círculos de piel gris.

Mamá, tengo que hablar contigo.

¿Sobre los girasoles? Joe, taparán todas las demás flores.

Será mejor que los plante en otra parte entonces, dije. Tengo que hablar contigo. Su gesto se apagó. Estoy cansada.

Mamá, ¿te preguntaron sobre esa carpeta?

¿Qué?

Me miró fijamente con repentino pánico. Sus ojos se clavaron en mi cara.

No había ninguna carpeta, Joe.

Sí que la había. La carpeta que fuiste a buscar el día en que te atacaron. Me dijiste que ibas a por una carpeta. ¿Dónde está?

El pavor en su cara se convirtió en auténtico terror.

No te dije eso. Te lo habrás imaginado, Joe.

Le temblaban los labios. Se arrugó en un ovillo, hundió sus puños encogidos en la boca y cerró los ojos con fuerza.

Mamá, escucha. ¿Es que no quieres que lo cojamos?

Abrió los ojos. Eran dos pozos negros. No contestó.

Mamá, escucha. Lo voy a encontrar y lo voy a quemar. Voy a matarle por ti.

Se sentó de golpe, reanimada, como si se hubiera levantado de entre los muertos. ¡No! Tú no. No lo hagas. Escúchame, Joe, tienes que prometérmelo. No vayas a por él. No hagas nada.

Sí, voy a hacerlo, mamá.

Su repentina y violenta reacción desencadenó algo en mí. Seguí aguijoneándola.

Voy a hacerlo, nada me detendrá. Sé quién es y voy a ir a por él. Tú no puedes detenerme porque estás en la cama. No puedes levantarte. Estás atrapada aquí. Y apesta. ¿Sabes que apesta aquí dentro?

Me dirigí a la ventana y, cuando me disponía a subir la persiana, mi madre me habló. Me refiero a mi madre de antes, aquélla que podía decirme lo que tenía que hacer, esa madre me habló.

Deja eso, Joe.

Me aparté de la ventana. Mi madre se había incorporado. No había color alguno en su rostro. La piel mostraba una gran palidez tras días y días sin ver el sol. Pero me miró fijamente y me habló con voz pausada y autoritaria.

Ahora escúchame bien, Joe. No me vas a molestar ni me vas a atosigar. Vas a dejar que piense como me da la gana, aquí. Y que me cure del modo del que sea capaz. Vas a dejar de hacer preguntas y no me vas a dar motivos de preocupación. No vas a ir a por él. No me vas a aterrorizar, Joe. Ya he pasado suficiente miedo para el resto de mi vida. No vas a añadir más miedo al que ya tengo. No vas a añadir más dolor al que ya tengo. No vas a añadir más pena a la que ya siento. No vas a formar parte de esto.

Me quedé de pie ante ella, un niño otra vez.

¿Esto, qué?

Todo esto. Hizo un aspaviento hacia la puerta. Todo es una violación. Lo encuentres o no lo encuentres. ¿Quién es? No tienes ni idea. Ni puñetera idea. No lo sabes. Y nunca lo sabrás. Ahora déjame dormir.

Está bien, respondí y salí de la habitación.

Mientras bajaba las escaleras, se me heló el corazón. Tenía la sensación de que ella sabía quién había sido. Estaba seguro de que ocultaba algo. Y pensar que ella sabía quién lo había hecho era una patada en el estómago. Me dolía el pecho. Me costaba respirar. Seguí caminando hasta la cocina y después traspasé la puerta hasta la plena luz del sol. Inhalé grandes bocanadas de sol. Era como si hubiera estado encerrado con un cadáver furioso. Pensé en arrancar cada una de las flores que había plantado y en pisotearlas hasta hundirlas en la tierra. Pero Pearl se me acercó. Y sentí cómo mi cólera estallaba.

Te voy a enseñar a jugar a buscar un palo, dije.

Caminé hasta el extremo del jardín para recoger un palo. Pearl atravesó el jardín a mi lado, al trote. Me agaché, cogí el palo y me enderecé para lanzarlo, pero una imagen borrosa se interpuso y el palo me fue arrancado de la mano con violencia. Giré sobre mí mismo. Pearl se encontraba a unos pocos pasos con el palo en las fauces.

Suéltalo, ordené. Sus orejas de loba se echaron hacia atrás. Yo estaba furioso. Caminé hasta ella y agarré el palo para arrancárselo, pero la perra lanzó un expresivo gruñido y yo solté el palo.

De acuerdo, dije. Así que ése es tu juego.

Me alejé unos pasos y cogí otro palo. Lo blandí, dispuesto a arrojarlo. Pearl soltó el suyo y se encaminó hacia mí con la clara intención de arrancarme el brazo. Dejé caer el palo. Una vez que estuvo en el suelo, la perra lo olisqueó con satisfacción. Lo intenté una vez más. Me agaché para recoger el palo y en cuanto mis dedos lo apresaron, Pearl se acercó a mí y me clavó los dientes en la muñeca. Lentamente fui soltando el palo. Su boca tenía tanta fuerza que podía haberme partido el hueso. Me quedé quieto, con cautela, con la mano flácida, y ella me soltó el brazo. Tenía marcas de presión en la piel, pero ni un solo diente me había cortado o arañado.

De modo que no juegas a buscar el palo, ahora lo veo, comenté.

Mi padre llegó en coche y sacó del maletero otra caja de cartón llena de caras plantas de vivero y las fue colocando a lo largo del huerto. Durante el resto de la tarde, quitamos la paja vieja y removimos y rastrillamos la tierra negra. Desenterramos las viejas raíces y los tallos muertos, y deshicimos los terrones para que la tierra estuviese esponjosa y fina. La tierra estaba húmeda a unos centímetros bajo la superficie. Rica. Comencé a disfrutar de lo que estaba haciendo. El suelo absorbía y arrastraba mi rabia. Sacamos las plantas de los tiestos y, con suavidad, liberamos las raíces antes de colocarlas en agujeros para cubrirlas con más tierra

alrededor de los tallos. Después, cargamos cubos de agua, regamos los brotes y nos quedamos allí.

Mi padre sacó un puro de su bolsillo delantero, antes de mirarme y guardárselo otra vez.

Ese gesto me sacó de quicio otra vez.

Puedes fumártelo si quieres, solté. Yo no voy a empezar a fumar. No voy a ser como tú.

Esperé a que su ira sofocara la mía, pero me defraudó.

Esperaré a más tarde, respondió. No hemos terminado de hablar, ¿verdad?

No.

Saquemos las sillas de jardín.

Coloqué dos sillas donde pudiéramos contemplar nuestro trabajo. Mientras él no estaba, saqué el bidón de gasolina vacío de debajo de los peldaños y lo guardé debajo de mi silla. Papá apareció con un cartón de limonada y dos vasos. Comprendí por el tiempo transcurrido que había llevado un vaso arriba también. Nos sentamos con nuestra limonada.

No se te escapa nada, Joe, dijo al cabo de un rato. La casa redonda.

Saqué el bidón de gasolina de debajo de mi silla y lo dejé en el suelo, entre ambos.

Mi padre lo observó fijamente.

¿Dónde...?, comenzó.

Bajando en línea recta desde la casa redonda a través del bosque. A unos cuatro o cinco metros dentro del lago.

Dentro del lago...

Lo debió de arrojar al lago.

Dios Santo.

Se inclinó para tocar el bidón, pero retiró la mano y la dejó en el reposabrazos de aluminio de su silla. Entrecerró los ojos hacia los brotes recién y cuidadosamente plantados en el jardín; después, despacio, muy despacio, se volvió y me miró detenidamente, sin pestañear, con una mirada que todo lo ve y que yo solía pensar que dirigía a los asesinos antes de descubrir que solo se encargaba de casos de perritos calientes.

Si pudiera molerte a palos, dijo, lo haría. Pero estoy en contra del castigo corporal. Además, es que... nunca podría hacerte daño. Y estoy bastante seguro de que si llegase a molerte a palos, no funcionaría. De hecho, es posible que eso te pusiera en mi contra. Podría llevarte a hacer algo en secreto. De modo que voy a tener que rogártelo, Joe. Voy a tener que pedirte que lo dejes. No sigas persiguiendo al agresor. No busques más indicios. Soy consciente de que es culpa mía porque te puse a repasar todos esos casos que seleccioné. Pero ahora me doy cuenta de que me

he equivocado. Hay que protegerte. Maldita sea, eres demasiado curioso, Joe. Me has sorprendido una barbaridad. Me temo. Te podrías meter en... Si te pasara algo...

¡No me va a pasar nada!

Esperaba que mi padre se sintiera orgulloso de mí. Que me regalara uno de sus agudos silbidos de sorpresa. Esperaba que me ayudase a planificar los siguientes pasos. A diseñar la trampa. A atrapar al cura. En su lugar, me soltaba un sermón. Me recosté en la silla y di una patada al bidón de gasolina.

Con el corazón en la mano, Joe. Mira, se trata de un sádico. No tiene límites, es alguien que no tiene... que está completamente fuera...

Completamente fuera de tu jurisdicción, solté. Había una pizca de sarcasmo juvenil en mi voz.

Bueno, tú entiendes un poco de jurisdicciones, respondió, advirtiéndome mi sorna, antes de ignorarla. Joe, por favor. Te lo estoy pidiendo como tu padre. Es cosa de la policía, ¿lo comprendes?

¿Cuál? ¿La tribal? ¿La poli estatal? ¿El FBI? ¿Qué les importa a ellos?

Mira, Joe, conoces a Soren Bjerke.

Sí, respondí. Recuerdo lo que me dijiste una vez sobre los agentes del FBI que se involucran en territorio indio.

¿Qué te dije?, preguntó con recelo.

Que si se les destinaba a territorio indio, es que o eran novatos o tenían problemas con la autoridad.

¿En serio dije eso?, preguntó mi padre. Asintió y casi sonrió.

Soren no es ningún novato, dijo.

Vale, papá. Entonces ¿por qué no encontró el bidón de gasolina?

No lo sé, respondió mi padre.

Yo sí. Porque a él mamá no le importa. No de verdad. No como a nosotros.

A estas alturas, había conseguido yo solito sacarme de mis casillas, o plantarme en un estado de furia con cada raquílica planta de vivero que no lograba atraer la atención de mi madre. Era como si cualquier cosa que mi padre hiciese, o dijese, estuviera destinada a volverme loco. Me estaba ahogando allí solo con mi padre a última hora de la tarde. Un espeso nubarrón había crecido sobre mí: de pronto, lo único que deseaba era escapar de mi padre, y de mi madre también, romper en mil pedazos su telaraña de culpa y protección, y de emociones nauseabundas que no tenían nombre.

Tengo que irme.

Una garrapata comenzó a treparme por la pierna. Levanté los bajos del pantalón, la atrapé y la despedacé cruelmente con las uñas.

Está bien, dijo mi padre despacio. ¿A dónde quieres ir?

A cualquier sitio.

Joe, dijo despacio. Debería de haberte dicho que estoy orgulloso de ti. Orgulloso de cómo quieres a tu madre. Orgulloso de cómo has descubierto todo esto. Pero ¿puedes entender que si a ti te pasara algo, Joe, tu madre y yo... no lo soportaríamos? Tú nos das la vida...

Me incorporé de un salto. Unas lucecitas amarillas parpadeaban ante mis ojos.

Tú me has dado la vida a mí, exclamé. Es así como se supone que tiene que ser. ¡Así que déjame hacer con ella lo que quiera!

Corrí hasta la bicicleta, me monté de un salto y di varias vueltas a su alrededor. Intentó atraparme con los brazos, pero di un brusco viraje en el último momento y aceleré hasta ponerme fuera de su alcance.

Sabía que mi padre llamaría a casa de Clemence y Edward. Descarté la gasolinera por el mismo motivo. Tanto los padres de Cappy como los de Zack tenían teléfono. Eso me dejaba solamente la posibilidad de Angus. Pedaleé directamente hasta su casa y me lo encontré fuera, aplastando las latas de cerveza que había conseguido recoger la noche anterior. Ninguna de las latas era Hamm's. Angus tenía un araño en la mejilla y el labio hinchado. La verdad es que a veces Star le pegaba. Elwin tenía una manera malévolamente de atraparle e hincharle la cara a golpes cuando estaba borracho: Elwin casi se moría de la risa. Nosotros deseábamos que se muriese, pero de verdad. Además, había otro grupo de tipos al que no le gustaba su pelo, o algo, cualquier cosa. Angus se alegró de verme.

¿Esos cabrones otra vez?

No, respondió. Así que supe que había sido su tía o Elwin.

Mientras ayudaba a Angus a aplastar las latas sobre el suelo duro como una piedra de detrás del edificio, le conté todo lo que había oído la noche anterior de la conversación de mi padre con Edward acerca del cura.

Si pudiéramos averiguar si el cura bebe Hamm's..., dije. ¿Los curas beben alcohol?

¿Que si beben alcohol?, repitió Angus. Joder que si beben alcohol. Empiezan con el vino en la misa. Después, creo que se ponen como una cuba todas las noches.

Cada vez que Angus aplastaba una lata con el pie, su pelo se levantaba como una maraña castaña clara. Tenía una cara redonda y largas e inocentes pestañas. Poseía una dentadura desordenada y caótica, con dientes enormes y resplandecientes que daban miedo. Su grueso labio inferior los desveló mostrando un caos sin remedio.

Quiero ir a misa, anuncié.

Angus se detuvo y su pie quedó colgando en el aire. ¿Qué? ¿Quieres ir a misa? ¿Para qué?

¿Hay alguna misa hoy?

Claro, a las cinco de la tarde. Podríamos ir.

La tía de Angus era tan beata como Clemence, aunque tenía mis dudas de que confesara las palizas que le propinaba a Angus.

Podríamos investigar a ese cura, dije.

El padre Travis.

Sí.

Vale, tío.

Angus subió al apartamento de su tía y volvió con el sillín de su BMX rosa. Lo atornilló al cuadro vacío con una tuerca y se guardó la llave inglesa en el bolsillo. Whitey le había sugerido esa táctica y le había regalado la llave inglesa después de que le robaran la segunda bicicleta de la misión. La próxima vez que alguien te robe la bici, se le escariará el culo, había asegurado Whitey. Nos marchamos, tomando el camino más largo para mantenernos alejados de la gasolinera, y llegamos ante las puertas del Sagrado Corazón justo antes de que comenzara la misa. Seguí los pasos de Angus, hice una genuflexión y me senté. Nos colocamos en la primera fila. Había decidido observar al cura con una serenidad fría y objetiva, idéntica a aquella con que, digamos, el capitán Picard había examinado al ligoniano asesino que había secuestrado a Yar, la jefa de seguridad. Lo evoqué para emular el gesto inmóvil y a la vez escrutador de Picard cuando la campana conminó a los feligreses a ponerse en pie. Pensé que me había preparado bien. Pero cuando el padre Travis apareció vestido con una casulla verde, que semejaba una manta basta, noté un zumbido en la cabeza como un globo lleno de abejas.

Oye, Starboy, me zumba la cabeza como un puto enjambre, susurré a Angus.

Cállate, protestó.

El pequeño grupo, formado por una veintena de personas, comenzó a murmurar y Angus deslizó una hoja de papel doblada en mis manos. Contenía una serie de respuestas fijas escritas a máquina, así como la letra de los cánticos. Mis ojos no se despegaban del padre Travis. Ya lo había visto antes, por supuesto, pero nunca me había detenido a examinarle concienzudamente. Los chicos llamaban al padre Travis «Cara Aplastada», por sus rasgos inexpresivos. Las chicas le llamaban «Padre Qué Desperdicio», porque sus ojos claros brillaban sobre unos pómulos dignos de una novela rosa. Su piel no mostraba ninguna marca y presentaba esa palidez lechosa de los pelirrojos, salvo por una serpenteante cicatriz que le recorría el cuello. Tenía unas pequeñas orejas muy juntas, un inquietante surco en lugar de boca y llevaba el pelo rapado de un color zorro, con entradas en las sienes, y una drástica merma en la coronilla. Al hablar no mostraba los dientes y su mandíbula cuadrada permanecía inmóvil, de modo que solo se movían los labios en su rostro inerte y las palabras parecían salir con un contoneo. La regularidad mecánica de sus rasgos, donde la

ranura de su boca se activaba en un movimiento incesante, me mareó lo suficiente como para obligarme a sentarme. Tuve la suficiente sensatez de dejar caer la hoja de modo que pude fingir buscarla entre mis rodillas. Angus me dio una patada.

Vomito como vuelvas a hacerme eso, mascullé entre dientes. En cuanto pudimos, fingiendo que buscábamos el final de la cola para comulgar, nos escabullimos de la iglesia y nos fuimos al parque. Angus tenía un cigarrillo. Lo partimos por la mitad a conciencia y yo me fumé la mía aunque me embargó de nuevo aquella agobiante sensación de tristeza. Mi aspecto debía de parecerse bastante a mi estado de ánimo.

Voy a buscar a Cappy.

Sí, dije. Adelante. Dile que he huido de mi padre y que traiga comida.

¿Te has escapado? Angus me dirigió una mirada extrañada. Yo siempre había tenido la familia perfecta: cariñosa, rica para los parámetros de la reserva, estable..., la familia de la que nunca nadie huiría. Ya no. Su mirada se tornó compasiva y se marchó. Empujé mi bicicleta hasta unos matorrales de maleza y boneteros, donde el césped había sido cortado, marcando los límites del terreno de la iglesia. Apoyé la bicicleta contra un árbol y me tumbé en el suelo, a pesar de las garrapatas. Cerré los ojos. Mientras permanecía tumbado, comencé a notar cómo la tierra atraía mi cuerpo. Podía sentir la gravedad misma, que visualicé de alguna manera como un enorme imán fundido, que descansaba en el centro de la Tierra. Podía sentir cómo tiraba de mí y me vaciaba de toda fuerza. Avanzaba más allá de los límites, de las fronteras, hasta donde nada tenía sentido y Q era el juez supremo con una toga de terciopelo rojo. Se apoderó de mí un enorme letargo, tan repentino como un hechizo que se fuera desvaneciendo. Después, me despertaron las vibraciones de unos pasos rápidos. Abrí los ojos y levanté la mirada, recorriendo el tejido de lana negro, largo y suelto, hasta la cruz de madera y el cinturón de cuerda del padre Travis. Por encima de su recio torso, ancho pecho y prominente acantilado en forma de barbilla, sus ojos incoloros destellaban sobre mí bajo unos párpados rectos.

No se puede fumar en el parque, señaló. Te ha visto una de las monjas.

Despegué los labios y emití un pequeño gruñido. El padre Travis prosiguió.

Pero eres bienvenido en misa. Y si te interesa la catequesis, doy clase todos los lunes después de la escuela.

Esperó.

De nuevo, emití un gruñido.

Eres sobrino de Clemence Milk...

La fuerza de arrastre de la gravedad de pronto se invirtió y me sentó de golpe, cargado de una enérgica y eléctrica determinación.

Sí, dije. Clemence Milk es mi tía.

Sorprendentemente, encontré mis piernas bajo mi cuerpo. Me puse de pie. Incluso di un paso adelante hacia el sacerdote, un paso pequeño, pero hacia él. La expresión

típica de mi padre salió de mi boca.

¿Puedo hacerle una pregunta?

Dispara.

¿Dónde estaba usted, pregunté, entre las tres y las seis de la tarde del 22 de mayo?

¿Qué día de la semana era?

La lúgubre boca se hundió en las comisuras.

Domingo.

Supongo que estaría diciendo misa. No me acuerdo muy bien. Y después de misa, hubo la adoración. ¿Por qué?

Era tan solo una pregunta. Por nada.

Siempre hay una razón, objetó el padre Travis.

¿Puedo hacerle otra pregunta?

No, contestó el cura. Una pregunta por día. Su cicatriz cobró vida en el lateral de su cuello. Se encendió. Eres un buen muchacho, según me dice tu tía, sacas buenas notas, añadió. No das problemas a tus padres. Nos encantaría contar contigo en nuestro grupo juvenil. Sonrió. Vi sus dientes por primera vez. Eran demasiado blancos y perfectos para ser verdaderos. Con lo joven que era, ¡y ya llevaba dentadura postiza! Y esa cicatriz semejante a un grueso brochazo de pintura por el cuello. Extendió la mano. Así interpretó sus rasgos el artista inexperto. «Demasiado guapo para ser guapo», había dicho Clemence. Nos quedamos allí los dos. El fulgor de la sotana, que se reflejaba en sus ojos, me produjo escalofríos. Sostuvo la mano extendida. Intenté resistirme, pero mi mano salió disparada por voluntad propia. Tenía la palma fresca. El callo suave y duro, como el del padre de Cappy.

Entonces, te veremos por aquí. Dio media vuelta. Después, se giró con un esbozo de sonrisa.

Los cigarrillos te matarán.

Permanecí clavado al suelo hasta que traspasó la puerta del salón parroquial colina arriba. Apoyé la espalda contra un árbol y me recosté, sin desplomarme. Todavía permanecía cargado de esa extraña energía. Dejé que el árbol me ayudase a pensar. Primero decidí no odiarme por lo que acababa de suceder entre el cura y yo. Difícilmente me podía haber negado. Negarse a estrechar la mano de alguien en la reserva equivalía a desearle la muerte. Aunque yo deseaba la muerte del padre Travis Wozniak y quería quemarlo vivo, mi deseo estaba supeditado a una prueba fehaciente de que se trataba del agresor de mi madre. De culpabilidad. Mi padre no habría consentido una conclusión que no se sustentara en elementos objetivos. Me rasqué la espalda con la áspera corteza del árbol y observé el lugar por donde había desaparecido el cura. La puerta del sótano de la iglesia. Tenía toda la intención de conseguir esas pruebas, y cuando mis amigos llegasen, me ayudarían.

Cappy regresó con Angus. Traía una bolsa de pan medio llena de ensalada de

patatas y una cuchara de plástico. Doblé la parte superior de la bolsa de plástico, improvisé un cuenco y me puse a comer la ensalada. Era del tipo que llevaba mostaza en la mayonesa, huevos y pepinillos en vinagre. Las tías de Cappy debían de haberla hecho. Mi madre la preparaba así. Raspé el fondo de la bolsa con la cuchara. Después, les conté a Cappy y a Angus la conversación que había oído por casualidad, en la que mi padre reconoció que sospechaba del cura.

Mi padre dice que ha estado en el Líbano.

Da igual, dijo Cappy.

Era un marine.

También lo era mi padre.

Se me ocurre que deberíamos averiguar si bebe cerveza Hamm's, dije. Se lo iba a preguntar, pero pensé que eso me delataría. En cambio conseguí su coartada. Tengo que comprobarla.

¿Su qué?, preguntó Angus.

Su excusa. Dice que estaba oficiando misa ese domingo por la tarde. Solo tengo que preguntárselo a Clemence.

¿Y si le dejamos unas Hamm's delante de la puerta para ver si se las bebe?, propuso Angus.

Todo el mundo se bebería una cerveza gratis, sobre todo tú, Starboy, objetó Cappy. Tenemos que pillarle bebiendo Hamm's en privado. Espiarle.

¿Mirar por la ventana de un cura?

Sí, respondió Cappy. Iremos con las bicicletas por detrás de la iglesia y del convento hasta el viejo cementerio. Después, podremos colarnos por la valla y empujar las bicicletas entre las tumbas. La parte trasera de la casa del cura da al cementerio, y la valla está cerrada con candado, pero se puede pasar al otro lado. Cuando oscurezca, nos acercaremos a la casa a hurtadillas.

¿Los curas tienen perros?, pregunté.

No hay perros, respondió Angus.

Bien, dije. En aquel momento no me asustaba que me pillara el cura. Lo que de verdad me ponía nervioso era el cementerio. Hacía muy poco había visto un fantasma. Y con uno tenía más que de sobra, y mi padre me había contado cómo solían pulular por el cementerio cuando trabajaba allí. Ese camposanto era el lugar donde enterraron al padre de Mooshum, que había combatido en Batoche junto a Louis Riel, cuando, años más tarde, murió montando un caballo muy veloz en una carrera de caballos. Allí estaba enterrado Severine, el hermano de Mooshum, que había servido en la iglesia como sacerdote durante un tiempo breve, en una parcela delimitada especialmente con ladrillos pintados de blanco. También se hallaba enterrado allí uno de los tres hombres linchados por una horda en Hoopdance; habían llevado allí el cadáver del muchacho porque solo tenía trece años. Mi edad. Lo habían

ahorcado. Mooshum lo recordaba. Shamengwa, el hermano de Mooshum cuyo nombre significaba Mariposa Monarca, también descansaba allí. La primera esposa de Mooshum, junto a quien él descansaría, tenía una lápida de piedra cubierta por una fina capa de líquen gris. Su madre estaba sepultada en aquel lugar, la misma que había dejado de hablar por completo durante diez años tras la muerte del hermano pequeño de Mooshum. También se hallaban allí la familia de mi padre, la de mi abuela y la de su madre, algunos de cuyos miembros se habían convertido. Los hombres habían sido enterrados hacia el oeste con los tradicionales. Se habían desvanecido en la tierra. Se habían levantado pequeñas casas sobre ellos para albergar y alimentar sus almas, pero estas viviendas se habían desmoronado antes que todo lo demás, hasta convertirse en polvo. Yo conocía los nombres de nuestros antepasados gracias a Mooshum y a mis padres.

Shawanobinesii, Elizabeth, Pájaro Trueno del Sur. Adik, Michael, Caribú. Kwiingwa'aage, Joseph, Carcayú. Mashikiki, Mary, La Medicina. Ombaashi, Albert, Llevado por el Viento. Makoons, El Osezno y Pájaro Sacudiéndose el Hielo de las Alas. Vivieron y murieron demasiado rápido en aquellos años en torno a la creación de la reserva, murieron antes de poder ser registrados y en números tan dolorosos que costaba mucho recordarlos a todos sin soltar, como lo hacía a veces mi padre cuando leía la historia local, «y apareció el hombre blanco y los condujo a todos bajo tierra», lo cual sonaba a profecía bíblica, pero no era más que una observación de la realidad. De modo que tener miedo a entrar en el cementerio de noche no era tenerle miedo a los venerados antepasados que yacían allí, sino a la patada en las entrañas de nuestra historia, que yo me preparaba para asimilar. El viejo cementerio estaba repleto de sus complicaciones.

Para aproximarnos al cementerio desde la parte trasera, tuvimos que pasar por delante de la vivienda de una anciana que tenía perros. Nunca se sabía cuántos canes ni de qué raza. Ella alimentaba a los perros de la reserva. Por ello su casa resultaba imprevisible y siempre dábamos un rodeo. En cuanto estuvimos cerca, nos preparamos. Cappy tenía su lata de pimienta. Yo cogí un palo grueso, recordando lo mucho que odiaba eso Pearl y por qué. Angus peló unas ramas de sauces para fabricar un látigo. Planificamos nuestra estrategia de combate juntos y decidimos que yo fuese primero con el palo y que Cappy fuera en la retaguardia con la pimienta. La mujer se llamaba Bineshi y era enjuta y encorvada, al igual que su diminuta y desvencijada cabaña de madera. En el patio había aparcados dos coches destartados en los que habitaban los perros. Pensamos que quizá lo lográsemos si ganábamos velocidad suficiente y pasábamos delante zumbando. Pero en cuanto nos adentramos por el camino de tierra que bordeaba su patio, los perros saltaron de los coches destartados. Dos eran grises y paticortos, tres eran grandes y uno era enorme. Se

precipitaron hacia nosotros ladrando con una vehemencia feroz. Un pequeño perro gris se abalanzó como una flecha sobre nosotros y atrapó a Angus por los bajos del pantalón. Angus le dio una patada con suma habilidad, le azotó la cara con el látigo y siguió pedaleando.

Perciben el miedo, chilló Cappy. Nos echamos a reír.

Los perros se volvieron más atrevidos, como suele suceder cuando alguien se mueve. Angus soltó un grito desgarrador. Un perro blanco y repugnante se lanzó sobre su brazo y Angus soltó los látigos y le golpeó de lleno en el hocico. El animal no gimoteó ni se escabulló, sino que se abalanzó de nuevo sobre él. Una vez más, Angus acertó con su golpe, pero mientras el perro se alejaba retorciéndose, agachó la cabeza y clavó los dientes en la pierna de Angus, desgarrándole los pantalones.

¡Quitádmelo de encima!

Cappy se giró. Se levantó una polvareda. Arrastró los pies por el suelo y se detuvo junto a Angus con el bote de pimienta abierto; sacó un puñado y se lo arrojó a la cara al animal, que ladró y desapareció. Pero ahora nos rodeaban los otros, clamando sangre, con las orejas hacia atrás. Intentaban morder y les rechinaban los dientes como tiburones al ataque. No podíamos soltar las bicicletas y echar a correr. Tendríamos que recuperar las bicicletas más tarde. Además los perros eran más rápidos que nosotros y nos alcanzarían mucho antes de que ganáramos velocidad. Con gran torpeza, pegados los unos a los otros, empujamos nuestras bicicletas. Cappy arrojó pimienta a otro perro. Yo machaqué a dos. Los perros que habían recibido la pimienta se recuperaron y volvieron al ataque babeando en busca de venganza. Formaron un círculo y fueron avanzando con las patas tiesas. Cappy soltó la lata de pimienta en la carretera y ésta se desparramó.

Mierda, dijo. Vamos a morir.

Necesitamos fuego, gritó Angus. Yo apaleé a un perro, que dio un respingo. De pronto, todos los perros giraron la cabeza. Aguzaron las orejas. Como un solo bloque se marcharon a grandes zancadas. Oímos cómo se cerraba la puerta de la cabaña de un portazo.

La vieja debe de darles de comer, dijo Cappy.

¡Maaj!, chilló Angus. Recorrimos el resto de la carretera a toda velocidad, sin reparar apenas en la cuesta; después, empujamos las bicicletas por el bosque y las levantamos por encima de la valla encadenada. Nos hallábamos a salvo en el cementerio. Casi había anochecido. Entre los frondosos pinos de más abajo divisamos un resplandor fragmentario, que manaba de las ventanas de la casa del cura. Empujamos nuestras bicicletas hacia allí. El miedo que sentía al cruzar el cementerio acabó eclipsado por el alivio. Los muertos sin perros inspiraban seguridad. Avanzamos sin prisas hasta que oscureció del todo, al tiempo que señalábamos diferentes lápidas. Cada uno de nosotros compartía algún antepasado, desperdigado

aquí y allá. El aire comenzó a agitarse y unos pájaros de la lluvia se pusieron a trinar en el bosque umbrío.

Es la hora, dijo Cappy, cuando llegamos abajo.

La cancela estaba mal sujeta por una cadena con candado. La abrimos de par en par y deslizamos las bicicletas al otro lado. Con un trémulo sigilo las empujamos hasta el extremo más alejado del jardín de la iglesia. La hierba estaba muy corta, y los rastros resultaban frescos con el rocío vespertino. Avanzamos sigilosamente hasta la pequeña vivienda, una cabaña modernizada de una sola altura. El padre Travis vivía allí solo. Nos agazapamos detrás de un arbusto desgredado. El suave murmullo de un televisor nos llegaba desde el interior de la casa. Nos arrastramos por la pared del fondo hasta la ventana, donde sonaba más fuerte el rumor.

Quiero echar un vistazo, dijo Angus.

Te va a ver, objeté.

Hay persianas. Angus levantó la cabeza.

Se agachó rápidamente.

¡Está sentado viendo la tele!

¿Te ha visto?

No lo sé.

Retrocedimos hasta la parte más oculta de la casa. En el interior sonaron unos pasos y de pronto un chorro de luz manó de la ventana que había sobre nuestras cabezas. Hubo un silencio. La figura del sacerdote se asomó detrás de la cortina, amenazadora. Nos pegamos a las tablas de madera. Justo detrás de nuestras cabezas comenzó a oírse el tenue sonido de un líquido salpicando.

Cappy articuló la pregunta en silencio: ¿Está meando? Me encogí de hombros porque me sonaba más a alguien quitando la chapa de una botella y vertiendo tranquilamente un delicado flujo de agua en el váter. Duró mucho tiempo y hubo varias pausas. Después, se oyó el ruido de la cadena, el grifo que se abría y se cerraba, la luz que se apagaba y una puerta que se cerraba.

Mea en plan discreto, observó Cappy.

Bueno, es cura, dijo Angus.

¿Es que mean de forma extraña?

No follan, explicó Angus. Si no se usa con regularidad, es posible que se les oxide la fontanería.

Como tú bien sabes, bromeó Cappy.

Vosotros, quedaos aquí.

Repté bordeando la casa hasta donde manaba el resplandor azulado del televisor. Cualquiera que hubiera entrado en el jardín en ese momento o pasado debajo de los pinos negros me habría podido ver. Me incorporé y me asomé lentamente al alféizar de la ventana. Estaba abierta, para que entrara la brisa de junio. Podía ver la parte

trasera de la cabeza del padre Travis. Estaba sentado delante del televisor en un sillón y junto a su codo había una cerveza de ciudad, una Michelob. Al principio, no distinguí lo que estaba viendo, y después advertí que se trataba de una película. Pero no una de televisión.

Me agaché de nuevo y me arrastré de vuelta hasta los demás.

¡Tiene un reproductor de vídeo!

¿Qué está viendo?

Esta vez se acercó a mirar Cappy y, al cabo de un rato, regresó y nos dijo que era *Alien*, que habían proyectado a dos horas al sur de la reserva y de la que solo habíamos oído historias alucinantes porque no teníamos forma de llegar hasta allí y, además, éramos demasiado jóvenes para poder entrar. Todavía no había videoclubs donde alquilar películas en la reserva.

Debe de ser suya, dije, olvidándome de que la ventana estaba abierta.

¿Tiene una copia? ¿En propiedad?

Callaos, tíos, susurró Cappy. Tiene las mosquiteras abiertas.

Angus se recostó contra el muro de la vivienda y se llevó las piernas al pecho. Juntamos nuestras cabezas y hablamos en voz baja.

¿Podías verla bien?

Se veía genial. Tiene una pantalla de treinta pulgadas.

Así fue cómo al final vimos *Alien*, de pie en la ventana, detrás del joven cura que, para nosotros, era el principal sospechoso de un crimen indecible. El padre Travis subió el volumen, así que pudimos oír toda la película. Cuando los créditos comenzaron a desfilarse, el cura apagó el televisor y nosotros nos agachamos y reptamos hasta donde debía de encontrarse el dormitorio. Todavía permanecíamos en un delicioso estado de conmoción. Angus se tumbó y levantó el puño desde el estómago al tiempo que sacudía las piernas. La luz se encendió de nuevo en el cuarto de baño y se oyó el ruido de un chorro de agua. Después se oyó el sonido de alguien cepillándose los dientes y haciendo gárgaras. Luego se encendió la luz del dormitorio. Bordeamos el muro. Nos levantamos despacio. Había cortinas y unas persianas bajadas, pero quedaba una rendija donde la persiana llegaba a la ventana. Las cortinas eran unos visillos transparentes. Podíamos ver perfectamente. Observamos al padre Travis que se quitó la sotana y la colgó. Poseía unos hombros fuertes y musculosos y unos pectorales duros como rocas. Unas cicatrices cuarteadas recorrían las marcadas tablas de sus abdominales. Se quitó los calzoncillos y se quedó con el culo al aire, y entonces se dio la vuelta. Sus cicatrices acababan todas formando una poderosa telaraña alrededor del pene y los testículos. Todo su equipamiento estaba allí al completo, pero clarísimamente se lo habían vuelto a coser todo, afirmaría Angus más tarde a Zack, sobrecogido. Todo lo de ahí abajo era pura cicatriz: áspera, lisa, gris, morada.

Llevados por el pánico, escapamos a gatas. Las luces se apagaron. Nos abalanzamos sobre nuestras bicicletas, pero el padre Travis salió por la puerta con increíble rapidez y atrapó a Angus con un salto certero. Cappy y yo seguimos corriendo.

Volved aquí, vosotros dos, dijo el padre Travis sin alterar la voz, pero se oyó con toda claridad. O le arrancaré la cabeza.

Angus soltó un gruñido. Aminoramos el paso y volvimos la cabeza. Tenía cogido a Angus por el cuello.

¡Lo dice en serio!

Reza un avemaría, dijo el cura.

Ave María, balbuceó Angus con voz ahogada.

En silencio, añadió el padre Travis.

La boca de Angus comenzó a moverse. Cappy y yo dimos media vuelta y retrocedimos. El viento nocturno se había levantado y los pinos susurraban a nuestro alrededor. Las parpadeantes luces del jardín que alumbraban la zona de aparcamiento de la iglesia nos llegaban por debajo de los árboles negros. El padre Travis empujó a Angus delante de él hasta la casa. Detrás de nosotros. Ordenó a Cappy que abriera la puerta y, una vez todos en el interior, echó el cerrojo y de una patada atrancó la puerta con una silla.

Como sabéis, no hay puerta trasera, anunció. Así que más vale que os pongáis cómodos.

Lanzó a Angus contra el sofá y dimos un salto hacia delante para sentarnos a ambos lados de Angus, con las manos entrelazadas en el regazo. El padre Travis se puso una camisa de cuadros y agarró su sillón. Le dio la vuelta para colocarlo frente a nosotros. Después se sentó. Llevaba puestos unos calzoncillos y la camisa de cuadros desabrochada. Tenía un torso macizo. Reparé en un juego de mancuernas que había por el suelo y en unas pesas que descansaban en una esquina.

Cuánto tiempo sin vernos, nos soltó a Angus y a mí.

Estábamos aterrorizados.

Os habéis regodeado a gusto, ¿eh? Granujas de medio pelo. ¿Qué os habéis creído?

Me dio una patada en la espinilla, y aunque estaba descalzo, toda mi pierna se entumeció y basculé hacia atrás.

Decid algo.

Pero no podíamos.

Está bien, soldado, dijo a Cappy. Dime por qué me estabais espionando. Conozco a estos dos, pero a ti no. ¿Cómo te llamas?

Juan Toma Elpelo.

Me invadió un subidón de admiración. Que Cappy fuese capaz de dar un nombre

falso en un momento así.

Toma Elpelo. ¿Qué coño de nombre es ése?

¡Es un nombre antiguo y tradicional, señor!

¡Señor! ¿De dónde te has sacado eso de «señor»?

¡Mi padre era un marine, señor!

Entonces eres una vergüenza para él, mocoso de mierda. Un hijo de marine espionando a un cura. ¿Cómo se llama tu padre?

¡Igual que yo, señor!

¿De modo que eres Toma Elpelo júnior?

¡Sí, señor!

Bien, Toma Elpelo júnior, ¿qué te parece esto?

El padre Travis alargó la pierna y sacó a Cappy del sofá de una fuerte patada. Cappy se golpeó contra el suelo con fuerza, pero no gritó.

Toma Elpelo, ¿eh? ¿Es así como te has conseguido tu nombre de gilipollas?

Se acercó, amenazante, y Cappy levantó los puños, pero el sacerdote solo se agachó y lanzó a Cappy de nuevo contra el sofá.

De acuerdo, Toma Elpelo júnior, ¿cuál es tu verdadero nombre tradicional y antiguo?

Cappy Lafournais.

¿Doe es tu padre?

Sí.

Un buen hombre. Señaló a Angus con un dedo grueso. Y sé quién es tu tía.

A continuación me clavó el dedo en la cara. No podía respirar.

Conozco a tu padre, y creo saber por qué estáis aquí, espiándome, panda de patética escoria. Tú. Me puse a pensar sobre lo que me preguntaste antes, esta tarde. Por qué me ibas a preguntar qué estaba haciendo el domingo 22 de mayo a tal y tal hora. Como si quisieras averiguar si tenía una coartada. Me pareció raro. Después, recordé lo que le había pasado a tu madre. Y bingo.

Nuestras rodillas, nuestros pies, nuestros zapatos habían tomado una profunda trascendencia. Los examinábamos detenidamente. Podíamos sentir sus ojos de plata clavados en nosotros.

Así que crees que yo le hice daño a tu madre, dijo con voz suave. ¿Y bien? Contesta.

Me dio otra patada. El entumecimiento se convirtió en dolor.

Sí. No. Pensé que tal vez.

Tal vez. Entonces la respuesta apareció en un fognazo, por decirlo de algún modo. Im-po-si-ble. Para que lo sepas. Y para vuestra información, so vómito de ratas, pedos de gatos, panda de soplapollas subnormales, yo no utilizaría mi polla de ese modo aunque pudiese. Viciosos salidos de mierda, tengo madre y hermana. Y

también tuve novia.

El padre Travis se recostó. Levanté los ojos hacia él. Nos observaba con el ceño fruncido y las manos entrelazadas en el regazo. Sus ojos habían adoptado ese extraño destello metálico. Sus pómulos daban la impresión de estar a punto de traspasar la piel. No solo poseía una copia de *Alien*, no solo tenía una increíble y espantosa herida, sino que además nos había llamado cosas humillantes sin recurrir siquiera a los insultos habituales. Además estaban la velocidad y destreza con la que había atrapado a Angus, las pesas junto al televisor y la cerveza pija Michelob. Era casi suficiente para que a un chico le dieran ganas de hacerse católico.

¿Tuvo novia?

El semblante del padre Travis se tensó hasta palidecer. No me podía creer el valor y descaro de Cappy. Por un momento le di por muerto. Pero Cappy no lo había preguntado con tono burlón ni sarcástico en absoluto. Eso era lo bueno de Cappy. Quería saber de verdad. Había hecho la pregunta del mismo modo —ahora lo sé— que un buen abogado interroga a un testigo potencial. Para averiguar algo de la otra persona. Oír su historia.

El padre Travis no habló durante un rato, pero Cappy guardó silencio, dispuesto a escuchar.

Sí, dijo el padre Travis al fin. Su voz sonaba ahora más apagada y baja. Vosotros, pajilleros esmirriados, no sabéis nada de las mujeres. Podéis creer que sí, pero no tenéis ni idea. Yo me iba a casar con una novia de verdad. Increíblemente guapa. Fiel. Nunca vaciló. Ni siquiera cuando me hirieron. Se habría quedado conmigo. Fui yo quien... Chicos, ¿a vosotros os gustan las chicas?

A mí sí, respondió Cappy, el único que se atrevió a contestar.

No perdáis el tiempo con zorras, dijo el padre Travis. ¿Vais al instituto?

Empezamos este próximo curso, contestó Cappy.

Mejor. Hay una chica preciosa en la que nadie más se ha fijado. Tú serás quien se fije en ella.

Vale, dijo Cappy.

Bueno, dijo el padre Travis. Bueno.

Extendió las manos en los reposabrazos del sillón. Nos observó en silencio hasta que al fin levantamos los ojos y nos topamos con su mirada impenetrable.

Queréis saber cómo fue. Queréis saber cómo lo llevo. Queréis saber cosas que no tenéis derecho a saber. Pero no sois malos chicos. Ahora lo veo. Queríais averiguar quién le había hecho daño a tu madre, a su madre. Me miró a los ojos.

Yo me encontraba en la embajada de Estados Unidos en el 83 y tuve suerte. Estoy aquí, ¿no? Muy sencillo. El grifo funciona. Tengo que cuidarlo extremadamente bien. Si no, coge infecciones. Un poco de deseo sexual. Todo sublimado. Estaba en un seminario antes de ingresar en los marines. Me dio un ataque de ira. Volví a casa así,

una señal. Acabé los estudios. Me ordené. Me destinaron aquí. ¿Alguna pregunta?

Le dije que ninguno de los curas que habíamos tenido aquí habían matado taltuzas.

Las hermanas las gasean. ¿Os gustaría que os gasearan en un túnel? Es mejor morir limpiamente, al aire libre. Mueren así. Chasqueó los dedos. Se dan la vuelta y miran el cielo, ¿eh? Las nubes.

No nos estaba mirando. Ahora no estaba mirando nada. Nos despidió con un movimiento de la mano. Nos levantamos a medias. Él ya estaba lejos. Juntó las manos para orar y apoyó la cabeza en los dedos. Le rodeamos para llegar a la puerta, apartamos la silla sin hacer ruido y descorrimos el cerrojo. Cerramos la puerta con cuidado y después nos dirigimos hacia nuestras bicicletas. El viento soplaba ahora con más fuerza. Golpeaba la luz contra el poste de modo que titilaba. Los pinos rugían. Pero el aire estaba tibio. Un viento del sur, traído por Shawanobinesi, el Pájaro Trueno del Sur. Un viento portador de lluvia.

Capítulo seis

Datalore

El viento pasó sobre nosotros con una masa de aborregadas nubes que seguían avanzando hasta que el cielo se abrió por completo. Así sin más, como si nada hubiese pasado entre nosotros, mi padre y yo comenzamos a hablar. Me contó que había mantenido una interesante conversación con el padre Travis, y me quedé petrificado. Pero habían hablado sobre Texas y el ejército; el padre Travis no nos había delatado. Fueran cuales fueran las sospechas que mi padre compartió con Edward aquella noche, se habían esfumado, o las había reprimido. Pregunté a mi padre si había hablado con Soren Bjerke.

¿Y el bidón de gasolina?, pregunté.

Pertinente.

Ahora que el padre Travis se había caído de la lista de sospechosos, comencé a meditar sobre los casos que mi padre y yo habíamos desempolvado.

¿Los Lark? Quiero decir, señalé a mi padre, ¿Bjerke ha interrogado al hermano y a la hermana?

Ha hablado con Linda.

Mi padre apretó los labios formando una línea recta. Se había jurado a sí mismo que no me involucraría, ni me confiaría nada, ni colaboraría conmigo. Sabía a dónde me conduciría, en qué me podría meter, pero no sabía ni la mitad. Sin embargo, había algo que yo no entendía entonces y sí comprendo ahora: la soledad. Yo tenía razón en que solamente estábamos los tres. O nosotros dos. A nadie más, ni a Clemence, ni siquiera a mi madre, le preocupaba mi propia madre tanto como a nosotros. Nadie más pensaba en ella día y noche. Nadie más sabía lo que le estaba pasando. Nadie más estaba tan desesperado como nosotros dos, mi padre y yo, por recuperar nuestra vida. Por volver a lo de antes. De modo que mi padre no tenía elección, no en realidad. Tarde o temprano iba a tener que hablar conmigo.

Debería hacerle una visita a Linda Wishkob, dijo. Se negó a contestar a Bjerke. Pero tal vez... quieras acompañarme.

Linda Wishkob era poderosamente fea. Su cara pálida y cuneiforme acababa de despejar el mostrador de la oficina de correos. Nos miró con ojos saltones y necios; sus labios rojos y húmedos eran dos virutas carnosas. Su cabello, una gorra de pelo castaño y lacio, se agitó cuando sacó los objetos conmemorativos. Se los mostró a mi padre. La mujer me recordaba a un puercoespín de ojos saltones, incluso en las pequeñas y gruesas garras de uñas largas. Mi padre eligió un juego de cincuenta estados de la Unión y le preguntó si podía invitarla a tomar un café.

Tengo café aquí en la trastienda, respondió Linda. Puedo tomármelo gratis. Observó a mi padre con recelo, aunque conocía a mi madre. Todo el mundo sabía lo que había sucedido, pero nadie sabía qué decir ni qué no decir.

No importa el café, prosiguió mi padre. Me gustaría charlar con usted. ¿Por qué no pide a alguien que la sustituya? No está muy ocupada.

Linda abrió sus labios húmedos para protestar, pero no se le ocurrió ninguna buena excusa. En unos minutos arregló las cosas con su supervisor y salió de detrás del mostrador. Abandonamos la oficina de correos y cruzamos la calle hasta Mighty Al's, un lugar tan diminuto como una lata de sardinas. No me podía creer que mi padre se dispusiera a interrogar a alguien en el estrecho local de Mighty's, que tenía seis mesas desparejadas y amontonadas unas con otras. Y estaba en lo cierto. Mi padre no le hizo ninguna pregunta a Linda; en su lugar mantuvo una irrelevante conversación sobre el tiempo.

Mi padre era capaz de ganar a cualquiera hablando del tiempo. Al igual que en todas partes, en ocasiones era el único tema de conversación donde la gente de aquí se sentía a gusto para expresarse con comodidad, y mi padre era capaz de seguir y seguir con gran seriedad, aparentemente para siempre. Cuando la meteorología actual se agotaba, quedaba siempre el tiempo que había hecho según los registros históricos, el tiempo que uno mismo había conocido o que había experimentado algún pariente, o incluso del que se había oído hablar en las noticias. Catástrofes climatológicas de todo tipo. Y cuando ya se había agotado todo el repertorio meteorológico, quedaba aún todo el tiempo que podría hacer en el futuro. Incluso le oí especular sobre el tiempo que haría en el más allá. Mi padre y Linda Wishkob hablaron del tiempo durante un buen rato, y después la mujer se levantó y se marchó.

Le has apretado las tuercas a base de bien, papá.

El menú del día de la pizarra anunciaba: «Sopa de hamburguesa, todo cuanto puedas comer». Íbamos por nuestros segundos tazones de sopa humeante: carne picada, macarrones procedentes de las ayudas del Gobierno, tomate en lata, apio, cebolla, sal y pimienta. Estaba especialmente sabroso ese día. Mi padre también había pedido un poco de café de Mighty's, que llamaba «elección estoica». Siempre sabía a quemado. Cuando nos acabamos la sopa, se lo fue bebiendo con gesto inexpresivo.

Quería hacerme una idea de cómo se sentía, explicó mi padre. La han presionado mucho, la verdad.

Yo no estaba muy seguro de sobre qué había ido esa conversación con Linda Wishkob pero, por lo visto, se había producido algún intercambio del que yo no me había percatado.

Mi padre finalmente permitió que Cappy viniera a casa. Era una tarde de calor bochornoso, por lo que estábamos en casa jugando a *Bionic Commando*, haciendo el menor ruido posible, con el ventilador encendido. Como siempre, mi madre estaba

durmiendo. Llamaron a la puerta suavemente. Abrí y me encontré a Linda Wishkob, con sus ojos saltones, su uniforme azul y su rostro sudoroso, abotargado y desprovisto de todo maquillaje. Aquellas uñas largas al final de los dedos rollizos me resultaron de pronto siniestras, a pesar de estar pintadas con un inocente tono rosa.

Esperaré a que se despierte, dijo Linda.

Me sorprendió que pasara delante de mí y entrara en el salón. Saludó a Cappy con la cabeza y se sentó detrás de nosotros. Cappy se encogió de hombros, y como hacía tiempo que no jugábamos a nuestro juego y no íbamos a dejarlo por cualquier motivo sin importancia, continuamos. Durante años, nuestro pueblo había luchado para resistirse a una formación imparable de seres ávidos e inestables. Nuestro ejército se había visto reducido a unos pocos guerreros desesperados, desarmados y hambrientos. Rozábamos el cercano sabor de la derrota. Sin embargo, en lo más hondo de las entrañas de nuestra comunidad, los científicos habían logrado perfeccionar un arma ofensiva sin precedentes. Nuestro brazo biónico se extendía, aplastaba, se flexionaba, fintaba y se plegaba sobre sí mismo. Perforaba armaduras y sus sensores térmicos eran capaces de detectar al adversario mejor defendido. El brazo biónico combinaba en sí mismo la fuerza de un ejército entero y debía ser manipulado por un único soldado capaz de superar la prueba. Yo era ese soldado. O Cappy era ese soldado. El Comando Biónico. Nuestra misión nos llevaba a través de la tierra de los mil ojos, donde la muerte nos aguardaba a la vuelta de cada esquina y en cada ventana. Nuestro destino: el cuartel general enemigo. El inexpugnable corazón de la fortaleza de nuestro enemigo más odiado. Nuestro desafío: imposible. Nuestra determinación: inquebrantable. Nuestro valor: infinito. Nuestro público: Linda Wishkob.

Nos observó con tal silencio que nos olvidamos de su presencia. Apenas respiró ni movió un músculo. Cuando mi madre abandonó su habitación y fue al cuarto de baño de la planta de arriba, tampoco la oí, pero Linda sí. Se dirigió con paso pesado a los pies de la escalera y, antes de que yo pudiera decir o hacer nada, pronunció el nombre de mi madre. Después, comenzó a subir los peldaños. Dejé de jugar y me levanté de un salto, pero el cuerpo rechoncho de Linda ya había llegado arriba y saludaba a mi madre como si su silueta escuálida no estuviese alejándose de ella, tambaleante, desorientada, tras verse descubierta y sentirse invadida. Linda Wishkob no pareció percatarse del nerviosismo de mi madre. Con una especie de sencillez ajena a esa turbación, la siguió sin más hasta el dormitorio. La puerta permaneció abierta. Oí cómo crujía la cama. El ruido de Linda arrastrando una silla. Y después sus voces, en cuanto comenzaron a hablar.

Unos días más tarde, al fin descargó una lluvia fuerte y constante, y me quedé en casa por segunda vez ese verano, jugando a mis juegos, dibujando viñetas. Angus había estado trabajando en su segundo retrato de Worf, pero Star le había llamado para pedirle que tomara prestado un desatascador en casa de Cappy. Ahora estaban en casa de Angus, seguramente bebiéndose la cerveza Blatz de Elwin mientras sacaban porquería pringosa de una apestosa cañería. Mis dibujos me aburrían. Pensé en mirar el manual de *Cohen*, pero la lectura de los casos y de las notas de mi padre me había generado cierta desesperación. En un día como ése, podría haber subido a mi habitación, cerrado la puerta con llave y hojeado mi carpeta escondida de DEBERES. La presencia de mi madre en la planta de arriba había acabado con ese hábito mío. Estaba pensando si debería ir con gran esfuerzo a la casa de Angus bajo la lluvia, o si sería mejor sacar los libros tercero y cuarto de Tolkien que mi padre me había regalado por Navidad; pero no estaba seguro de hallarme lo bastante desesperado como para realizar cualquiera de las dos opciones. La lluvia era ese tipo de precipitación gris e intensa que no acaba nunca y que transforma la casa de uno en un lugar frío y triste, aunque el alma de tu madre no se esté muriendo en la planta de arriba. Pensé que tal vez arrasaría todas las plantas del jardín, pero, claro, aquello le daría igual a mi madre. Le subí un sándwich, pero estaba durmiendo. Bajé la colección de Tolkien. Acababa de comenzar a leer bajo una lluvia torrencial cuando, emergiendo del martilleante aguacero, semejante a un hobbit empapado, Linda Wishkob nos hizo una nueva visita.

Se dirigió directamente al piso de arriba, sin mirarme apenas. Llevaba un pequeño paquete en las manos, seguramente un trozo de su pan de plátano —compraba plátanos negros con los que elaboraba ese pan y era conocida por eso—. Un sinfín de murmullos, que me resultaban misteriosos, llegaban de la planta de arriba. La razón por la que mi madre decidió hablar con Linda Wishkob podría haberme inquietado o alertado, o al menos sorprendido. No lo hizo. Pero a mi padre sí. Y esta vez, cuando llegó a casa y se enteró de que Linda se hallaba arriba, me dijo con voz suave: Vamos a tenderle una trampa.

¿Qué?

Tú serás el cebo.

Vaya, gracias.

Contigo hablará, Joe, le caes bien. Le cae bien tu madre. De mí recela. Escúchalas allí arriba.

¿Por qué quieres que hable?

Necesitamos toda la información posible. Necesitamos saber todo lo que pueda decirnos sobre los Lark.

Pero ella es una Wishkob.

Adoptada, no lo olvides. Acuérdate del caso, Joe, el caso que sacamos.

No creo que sea relevante.

Bonita palabra.

Pero al final accedí y, por suerte, mi padre había comprado helados. Era la comida favorita de Linda.

¿Incluso en los días de lluvia?

Sonrió. Es una mujer de sangre fría.

Así que cuando Linda bajó las escaleras, le pregunté si le apetecía un bol de helado. Me preguntó de qué sabor. Le respondí que tenía el de rayas. Napolitano, dijo y aceptó un bol. Nos sentamos en la cocina y mi padre cerró la puerta con indiferencia, alegando que mi madre necesitaba descansar y lo bueno que había sido que Linda nos visitara y lo mucho que a todos nos había gustado su pan de plátano.

Las especias le dan un sabor excelente, dije.

Solo le puse canela, explicó Linda y sus ojos saltones se hincharon de gusto. Canela de verdad, que compro en tarros, no en latas. De una sección de productos importados en Hornbacher, en Fargo. No lo que se encuentra por aquí. A veces le añado ralladura de limón o peladura de naranja.

Se mostraba tan feliz de que nos gustara su pan de plátano que pensé que tal vez mi padre no me necesitara para hacerla hablar, pero entonces dijo: ¿A que estaba muy bueno, Joe? Y yo respondí que me lo había comido en el desayuno y que había tenido que robar un trozo porque mis padres se lo quedaban todo para ellos.

Os traeré dos hogazas la próxima vez, dijo Linda, encantada de la vida.

Me llevé una cucharada de helado a la boca e intenté que mi padre le tirara de la lengua, pero él solo me miró arqueando las cejas.

Linda, comencé, he oído... Me estaba preguntando. Supongo que es una pregunta personal.

Adelante, dijo, y sus rasgos pálidos se sonrosaron. Quizá nadie le hacía preguntas personales. Pensé con rapidez y se me soltó la lengua.

Tengo amigos, ya sabe, cuyos padres o primos fueron adoptados. Adoptados fuera de la tribu, y eso es muy duro, bueno, eso he oído. Pero supongo que nadie habla de lo que supone ser...

¿Adoptado?

Linda mostró sus diminutos dientes de ratón con una sonrisa tan sencilla y alentadora que me tranquilicé, y de pronto descubrí que de verdad quería saber. Quería conocer su historia. Cogí un poco más de helado. Le dije que me gustaba mucho su pan de plátano y que eso me había sorprendido, porque la verdad es que, por regla general, yo odiaba el pan de plátano. Lo que quiero decir es que de repente me olvidé de mi padre y comencé a hablar con Linda de manera sincera. Miré más allá de sus ojos saltones, sus siniestras manos de puercoespín y su cabello ralo, y solo veía a Linda, quería conocerla, y por eso —supongo— me lo contó.

La historia de Linda

Nací en invierno, comenzó, pero hizo una pausa para terminarse el helado. Cuando apartó el bol, comenzó en serio. Mi hermano nació dos minutos antes que yo. La enfermera acababa de envolverle en una cálida mantita de franela azul cuando mi madre exclamó: «Dios mío, hay otro» y allá que aparecí yo, medio muerta. Después, me dispuse a morir en serio. Pasé de un tono levemente rosado a un apagado color gris azulado cuando la enfermera intentó colocarme en una cuna calentada con lámparas. Se lo impidió un médico, que le señaló mi cabeza, mi brazo y mi pierna deformes. Interponiéndose entre la enfermera y la recién nacida, el médico se dirigió a la madre, le explicó que el segundo bebé tenía una malformación congénita y le preguntó si él debía emplear medios extraordinarios para salvarlo.

La respuesta fue no.

No, deje que se muera. Pero mientras el médico le daba la espalda, la enfermera me limpió la boca con un dedo, me sacudió boca abajo y me envolvió fuertemente en otra manta, esta rosa. Respiré muy hondo.

Enfermera, dijo el médico.

Demasiado tarde, respondió la enfermera.

Me dejaron en la unidad de neonatología con un biberón atado a la cara mientras el condado decidía cómo conducirme hasta algún tipo de situación transitoria. Era todavía demasiado joven para ser admitida en cualquier institución del Gobierno, y los señores George Lark se negaban a tenerme en casa. La conserje de noche del hospital, una mujer de la reserva llamada Betty Wishkob, pidió permiso para cogerme en brazos durante su tiempo de descanso. Mientras me arrullaba, de espaldas a la ventana de observación, Betty —mamá— me cuidó. Mientras me daba el biberón, mamá tomaba mi cabecita en la palma de su fuerte mano y la moldeaba y redondeaba. Nadie en el hospital sabía que ella me atendía por las noches, ni que cuidaba de mí y que había tomado la decisión de quedarse conmigo.

Aquello ocurrió hace cinco décadas. Tengo cincuenta años. Cuando Betty preguntó si me podía llevar a su casa, hubo un gran alivio y muy poco papeleo, al menos al principio. Así que me salvé y me críe con los Wishkob. Viví en la reserva y fui al colegio como cualquier indio: primero a la escuela dirigida por la misión católica y después a la del Gobierno. Pero antes, a la edad de tres años aproximadamente, me llevaron de allí por primera vez. Todavía recuerdo el olor a desinfectante, y lo que yo llamo «desesperación blanca», en la que apareció una presencia, alguien o algo que sufrió conmigo y me dio la mano. Esa presencia permaneció a mi lado. La siguiente vez que un asistente social decidió encontrar un

hogar más idóneo para mí, tenía cuatro años. Me hallaba de pie junto a Betty, sujetándome a su falda verde de algodón. Apreté el fino tejido entre mis dedos y hundí la cara en la fragancia de la cálida tela. Después, me encontraba en el asiento trasero de un coche, que avanzaba a toda velocidad y sin hacer ruido en una dirección interminable. Me desperté sola en otra habitación blanca. La cama era estrecha y las sábanas estaban tan arremetidas que me costó un gran esfuerzo salir. Me senté en el borde de la cama durante lo que me pareció mucho tiempo, esperando.

Cuando eres pequeño, no te das cuenta de que estás gritando o llorando: tus sentimientos y el sonido que sale de tu cuerpo es una misma cosa. Recuerdo que abrí la boca, nada más, y que no la volví a cerrar hasta que estuve de vuelta con mamá.

Todos los días, hasta que tuve más o menos once años, mamá y papá, Albert, intentaban redondearme la cabeza y ejercitarme el brazo y la pierna. Me obligaban a levantar una pequeña bolsa rellena de arena que Betty cosió para convertir en una pesa. Me despertaban la primera y me llevaban a la cocina. La estufa de leña estaba encendida y me tomaba un vaso de leche aguada y azulada. Después, Betty se sentaba en una silla de la cocina y me colocaba en su regazo. Me frotaba la cabeza y luego ahuecaba sus fuertes dedos y me tiraba del cráneo.

A veces verás cosas, me dijo Betty en una ocasión. Tu fontanela quedó abierta más tiempo que la de los demás bebés. Es así como entran los espíritus.

Papá se sentaba frente a nosotras en otra silla, dispuesto a estirarme de los pies a la cabeza.

Estira los pies, Tuffy, ordenaba. Era mi apodo. Ponía mis pies en las manos de papá y me estiraba mientras mamá me sujetaba con fuerza por detrás de las orejas y tiraba a su vez en dirección contraria.

Mi hermano Cedric me había puesto el nombre de Tuffy porque sabía que en cuanto fuera al colegio me pondrían algún mote. No quería que éste aludiese a la forma de mi brazo o de mi cabeza. Pero mi cabeza —tan maltrecha al nacer que el médico me diagnosticó retraso mental— se fue modificando gracias a los estiramientos y masajes de mamá. Para cuando fui lo bastante mayor como para mirarme al espejo, pensé que era guapísima.

Ni mamá ni papá me dijeron jamás que estaba equivocada; fue Sheryl quien me dio la noticia al decirme: «Eres tan fea que resultas mona».

Me miré al espejo en cuanto tuve oportunidad y comprobé que Sheryl decía la verdad.

La casa en la que vivíamos todavía huele a madera podrida, cebolla, focha frita, al aroma salado de niños sin lavar. Mamá siempre intentaba que estuviésemos limpios, y papá siempre nos ensuciaba. Nos llevaba al bosque y nos enseñaba cómo rastrear un conejo y preparar una trampa. Arrancábamos taltuzas de sus madrigueras con

lazadas y llenábamos cubos y cubos de arándanos. Montábamos un lamentable y encabritado poni, pescábamos percas en un lago cercano, desenterrábamos patatas todos los años para sacar dinero para ir a la escuela. El trabajo de mamá no había durado. Papá vendía leña, maíz y calabazas. Pero nunca pasamos hambre y nunca faltó cariño en el hogar. Yo sabía que me querían por lo complicado que les resultó a mamá y a papá conseguir sacarme de los servicios sociales, aunque yo puse de mi parte con mis interminables gritos. Aquello no significaba que todo fuera perfecto. Papá bebía de vez en cuando y se quedaba inconsciente, tirado en el suelo. Mamá tenía un genio explosivo. Nunca pegaba a nadie, pero a menudo gritaba y despotricaba. Peor aún, era capaz de decir cosas espantosas. Una vez, Sheryl estaba dando volteretas por la casa. Había un estante empotrado en una esquina y en esa balda había un jarrón de cristal tallado al que mamá tenía mucho apego. Cuando le llevábamos ramos de flores silvestres, solía colocarlos en ese jarrón. Yo la había visto lavar el florero con jabón y sacarle brillo con una vieja funda de almohada. De pronto Sheryl golpeó el jarrón con el brazo, tirándolo de la estantería, y éste se estrelló contra el suelo con estruendo y se rompió en mil pedazos.

Mamá estaba atareada en los fogones. Dio media vuelta y extendió las manos.

Maldita seas, Sheryl, espetó. Eso era lo único realmente hermoso que he tenido nunca.

¡Lo ha roto Tuffy!, se defendió Sheryl y salió disparada por la puerta.

Mamá se puso a llorar, fuera de sí, y se llevó el antebrazo a la cara y a la mejilla. Hice intención de ir a barrer los cristales rotos, pero me ordenó que lo dejara, con una voz tan desconsolada que salí a buscar a Sheryl, que se había escondido en su escondrijo habitual, al otro extremo del gallinero. Cuando le pregunté por qué me había culpado a mí, Sheryl me dirigió una mirada feroz y me respondió: Porque eres blanca. Jamás guardé rencor a Sheryl por nada de lo que dijo o hizo cuando éramos pequeñas, y más tarde hemos llegado a estar muy unidas. Me he alegrado mucho de ello, ya que nunca me casé y necesitaba poder confiar en alguien, cuando hace cinco años se puso en contacto conmigo mi madre biológica.

Viví en un anexo clavado a la diminuta vivienda hasta que fallecieron mis padres. Murieron uno tras otro, como suele suceder con los que llevan casados mucho tiempo. Ocurrió en unos pocos meses. Para entonces, mis hermanos ya se habían marchado de la reserva o se habían construido una casa nueva más cerca de la ciudad. Yo me quedé a vivir allí, sin decir nada a nadie. Con una diferencia: dejaba que el perro —descendiente de aquél que había gruñido a la asistente social— viviese dentro de la casa conmigo. Mis padres habían instalado la televisión en la cocina. La veían después de cenar, sentados muy erguidos en las sillas de la cocina con las manos dobladas sobre la mesa. Pero yo prefería el sofá. Había instalado una

chimenea con una pantalla de cristal y unos ventiladores que proyectaban el calor hacia delante en un cálido círculo; y allí me sentaba todas las noches, con el perro a mis pies, para leer o hacer ganchillo en compañía de la televisión.

Una noche sonó el teléfono.

Contesté con un simple «¿Diga?». Hubo un silencio. Una mujer me preguntó si era Linda Wishkob.

Sí, soy yo, dije. Experimenté una extraña punzada de aprensión. Sabía que algo iba a suceder.

Soy tu madre, Grace Lark. La voz sonaba tensa y nerviosa.

Colgué el teléfono en la horquilla. Más tarde, aquel momento me resultaría muy gracioso. Instintivamente había rechazado a mi madre, la había dejado colgada del mismo modo que ella me había dejado colgada a mí.

Como sabes, soy funcionaria del Gobierno. Cuando quiera puedo averiguar la dirección de mis padres biológicos. Podría haberlos llamado o, qué sé yo, podría haberme emborrachado y presentado en el patio de su casa y haberme puesto a despotricar contra ellos. Pero no quería saber nada de ellos. ¿Por qué habría de querer? Todo cuanto conocía era doloroso y siempre he rehuido el dolor —puede ser ésa la razón por la que nunca me he casado ni he tenido hijos—. No me importa estar sola, salvo, bueno... Aquella noche, después de colgar el teléfono, me preparé una taza de té y me distraje haciendo crucigramas. Una palabra se me resistió. La pista era doble fantasmagórico, doce letras, y me llevó un tiempo interminable y la ayuda del diccionario para dar con la palabra «*doppelganger*».

Siempre había identificado las apariciones de aquella presencia como uno de esos espíritus que los cuidados de Betty dejaron entrar en mi cabeza. La primera vez que sucedió fue cuando me apartaron de Betty durante ese breve periodo de tiempo y me encerraron en una habitación blanca. En otras ocasiones, tenía la sensación de que alguien caminaba a mi lado, o estaba sentado a mi lado, siempre un poco más allá de la periferia de mi campo de visión. Uno de los motivos por los que permití que entrara el perro en casa fue para alejar esa presencia, que, con los años, se había convertido en algo angustiante, necesitado y desamparado de un modo que no sabía definir. Nunca antes había asociado la idea de esa presencia con mi gemelo, que se había criado a una hora de coche de distancia; pero aquella noche, la repentina llamada de teléfono combinada con la palabra de doce letras del crucigrama disparó mis cavilaciones.

Betty me había dicho que no tenía ni idea del nombre que le habían puesto los Lark a ese niño, aunque probablemente lo sabía. Por supuesto, al tratarse de un varón y una niña, éramos mellizos y, en teoría, no debíamos de parecernos más que cualquier hermano y hermana. De modo que, la noche en que llamó mi madre biológica, decidí odiar y sentir resentimiento hacia mi hermano mellizo. Había oído

su voz por primera vez, temblorosa al teléfono. Él la había oído toda su vida.

Siempre había creído que también detestaba a mi madre biológica. Pero la mujer se había denominado a sí misma, con toda sencillez, madre. Mi mente había registrado perfectamente las palabras que había pronunciado. Durante toda aquella noche y la mañana siguiente, sonaron de forma continua en mi cabeza. Cuando acabó el segundo día, sin embargo, la entonación se fue debilitando. Sentí un gran alivio cuando, al tercer día, enmudecieron. Después, al cuarto día, la mujer llamó de nuevo.

Comenzó disculpándose.

¡Siento molestarte!, continuó, arguyendo que siempre había deseado conocerme pero que había tenido miedo a descubrir dónde estaba. Dijo que George, mi padre, había muerto, que vivía sola y que mi hermano mellizo era un antiguo empleado de correos, que se había mudado a Pierre, en Dakota del Sur. Le pregunté cómo se llamaba.

Linden. Es un viejo nombre de la familia, explicó.

¿El mío también es un viejo nombre de la familia?, pregunté.

No, respondió Grace Lark, el tuyo combinaba con el nombre de tu hermano.

Me contó que George había apuntado mi nombre rápidamente en la partida de nacimiento y que nunca llegaron a verme. Siguió hablando de cómo había muerto George de un ataque al corazón y que ella estuvo a punto de mudarse a Pierre para estar cerca de Linden, pero que no podía vender su casa. Me explicó que no sabía que yo viviera tan cerca; si no, me habría llamado mucho antes.

La ligera y coloquial palabrería debió de provocar una amnesia onírica en mi mente. Porque cuando Grace Lark preguntó si podíamos vernos, si podía invitarme a cenar al club de cenas Vert's, le respondí que sí y fijamos una fecha.

Cuando al fin colgué el teléfono, me quedé mirando durante mucho tiempo los pequeños leños que ardían en la chimenea. Antes de la llamada, había preparado el fuego con la intención de hacer palomitas de maíz. Lanzaría granos al aire y el perro atraparía las palomitas. Quizá me sentara a la mesa de la cocina para ver una película. O tal vez me quedara junto al fuego para leer la novela que había sacado de la biblioteca. El perro roncaría y se agitaría entre sueños. Aquéllas habían sido mis alternativas. Ahora era presa de otra cosa: una mezcla de sentimientos espantosos se apoderó de mí. ¿Cuál debía de elegir para que me abrumase primero? Era incapaz de decidir. El perro se acercó y apoyó la cabeza en mi regazo; permanecimos así hasta que comprendí que una de las reacciones que podía tener era el entumecimiento. Aliviada, no sintiendo nada, saqué al perro, lo dejé entrar otra vez y me fui a la cama.

Así que nos conocimos. Era completamente normal y corriente. Yo estaba segura de que la había visto por la calle, o en la tienda de comestibles, o tal vez en el banco. Resultaría difícil no haber visto a alguien por aquí, alguna vez en la vida. Pero no

habría reparado en ella como mi madre porque no advertía en ella ningún rasgo familiar, ningún parecido a mí.

No nos dimos la mano y mucho menos nos abrazamos. Nos sentamos la una frente a la otra en unos bancos de imitación de piel.

Mi madre biológica me miró detenidamente. ¿No eres...? Su voz desfalleció.

¿Retrasada mental?

Se recompuso. Tienes el mismo color de pelo y de piel que tu padre, dijo. George era moreno.

Grace Lark tenía los ojos azules enrojecidos detrás de unas gafas claras, una nariz puntiaguda y una boca pequeña con labios muy finos. Su cabello era el normal para una señora de setenta y siete años: con una recia permanente y de un color gris blanquecino. Tenía la dentadura llena de manchas y llevaba enormes pendientes de perlas, un traje de chaqueta y pantalón de color celeste y unos zapatos ortopédicos de cordones y punta cuadrada.

No había nada en ella que me atrajera. No era más que otra anciana a la que no te apetece acercarte. Me he dado cuenta de que la gente en la reserva no se dirige a mujeres como ella, no sabría explicar por qué. Un instinto mutuo de evitarnos, supongo.

¿Quieres pedir tú?, preguntó Grace Lark, cogiendo la carta. Pide lo que quieras, invito yo.

No, gracias, lo pagaremos a medias, respondí.

Yo había reflexionado sobre esto antes y había llegado a la conclusión de que si mi madre biológica pretendía mitigar su sentimiento de culpa de algún modo, no le saldría tan barato como invitarme a una cena. Así que pedimos y nos bebimos nuestras copas de ácido vino blanco.

Dimos buena cuenta de la cena de pescado y arroz pilaf. A Grace Larke se le llenaron los ojos de lágrimas sobre una copa de helado de arce.

Ojalá hubiera sabido que ibas a ser tan normal. Ojalá no te hubiera entregado, sollozó.

Me asusté ante el efecto que me producían aquellas palabras y pregunté rápidamente: ¿Cómo está Linden?

Se le secaron las lágrimas.

Está muy enfermo, respondió. Su rostro se volvió más agudo y directo. Le fallan los riñones y está con diálisis. Está esperando un riñón. Yo le daría el mío, pero no soy muy compatible y mi riñón está viejo. George ha muerto. Tú eres la única esperanza de tu hermano.

Me llevé la servilleta a la boca y sentí cómo me elevaba, levantándome de la silla, casi hacia el espacio. Alguien flotaba conmigo, de una forma apenas perceptible, y pude notar su agitada respiración.

Ya va siendo hora de llamar a Sheryl, pensé. Debería de haberla llamado antes. Tenía un billete de veinte dólares y, cuando por fin aterricé, dejé el dinero sobre la mesa y salí por la puerta. Llegué hasta el coche, pero antes de poder subir al vehículo, tuve que salir corriendo a la escarpa de hierba y maleza que rodeaba el aparcamiento. Estaba vomitando, entre jadeos y sollozos, cuando noté la mano de Grace Lark acariciándome la espalda.

Era la primera vez que mi madre biológica me tocaba y, aunque me tranquilicé con sus caricias, percibí una nota de necio triunfo en su voz susurrante. Siempre había sabido dónde vivía, por supuesto. La aparté de un empujón, la rechacé llena de odio, como un animal que escapa de una trampa.

Sheryl fue pura eficiencia.

Voy a llamar a Cedric, que vive en Dakota del Sur. Escúchame bien, Tuffy. Voy a pedirle a Cedric que le quite esa idea de la cabeza a ese tal Linden para que te puedas olvidar de todo este asunto.

Ésa es Sheryl. ¿Quién más podía hacerme reír en esas circunstancias? Todavía estaba en la cama a la mañana siguiente. Falté al trabajo por primera vez en dos años.

No te lo estarás pensando en serio, dijo Sheryl. Y cuando no respondí: ¿Verdad?

No lo sé.

Entonces voy a llamar a Cedric en serio. Esa gente te dejó tirada, te dieron la espalda, te habrían dejado en la calle para que te murieses. Eres mi hermana. No quiero que compartas tus riñones. Oye, ¿y si a mí me hace falta uno de tus riñones algún día? ¿Te has parado a pensar en eso? ¡Guarda tu maldito riñón para mí!

Te quiero, dijo Sheryl y le respondí que yo también.

Tuffy, no lo hagas, me advirtió, pero su voz sonaba preocupada.

Después de colgar, marqué el número de la tarjeta que Grace Lark me había metido en el bolsillo y concerté una cita en el hospital para hacerme todas las pruebas.

Mientras estuve en Dakota del Sur, me quedé en casa de Cedric, que era un excombatiente, y de su mujer, que se llamaba Cheryl, con ce. Me sacó pequeñas toallas en las que había cosido siluetas de animales salvajes. Y pequeñas pastillas de jabón que había robado en moteles. Me hizo la cama. Intentó demostrarme que aprobaba lo que hacía, aunque el resto de la familia no lo hiciese. Cheryl era muy cristiana, así que tenía sentido.

Pero para mí esto no era una cuestión de tratar a los demás como me gustaría que me trataran a mí. Ya he explicado que no busco el dolor y no habría considerado pasar por todo eso a no ser que la alternativa me resultase insoportable.

Toda mi vida, sabiéndolo sin saberlo, había estado esperando que esto ocurriese. Mi hermano mellizo era aquél al que yo no alcanzaba a ver y estaba a mi lado. Estoy segura de que él no sabía que le había visto allí. Cuando los servicios sociales me arrancaron de las manos de Betty y me encontré sola en la blancura, me sujetó la mano, se sentó a mi lado y sufrió conmigo. Y ahora que yo había conocido a su madre, comprendí algo más. En un pueblo pequeño, la gente sabía, al fin y al cabo, lo que ella había hecho al abandonarme. Ella solo podía volver su rabia contra sí misma, y su vergüenza contra otra persona: el hijo al que había elegido. Debió de culpar a Linden y volcar sus mezquinos y retorcidos odios en él. Yo había percibido el desprecio y el triunfo en el roce de su mano y estaba agradecida por cómo habían salido las cosas. Antes de nacer, mi gemelo había tenido compasión para aplastarme, para perfeccionarme al deformarme, de modo que yo sería quien se salvara.

Le diré algo, dijo la médica, una mujer iraní, que me entregó los resultados de las pruebas y dirigía la entrevista. Es usted compatible, pero conozco su historia. Y me parece justo que sepa que el fallo renal de Linden Lark es enteramente culpa suya. Tuvo no una, sino dos órdenes de alejamiento dictadas contra él. También intentó suicidarse con unas dosis devastadoras de paracetamol, aspirina y alcohol. Por eso está sometido a diálisis. Creo que debería usted tener eso en cuenta a la hora de tomar una decisión.

Más tarde ese mismo día, me senté con mi hermano mellizo y me dijo: No tienes por qué hacerlo. No tienes que ser Jesucristo.

Sé lo que hiciste, le dije. No soy religiosa.

Interesante, respondió Linden. Me miró fijamente y añadió: Desde luego no nos parecemos en nada.

Comprendí que no se trataba de ningún cumplido, porque él era atractivo. Pensé que él había sacado lo mejor de los rasgos maternos, pero también la mirada falsa y la boca malévola. Sus ojos recorrían la habitación. No dejaba de morderse el labio, silbar y enrollar la manta entre los dedos.

¿Eres carterá?, preguntó.

Trabajo sobre todo detrás del mostrador.

Yo tenía una buena ruta, dijo bostezando, una ruta fija. Podría haberla hecho hasta dormido. En Navidades, la gente me dejaba tarjetas, dinero, galletas, ese tipo de cosas. Yo conocía sus vidas al dedillo. Sus costumbres. Cada detalle. Podría haber cometido el crimen perfecto, ¿sabes?

Eso me dejó atónita y no respondí.

Lark frunció los labios y bajó la mirada.

¿Estás casado?, le pregunté.

Noooo..., pero puede que tenga novia.

Lo dijo como «pobre de mí», con autocompasión. Mi novia me ha estado evitando últimamente, porque algún pez gordo del Gobierno ha empezado a pagarle para que esté con él. Le ofrece una compensación a cambio de sus favores. ¿Me entiendes?

Me quedé de nuevo sin habla. Linden me contó que la chica que le gustaba era jovencita y trabajaba con el gobernador; sacaba buenas notas y destacaba, una novia del instituto modélica, elegida para hacer prácticas. Una becaria india para dar buena imagen a la Administración, dijo. Incluso yo la ayudé a conseguir el puesto. Lo cierto es que es demasiado joven para mí. Estaba esperando a que se hiciera mayor. Pero este tipo importante la hizo madurar mientras yo estaba postrado en el hospital. ¡Lleva haciéndola madurar desde entonces!

Me sentí incómoda y dije algo para cambiar de tema.

¿Has pensado alguna vez, comencé, que había alguien que caminaba contigo, a tu lado o justo detrás de ti? ¿Alguien que estaba allí cuando cerrabas los ojos y que desaparecía cuando los abrías?

No, respondió. ¿Estás loca?

Era yo.

Le cogí la mano y él la relajó. Permanecimos así en silencio. Al cabo de un rato, retiró la mano de la mía y se la masajeó como si el apretón le hubiese hecho daño.

No tengo nada en contra de ti, dijo Linden. Fue idea de mi madre. No quiero tu riñón. Siento aversión por la gente fea. No quiero un trozo de ti dentro de mí. Prefiero que me pongan en una lista. Sinceramente, eres una mujer que da bastante asco. Vamos a ver, lo siento, pero seguramente ya te lo habrán dicho.

Es posible que no sea una belleza despampanante, repuse, pero nadie me ha dicho nunca que doy asco.

Seguramente tengas un gato, dijo. Los gatos fingen querer a quien sea que les dé de comer. Dudo que tengas marido, o lo que sea, a no ser que te cubras la cabeza con una bolsa. E incluso así, tendrías que quitártela por las noches. Vaya, cariño, lo siento.

Se llevó los dedos a la boca y puso maliciosamente cara de culpa. Se dio una bofetada de mentira. ¿Por qué digo estas cosas? ¿He herido tus sentimientos?

¿Me has dicho esas cosas para que me fuera?, pregunté. Había comenzado a flotar otra vez, como lo había hecho en el restaurante. Tal vez quieras morir. No quieres salvarte, ¿verdad? Yo no te voy a salvar por ningún motivo especial. No me deberás nada.

¿Deberte?

Pareció genuinamente sorprendido. Tenía los dientes tan rectos que estaba segura

de que se había hecho una ortodoncia de joven. Se echó a reír, mostrando su espléndida dentadura. Sacudió la cabeza, me hizo un gesto admonitorio con el dedo, con una risotada tan fuerte que parecía abrumado. Cuando me agaché, incómoda, para recoger mi bolso, se rio tanto que por poco se ahoga. Intenté alejarme de él, llegar hasta la puerta, pero en cambio, retrocedí hasta apoyar la espalda en la pared y me quedé atrapada allí, en aquella habitación tan blanca.

Mi padre aguardaba en silencio en la mesa, con las manos entrelazadas y la cabeza gacha. Al principio, no sabía qué decir, pero entonces, el silencio se prolongó tanto que dije lo primero que me vino a la cabeza.

Muchas mujeres guapas tienen gatos. ¿Sonja? Vale, sus gatos viven en el establo, pero ella les da de comer. Usted ni siquiera tiene gato. Tiene un perro. Son tiquismiquis. Fíjese en Pearl.

Linda dirigió una sonrisa radiante a mi padre y le dijo que había criado a todo un caballero. Él le dio las gracias y después le dijo que tenía una pregunta.

¿Por qué lo hizo?, preguntó.

Porque ella quería, dijo Linda. La señora Lark. La madre. Para cuando todo el proceso se resolvió, yo aborrecía a Linden. Ésa es la palabra. ¡Aborrecer! Pero él quiso congraciarse conmigo. Además era ridículo, porque entonces yo me sentía culpable por odiarle; a ver, en la superficie no era malo del todo. Daba dinero a obras de caridad, y a veces decidía en un arrebato, supongo, que yo necesitaba su caridad. Entonces me hacía regalos, cosas preciosas, flores, pañuelos elegantes, jabones y tarjetas adorables. Me decía lo mucho que lo sentía cuando era cruel, se mostraba encantador conmigo temporalmente, me hacía reír. Además, no puedo explicar el poder que ejercía la señora Lark. Linden se mostraba hosco con ella y la insultaba a sus espaldas. Sin embargo, hacía todo cuanto ella dijera. Él accedía porque ella le obligaba. Y después, como sabéis, yo enfermé.

Sí, asintió mi padre, lo recuerdo. Contrajo una infección bacteriana en el hospital y la trasladaron a Fargo.

Contraje una infección del espíritu, corrigió Linda para puntualizar. Comprendí que había cometido un terrible error. Mi familia verdadera vino a rescatarme y me pusieron de nuevo en pie, prosiguió. Y Geraldine también, claro. También Doe Lafournais me sometió a la cabaña de sudación. Esa ceremonia es tan poderosa. Su voz rezumaba melancolía. ¡Y tan caliente! Randall me dio un festín. Sus tías me vistieron con un vestido de flecos nuevo que habían cosido ellas mismas. Comencé a sanar y me sentí todavía mejor cuando la señora Lark falleció. Supongo que no está bien que lo diga, pero es la verdad. Después de que su madre falleciera, Linden se

instaló de nuevo en Dakota del Sur y pronto recayó, o eso me dijeron.

¿Recayó?, pregunté. ¿Qué quiere decir con eso?

Hizo cosas, dijo Linda.

¿Qué cosas?, insistí.

Detrás de mí podía sentir la fuerza de la mirada de mi padre.

Cosas por las que tendrían que haberle detenido, susurró, y cerró los ojos.

Capítulo siete

Ángel uno

Aunque era habitual encontrarle a la vuelta de la casa, sentado en una desconchada silla de cocina amarilla, mirando la carretera, ésa no era la forma en que Mooshum solía pasar el día, sino tan solo una pausa para dar descanso a sus fibrosos y viejos brazos y piernas. Mooshum se cansaba con tesón gracias a una serie interminable de actividades rutinarias, que cambiaban según las estaciones del año. En otoño, por supuesto, había hojas que rastrillar. Llegaban de todas partes para aterrizar en la parcela de césped descarnado. A veces las cogía incluso con los dedos y las echaba en un barril. Le encantaba quemarlas. Había un breve paréntesis después de las hojas y antes de que se pusiera a nevar. Durante ese tiempo, Mooshum comía como un oso. Su tripa se abombaba y sus mejillas se hinchaban. Se preparaba para las grandes nevadas. Poseía dos palas. Un gran rectángulo de plástico azul, que utilizaba para la nieve en polvo, y una pala redonda más honda y de color plata, con un borde afilado, para la nieve compacta o que se hubiese amontonado. También tenía un picahielo, una herramienta parecida a una azada, con una hoja recta en vez de curva. Afilaba esta última con una lima hasta que resultaba tan cortante como para ser capaz de seccionar fácilmente un dedo del pie.

La variopinta maquinaria de guerra de Mooshum aguardaba en la puerta trasera durante el mes de octubre, lista para ser usada. Cuando caían los primeros copos, se calzaba las galochas. Clemence había pegado en las suelas papel de lija de la categoría más áspera. Cada dos noches, más o menos, ella cambiaba el papel y ponía las botas a secar en el radiador. Las galochas de Mooshum encajaban sobre sus mocasines forrados de piel de conejo y sus calcetines térmicos. Llevaba pantalones de trabajo forrados con franela roja y una parka acolchada de un naranja fosforescente, que Clemence le había regalado para que pudiera ser encontrado en caso de que se perdiera en la nieve. Unas manoplas de piel de ante forradas con piel de conejo y un gorro de lana de un azul chillón con un pompón rosa salvaje completaban el atuendo. Salía todos los días con su llamativa indumentaria y trabajaba con creciente frenesí. Era como una hormiga, aunque apenas parecía moverse. Sin embargo, arrastraba paladas y paladas de nieve hasta los cubos de la basura, despejando no solo las aceras que rodeaban la casa, sino también el camino de acceso a la vivienda y los laterales de las escaleras. Mantenía el suelo y el cemento libres de nieve y nunca permitía que se acumulara. Cuando ya no había nieve fresca, sino solo el brillo del hielo, golpeaba a hachazos con el letal picahielo. Desde el momento en que todo se derretía hasta que la tierra podía prepararse para el jardín, volvía a comer sin cesar, recuperando así el peso perdido durante su guerra invernal.

La primavera y el verano los dedicaba a las malas hierbas que crecían con

ensañada presteza, a animales ladronzuelos, a insectos y a las vicisitudes del tiempo. Solía empujar el cortacésped del mismo modo que las personas de su edad empujaban un andador, pero resultaba que cada brizna de hierba del jardín acababa siendo cercenada minuciosamente. Cuidaba un gran huerto con entusiasmo invisible, arrancando de cuajo la maleza, los bledos y cargando cubos repletos de agua para las montañas de calabazas, de nuevo sin que pareciera que se movía. No prestaba mucha atención al jardín de flores, pero Clemence tenía una zona de frambuesas asilvestradas que se habían mezclado con matas de guillomos. Cuando las bayas comenzaban a estar maduras, Mooshum se levantaba al alba para defenderlas. Un espantapájaros viviente, sentado en su silla amarilla mientras se tomaba su té de la mañana. Para espantar a los pájaros, también colgaba en una cuerda de tender la ropa un montón de tapas de latas de conserva. Agujereaba el metal con un clavo y un martillo, y las ataba muy juntas para que tintinearan con el viento. Fijaba estas cuerdas sonoras por todo el jardín, y yo siempre tenía mucho cuidado en fijarme dónde las colgaba, porque los filos de las latas eran muy cortantes y un chico que cruzara alegremente el jardín en bicicleta podía acabar degollado.

Gracias a tan incesante y en apariencia quijotesca actividad, Mooshum seguía con vida. Con más de noventa años, le operaron de cataratas y le colocaron una dentadura postiza en sus marchitas encías. Su oído seguía siendo muy fino. Oía tan bien que le molestaban las periódicas vibraciones de la máquina de coser de Clemence al final del pasillo así como la costumbre de mi tío Edward de tararear cantos fúnebres mientras corregía los trabajos de sus alumnos. Una mañana de junio fui hasta su casa. Oyó mi bicicleta cuando yo aún me encontraba por la carretera principal, pero también es cierto que esa mañana yo había sujetado un naipe a un radio de una rueda con una pinza. Me gustaba el alegre traqueteo y además el as de diamantes daba buena suerte. Cualquiera podría haberme oído, pero nadie se habría alegrado tanto de verme en ese momento como Mooshum. Pues se había enredado en una gran red para pájaros, que había intentado lanzar para cubrir un arbusto de mundillo, aunque sus frutos no estaban ni remotamente maduros.

Apoyé la bicicleta en el muro de la casa y le liberé. Después, recogí la red y la doblé. Le pregunté dónde estaba mi tía y por qué le habían dejado solo, pero me mandó callar y me dijo que mi tía estaba en casa.

No le gusta que utilice la red. Los pájaros se enredan en ella y mueren, o pierden las patas.

De hecho, entre los pliegues de la red, descubrí entonces la diminuta pata de un ave con sus minúsculas garras todavía aferradas a un trozo de malla de plástico. La liberé con cuidado y se la enseñé a Mooshum, quien la escudriñó y torció la boca de un lado a otro.

Deja que esconda eso, dijo.

Me la quedo.

Me guardé la pata en el bolsillo. No se lo contaré a Clemence. Quizá me dé algo de suerte.

¿Necesitas suerte?

Guardamos la red en el garaje y nos encaminamos hacia la puerta trasera. La temperatura iba subiendo y casi era la hora de que Mooshum se echara su siesta matutina.

Sí, necesito suerte, dije a Mooshum. Ya sabes cómo están las cosas. Mi padre me había castigado tres días sin salir por haberme marchado en bicicleta sin avisar. Me había quedado en casa con mi madre todo ese tiempo. Y además seguía lo de aquel fantasma que no había podido llegar a desentrañar. Quería preguntarle a Mooshum qué significaba.

Los ojos de Mooshum se humedecieron, pero no de compasión. El sol comenzaba a cegarle. Necesitaba las gafas de sol Ray-Ban que el tío Whitey le había regalado por su último cumpleaños. Sacó un desgastado pañuelo hecho un ovillo y se lo llevó a las mejillas. Mechones de pelo le enmarcaban el rostro.

Existen mejores maneras de tener suerte que la pata de un pájaro, afirmó.

Entramos en casa. Mi tía, que se había acicalado para salir e ir a limpiar la iglesia con zapatos de tacón, una arrugada camisa blanca y unos pantalones vaqueros ajustados y jaspeados, depositó inmediatamente en la mesa una jarra de té helado y dos vasos.

Quería echarme a reír y preguntarle cómo pensaba limpiar la iglesia con esos tacones, pero ella vio cómo los miraba. Me los quito, me envuelvo los pies en unos trapos y sacó brillo al suelo, dijo.

¿Qué es esto?, protestó Mooshum con los labios fruncidos y gesto de disgusto.

La misma infusión medicinal que te tomas todos los días, papá.

Todo el mundo ligado a Mooshum se felicitaba de su longevidad, y se atribuía a sí mismo el mérito de que el anciano todavía mantuviese su agudeza mental. O lo que siempre había pasado por agudeza mental, decía a veces Clemence también, cuando él la sacaba de quicio. Su próximo cumpleaños se acercaba y Mooshum sostenía que iba a cumplir ciento doce años. Clemence se centraba con especial empeño en mantenerle vivo para que el hombre pudiera disfrutar de su fiesta. Estaba organizando grandes preparativos.

Dame un poco de esa agua fría de ciénaga, me dijo Mooshum mientras nos sentábamos.

¡Papá! Esto te da energía.

Yo no necesito más energía. Necesito un sitio donde meter mi energía.

¿Qué tal la abuela Ignatia?

Yo quería tirarle de la lengua.

Está totalmente marchita.

Es más joven que tú, apuntó Clemence con tono glacial. Vosotros, los vejesterios, pensáis que estáis hechos para las jovencitas. Eso es lo que te pasa.

¡Eso es lo que me mantiene vivo! Eso y mi pelo.

Mooshum se acarició su larga, lacia y mermada melena blanca, que llevaba años sin cortarse. Clemence intentaba constantemente recoger la cabellera de Mooshum en una trenza o en una coleta, pero él prefería dejar que fluyera en apelmazados y enmarañados mechones a ambos lados de su rostro.

Sí, señor. Bebió un gran sorbo de té. Si Louis Riel hubiera dejado que Dumont tendiera una emboscada a la milicia en su día, yo sería un primer ministro jubilado. Nuestra Clemence podría estar dirigiendo nuestra nación india en lugar de fregar el suelo del cura. No tendría tiempo para hacerme beber estos interminables cubos de zumo de ramitas. Esta cosa me entra por un lado y me sale por el otro enseguida, chico. ¡Uy! Ja, ja. Eso es lo que diré cuando me cague encima. ¡Uy!

Ni se te ocurra, objetó Clemence. Tú quédate con él hasta que yo vuelva y asegúrate de que llegue al baño. Añadió que estaría de vuelta al mediodía o a la una.

Asentí con la cabeza y me tomé el té. Tenía un sabor áspero a corteza. Con la marcha de Clemence, podíamos ir al grano. Para empezar, necesitaba averiguar más cosas sobre el fantasma. Después, necesitaba suerte. Pregunté a Mooshum sobre el fantasma y se lo describí. Le conté que ese mismo fantasma se había presentado ante Randall.

Entonces no es un fantasma, dijo Mooshum.

Entonces ¿qué es?

Alguien te está arrojando su espíritu. Alguien a quien vas a ver.

¿Podría ser el hombre?

¿Qué hombre?

Respiré hondo. El que hizo daño a mi madre.

Mooshum asintió y permaneció inmóvil, con el ceño fruncido.

No, probablemente no, dijo al fin. Cuando alguien te arroja su espíritu, ni siquiera él lo sabe, pero lo hace por tu bien. Durante semanas, *mon père* soñó que ese caballo le pisoteaba. En dos ocasiones yo vi al ángel que vino a buscar a mi Junesse. Ten cuidado.

Entonces ayúdame a tener suerte, dije. ¿Por dónde debería empezar?

Primero has de ir a tu *doodem*, respondió Mooshum. Encuentra el *ajijaak*.

Mi padre y el padre de mi padre eran ceremonialmente *ajijaak* o del clan de la grulla. Se supone que eran jefes y tenían buenas voces, pero más allá de eso yo no sabía gran cosa. Se lo dije a Mooshum.

No importa. Tú ve directamente a tu *doodem* y observa. Él te mostrará la suerte, Joe.

Se bebió el té y torció el gesto. Después, su cabeza cayó sobre su pecho y se sumió al instante en el sueño de los ancianos y de los niños. Le ayudé a levantarse y, con los ojos cerrados, se dejó conducir hasta el pequeño camastro donde dormía la siesta durante el día, junto al gran ventanal del salón. Estaba colocado de modo que, al despertar, pudiera mirar al caluroso y eterno cielo.

Cuando Clemence regresó, me marché y me dirigí con la bicicleta a una ciénaga en las afueras del pueblo. Tenía poca profundidad en la orilla y había visto allí a una garza la última vez que había estado. Todas las garzas y grullas y otras aves playeras eran mi *doodemag*, mi suerte. Había un muelle de tablas grises, de las que faltaban algunas. Me tumbé sobre la cálida madera y el sol penetró en mis huesos. Al principio no vi ninguna garza. Después, me di cuenta de que en el medio del trozo de orilla poblada de juncos que estaba observando había una garza escondida. Observé el ave detenidamente. No se movía. Después, con la celeridad de un genio, sostenía un pequeño pez, que engulló en el gaznate con cuidado. La garza volvió a quedarse inmóvil, esta vez sobre una pata. Me estaba impacientando a la espera de que la suerte mostrara su rostro.

Vale, solté. ¿Dónde está la suerte?

Con un movimiento de sus largas y puntiagudas alas se elevó en el aire y voló hasta el otro lado del lago, donde se hallaba la casa redonda, el acantilado y el brusco desnivel, un lugar donde nos gustaba bañarnos. Los vientos dominantes empujaban las olas, los juncos y la deslizante espuma hacia este margen del lago. Me di la vuelta, decepcionado, me arrimé donde faltaban unas tablas y bajé la mirada hacia la sombra del embarcadero que se proyectaba en el agua clara del lago. Normalmente podían verse crías de percas, zapateros, renacuajos e incluso alguna tortuga. Esta vez, el rostro de una niña me devolvió la mirada. Sorprendente, pero enseguida me di cuenta de que se trataba de una muñeca, un juguete de plástico hundido en el lago y con los ojos abiertos de par en par. Sonreía con satisfacción como si ocultara algún secreto, con ojos azules y unos destellos en el iris que reflejaban puntos de sol. Me sobresalté, rodé hacia un lado y después me arrodillé de nuevo para examinarla mejor. Llegué a pensar que si había una muñeca podría haber una niña de verdad atada a ella, y esa niña podría estar aprisionada debajo del muelle. El sol se ocultó detrás de una nube. Pensé en ir a buscar a Cappy, pero al final me pudo la curiosidad y bajé de nuevo la mirada, escudriñando entre los resquicios de las tablas. Solo estaba la muñeca. Una niña de plástico que flotaba tranquilamente en el lago con un vestido de cuadros azules, unos calzones hinchados y esa sonrisa traviesa. En cuanto me aseguré de que no iba acompañada de ningún niño de verdad, saqué la muñeca con las manos y la agité de modo que el agua brotó por la costura donde la cabeza se unía con el cuerpo de plástico. Le arranqué la cabeza a la muñeca para vaciarla de toda el agua, y allí

estaba mi suerte. Allí mismo. La muñeca estaba colmada de dinero.

Coloqué de nuevo la cabeza en la muñeca. Miré a mi alrededor. Todo estaba tranquilo. No había nadie a la vista. Le quité la cabeza y la examiné más detenidamente. La cabeza de la muñeca estaba repleta de billetes enrollados con esmero. Me parecieron billetes de un dólar. Cien, tal vez doscientos. Mi mochila permanecía colgada detrás del sillín de la bicicleta. Guardé la muñeca en el interior y pedaleé hasta la gasolinera. Mientras avanzaba, reflexioné sobre mi suerte: iba unida a un sentimiento de culpa. Supuse que la persona que había escondido el dinero en la muñeca era una chica, tal vez alguien que yo conocía. Los ahorros de toda su vida, billetes conseguidos aquí y allá, trabajillos de todo tipo, dinero recibido por sus cumpleaños, dólares de tíos borrachos. Todo cuanto poseía se hallaba en aquella muñeca, y la había perdido. Pensé que mi suerte seguramente sería temporal. Aparecería algún anuncio lastimero colgado en alguna parte o incluso publicado en el periódico, un mensaje desesperado describiendo la muñeca y pidiendo que fuera devuelta.

Cuando llegué a la gasolinera, apoyé la bicicleta junto a la puerta y me escondí la muñeca debajo de la camisa. Sonja estaba atendiendo a un cliente. Examiné el tablón de anuncios. Se ofrecía semen de toros, cachorros de lobos, equipos de música que no funcionaban a buen precio, fotografías y descripciones optimistas de caballos cuarto de milla y pintos, y de coches de segunda mano. El cliente al fin se marchó. Yo seguía acunando la muñeca bajo la camisa.

¿Qué llevas ahí?, preguntó Sonja.

Algo que quiero enseñarte en privado.

Eso ya lo he oído antes.

Sonja se echó a reír y yo me sonrojé.

Vamos aquí dentro.

Fuimos detrás del mostrador a una diminuta despensa que ella llamaba su oficina. En el exiguo espacio cabían apenas un pequeño escritorio metálico, una silla y una lámpara. Saqué la muñeca de debajo de la camisa.

Qué raro, dijo Sonja.

Le quité la cabeza a la muñeca.

¡La madre que te parió!

Sonja cerró la puerta del despacho. Con la ayuda de sus largas uñas rosas sacó un fajo de billetes del cuello. Después desenrolló un par de billetes. Eran de cien dólares. Sonja volvió a enrollar los billetes con cuidado y los guardó en la muñeca a la que colocó de nuevo la cabeza. Salió, cerrando la puerta tras ella, y fue a buscar tres bolsas de plástico. Luego regresó y envolvió la muñeca en una de las bolsas; a continuación envolvió esa bolsa en otra y utilizó la tercera para llevarlas. Me miraba

fijamente en la penumbra de la oficina. Sus ojos eran redondos y de un azul tan oscuro como la lluvia.

Esos billetes están mojados.

La muñeca estaba en el lago.

¿Te ha visto alguien sacarla? ¿Te ha visto alguien con la muñeca?

No.

Sonja sacó de un cajón la bolsa de recaudación de lona. Yo conocía la existencia de la bolsa porque ella llevaba dinero al banco dos veces al día. Un cartel junto a la caja registradora avisaba: «¡No hay dinero en este establecimiento!». Otro cartel al lado rezaba: «Sonríe, te está grabando la cámara indiscreta». Que lo de la cámara era mentira era un gran secreto. Sonja sacó la caja metálica de color bronce que se cerraba con una llave minúscula. Pensó un instante y cogió de un cajón una pila de sobres blancos de negocios y los guardó en la caja metálica.

¿Dónde está tu padre?

En casa.

Sonja marcó el número de casa y dijo: ¿Te importa si me llevo a Joe a hacer algunos recados? Volveremos a última hora de la tarde.

Todavía era media mañana.

¿Adónde vamos?, pregunté.

Primero a mi casa.

Nos llevamos la muñeca en la bolsa de plástico, la bolsa de recaudación y la caja metálica al coche. Sonja dio un beso a Whitey al pasar y le dijo que iba a ingresar el dinero y me iba a comprar algo de ropa. Daba a entender que hacía conmigo las cosas que mi madre habría hecho si estuviese en condiciones de levantarse y salir.

Claro, asintió Whitey y nos saludó con la mano.

Sonja siempre se aseguraba de que me abrochara el cinturón de seguridad y viajara seguro. Poseía un viejo Buick sedán, que Whitey mantenía en funcionamiento, y era una conductora prudente, aunque fumaba y echaba las cenizas en un pequeño y sucio cenicero extraíble. El resto del coche estaba lo limpio que podía estar un coche. Salimos del pueblo y giramos por la carretera que conducía a la casa vieja, pasando delante de algunos caballos en los prados, que levantaron la cabeza y se acercaron. Debían de reconocer el sonido del coche. Los perros aguardaban de pie ante la casa. Eran hermanas de Pearl: Ball y Chain. Ambas tenían pelo negro con ardientes ojos amarillos y manchas de color conejo de cola blanca esparcidas por el cuello y el rabo. El perro macho, Big Brother, se había escapado hacía aproximadamente un mes.

Whitey había instalado una escalera y una pequeña terraza delante de la casa. Estaba fabricada con madera tratada, que todavía no había perdido el color verdoso y enfermizo. La casa era azul claro. Sonja sostenía que la había pintado de ese azul por

el nombre del color: Perdido en el espacio. Los ribetes destacaban con un blanco impoluto, pero la contrapuerta de aluminio y la robusta puerta interior de madera maciza estaban viejas y abolladas. En el interior, la casa estaba fresca y en penumbra. Flotaba un aroma a detergente Pine-Sol y a abrillantador de limón, a cigarrillos y a rancio pescado frito. Había cuatro habitaciones pequeñas. El dormitorio tenía una cama de matrimonio hundida, cubierta con un edredón de flores, y la ventana daba al prado en cuesta y a los caballos. El pinto y el appaloosa se habían acercado mucho a la alambrada del jardín. Seguí a Sonja dentro del dormitorio y la mujer abrió el armario. Manó un aroma a perfume. Se dio la vuelta con una plancha en la mano, que enchufó en la pared, junto a la tabla de planchar. La tabla estaba abierta delante de la ventana, desde donde podía contemplar los caballos.

Me senté en el borde de la cama, le quité la cabeza a la muñeca y di a Sonja los billetes, uno tras otro. Los fue planchando con cuidado hasta dejarlos secos y lisos, probando a menudo la parte inferior de la plancha con el dedo. Eran todos de cien dólares. Al principio, guardamos con gran afán cinco billetes en cada sobre, cerramos la solapa pero sin pegarla y depositamos los sobres en la cama. Nos quedamos cortos de sobres y tuvimos que meter diez billetes en cada uno. Después, veinte. Sonja me dio unas pinzas y saqué los últimos billetes de las manos y los tobillos de la muñeca. Sonja utilizó una linterna para examinar el cuello de la muñeca. Al final coloqué la cabeza de nuevo en su sitio.

Guárdala otra vez en la bolsa, me ordenó Sonja.

Se limpió la frente y el labio superior con el dorso de la mano. Tenía el rostro perlado de gotas de sudor, aunque ni siquiera hacía calor dentro de la casa.

Agitó los brazos haciendo aspavientos y se golpeó las axilas.

¡Puaj! Ve a la cocina y trae un poco de agua. Tengo que cambiarme de camisa.

Me dirigí a la cocina y abrí el frigorífico. El pozo de la finca extraía agua dulce. Sonja siempre guardaba una jarra llena y fría. Vertí el agua en un vaso Pabst Blue Ribbon —coleccionaban vasos de cerveza— y me lo bebí. Después lo llené de nuevo para Sonja. Supongo que quería que ella bebiese del mismo vaso que yo, aunque no estaba pensando mucho en eso. Estaba pensando en cuánto dinero podría haber en los sobres. Regresé al dormitorio y Sonja llevaba una camisa limpia —de rayas rosas y verdes que le cruzaban el pecho—. La camisa tenía un cuello americano, almidonado, blanco y abotonado. Apuró el agua.

¡Uf!, suspiró.

Repartimos los billetes en partes iguales entre los sobres. Después, guardamos los sobres en la bolsa de recaudación y ésta en la caja metálica. Sonja fue al cuarto de baño, se peinó y arregló. No cerró la puerta del todo y me quedé sentado en la cocina observando la pared del cuarto de baño. Cuando salió, se había pintado los labios, de un tono rosa que combinaba a la perfección con sus uñas y las rayas de su camisa.

Nos encaminamos hacia el coche. Sonja llevaba la muñeca en la bolsa de plástico con ella. La guardó bajo llave en el maletero.

Vamos a abrirte unas cuantas cuentas de ahorro estudiantil, anunció Sonja.

Primero fuimos a Hoopdance, donde nos hicieron pasar al otro lado de las cajas para hablar con el director del banco. Sonja explicó que me quería abrir una cuenta, una cuenta de ahorro, y ambos firmamos unas tarjetas mientras la señora tecleaba la libreta en mi nombre con Sonja como cotitular. Sonja entregó tres de los sobres y la mujer que nos abría la cuenta le dirigió una mirada inquisitiva.

Han vendido sus tierras, respondió Sonja encogiéndose de hombros.

La mujer contó el dinero y anotó la cantidad en la libreta. Luego la guardó en un pequeño sobre de plástico, que me entregó sin rodeos.

Salí con la libreta y nos fuimos en coche hasta otro banco de Hoopdance, donde repetimos la misma operación. Solo que esta vez, Sonja mencionó una importante ganancia en el bingo.

Vaya, exclamó el director del banco.

Proseguimos y nos dirigimos a Argus. En un banco, Sonja afirmó que era la herencia de un tío excéntrico. En otro, alegó una carrera de caballos. Después, volvió a la suerte en el bingo. Aquello nos llevó toda la tarde, atravesando verdes prados y nuevos cultivos que comenzaban a brotar. En un área de descanso, Sonja detuvo el coche y abrió el maletero. Sacó la muñeca con sus envoltorios de plástico y la tiró a un cubo de basura. Después, paramos en la siguiente población y compramos unas hamburguesas para llevar y patatas fritas. Sonja no me dejó beber coca cola, pero pensó que un refresco de naranja me sentaría mejor. Me daba igual. Me sentía tan feliz de estar en un coche donde Sonja tenía que mirar la carretera y yo podía admirar sus pechos, que tensaban aquellas rayas, antes de mirarla a la cara. Cada vez que le hablaba, le miraba los pechos. No importaba nada más. Yo sujetaba la caja metálica en el regazo y dejé de pensar en el dinero como dinero. Pero cuando al fin lo habíamos ingresado todo y regresábamos a casa en coche, examiné cada una de las libretas y sumé todas las cantidades mentalmente. Dije a Sonja que había más de cuarenta mil dólares.

Era un bebé de tamaño natural, observó.

¿Por qué no podíamos quedarnos con al menos un billete?, pregunté. Una vez que lo pensé, me sentí decepcionado.

Está bien, respondió Sonja. Verás. ¿De dónde habrá salido ese dinero? Sus dueños querrán recuperarlo. Matarán por recuperarlo, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

No debo contárselo a nadie. Eso está claro.

¿Serás capaz de hacerlo? Nunca he conocido a ningún tío capaz de guardar un secreto.

Yo sí.

¿Incluso de tu padre?

Claro.

¿Incluso de Cappy?

Me oyó vacilar antes de responder.

Se le echarían encima también, dijo. Podrían matarle. Así que cierra el pico y mantenlo cerrado. Por tu madre.

Ella sabía lo que decía. Lo sabía sin necesidad de ver las lágrimas que comenzaban a asomar a mis ojos. Parpadeé.

Vale. Lo juro.

Tenemos que enterrar esas libretas.

Giramos por un camino de tierra y continuamos hasta llegar a un árbol, que la gente llamaba el árbol de los ahorcados, un enorme roble. El sol iluminaba las ramas. Colgaban banderas de oración y tiras de tela. Rojas, azules, verdes, blancas, los colores ancestrales *anishinaabe* de los puntos cardinales, según Randall. Algunas de las telas estaban descoloridas, otras eran nuevas. Aquí era donde habían sido ahorcados aquellos antepasados nuestros. Ninguno de los asesinos fue enjuiciado jamás por ello. Podía ver las tierras de sus descendientes, ya repletas de hileras de cultivos. Sonja sacó el rascador de hielo de la guantera e introdujimos las libretas en la pequeña caja metálica. Me entregó la llave.

Recuerda esta fecha.

Era 20 de junio.

Seguimos la línea del sol en el horizonte y desde el lugar donde se pondría el sol caminamos en línea recta cincuenta pasos hacia el interior del bosque. Nos llevó lo que parecía una eternidad cavar un agujero lo bastante hondo para la caja utilizando tan solo ese rascador de hielo. Pero conseguimos enterrarla, tapparla con los terrones y esparcir hojarasca encima.

Invisible, dije.

Tenemos que lavarnos las manos, observó Sonja.

Había un poco de agua en la zanja y la utilizamos.

Entiendo lo de no contárselo a nadie, dije de camino a casa. Pero quiero unas zapatillas como las de Cappy.

Sonja me miró de reojo y casi me pilló escrutando el perfil de sus pechos.

Ya, respondió. ¿Y cómo ibas a explicar de dónde has sacado el dinero para comprarlas?

Diría que he conseguido trabajo en la gasolinera.

Sonrió. ¿Quieres trabajar allí?

Me invadió una sensación de felicidad tal que me dejó mudo. No me había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que deseaba estar fuera de casa y lo mucho que anhelaba trabajar en un lugar donde podría ver y hablar con otra gente, gente

corriente que pasara por allí, gente que no se moría ante tus ojos. De pronto, me asustó pensar así.

¡Joder que si quiero!, solté.

No digas palabrotas en el trabajo, me reprendió Sonja. Representas algo.

Está bien. Seguimos avanzando unos kilómetros más. Le pregunté qué era lo que yo representaba.

La libre empresa con sede en la reserva. La gente nos está observando.

¿Quién nos está observando?

Los blancos. Me refiero a los resentidos. Ya sabes. Como esos Lark que eran dueños de Vinland. Él ha estado aquí, pero se porta bien conmigo. No es tan malo.

¿Linden?

Sí, ése.

Ten cuidado con él, dije.

Se echó a reír. Whitey no soporta su chulería. Cuando me muestro amable con él, se pone muy celoso.

¿Y por qué quieres darle celos a Whitey?

De pronto yo también estaba celoso. Se rio de nuevo y dijo que Whitey necesitaba que le pusieran en su sitio.

Piensa que soy de su propiedad.

Ah.

Me sentía incómodo, pero ella me clavó los ojos de pronto y me dirigió una mirada inquisitiva con una sonrisa pícara igual que la de la muñeca. Después, apartó la mirada, todavía con esa sonrisa de frenético regocijo.

Sí. Cree que soy suya. Pero descubrirá que no lo soy, ¿verdad? ¿Tengo razón?

El agente especial del FBI Soren Bjerke era un sueco desgarrado e impasible con piel y cabello del color del trigo, nariz afilada y áspera y orejas grandes. No se podían ver bien sus ojos detrás de las gafas: siempre estaban manchadas, y creo que a propósito. Tenía una papada que le colgaba como la de un perro y una sonrisa pequeña y modesta. Hacía pocos movimientos. Su manera de quedarse totalmente quieto y vigilante me recordaba al *ajijaak*. Sus manos nudosas estaban apoyadas sobre la mesa de la cocina cuando llegué. Me detuve en el umbral. Mi padre llevaba dos tazas de café a la mesa. Me di cuenta de que había interrumpido un halo de concentración entre ellos. Me flaquearon las piernas de alivio cuando atravesé la cocina porque comprendí que yo no era el objeto de la visita de Bjerke.

El hecho de que Bjerke estuviese aquí de todas maneras se remontaba al juicio *Ex parte Perro Cuervo* y posteriormente a la Ley de Delitos Mayores de 1885. Fue

entonces cuando el gobierno federal intervino por primera vez en las decisiones que los indios tomaban entre sí en cuestiones de indemnizaciones y castigos. Los motivos de la presencia de Bjerke se prolongaron desde ese pésimo año para los indios, 1953, cuando el Congreso no solo decidió poner en marcha la política de Terminación, sino que además aprobó la Ley Pública 280, que otorgaba a los estados la jurisdicción civil y criminal sobre los territorios indios situados dentro de sus fronteras. Si hubiese una sola ley que debiera derogarse o enmendarse para los indios hasta el día de hoy, ésa sería la Ley Pública 280. Pero en nuestra particular reserva, la presencia de Bjerke era una declaración de nuestra inoperante soberanía. Si han leído hasta aquí, sabrán que estoy escribiendo esta historia desde la distancia y la perspectiva del tiempo, desde aquel verano de 1988 cuando mi madre se negó a bajar las escaleras y a hablar con Soren Bjerke. La había emprendido a golpes contra mí y atemorizado a mi padre. Se había alejado flotando, de modo que no sabíamos cómo rescatarla de ese limbo. He leído que algunos recuerdos registrados en un estado de agitación a una edad vulnerable no desaparecen con el tiempo, sino que se graban cada vez más en la memoria conforme regresan una y otra vez. Y sin embargo, si he de ser honesto, en ese día de 1988, mientras miraba a mi padre y a Bjerke sentados a la mesa de nuestra cocina, mi cerebro seguía anegado de dinero como la cabeza de aquella muñeca de la basura con la malicia prefabricada en los ojos.

Habría podido pasar delante de Bjerke sin detenerme, pero no quería subir a la planta de arriba. No quería pasar por delante de la puerta cerrada de la habitación de mi madre. No quería saber que estaba acostada allí dentro, respirando allí dentro, y que su constante sufrimiento absorbiera toda mi emoción por el dinero. Así que como no quería pasar por delante de la puerta de mi madre, di media vuelta y volví a la cocina. Tenía hambre. Me detuve en el umbral, moviéndome nervioso, hasta que ambos hombres se callaron.

Quizá quieras un vaso de leche, sugirió mi padre. Sírvete un vaso y siéntate. Tu tía nos ha hecho una tarta. Un pequeño y redondo pastel de chocolate glaseado descansaba sobre la encimera. Mi padre me señaló la tarta. Con cuidado corté cuatro trozos y los coloqué en unos platos con un tenedor al lado. Llevé tres trozos a la mesa. Me serví un vaso de leche.

Se lo subiré a tu madre más tarde, dijo mi padre, señalando la última porción de tarta.

Así que me senté con los hombres. Y me di cuenta de que había cometido un error. Ahora que estaba sentado cerca de ellos, la verdad me arrastraría. No la verdad del bidón de gasolina, pero como parecía que esperaban que yo dijese algo, ésa fue la primera que arrojé, preguntando nervioso si podría ser una prueba.

Sí, asintió Bjerke. Su mirada inmutable traspasó la suciedad de los cristales de sus

gafas. Te tomaremos una declaración jurada. Todo a su tiempo. Si es que tenemos caso.

Sí, señor. Bueno, reuní todo mi valor, tal vez deberíamos hacerlo ahora mismo. Antes de que se me olvide.

¿Es del tipo olvidadizo?, preguntó Bjerke.

No, respondió mi padre.

Aun así, acabé hablando a una pequeña grabadora y firmando una hoja de papel. Después de aquello, hubo unas preguntas bienintencionadas sobre a qué me dedicaba ese verano, lo mucho que estaba creciendo y a qué deportes iba a apuntarme en el instituto. Lucha, dije. Se esforzaron por no poner cara escéptica. O tal vez *cross*. Eso parecía más creíble. Podía darme cuenta de que ambos hombres se alegraban de que yo estuviera allí y que ahuyentara algún que otro largo y taciturno silencio de confusión entre ellos que, ahora que rememoro ese día y esa hora, provenía del callejón sin salida en el que se hallaban. Se habían quedado sin ideas y no tenían sospechosos ni pistas fiables ni la menor ayuda por parte de mi madre, quien insistía además en que el suceso mismo se había borrado de su mente. El dinero seguía empujándome a hablar, a revelar.

Hay algo, dije.

Dejé el tenedor y miré mi plato vacío. Quería otro trozo, esta vez con helado. Al mismo tiempo, tuve el sentimiento nauseabundo de lo que me disponía a hacer y se me ocurrió que tal vez no volviese a comer nunca más.

¿Algo?, repitió mi padre. Bjerke se limpió la boca.

Había una carpeta, dije.

Bjerke dejó la servilleta en la mesa. Mi padre me examinó por encima de la montura de las gafas.

Joe y yo hemos repasado los expedientes, aclaró a Bjerke, para explicar mi inesperado comentario. Sacamos los casos judiciales potenciales en los que alguien podría haber...

No ese tipo de carpeta, puntualicé.

Ambos hombres asintieron con paciencia. Después, observé que mi padre cayó en la cuenta de que había algo que no sabía sobre lo que yo iba a decir. Bajó la cabeza y me miró fijamente. El pulpo dorado hacía tictac en la pared. Respiré hondo y, cuando hablé, susurré de un modo infantil del que enseguida me avergoncé, pero que clavó a ambos en su sitio.

Por favor, no le digáis a mamá que os lo he contado. Por favor.

Joe, dijo mi padre. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

¿Por favor?

Joe.

De acuerdo. La tarde en que mi madre fue a la oficina, recibí una llamada de

teléfono. Cuando colgó, me di cuenta de que estaba alterada. Después, como una hora más tarde más o menos, dijo que salía a buscar una carpeta. Una semana después, me acordé de la carpeta. Así que le pregunté si la había encontrado. Y ella me dijo que no había carpeta. Dijo que yo no debía mencionar nunca carpeta alguna. Pero hubo una carpeta. Ella fue a buscarla. Esa carpeta es la razón que explica lo que le pasó.

Dejé de pensar y me quedé boquiabierto. Nos miramos fijamente unos a otros como tres tontos con migas en la barbilla.

Eso no es todo, dijo mi padre de pronto. Eso no es todo lo que tú sabes.

Se inclinó sobre la mesa de ese modo tan suyo. Se alzó, amenazador. Primero pensé en el dinero, claro, pero no estaba dispuesto a renunciar a él y, de todos modos, si hablaba de ello implicaría también a Sonja, y nunca la traicionaría. Intenté quitarle importancia.

Eso es todo, dije. Nada más. Pero él solo me miraba intimidándome. Así que revelé un secreto menor, que a menudo es el modo en que convencemos a alguien que sabe, y sabe que lo sabe, tal y como le ocurría a mi padre en ese momento.

De acuerdo.

Bjerke también se inclinó hacia delante. Me eché el pelo hacia atrás, con cierto frenesí.

Tranquilo, dijo mi padre. Solo dínos lo que sabes.

El día que fuimos a la casa redonda y encontramos el bidón de gasolina, pues, también encontramos algo más. Al otro lado de la alambrada, cerca de la ribera del río. Había una nevera portátil y ropa amontonada. No tocamos la ropa.

¿Y la nevera portátil?, preguntó Bjerke.

Pues, me parece que la abrimos.

¿Qué había dentro?, preguntó mi padre.

Latas de cerveza.

Estuve a punto de decir que estaban vacías, pero entonces miré a mi padre y supe que negarlo era indigno de mí y mentir nos avergonzaría a ambos delante de Bjerke.

Dos paquetes de seis latas, confesé.

Bjerke y mi padre se miraron, asintieron y se recostaron en la silla.

Delaté a mis amigos sin ningún reparo para ocultar la historia del dinero. Me quedé atónito ante lo rápido que había sido. También estaba impresionado por la forma en que mi confesión había tapado a la perfección los cuarenta mil dólares que acababa de poner a buen recaudo ese mismo día con la ayuda de Sonja. O bajo la dirección de Sonja. Yo solo había ayudado a Sonja, al fin y al cabo. Era ella quien había tenido la idea, quien no había acudido a mi padre ni a la policía. Ella era una persona adulta así que, en teoría, era responsable de lo sucedido ese día. Siempre podría ampararme en eso, pensé. Y el tener ese pensamiento me sorprendió y luego me humilló hasta tal punto que, mientras aguardaba sentado delante de mi padre y

Bjerke, comencé a sudar y noté el corazón desbocado y un nudo en la garganta.

Me levanté de un salto.

¡Tengo que irme!

¿Oía a cerveza?, oí que preguntaba mi padre.

No, respondió Bjerke.

Me encerré en el cuarto de baño y pude oír su conversación al otro lado. Si hubiese habido una ventana fácil de abrir, posiblemente habría saltado por ella para huir. Puse las manos bajo el agua y murmuré palabras sin mirarme deliberadamente en el espejo.

Cuando salí y volví a la mesa, avergonzado, descubrí un trozo de papel junto a mi plato y mi vaso vacíos.

Léelo, ordenó mi padre.

Me senté. Era una citación, pero garabateada en un trozo de papel. Consumo de alcohol por menores de edad. Había una referencia a una orden de arresto de menores.

¿Debo citar a tus amigos también?

Me bebí los dos paquetes de seis latas yo solo. Hice una pausa. Estuve un buen rato.

¿Dónde podemos encontrar esas latas?, preguntó Bjerke.

Ya no están. Las aplasté. Las tiré. Eran Hamm's.

Bjerke no pareció dar importancia a la marca. Ni siquiera anotó el dato.

Esa zona está bajo vigilancia, explicó. Teníamos conocimiento de la nevera portátil y de la ropa, pero no pertenecen al agresor. Bugger Pourier vino desde Minneapolis para visitar a su madre moribunda. Ella le echó a patadas, como de costumbre, y él se instaló allí. Esperábamos que volviese a por sus cervezas. Pero supongo que te las has bebido tú antes.

Lo dijo en un tono distante pero un tanto compasivo y noté cómo la cabeza comenzaba a darme vueltas con el brusco bajón de adrenalina. Me levanté de nuevo y salí marcha atrás con la advertencia en la mano.

Lo siento, señor. Eran Hamm's. Nosotros pensamos...

Continué retrocediendo hasta que alcancé la puerta y di media vuelta. Apesadumbrado, subí las escaleras. Pasé delante de la puerta de mi madre sin echarle un vistazo. Entré en mi habitación y cerré la puerta. El dormitorio de mis padres se hallaba en la parte delantera de las escaleras y tenía tres ventanas, que normalmente dejaban pasar los primeros rayos de sol de la mañana. El cuarto de baño y el de costura ocupaban poco espacio a ambos lados de las escaleras. Mi habitación, en la parte trasera de la casa, atrapaba la larga y dorada luz de los atardeceres y, especialmente en verano, resultaba reconfortante permanecer tumbado en la cama y contemplar cómo las esquivas sombras recorrían las paredes. Las paredes de mi

cuarto estaban pintadas de un suave tono amarillo. Mi madre las había pintado mientras estaba embarazada y siempre decía que había elegido ese color porque iba bien tanto para una niña como para un niño, pero que cuando había pintado la mitad de la habitación ya supo que sería un varón. Lo supo porque cada vez que trabajaba en la habitación, una garza pasaba volando delante de la ventana; era el *doodem* de mi padre, como ya he explicado. Su propio clan era la tortuga. Mi padre sostenía que ella había inducido a la tortuga caimán que habían atrapado en su primera cita para que le apremiara bajo amenaza a pedirle matrimonio sin demora. Solo más tarde me enteré de que habían pescado la mismísima tortuga en cuyo caparazón el primer novio de mi madre había grabado las iniciales de ambos. Ese muchacho había fallecido, me contó Clemence. El mensaje de la tortuga trataba de la mortalidad. La manera en que mi padre había de actuar con celeridad ante la muerte. A medida que la luz se deslizaba por las paredes, convirtiendo el amarillo pálido en un tono cobrizo más profundo, pensé en la horrenda muñeca y el dinero. Pensé en el pecho izquierdo y en el pecho derecho de Sonja, que, tras un continuo y subrepticio examen, eran levemente diferentes uno de otro, según pude concluir, y me pregunté si algún día averiguaría exactamente en qué. Pensé en mi padre sentado en la infinita tristeza de la planta baja, y en mi madre en la habitación oscura con las persianas bajadas contra el amanecer de mañana. Reinaba en la reserva ese silencio que cae entre el crepúsculo del verano y la oscuridad de la noche, antes de que las camionetas se rezaguen entre bares, salones de baile y la ventanilla de la tienda de bebidas de vinos y licores. Los ruidos sonaban en sordina; un caballo relincho más allá de los árboles. Se oyó un breve y rabioso berrido a lo lejos cuando un niño era arrastrado dentro de casa. Sonó el zumbido de un motor lejano resoplando desde la iglesia, colina abajo. Mi madre no se había percatado nunca de que las garzas son muy predecibles y cesan de cazar a una hora concreta para regresar a sus perchas. Ahora la garza que mi madre solía observar, o su cría, pasó volando lentamente delante de mi ventana. Esa noche no proyectó en mi pared su propia imagen, sino la de un ángel. Contemplé la sombra. A través de la refracción del resplandor, las alas se arquearon desde el delgado cuerpo. Después, las plumas se encendieron, de modo que la criatura se desvaneció, consumida por la luz.

Capítulo ocho

La tentación de Q

El trabajo de mi madre consistía en conocer los secretos de todo el mundo. Los registros del censo original, llevados a cabo en la zona que se convirtió en nuestra reserva, se remontan a 1879 e incluyen una descripción de cada familia por tribu, a menudo según el clan, oficio, relación, edad y nombre en nuestra lengua. Mucha gente, además, adoptó un nombre francés o inglés en aquella época o fue bautizada y recibió por tanto el nombre de un santo católico. El trabajo de mi madre consistía en analizar y resumir las ramificaciones cada vez más complejas y entremezcladas de los linajes. A través de las generaciones nos hemos convertido en una maraña impenetrable de nombres y relaciones. En el extremo de cada rama se hallan, por supuesto, los niños, aquéllos que acaban de ser registrados por sus padres, o a menudo por una madre o un padre soltero, con el nombre del otro progenitor en blanco, y cuya identidad, de ser conocida, sacudiría las ramas de los demás árboles. Hijos de incestos, estupros, violaciones, adulterios, fornicaciones más allá de las fronteras de la reserva o dentro de ellas; hijos de granjeros blancos, banqueros, directores de la Oficina de Asuntos Indios, policías, curas y monjas. Mi madre guardaba los expedientes bajo llave en una caja de seguridad. Nadie más conocía la combinación de la caja fuerte y ahora se amontonaba en su despacho una pila de solicitudes atrasadas de registro tribal.

El agente especial Bjerke se encontraba en nuestra cocina a la mañana siguiente para enfocar el problema de cómo interrogar a mi madre sobre el expediente.

¿Ayudaría que viniese una mujer? Para hablar. Podemos pedir que venga una agente desde la oficina de Minneapolis.

No lo creo.

Mi padre jugueteaba con la bandeja que había preparado con el desayuno de mi madre. Había un huevo frito de la manera que a ella le gustaba, una tostada con mantequilla y una pizca de la mermelada de frambuesa de Clemence. Ya le había llevado antes café con leche y le había animado ver que ella se había incorporado para tomar un sorbo.

Subí con la bandeja y la deposité en una de las sillas junto a la cama. Ella había dejado la taza de café y fingía dormir: podía darme cuenta por la infinitesimal tensión de su cuerpo y su fingida respiración profunda. Quizá supiera que Soren Bjerke había vuelto, o tal vez mi padre ya le hubiese mencionado algo acerca de la carpeta. Debía de sentirse traicionada por mí. Yo no sabía si sería capaz de perdonarme algún día, y

abandoné la habitación deseando poder acudir directamente a casa de Sonja y Whitey y bombear gasolina bajo el tórrido sol o lavar parabrisas o fregar el aseo exterior. Cualquier cosa con tal de no volver allí arriba, al dormitorio. Mi padre dijo que era importante que yo estuviese presente para que ella no pudiese negarlo.

Habría que vencer su resistencia. Así fue cómo lo expresó, y yo sentí un pavor deprimente.

Los tres subimos las escaleras. Primero mi padre, después Bjerke y el último yo. Mi padre llamó a la puerta antes de entrar en la habitación, y Bjerke, mirándose los pies, aguardó fuera conmigo. Mi padre dijo algo.

¡No!

Mi madre gritó y se oyó el estruendo de lo que yo supe que era la bandeja con el desayuno, el estrépito de los cubiertos de plata rodando por el suelo. Mi padre abrió la puerta. Su rostro brillaba sudoroso.

Será mejor que acabemos con esto cuanto antes.

Así que entramos y nos sentamos en las dos sillas plegables que él había aproximado a la cama. Se dejó caer, como un perro cuando sabe que no es bienvenido, en el extremo de la cama. Mi madre se refugió en el lado más alejado del colchón y permaneció encogida, dándonos la espalda y tapándose las orejas con la almohada de forma infantil.

Geraldine, comenzó mi padre en voz baja. Joe está aquí con Bjerke. Por favor. No dejes que él te vea así.

¿Así cómo? Su voz semejaba la mofa de un cuervo. ¿Loca? Podrá soportarlo. Ya lo ha visto. Pero él preferiría estar con sus amigos. Deja que se vaya, Bazil. Después hablaré contigo.

Geraldine, él sabe algo. Nos ha contado algo.

Mi madre se encogió en un ovillo todavía más diminuto.

Señora Coutts, intervino Bjerke, siento molestarla de nuevo. Preferiría resolver esto y dejarla tranquila, dejarla en paz. Pero la cuestión es que necesito alguna información adicional de usted. Anoche nos enteramos por Joe de que el día de su agresión usted recibió una llamada de teléfono. Joe cree recordar que esa llamada la alteró mucho. Dice que, al poco tiempo, usted le dijo que salía a buscar una carpeta y después se marchó en coche hasta su oficina. ¿Es cierto todo esto?

No hubo el menor movimiento o sonido por parte de mi madre. Bjerke lo intentó otra vez. Pero ella siguió en silencio. No se volvió hacia nosotros. No se movió. Parecíamos llevar una hora allí sentados en vilo; pronto se convirtió en desilusión y luego en vergüenza. Al final mi padre levantó la mano y susurró: Basta. Salimos de la habitación y bajamos las escaleras.

A última hora de esa misma tarde, mi padre llevó una mesa plegable a la habitación.

Mi madre no reaccionó. Después, colocó unas sillas plegables alrededor de la mesa y oí cómo ella le reprendía furiosa y le suplicaba que se lo llevara de allí. Bajó las escaleras de nuevo sudando y me dijo que yo debía de estar en casa para cenar todos los días a las seis de la tarde y que subiríamos la cena para tomarla todos juntos. Como una familia otra vez, sentenció. Empezábamos el nuevo régimen desde ese mismo instante. Respiré hondo y llevé un mantel arriba. De nuevo, a pesar del enfado de mi madre, mi padre abrió las persianas e incluso la ventana para dejar entrar la brisa. Subimos una ensalada y pollo relleno asado, además de platos, vasos y cubiertos, también una jarra de limonada. Tal vez una gota de vino mañana por la noche, para darle un toque festivo, dijo mi padre sin muchas esperanzas. Llevó un ramo de flores, que había cogido en el jardín que ella todavía no había visto. Lo colocó en un pequeño jarrón pintado. Observé el cielo verde en el jarrón, el sauce, el agua fangosa y las rocas pintadas torpemente. Iba a familiarizarme en exceso con esta escena vidriosa durante aquellas cenas, porque no quería mirar a mi madre, apoyada en las almohadas mientras nos miraba cansinamente, como si acabara de recibir un disparo o de ser convertida en una momia, fingiendo estar en el más allá. Mi padre intentaba mantener una conversación cada noche, y cuando yo agotaba mi magra reserva de actividades cotidianas, él seguía adelante sin desfallecer, como un remador solitario en un infinito lago de silencio, o quizá remando a contracorriente. Estoy seguro de que le vi avanzando penosamente por el pequeño río fangoso pintado en el jarrón. Después de que hablara de los intrascendentes sucesos del día, una noche anunció que había mantenido una conversación muy interesante con el padre Travis Wozniak y que el cura había estado allí, en la plaza Dealey, el día en que asesinaron a John F. Kennedy. El padre de Travis le había llevado a la ciudad para ver al presidente católico y a su elegante primera dama, que vestía un traje del mismo color rosa pastel que la lengua de un gato. Travis y su padre caminaron por la calle Houston, atravesaron Elm y decidieron que el mejor sitio para ver al presidente era allí, en la cuesta cubierta de césped, al este del triple paso subterráneo. Tenían una vista espléndida y observaron la calle, expectantes. Justo antes de que aparecieran las primeras motos de los escoltas, el perro de caza negro o blanco de alguien salió corriendo hasta la mitad de la calle y rápidamente volvió a la llamada de su dueño. Posteriormente, a menudo le preocupaba pensar que si ese perro se hubiese soltado en otro momento, quizá justo cuando pasaba la caravana de vehículos, alterando la precisión y los tiempos de las cosas, o si se hubiese arrojado bajo las ruedas del descapotable presidencial en un acto de sacrificio, o si hubiese saltado sobre el regazo del presidente, lo que sucedió poco después tal vez no hubiese ocurrido. Esto le reconcomía algunas noches cuando permanecía en la cama despierto, preguntándose cuántos accidentes desconocidos e igualmente inconsecuentes, como fogonazos de azar, estaban ocurriendo o no ocurriendo en ese preciso instante para permitir que él

respirara una y otra vez. Le generaba la sensación de que se tambaleaba en la punta de un mástil. Se mantenía en precario equilibrio sobre las circunstancias. Decía que ese sentimiento se había vuelto más intenso y persistente, además, desde el bombardeo de la embajada en el que resultó herido.

Interesante, apuntó mi padre. Ese cura. Sentado en lo alto de un mástil como un vigía.

El padre Travis había continuado describiendo cómo las motocicletas precedían al descapotable presidencial, y allí estaba John F. Kennedy, con la mirada al frente. Algunas mujeres, sentadas en la hierba y que habían traído su almuerzo, se pusieron en pie y aplaudieron con una entusiasta ovación, hasta llamar la atención del presidente, quien las miró directamente y sonrió entonces a Travis, que se sintió aturdido y confuso al ver cómo cobraba vida el retrato que presidía todas las salas de estar de todas las familias católicas. Los disparos sonaron como explosiones del tubo de escape. La primera dama se levantó y Travis la vio escrutando la muchedumbre. El coche se detuvo. Después, sonaron más detonaciones. La mujer se lanzó al suelo y aquello fue lo último que él vio, pues su padre también lo arrojó al suelo y le cubrió con su propio cuerpo. Fue aplastado contra el suelo tan de golpe y su padre pesaba tanto que el chico mordió el polvo. Desde entonces, cada vez que piensa en ese día, recuerda la tierra entre sus dientes. Pronto su padre notó el movimiento del gentío y ambos se levantaron. Se produjo una vorágine de confusión, que se convirtió en un absoluto caos cuando el coche presidencial arrancó a toda velocidad. La gente corría de un lado a otro, sin saber qué dirección sería más segura, sujeta a todo tipo de rumores que se habían propalado. Vio a una familia de raza negra arrojándose contra el suelo en un gesto de duelo. El moteado perro de caza se había escapado de nuevo; trotaba de un lado para otro, con el hocico levantado, como si en realidad estuviese guiando a la turba en lugar de ser zarandeado de un lado a otro por una oleada de gente presa de antagónicos sentimientos de terror y fascinación. Algunos intentaron correr hasta el lugar donde habían visto al presidente por última vez y otros forcejeaban con personas a quienes culpaban de algún modo. Algunos caían de rodillas y quedaban absortos en sus oraciones o conmocionados. El perro de caza olisqueó a una mujer tendida en el suelo y permaneció a su lado, señalando con gravedad y sin moverse al pájaro disecado de su sombrero.

Otra noche, después de que yo buscara temas de conversación y me quedara al final en blanco, mi padre recordó que, por supuesto, el clan de un ojibwe significa todo de una sola vez y que nadie era huérfano de clan, y por ello cada uno conocía su lugar en el mundo y su relación con los demás seres vivos. La garza, el oso, el colimbo, el bagre, el lince, el martín pescador, el caribú, la rata almizclera —todos estos animales y otros en diversas divisiones tribales, incluidos el águila, la garduña, el ciervo y el lobo—. Las personas formaban parte de estos clanes y por tanto estaban

gobernadas por relaciones especiales entre sí y con los animales. Esto suponía de hecho, según explicó mi padre, el primer código de leyes ojibwe. El sistema del clan castigaba y premiaba; decretaba matrimonios y regulaba el comercio; decía qué animales podía cazar una persona y cuáles se podían amansar, cuáles se apiadarían de un *doodem* o de un compañero del mismo clan, cuáles llevarían mensajes al creador allá en el mundo de los espíritus, bajo las capas de la tierra o a través de la cabaña de un pariente dormido. Hay numerosos casos en nuestra propia familia; de hecho, como bien sabes, dijo dirigiéndose al pliegue entre las sábanas que era mi madre, tu propia tía abuela fue salvada por una tortuga. Como puedes recordar, ella era del clan de la tortuga, o *mikinaak*. Con diez años, la llevaron a ayunar a una isla pequeña. Permaneció allí a principios de primavera durante cuatro días y cuatro noches, con el rostro ennegrecido, totalmente indefensa, a la espera de que los espíritus se hicieran amigos suyos y la adoptasen. Al quinto día, cuando sus padres no regresaban, supo que algo iba mal. Rompió la costra de saliva que sellaba su boca sedienta, bebió agua del lago y comió de una pequeña mata de frambuesas que le había estado atormentando. Encendió un fuego, pues aunque no estuviera autorizada a utilizarlos durante el ayuno, llevaba consigo eslabón y pedernal. Entonces comenzó a vivir en esa isla. Preparó una trampa para peces y sobrevivió a base de pescado. Aunque el lugar se hallaba aislado, se sorprendió de cuánto tiempo había transcurrido: una luna, dos, y nadie venía a buscarla. Entonces comprendió que algo muy malo había sucedido. También supo que los peces pronto se marcharían a otra zona del lago durante el verano y que ella moriría de hambre. Por ello tomó la decisión de nadar hasta tierra firme, a treinta kilómetros de distancia. Salió una mañana despejada con el viento a sus espaldas. Durante mucho tiempo, las olas la ayudaron y nadaba lo suficientemente bien, a pesar de estar débil por una dieta tan exigua. De pronto, el viento cambió y sopló directamente de frente. El cielo se encapotó y la azotó una lluvia gélida y torrencial. Sus brazos y piernas pesaban como troncos hinchados, creyó que iba a morir, y en su lucha pidió auxilio a gritos. En ese instante, notó algo que se elevaba por debajo de ella. Era una *mishiikenh* gigante y muy vieja, una de esas tortugas caimanes que los científicos nos dicen que no han cambiado a lo largo de ciento cincuenta millones de años —una forma de vida aterradora pero perfecta—; esta criatura nadó por debajo de ella, abriéndole paso a través del agua, empujándola a la superficie cuando le flaqueaban las fuerzas, hasta que alcanzaron la orilla. Salió vadeando y se dio la vuelta para darle las gracias. La tortuga la observó en silencio, con los ojos semejantes a unas extrañas estrellas amarillas, antes de sumergirse de nuevo y desaparecer. Después, encontró a sus hermanos. Lo de la catástrofe era cierto. Se habían visto postrados por los efectos devastadores de la gran gripe; al igual que con todas las pandemias, golpeaba las reservas con más fuerza. Sus padres habían fallecido y no había forma de saber dónde habían dejado a su hermana, y

además la gente tenía miedo de contagiarse de la enfermedad letal y se había apresurado a alejarse de ellos, por lo que los niños también vivían solos.

Hay muchas historias de niños que se vieron obligados a vivir solos, dijo mi padre, incluidos aquellos relatos de la Antigüedad en que los bebés eran criados por lobos. Pero también hay hechos narrados desde los balbucesos de la civilización occidental acerca de seres humanos salvados por animales. Uno de mis favoritos fue referido por Heródoto y trata de Arión de Metimna, el famoso tañedor de cítara e inventor del ditirambo. Arión se propuso viajar a Corinto y alquiló una nave tripulada por corintios, su misma gente, a quien consideraba digna de toda confianza, para que veas cómo puede ser tu propia gente, apostilló mi padre, apenas llegados a mar abierto, los corintios decidieron arrojar a Arión por la borda para apoderarse de su riqueza. Cuando se enteró de lo que iba a suceder, Arión los convenció de que le dejaran primero vestirse con su atuendo completo de músico y luego tocar y cantar antes de morir. Los marineros estaban encantados de escuchar al mejor tañedor de lira del mundo y se retiraron mientras Arión se vestía y cogía la cítara; luego, se situó en el extremo de la cubierta y entonó el Nomo Orthio. Cuando acabó, tal y como había prometido, se lanzó al mar. Los corintios se marcharon. Arión fue salvado por un delfín, que le llevó en su lomo hasta Ténaro. Se erigió una pequeña escultura de bronce de Arión con la cítara montado en un delfín, que recibió numerosas ofrendas en aquellos tiempos. El delfín se sintió conmovido por la música de Arión; así es como yo lo interpreto al menos, dijo mi padre. Me imagino al delfín nadando junto a la nave. Oyó la música y se sintió sobrecogido, como cualquiera si pensamos en la carga emotiva que debió de poner Arión en su última canción. Y sin embargo, los marineros no vacilaron, a pesar de que debían de ser amantes de la música, puesto que tuvieron a bien retrasar la muerte de Arión y lo escucharon tocar, no vacilaron. No dieron media vuelta para sacarle del agua, sino que se repartieron su dinero y siguieron navegando. Uno podría argüir que éste era un pecado contra el arte aún peor que ahogar, digamos, a un pintor, un escultor, un poeta y desde luego a un escritor. Cada uno deja el legado de sus obras, incluso en los tiempos más remotos. Pero un músico de aquella época se llevaba su arte consigo a la tumba. Por supuesto la destrucción de un músico contemporáneo también supondría un crimen menor, ya que siempre existen muchísimas grabaciones, salvo en el caso de nuestros violinistas ojibwes y metis. El músico tradicional, como tu tío Shamengwa, creía que le debía su música al viento, y al igual que el viento, su música poseía una infinita mutabilidad. Una grabación tendría como consecuencia que su canción fuese finita. Por ello, tu tío estaba en contra de la música grabada. Prohibía cualquier aparato grabador en su presencia; sin embargo, en sus últimos años, algunas personas consiguieron hacerse con copias de algunas de sus canciones gracias a que las grabadoras se volvieron tan pequeñas que se podían ocultar. Pero yo he oído, y Whitey te lo puede confirmar, que

cuando Shamengwa murió, esas cintas se desintegraron o se borraron de forma misteriosa; y por eso no quedan grabaciones de la música de Shamengwa, tal y como era su deseo. Solo aquéllos que aprendieron de él de alguna manera reproducen su música, pero ésta se ha convertido en la suya propia también, lo cual no deja de ser la única manera para que la música permanezca viva. Lo siento, dijo mi padre esa noche ante la espalda rígida de mi madre. Los huesos prominentes de sus hombros sobresalían bajo la sábana que la cubría. Voy a tener que marcharme mañana, anunció. Mi madre no se inmutó. No había pronunciado una sola palabra desde que habíamos comenzado a cenar allí arriba con ella.

Vuelvo a Bismarck mañana, dijo mi padre. Quiero verme con Gabir. No lo rechazaré. Pero tengo que mantenerle al tanto. Y está bien que vea a mi viejo amigo. Vamos a poner las cosas en orden y a organizarnos, aunque todavía no haya nadie a quien procesar. Pero lo habrá, estoy seguro de ello. Estamos averiguando cosas, poco a poco, y cuando estés lista para hablarnos del expediente y de la llamada de teléfono, sin duda sabremos mucho más; estoy totalmente seguro de ello, Geraldine, y se hará justicia. Y eso ayudará, creo yo. Eso te ayudará a ti, aunque ahora te parezca que no te ayudará, que nada lo hará, ni siquiera el inmenso amor que se respira en esta habitación. Por lo que sí, mañana no cenaremos en tu habitación y podrás descansar. Puedo pedirle a Joe que espere indefinidamente como hasta ahora, que mantenga una conversación con las paredes y los muebles, aunque resulta sorprendente a dónde van a parar los pensamientos de una persona. Mientras yo esté en Bismarck, también veré al gobernador; almorzaremos juntos y hablaremos. La última vez me contó que había participado en la conferencia de gobernadores. Allí habló con Yeltow, ¿sabes? Sigue siendo el gobernador de Dakota del Sur. Ha descubierto que intenta adoptar a un niño.

¿Qué?

Mi madre habló.

¿Qué?

Mi padre y yo nos inclinamos hacia delante, apuntando como aquel perro de caza, sin movernos.

¿Qué?, repitió. ¿Qué niño?

Un niño indio, respondió mi padre, esforzándose por mantener una voz normal.

Mi padre prosiguió, nervioso.

Así que, por supuesto, el gobernador de nuestro estado, que comprende perfectamente, a raíz de nuestras conversaciones, las razones que esgrimimos para limitar las adopciones por parte de padres no indios mediante la Ley para la Protección de Menores Indios, trató de explicar esta legislación a Curtis Yeltow, que se sintió muy frustrado ante las dificultades encontradas para adoptar a este niño.

¿Qué niño?

Mi madre se volvió entre las sábanas, como un famélico espectro, con los ojos clavados en el rostro de mi padre.

¿Qué niño? ¿Qué tribu?

Bueno, en realidad...

Mi padre intentaba ocultar en su voz la conmoción y agitación que sentía.

... para serte sincero, no se ha determinado el origen tribal de este niño. Por supuesto, el gobernador es muy conocido por el trato lleno de prejuicios que dispensa a los indios; una imagen que intenta suavizar a su manera. Sabes que hace estos paripés de relaciones públicas, como apadrinar a niños de escuelas indias o repartir cargos en el Capitolio o becas a prometedores estudiantes de institutos indios. Pero en su plan de adopción le salió el tiro por la culata. Consiguió que su abogado defendiera su caso ante un juez estatal, que intenta trasladar el asunto a manos tribales, como es debido. Todos los presentes están de acuerdo en que el niño tiene aspecto indio y el gobernador dice que ella...

¿Ella?

Es lacota o dakota o nakota, o sioux de alguna manera, tal y como dice el gobernador. Pero podría ser de cualquier tribu. Además, su madre...

¿Dónde está su madre?

Ha desaparecido.

Mi madre se incorporó en la cama, apretando las sábanas que la envolvían y extendiendo las manos a tientas con su florido camisón de algodón. Soltó un extraño aullido que me produjo un intenso escalofrío que me recorrió toda la espalda. Incluso salió de la cama. Se tambaleó y me sujetó el brazo cuando me levanté para ayudarla. Comenzó a tener arcadas. Su vómito era asombroso, de un color verde chillón. Exhaló un nuevo alarido y se arrastró otra vez hasta la cama, donde permaneció inmóvil.

Mi padre no se movió, salvo para extender una toalla en el suelo, así que yo también permanecí sentado allí sin moverme. De pronto, mi madre levantó las manos e hizo grandes aspavientos, como si luchara contra el aire. Movía los brazos con una violencia desconcertante, dando puñetazos, impidiendo golpes y empujando. Pataleaba y se revolvía.

Ya pasó, Geraldine, dijo mi padre aterrado, intentando tranquilizarla. Todo está bien. Estás a salvo.

Se fue calmando y paró. Se volvió hacia mi padre, con la mirada fija más allá de las sábanas, como si saliese de una cueva. Tenía los ojos negros, negros en su rostro gris. Habló con una voz susurrante y áspera que se desplegó en mis oídos.

Me violó, Bazil.

Mi padre no se movió, no le cogió la mano ni la consoló de manera alguna. Parecía petrificado.

No hay pruebas de lo que hizo. Ninguna. La voz de mi madre sonaba ronca.

Mi padre se inclinó hacia ella. Sí que las hay, fuimos directamente al hospital. Y está tu memoria. También hay otras cosas. Tenemos...

Lo recuerdo todo.

Cuéntamelo.

Mi padre no me miró porque sus ojos estaban clavados en los de mi madre. Creo que si la hubiese soltado, ella se habría derrumbado y sumido en el silencio para siempre. Me encogí y me retrepé en la silla, intentando hacerme invisible. No quería estar allí, pero sabía que si me movía, quebraría el magnetismo que flotaba entre ellos.

Recibí una llamada telefónica. Era Mayla. Yo solo la conocía por su familia. Apenas había estado aquí. ¡Tan solo una niña, tan jovencita! Comenzó los trámites de registro para su hija. El padre...

El padre...

Ella lo registró, susurró mi madre.

¿Recuerdas su nombre?

Mi madre abrió la boca con la mirada perdida.

Continúa, querida. Continúa. ¿Qué pasó después?

Mayla me pidió que me encontrara con ella en la casa redonda. No tenía coche. Dijo que su vida dependía de ello, así que acudí.

Mi padre respiró hondo.

Aparqué el coche en la zona llena de maleza. Me bajé del coche. Él me atacó mientras yo subía la colina. Me quitó las llaves. Después me puso un saco por encima. Me cubrió la cabeza tan rápidamente... Era de un tejido rosa claro, muy suelto, tal vez una funda de almohada. Pero llegaba muy abajo, más abajo de los hombros; no podía ver nada. Me ató las manos a la espalda. Intentó que le dijera dónde estaba la carpeta y yo le respondí que no tenía ninguna carpeta. Yo no sabía de qué carpeta estaba hablando. Me dio la vuelta y me empujó para que anduviese... me sujetaba por el hombro. Pasa por encima de esto, ve por allí, decía. Me llevó a algún sitio.

¿Adónde?, preguntó mi padre.

A alguna parte.

¿Puedes recordar algo sobre ese sitio?

A alguna parte. Allí fue donde sucedió. Me dejó el saco puesto. Y me violó. En alguna parte.

¿Fuiste colina arriba o colina abajo?

No lo sé, Bazil.

¿Atravesaste el bosque? ¿Te rozaron hojas?

No lo sé.

¿Y el suelo? ¿Había gravilla? ¿Maleza? ¿Había una alambrada?

Mi madre lanzó un grito desgarrador hasta que se vaciaron sus pulmones y entonces hubo un silencio.

Allí se juntan tres clases de tierras, explicó mi padre. Su voz denotaba tensión y miedo. En fideicomiso, estatal y de pleno dominio. Por eso lo pregunto.

Sal del tribunal, sal de allí, maldita sea, soltó mi madre. No lo sé.

Está bien, suavizó mi padre. Está bien, continúa.

Después, después... Me arrastró hasta la casa redonda. Tardamos un rato en llegar hasta allí. ¿Me estaba dando vueltas? Yo estaba mareada. No me acuerdo. En la casa redonda, me desató y me quitó el saco y era... era una funda de almohada, una lisa de color rosa. Fue entonces cuando la vi. Tan solo una niña. Con su bebé jugando en el suelo. El bebé levantó las manos hacia la luz que se filtraba por las rendijas de los troncos de madera. Acababa de aprender a gatear y sus brazos cedieron, pero consiguió llegar hasta su madre. Era india, una niña india, y me había llamado por teléfono. Había venido a la oficina el viernes para rellenar los papeles. Una muchacha tranquila con una sonrisa preciosa, unos dientes bonitos y los labios pintados de rosa. Llevaba un corte de pelo muy bonito y un vestido de punto de color lila claro. Y zapatos blancos. Y llevaba al bebé con ella. Jugué con la cría en la oficina. Así que fue ella quien me llamó ese día. Ella. Mayla Wolfskin.

«Necesito esa carpeta», dijo. «Mi vida depende de ello».

Estaba tirada en el suelo. Con las manos atadas a la espalda con cinta adhesiva. El bebé siguió gateando por el suelo. Llevaba un vestido amarillo con volantes y sus ojos eran tan dulces. Como los ojos de Mayla. Grandes y castaños. Abiertos como platos. La pequeña lo vio todo y estaba confusa, pero no lloraba porque su madre se encontraba allí mismo, por lo que ella pensaba que todo iba bien. Pero él tenía a Mayla maniatada y con la boca tapada con cinta adhesiva. Mayla y yo nos miramos. No pestañeó, solo movía los ojos hacia el bebé, luego hacia mí y de nuevo hacia el bebé. Comprendí que me pedía que cuidara de su hija. Asentí con la cabeza. Después, él entró, se bajó los pantalones y los despachó de una patada. Llevaba calzoncillos. Cada palabra se me ha quedado grabada, cada una de las palabras que pronunció. También la manera en que las dijo. Con una voz apagada y luego exultante, y de nuevo apagada. Después eufórica. Cómo dijo: Oh, soy realmente un puto perverso, supongo que soy uno de esos tíos que odian a los indios en general y en particular, porque se enemistaron con los míos en el pasado, pero sobre todo creo que las mujeres indias son todas... No quiero repetir lo que nos llamó. Gritó a Mayla y le dijo que la amaba, pero que, sin embargo, ella tenía una hija de otro hombre, que le había hecho eso a él. Ella le había colocado en esa incómoda situación, decía, de amarla. ¡Te mereces acabar encerrada en una jaula en el fondo del lago por haber

jugado con mis sentimientos! Dijo que no pintábamos nada a ojos de la ley por una buena razón y que, sin embargo, habíamos seguido humillando al hombre blanco y quitándole su honor. Podría ser rico, pero prefiero enseñaros, a las dos, lo que sois de verdad. No me cogerán, dijo. Me he empollado las leyes. Qué gracia. Soltó una risotada. Me dio una patada con el zapato. Sé tanto de leyes como un juez. ¿Conoces a algún juez? No tengo miedo. Las cosas están al revés de cómo deberían estar, dijo, pero aquí, en este lugar, yo voy a encargarme de ponerlas en su sitio para mí. Los fuertes han de dominar a los débiles. ¡Y no los débiles a los fuertes! Son los débiles quienes hunden a los fuertes. Pero a mí no me van a coger.

Supongo que debería de haberte enviado al fondo con tu coche. Se volvió contra Mayla. Pero, cariño, no podía. Sentí tanta pena por ti y tenía el corazón destrozado. Eso es amor, ¿no? Amor. No podía hacerlo. Pero tengo que hacerlo, ¿sabes? Toda tu mierda está en el coche. No necesitas nada allí a donde vas. ¡Lo siento! ¡Lo siento! Golpeó a Mayla, y después me atacó; volvió a golpearla una y otra vez, y le dio media vuelta. ¿Quieres decirme dónde está el dinero? ¿El dinero que él te ha dado? ¿Ah, sí? ¿Ahora quieres? ¿Dónde? Le arrancó la cinta de la boca. Ella no podía hablar, después confesó en un suspiro: En mi coche.

Él la habría matado en ese momento, lo creo de verdad, pero el bebé se movió. El bebé gritó y parpadeó, mirándole a los ojos sin comprender. Ah, dijo él, Vaya, vaya.

No hables más. No quiero oírlo, dijo a Mayla. Sigues siendo dinero en el banco, dijo al bebé. Te llevaré conmigo a no ser que tú... escoria. Se levantó y me dio una patada, y después se agachó y le dio otra patada a ella tan fuerte que resolló. Se inclinó sobre mí y me miró a la cara. Me dijo: Lo siento, puede que me esté dando un brote. En realidad no soy mala persona. No te he hecho daño, ¿verdad? Cogió al bebé en brazos y le habló con voz dulce: No sé qué hacer con las pruebas. Qué tonto soy. Tal vez deba quemar las pruebas. ¿Sabes?, no son más que pruebas. La dejó en el suelo con suavidad. Destapó el bidón de gasolina. Mientras me daba la espalda y vertía la gasolina sobre Mayla, yo cogí sus pantalones, los metí entre mis piernas y oriné encima, eso es lo que hice. ¡En serio! Porque le había visto encender un cigarrillo y guardar las cerillas en el bolsillo. Me sorprendió que no se diera cuenta de que sus pantalones estaban empapados de orina, pero se hallaba tan absorto en lo que pretendía hacer. Y temblaba. Decía: Oh, no, no, oh, no. Vertió más gasolina sobre ella y también me salpicó a mí, pero no al bebé. Después, después, cuando no conseguía encender las cerillas del bolsillo de su pantalón, se volvió y dirigió al bebé una mirada intimidante. Comenzó a llorar, y nosotras, Mayla y yo, permanecemos completamente inmóviles mientras él se volvía para calmar al bebé. Le dijo: Shhh, shhh, tengo otra caja de cerillas, incluso un encendedor, a los pies de la colina. Y tú..., me sacudió y me dijo mirándome a los ojos: Tú, como te muevas un centímetro, mataré a este bebé; y como te muevas un centímetro, mataré a Mayla. Tú vas a morir,

pero como digas una palabra, una sola palabra arriba en el cielo una vez que estés muerta, las mataré a las dos.

Me serví un tazón con copos de maíz y un vaso de leche. Vertí la mitad de la leche en los cereales, espolvoreé azúcar por encima y me los tomé. Llené el bol por segunda vez, bebí la leche azucarada del fondo del tazón y apuré el vaso. Introduje un frasco de boca ancha en el saco de comida para perros de la entrada, llené el cuenco de Pearl y le puse agua fresca. Pearl se quedó a mi lado mientras regaba el jardín y los arriates de flores. Después, monté en la bicicleta y me fui a trabajar. Vi a mi padre antes de marcharme. Se había quedado con mi madre en la habitación. Se había pasado toda la noche sentado junto a ella. Le pregunté por el expediente y me dijo que mi madre se negaba a hablar de ello. Necesitaba saber que el bebé estaba bien. Que Mayla estaba bien.

¿Qué crees que contiene ese expediente?, pregunté.

Algo con lo que trabajar.

¿Y Mayla Wolfskin? ¿Qué sabemos de ella?

Fue a la escuela en Dakota del Sur, dijo mi padre. Y está emparentada con LaRose. Quizá por eso tu madre se niega a ver a LaRose. Tiene miedo de venirse abajo y hablar.

No me refiero a eso. ¿Qué sabemos de Mayla Wolfskin, papá? ¿Está viva?

Ésa es la pregunta.

¿Tú qué crees?

Yo creo que no, dijo en voz baja, mirando al suelo.

Bajé los ojos al suelo también, a los remolinos cremosos en el color gris del linóleo. El gris más oscuro y los pequeños lunares negros suponían una sorpresa de vértigo una vez que te fijabas en ellos. Examiné ese suelo a conciencia, memorizando su diseño aleatorio.

¿Por qué querría matarla? ¿Papá?

Ladeó la cabeza, la sacudió, dio un paso adelante y me estrechó entre sus brazos. Me abrazó sin hablar. Después me soltó y se alejó.

Cuando llegué a la gasolinera de Whitey y Sonja, aparqué la bicicleta junto a la puerta, donde pudiera verla; después, me puse a la tarea. Whitey tenía un receptor de onda corta que captaba señales de toda la zona. Siempre chisporroteaba con interferencias y soltaba incomprensibles mensajes en la vecindad del taller. A veces, lo apagaba y ponía música. Yo recogía todos los envoltorios de caramelos, todas las

colillas, las anillas sueltas y cualquier otra basura que se hubiera acumulado en la gravilla del suelo de la gasolinera y en la maleza hasta la carretera. Saqué la manguera y regué otro neumático de tractor convertido en macetero de flores, este pintado de amarillo, bordeado con plateadas hojas de salvia y rojas tritomas, como las que había plantado para mi madre.

Whitey servía gasolina cuando llegaba algún cliente, comprobaba el aceite y chismorreaba. Yo lavaba los cristales del coche. Sonja había comprado una máquina de café Bunn y Whitey había construido dos mesas con bancos de madera en la esquina este del local. La primera taza de café de Sonja costaba diez céntimos y se podía repetir las veces que uno quisiera, por lo que las mesas estaban siempre llenas de gente. Clemence cocinaba para la tienda cada varios días y solía haber pan de plátano, tarta de café y galletas de avena en un tarro. Todos los días a la hora de comer, Whitey me preguntaba si quería un bocadillo de carne de la reserva y acto seguido nos preparaba unos sándwiches de pan blanco de mortadela y mayonesa. Por la tarde, Whitey se tomaba un descanso de un par de horas y cuando regresaba, Sonja se marchaba a casa para echarse una siesta. Después, ambos trabajaban hasta las siete. Querían ahorrar en salarios durante los primeros años, para empezar con buen pie. Tenían previsto contratar más adelante a una persona a jornada completa y que el establecimiento permaneciera abierto hasta las nueve. A mí me pagaban un dólar la hora, helados, refrescos, leche y galletas del fondo del tarro.

Cuando llegué a casa, mi padre me estaba esperando.

¿Qué tal el trabajo?

Bien.

Mi padre se miró los nudillos y dobló la mano, arrugando el entrecejo. Comenzó a hablar dirigiéndose a su mano, algo que solía hacer cuando no quería decir lo que tenía que decir.

He tenido que llevar a tu madre a Minot esta mañana. Al hospital. La van a tener allí un par de días. Volveré mañana.

Pregunté si podría acompañarle, pero respondió que no había nada que yo pudiese hacer.

Solo necesita descansar.

Ha estado durmiendo todo el tiempo.

Lo sé. Hizo una pausa y al final, me miró. Un alivio. Sabe quién lo hizo, dijo. Por supuesto. Pero todavía no quiere decírmelo, Joe. Tiene que sobreponerse a sus amenazas.

¿Tienes alguna idea de quién es?

No puedo decirlo, lo sabes.

Pero yo debería saberlo. ¿Es de por aquí, papá?

Encajaría... Pero no se va a dejar ver por aquí. Sabe que le pillarán. Muy pronto habrá alguien a quien tu madre pueda identificar, dijo. Pero no lo bastante pronto. Ella se sentirá mejor una vez que eso empiece. Estoy seguro de que ella también recordará dónde, dónde sucedió. La conmoción de contarlo. Pero también la determinación.

¿Y qué hay de Mayla Wolfskin? ¿Se la ha llevado con él? ¿Y el bebé? ¿Es el mismo bebé que el gobernador intenta adoptar?

El gesto de mi padre me decía que sí. Pero lo que dijo fue: Ojalá no hubieses escuchado todo lo que se dijo, Joe. Pero no podía detener a tu madre. Tenía miedo de que dejara de hablar.

Asentí con la cabeza. Durante todo el día, las palabras de mi madre habían asomado a la superficie de cada cosa que hacía, como aceite turbio.

Si estuviera en su sano juicio, jamás habría contado lo que ocurrió delante de ti.

Yo tenía que saberlo. Es bueno que lo sepa, dije.

Pero era como veneno dentro de mí. Comenzaba a notarlo.

Tengo que volver allí mañana, dijo mi padre. ¿Quieres quedarte con la tía Clemence o con el tío Whitey?

Me quedaré con Whitey y Sonja. Así me pueden llevar al trabajo.

Al día siguiente, después de trabajar, volví a la antigua casa con Sonja y Whitey. Teníamos a Pearl con nosotros. Clemence iba a echarle un vistazo a la casa y a regar el jardín, de modo que todo estaba cerrado a cal y canto, y yo no tendría que ir por allí durante una temporada. Y eso me alegraba. Pronto sería el cumpleaños de Mooshum. Todo el mundo vendría para celebrarlo. Yo vería a mis primos. Pero por ahora, quedarme con Sonja y Whitey era para mí como estar de vacaciones. Las cosas podían ser normales. En su casa, yo dormiría en el sofá y vería la televisión. Había distintos tipos de platos que Whitey elaboraba porque había sido cocinero profesional; había vino o cerveza en cada cena y después, copas y música. Ruido. No sabía lo mucho que necesitaba el ruido.

Nos subimos al Silverado de Whitey y él encendió enseguida el equipo de música. Los Rolling Stones manaron con fuerza de los altavoces y avanzamos con las ventanillas bajadas y el viento entrando a raudales, hasta que tomamos el desvío por el camino de gravilla. Después, continuamos el resto del camino con las ventanas cerradas para protegernos del polvo. Nos hallábamos en una cápsula de ruido: los tres vociferando por encima del ventilador y de los retumbantes graves. Todo resultaba divertido con Whitey —bueno, por lo que yo sabía, divertido durante aproximadamente cuatro horas, divertido durante seis cervezas o tres copas—, pero en esta ocasión nos reímos de los acontecimientos y las peripecias del día. Las tías de Cappy eran tan rácanas que solo ponían un dólar de gasolina a su coche cada vez. Y

se gastaban más solo en ir y venir. Tomaban café gratis siempre. Una joven estudiante de la universidad había venido para estudiar a la abuela Thunder. La llevaba en coche todos los días: primero la abuela hacía sus recados y visitaba a sus amigas y parientes. Después, a veces dejaba que la chica sacara una libreta y anotara alguna enseñanza. Se lo pasaba bomba.

Pregunté a Whitey sobre Curtis Yeltow y me respondió: No te creerías las cosas que ese viejo ha hecho y siempre se ha salido con la suya. Estando borracho, se estrelló contra un tren de mercancías y sobrevivió. Llamaba a los indios «negratos de las praderas». Le parecía gracioso. Tenía una amante en Dead Eye. Compró oro y lo escondió en el sótano de la mansión del gobernador. ¿Y pistolas? Es un amante de las armas de fuego y un fanático. Colecciona escudos de guerra. Y artesanía india. Rinde tributo a los nobles salvajes, pero intentó almacenar residuos radiactivos en tierra sagrada lakota. Dice que la Danza del Sol es una forma de adoración al demonio. Así es Yeltow. Ah, y siempre está muy moreno. Es muy presumido y cuida mucho su apariencia.

Llegamos a casa y Whitey entró para preparar la cena mientras Sonja y yo fuimos a atender a los caballos. Mientras sacábamos palas de paja en la cuadra esa primera noche, la música tronaba por las ventanas abiertas de la casa y también nos llegaban las voces del televisor. De modo que había mucho ruido cuando echábamos la paja y dábamos un poco de cereales a los caballos; había ruido si sacábamos el cortacésped y ruido además procedente de los perros, que nos saludaban con alegría y ladraban para recordarnos que les llenáramos sus comederos.

Sonja guardaba los caballos en la cuadra por las noches y examinaba el pelaje de los perros en busca de garrapatas; comprobaba sus encías, ojos y almohadillas con detenimiento.

¿Qué has hecho hoy?, preguntaba la mujer a cada perro. Los reprendía: No habrás estado pisando los abrojos otra vez. Apesta como si hubieras comido mierda. ¿A quién demonios has dejado que te mordiera tu bonita cola, Chain? Te daré un latigazo como salgas de este jardín, lo sabes.

Sonja hablaba de la misma manera a los caballos y los dejaba en la cuadra; después, Whitey salía y le daba una cerveza fría. Había un sitio fuera donde el prado descendía hacia el oeste y la hierba se tornaba dorada al atardecer. Allí había dos sillas de jardín a las que añadieron otra para mí. Me tomaba mi refresco de naranja mientras ellos se tomaban una o más cervezas; la música brotaba del radiocasete de Whitey, que había colocado en las escaleras. Después, los mosquitos zumbaban en formación de ataque y entrábamos en casa.

Whitey había cambiado gasolina por un pescado fresco esa noche y ya había limpiado la pieza. Los filetes estaban en el refrigerador, en remojo, en un plato de leche. Había batido una masa para rebozar con cerveza. Había ensalada de repollo

con rábanos picantes. Siempre había postre. Sonja insistía en comer algo dulce de postre, decía Whitey.

Es muy golosa. ¿Has oído hablar de la crema de frambuesa? Una vez se la preparé siguiendo una receta. ¿O la tarta de mayonesa? No se nota nada la mayonesa. Pero a ella le encanta el chocolate. Le vuelve loca. Si me mojara la polla en chocolate, no me dejaría en paz.

Conforme avanzaba la noche, se le fue soltando la lengua, claro, dijo unas cuantas cosas, y al final Sonja le acostó.

Después de que lo dejara arrojado en la cama, Sonja volvió y me preparó el sofá. Era viejo y olía a tabaco. Estaba tapizado con un áspero tejido marrón sembrado de descoloridas bolitas naranjas. Sonja extendió una sábana sobre los cojines y me entregó un saco de dormir a cuadros con la cremallera rota. Encendió la televisión, apagó las luces y después se arrebujó en el otro extremo del sofá. Miramos la televisión juntos durante una hora, o incluso dos. Hablamos del dinero, entre susurros, para que no nos oyera Whitey. Sonja me hizo jurar una y otra vez que no se lo había contado ni se lo contaría nunca a nadie.

Estoy muerta de miedo y tú deberías de estarlo también. Mantén los ojos muy abiertos. No cometas un desliz, Joe.

Después, hablamos de lo que debería hacer con el dinero. Sonja me hizo prometerle que iría a la universidad. Dijo que le habría gustado que Murphy, su hija, hubiese ido. Había llamado a su hija Murphy porque nunca sería el nombre de una *stripper*. Pero su hija se había cambiado el nombre por el de London. Si pudiera volver atrás en el tiempo, suspiró Sonja, jamás habría dejado a mi hija con mi madre mientras trabajaba. Mi madre fue una mala influencia para su nieta, ¿te lo puedes creer?

A Sonja le gustaban los programas de entrevistas y las películas antiguas. A veces me quedaba dormido viendo la televisión, pero antes de hacerlo intentaba mantenerme el mayor tiempo posible entre el sueño y la vigilia. Una puerta se abría momentáneamente sobre un sueño, pero inmediatamente yo regresaba al sofá. Al suave peso de Sonja al otro extremo del asiento, al calor que desprendía y que yo podía percibir si acercaba la planta de mis pies dentro del saco de dormir, que se convirtió en mi ropa de cama favorita porque disimulaba mis erecciones.

Cada noche, Sonja me daba una almohada de su cama. La almohada olía a champú de albaricoque y también rezumaba un toque a almizcle: alguna descomposición personal y erótica como el interior de una flor mustia. Yo hundía el rostro en ella para inspirarlo. Me adormilaba, soñaba y me espabilaba de nuevo con la luz parpadeante del televisor y las risas enlatadas a bajo volumen. Sonja entraba en trance con un halo azulado, bebiendo ahora agua fría. Afuera, el bullicio de los insectos veraniegos. Los perros se levantaban de vez en cuando para soltar un par de

ladridos a algún ciervo al otro lado del prado. Y Whitey, gracias a Dios, dormía la mona al otro lado de la puerta del dormitorio. La tercera o cuarta noche, cuando yo entraba y salía del paraíso, Sonja me cogió el talón en la palma de sus manos y me lo apretó. Comenzó a frotarme el empeine distraídamente y me invadió una intensa corriente de placer ciego, tan repentina que fui incapaz de contenerme. Me corrí con un gorjeo de sorpresa y ella me soltó el pie. Un instante después, oí un chasquido y dirigí una mirada de reojo hacia Sonja. Estaba comiéndose una galleta salada.

A Whitey le encantaban las novelas baratas de kamikazes. Tenía una pared cubierta de estanterías hechas a medida para novelas románticas de samuráis, tramas de peleas ninjas, novelas de espionaje, libros de Louis L'Amours, ciencia-ficción o de Conan. Comenzaba su jornada a las seis de la mañana con una taza de café y un libro de bolsillo. Mientras yo desayunaba a su lado, él leía en voz alta distintos pasajes, entre susurros: «Las ágiles caderas de la mujer se contoneaban con anticipación depredadora mientras establecía la posición del hombre bajo la luz sin luna y sin alma y decidía cómo partirle exactamente la espina dorsal... Los afilados colmillos del puñal de Ragna destellaban bajo los reflejos de luz de los faros... a sabiendas de que su vida llegaría a su fin en cuanto sus ojos se encontraran con aquella mirada obsidiana e implacable...». Si se hallaba sumergido profundamente en una historia, seguía leyendo mientras Sonja depositaba un plato con beicon y una cazuela de una de sus especialidades de desayuno —una mezcla de patatas ralladas, huevos, dados de pimientos y jamón—, dispuesto en una fuente para horno y gratinado hasta que la capa de queso cheddar burbujease y quedase tostada. Lo llamaba guiso del desayuno. Nada más acabar de desayunar, Whitey insertaba un marcapáginas y cerraba el libro. Sonja se apresuraba a fregar los platos, subíamos rápidamente a la camioneta, nos dirigíamos a la gasolinera y desbloqueábamos los surtidores. Abríamos a las siete de la mañana. Siempre había alguien esperando para repostar.

Ese día, sucedieron un par de cosas que no fueron nada buenas. La primera, los pendientes de Sonja; Whitey dijo que no los había visto antes.

Tienes que haberlos visto, insistió Sonja con una sonrisa seductora.

Los pendientes centelleaban en la tenue luz de la cocina. Llevaba puestos unos guantes de goma amarillos y restregaba con vigor el fondo de la fuente para horno antes de que nos fuéramos a trabajar.

Son diamantes de imitación, dijo Sonja.

Bonitos diamantes de imitación, replicó Whitey. Les echó una mirada socarrona. Después, la miró descaradamente, de mala manera, cuando ella no lo estaba viendo. Sus pantalones vaqueros parecían nuevos y se ceñían a ella de un modo que me recordaba la novela de Whitey: «... Las ágiles caderas de la mujer se contoneaban con anticipación depredadora...». Subimos a la camioneta. Whitey no puso la

música. A medio camino del pueblo, Sonja alargó la mano para encender el radiocasete y Whitey la apartó de los mandos de un manotazo. Yo estaba en el asiento reclinable, detrás de ellos. Ocurrió justo delante de mí.

No pasa nada, me dijo Sonja, por encima del hombro. Whitey está deprimido. Tiene resaca.

La mandíbula de Whitey seguía apretada con un gesto hosco. Mantuvo la vista al frente.

Sí, respondió. Tengo resaca. Pero no el tipo de resaca que piensas.

Whitey tenía la forma de escupir típica de la cárcel —tan elegante y certera—. Como si durante una parte de su vida no hubiese tenido otra cosa que hacer más que escupir. Salió del coche de un salto, dio un portazo, escupió, atinó en una lata —¡pim!—, y se alejó, a pesar de que alguien estaba esperando ante el surtidor. Sonja cambió de asiento, aparcó y abrió la gasolinera. Me entregó las llaves de los surtidores sin mirar fuera y me dijo que me encargara de ese coche. Ésa fue la segunda cosa negativa.

Ya había visto a esa persona, me sonaba su cara, pero no la conocía. Todas sus facciones eran finas y regulares, pero no resultaba atractivo. Era un hombre blanco de pelo castaño-rubio y ojos hundidos, con una complexión indolente pero recia; un hombre corpulento bien vestido: con camisa blanca, pantalones marrones con cinturón y zapatos de cuero con cordones. Llevaba el pelo, algo largo, peinado cuidadosamente hacia atrás y detrás de las orejas, hasta el punto de que podían verse los surcos. Sus orejas eran extrañamente pequeñas y bien dibujadas, pegadas a las sienes. Los labios eran finos, de un rojo oscuro, como si tuviese fiebre. Cuando sonrió, reparé en que sus dientes eran muy blancos, casi como la dentadura de un anuncio.

Me acerqué para atenderle.

Lleno, dijo.

Desbloqueé los surtidores y le serví gasolina. Limpié el parabrisas y luego le pregunté si quería que comprobase el nivel de aceite. Su coche estaba polvoriento. Era un viejo Dodge.

No. Su voz era agradable. Se puso a contar billetes de cinco dólares de un fajo. Me entregó tres. Mi coche estaba sediento, dijo. Llevo conduciendo toda la noche. Oye, ¿qué tal estás?

A veces los mayores reconocen a un niño y hablan con él como si lo conocieran, pero en realidad a quien conocen es a sus padres o a sus tíos o eran el profesor de alguien. Resultó muy desconcertante, además, era un cliente. De modo que me mostré educado y le respondí que muy bien, gracias.

Oh, eso está bien, dijo. He oído que eres un buen chico.

Ahora caía, empezaba a atar cabos. ¿Un buen chico? Era el segundo hombre

blanco que me decía eso en una semana. Pensé: «Esto podría arruinarme».

¿Sabes? Me miró fijamente. Ojalá tuviese un hijo como tú. Yo no tengo hijos.

Vaya, es una pena, dije como si pensara todo lo contrario. Ahora había logrado confundirme. Seguía sin situarle.

El hombre suspiró. Gracias. No sé. Supongo que es una suerte, fundar una buena familia y todo eso. Tener una familia que te quiere. Es bonito. Te da ventajas en la vida. Incluso un niño indio como tú puede tener una buena familia y tener ese comienzo, supongo. Y quizá te permita equipararte con un niño blanco de tu misma edad, ¿sabes? Uno que no tenga una familia que le quiera.

Di media vuelta para marcharme.

Vaya, he hablado demasiado. ¡Vuelve aquí! Intentó darme otro billete de cinco dólares. Seguí caminando. Bajó la vista y giró la llave de contacto. El motor tosió y arrancó. Bueno, así soy yo, gritó. ¡Siempre hablo demasiado! ¡Pero...! Y dio un manotazo en el lateral del coche. Digas lo que digas, eres el hijo del juez.

Me giré de golpe.

Mi hermana melliza tenía una familia india que la quería y la apoyó cuando los tiempos se volvieron difíciles.

Después se marchó, y debido a lo que me había contado Linda, sabía que había estado hablando con Linden Lark.

Decidí que quería renunciar y volver a casa de inmediato. Estaba furioso con Whitey. Había servido gasolina al enemigo. Sonja también me molestó. Salió de la gasolinera mascando chicle. Mientras movía las mandíbulas, esos pendientes se agitaban y titilaban. Se había recogido el pelo en un cono sedoso que sujetaba con horquillas de esmalte rosa brillante. Los vaqueros le sentaban como un guante. La mañana me pareció eterna. Tuve que quedarme porque Whitey se había marchado. Cerca de las once regresó y me di cuenta de que había tomado alguna que otra cerveza. Sonja fingía de manera provocativa, como si no notara sus silencios mientras él iba y venía.

Al mediodía, Sonja nos preparó los sándwiches con pan y carne que sacó de la nevera, aunque no bromeamos sobre lo rico que estaba nuestro filete de la reserva ni sobre si yo quería el mío muy hecho. Ella me tendió sin más el sándwich y una lata de refresco Shasta de uva. Más tarde me dio el sándwich de Whitey. El suyo llevaba lechuga pero me lo comí igual, mientras le observaba cambiar una rueda a LaRose. Hubo un tiempo en que Clemence, mi madre y LaRose habían sido inseparables. En el pequeño álbum de mi madre había fotos de las dos en la escuela, en la época en que iban al internado. Mi madre siempre hablaba de cuando iba a la escuela con ellas. LaRose salía en todas sus historias. Pero en la actualidad, no se visitaban muy a menudo, y cuando lo hacían, siempre eran ellas dos hablando sin parar, al margen de las demás personas. Uno podría pensar que compartían algún secreto, solo que esto

llevaba ocurriendo años y años. A veces Clemence se unía a ellas, y de nuevo siempre salían juntas, ellas tres y nadie más.

LaRose siempre estaba presente y ausente a la vez. Incluso cuando te miraba a los ojos y te hablaba, parecía como si sus pensamientos estuvieran en cualquier otro lugar, esquivos. LaRose había tenido tantos maridos que ya nadie estaba al corriente de su apellido. Había comenzado como una Migwan. Era una mujer escuálida, de constitución delicada, semejante a un pajarito, que fumaba cigarros finos y llevaba su fina cabellera negra sujeta con una brillante horquilla adornada con perlas en forma de flor. Sonja había salido para ponerse junto a LaRose, de modo que ahí estábamos los tres. Tres bebedores de refrescos observando a un sudoroso Elvis indio que intentaba aflojar una serie de tuercas en una llanta. Hacía mucha fuerza. Se le hincharon el cuello y los brazos. Su tripa estaba blanda por todas esas cervezas nocturnas, pero sus pectorales y sus brazos todavía eran fuertes. Apoyó todo su peso en la llave inglesa. Nada. Volvió a arrodillarse sobre sus pies. Incluso la tierra estaba ardiente ese día. Golpeó la llave inglesa contra la palma de su mano y después se incorporó de sopetón y la arrojó a la maleza. De nuevo dirigió a Sonja esa mirada ladina.

No me mires con esa cara de perdedor, cabrón, le lanzó Sonja, solo porque eres incapaz de aflojar una maldita tuerca.

LaRose arqueó sus cejas curvas y dio la espalda a ambos.

Vamos, me dijo. Necesito otro paquete de pitillos.

Me puso la mano en la espalda, como si fuera mi tía, y me impulsó hacia delante. Entramos en la tienda, donde estábamos solos. Pasó al otro lado del mostrador para coger lo que necesitaba. No me importaba lo escurridiza que fuese LaRose, pensaba interrogarla. Le pregunté si estaba emparentada con Mayla Wolfskin.

Es mi prima, mucho más joven que yo, respondió LaRose. Su padre era de la reserva de Crow Creek.

¿Te criaste con ella?

LaRose encendió un cigarro con parsimonia y apagó la cerilla con exagerados movimientos de muñeca.

¿Qué sucede?

Solo quiero saberlo.

¿Eres agente del FBI, Joe? Le conté a ese tipo blanco con gafas sucias que Mayla fue a un internado en Dakota del Sur y después a Haskell. Había un programa donde llevaban a las más listas para que consiguiesen un puesto especial en el Gobierno, o algo así. Les daban un estipendio y todo. Mayla salió en los periódicos; mi tía recortó el artículo. La seleccionaron para hacer prácticas. Estaba tan guapa. Llevaba una cinta blanca en el pelo, un jersey que probablemente había tejido en las clases de Economía Doméstica y calcetines hasta las rodillas. Eso es lo que sé. Trabajaba para ese

gobernador, ya sabes. El que hizo todas esas cosas malas. No respetaba nada ni a nadie.

Sonja se unió a nosotros y le vendió a LaRose los pitillos que ya se estaba fumando. Miré hacia fuera y vi que Whitey se dirigía al Dead Custer.

Mierda, soltó Sonja. Eso no es nada bueno.

LaRose observó: Mi neumático.

Yo lo arreglaré.

Me sonrió —el reflejo de una sonrisa—. Tenía un rostro pequeño, triste y sereno que nunca se iluminaba de verdad. Su hermosa cara de gata, de tono café con leche, mostraba finas arrugas si la mirabas lo bastante cerca como para percibir sus característicos polvos de color rosa. Un diente de plata resplandecía cuando fumaba.

Inténtalo, muchacho.

Quería preguntarle más cosas sobre Mayla, pero no con Sonja delante. Primero fui a buscar la llave inglesa a la maleza. Cuando volví, advertí que las mujeres habían sacado unas tumbonas y las habían colocado en una zona de sombra, junto al edificio. Estaban tomándose un refresco de vainilla.

¡Adelante!, me animó Sonja con un gesto de la mano. De sus dedos brotaban volutas de humo. Yo atenderé a los clientes, si es que viene alguno...

Observé detenidamente las tuercas de la llanta. Después, me incorporé y entré en el taller de Whitey para buscar una llave de carraca.

Uy, soltó LaRose cuando salí con ella.

Buena elección, dijo Sonja.

Escogí el vaso del tamaño adecuado para acoplar la llave en la vieja tuerca. Puse todo mi empeño en la manivela. Pero no se movió. A mis espaldas oí a Cappy, Zack y Angus dar un salto con sus bicicletas y aterrizar justo al lado de los surtidores, levantando polvo.

Me di la vuelta. Estaba chorreando de sudor.

¿Qué tienes ahí?, preguntó Cappy.

Ignoraron a LaRose e, intencionadamente, a Sonja. Se acercaron para ponerse alrededor del neumático pinchado.

Está oxidada, tío.

Todos probaron con la llave de carraca. Zack incluso se balanceó sobre la manivela dando algunos saltitos, pero la tuerca parecía soldada. Cappy pidió a Sonja el encendedor y calentó la pieza con la llama. Pero tampoco funcionó.

¿Tienes WD-40?

Le indiqué a Cappy dónde estaba en el banco de herramientas de Whitey. Cappy vertió una gota sobre la base y frotó un poco de tierra en la tuerca y dentro del vaso de la llave. Acopló la llave, apretando con más fuerza.

Písalo otra vez, ordenó a Angus.

Esta vez cedió y dejamos el coche levantado mientras hacíamos rodar la rueda hasta el taller. Whitey había instalado allí un bebedero para ganado a fin de encontrar los pinchazos en los neumáticos y se le daba muy bien sellarlos, pero claro, estaba en el Dead Custer.

Salí y miré a Sonja.

Tal vez sea mejor que vayas a buscarle, dijo, desviando la mirada, y advertí que se había quitado los pendientes.

Sacamos a Whitey después de que se hubiera tomado solo tres cervezas. LaRose consiguió que le arreglaran la rueda. Tuvimos un momento de gran ajeteo y después todo se tranquilizó. Cerramos el local y subimos a la camioneta. Ninguno de los dos tocó el equipo de música. Volvimos en silencio, pero Sonja y Whitey solo parecían cansados, agotados por el calor. Cuando llegamos a casa, todo fue como de costumbre: ayudé a Sonja con las tareas domésticas. Cenamos, nadie habló mucho. Whitey bebió, taciturno, pero Sonja solo se tomó un Seven-Up. Yo me quedé dormido en el sofá con un ventilador insuflándome aire y con el pelo de Sonja ondeando suavemente y enmarcando su perfil bajo una luz azul zafiro.

Sonó un estrépito. Las luces estaban apagadas y no había luna alguna. Todo estaba oscuro, pero el ventilador seguía moviendo el aire a mi alrededor. En el dormitorio, se oía una discusión en voz baja. La voz continua y estridente de Whitey. Un golpe sordo. Sonja.

Para ya, Whitey.

¿Te los ha dado él?

No hay ningún él. Solo estás tú, cielo. Suéltame. El chasquido de una bofetada, un grito. No lo hagas. Por favor. Joe está ahí fuera.

Me importa una mierda.

Ahora la estaba llamando de todo.

Me levanté y me acerqué a la puerta. La sangre me hervía en las venas. El veneno que me consumía por dentro me estremecía los nervios. Pensé que sería capaz de matar a Whitey. No tenía miedo.

¡Whitey!

Hubo un silencio.

¡Sal y pelea conmigo!

Intenté recordar lo que me había enseñado acerca de cómo repeler los puñetazos, manteniendo el codo metido y protegiéndome los ojos. Al final abrió la puerta y di un salto hacia atrás con los puños en alto. Sonja había encendido la luz. Whitey llevaba unos calzoncillos amarillos con dibujos de guindillas rojas. Su peinado de los años cincuenta le caía por la frente formando mechones. Levantó las manos para echarse el pelo hacia tras y aproveché para golpearle en el estómago. El golpe reverberó por

todo mi brazo. Se me entumeció la mano. Pensé que me la había roto y me sentí lleno de júbilo. Me abalancé sobre él otra vez, pero logró inmovilizar mis brazos y dijo: Mierda, mierda. Joe. Sonja y yo. Es un asunto entre nosotros, Joe. No te metas. ¿Sabes lo que es engañar? Sonja me engaña. Algún capullo le ha dado unos pendientes de diamantes...

Diamantes de imitación.

Sé reconocer diamantes cuando los veo.

Me soltó y se apartó. Intentó recuperar algo de dignidad. Levantó las manos.

No la voy a tocar, ¿lo ves? Aunque algún cabrón a quien ha engatusado le haya comprado pendientes de diamantes. No la tocaré. Pero está sucia. Movi6 sus ojos ahora enrojecidos y húmedos hacia ella. Sucia. Otro tío, Joe...

Pero yo sabía que no era verdad. Sabía de dónde venían esos pendientes.

Se los he regalado yo, Whitey, dije.

¿Tú? Se tambaleó. Se había bebido una botella en la habitación. ¿Cómo es que le has regalado unos pendientes?

Por su cumpleaños.

Fue hace un año.

Gilipollas, ¿y a ti qué te importa?! Me encontré esos pendientes en los aseos de la gasolinera. Y tienes razón. No son diamantes de imitación. Creo que son auténticas circonitas.

Está bien, Joe, dijo. Tonterías.

Miró a Sonja con lágrimas en los ojos. Se apoyó contra la puerta. Después, me miró con el ceño fruncido. Gilipollas, ¿y a ti qué te importa?!, masculló. Vaya forma de hablar a tu tío. Te has pasado de la raya, muchacho. Extendió la mano con la botella de cerveza y me señaló con el dedo corazón.

Te. Has. Pasado. De. La. Raya.

Bueno, es mi tía, respondí. Así que puedo hacerle un regalo de cumpleaños. Gilipollas.

Apuró la botella, la lanzó detrás de él, se hinchó y se inclinó hacia delante. ¡Te lo has buscado, muchachito!

Sonó un crujido de algo que se astillaba y luego se relajó agarrándose la cabeza con las manos. Sonja lo apartó a patadas del umbral de la puerta hasta el suelo del salón y dijo: Rodéalo. Cuidado con el cristal. Entra aquí, Joe.

Después, echó el cerrojo detrás de mí.

Acuéstate, ordenó, señalando la cama. Duérmete. Yo vigilaré.

Se sentó en la mecedora y dejó con cuidado el cuello roto de la botella en la mesilla, junto a su codo. Me metí en la cama, entre las sábanas. La almohada desprendía el olor agrio de la gomina para pelo de Whitey y la aparté para recostarme sobre el brazo. Sonja apagó las luces y yo dirigí la mirada al aire denso.

Podría estar muerto ahí fuera, dije.

No, no lo está. No le he dado. Además, sé con qué fuerza pegarle.

Apuesto a que dice lo mismo de ti también.

No respondió.

¿Por qué has dicho eso?, preguntó. ¿Por qué le has dicho que me habías regalado esos pendientes?

Porque lo hice.

Ah, el dinero.

No soy tonto.

Se quedó callada. Después, la oí sollozar despacio.

Quería algo bonito, Joe.

¿Has visto lo que ha pasado?

Sí.

Es como dijiste. No toques el dinero. ¿Y dónde has puesto los pendientes?

Los he tirado a la basura.

No, no lo has hecho. Son diamantes de verdad.

Pero ella no respondió. Solo se mecía una y otra vez.

A la mañana siguiente, Sonja y yo salimos temprano. No vi a Whitey.

Estará durmiendo la mona, dijo Sonja. No te preocupes. Ahora se portará bien durante mucho tiempo. Pero quizá sea mejor que te quedes a dormir en casa de Clemence esta noche.

Condujimos hasta el pueblo sin música. Observé las zanjas por la ventanilla.

Déjame aquí mismo, dije cuando pasamos delante del desvío de la casa de Clemence. Porque lo dejo.

Ay, cariño, no, respondió. Pero detuvo el coche en el arcén. Tenía el pelo recogido en una coleta con una cinta verde. Vestía un llamativo chándal del mismo color con un ribete blanco y unas zapatillas deportivas. Ese día se había pintado los labios con carmín rojo intenso. Debí de dirigirle una mirada larga y trágica porque repitió: Ay, cariño, no. Yo estaba pensando en algo parecido a: si ese rojo intenso de sus labios estampara su huella en mi piel y me besara, entonces se convertiría en una gota de sangre ardiente y cristalizada que marcaría con hierro candente mi carne y dejaría el sello negro con forma de labios de mujer. Sentí lástima de mí mismo. Todavía la amaba, más que nunca, aunque me hubiese traicionado. Sus ojos azules desprendían un brillo perverso.

Venga, dijo. Voy a necesitar ayuda. ¿Por favor?

Pero bajé del coche y me encaminé carretera arriba.

La puerta trasera de la cocina estaba abierta. Entré y llamé.

¿Tía C?

Subió del sótano con un frasco de mermelada de guillomos y dijo que pensaba que yo tenía un empleo.

Lo he dejado.

Menudo vago. Vuelve allí ahora mismo.

Negué con la cabeza, no quería ni mirarla.

Ah. ¿Ya están otra vez? ¿Whitey ha vuelto a las andadas?

Sí.

Entonces quédate aquí. Puedes dormir en la antigua habitación de Joseph, que ahora es el cuarto de costura, pero no importa. Mooshum ocupa la habitación de Evey. Le instalé un catre allí. Se niega a dormir en la mullida cama de Evey.

Ese día ayudé a Clemence. Cuidaba su bonito jardín como solía hacer mi madre, y los guisantes ya estaban maduros. El tío Edward se hallaba atareado en el estanque del jardín trasero, intentando arreglar el flujo de agua y el drenaje, y midiendo las larvas de mosquitos; también le eché una mano. Whitey me trajo la bicicleta, pero yo no salí ni le vi. Comimos carne de venado frito con mostaza y cebollas rehogadas. Como de costumbre, su televisor estaba en el taller, a noventa kilómetros de distancia y yo me sentía amodorrado. Mooshum se dirigió tambaleante a la habitación de Evey y yo me fui a la de Joseph. Pero cuando abrí la puerta del cuarto y descubrí la máquina de coser encajada junto a la cama, así como los montones de tela doblada y el tablón de la pared repleto de cientos de bobinas de hilos de vivos colores, cuando vi los retales para el edredón y la caja de zapatos con la etiqueta «cremalleras» y el mismo acerico con forma de corazón que el de mi madre, salvo que el suyo era verde, pensé en mi padre entrando en nuestro cuarto de costura cada noche y en cómo la soledad se había filtrado por debajo de la puerta de esa habitación y se había extendido por todo el pasillo hasta intentar colarse en mi dormitorio. Pregunté a Clemence: ¿Crees que le molestará a Mooshum que duerma con él?

Habla en sueños.

Me da igual.

Clemence abrió la puerta de la habitación de Evey y le preguntó a Mooshum si le importaba, pero el hombre ya estaba roncando suavemente. Clemence dijo que no había problema, así que entré y cerré la puerta. Me quité la ropa y me deslicé en la cama de mi prima ya adulta; era cómoda, aunque estaba hundida y olía a polvo. Los ronquidos de Mooshum parecían el ronroneo hipnótico de un anciano. Me quedé dormido enseguida. En algún momento, me desperté, después de que saliera la luna, pues había luz en la habitación. Mooshum hablaba, cómo no, así que me di la vuelta y me tapé la cabeza con la almohada. Me venció el sueño, pero dijo algo que me enganchó y, poco a poco, como un pez al que se saca de la oscuridad, comencé a

emerger. Mooshum no hablaba de forma inconexa como suele hacer la gente, soltando fragmentos de lenguaje en sueños. Contaba una historia.

Akii

Al principio, solo era una mujer corriente, dijo Mooshum, a la que se le daba bien una serie de cosas: tejer redes, cazar conejos, desollar y curtir pieles. Le gustaba el hígado de ciervo. Se llamaba Akiikwe, Mujer de la Tierra, y como indicaba su nombre, era una mujer fuerte, con los huesos robustos y el cuello corto y macizo. Mirage, su marido, iba y venía. Miraba a otras mujeres. Ella le había pillado en numerosas ocasiones, pero seguía con él. Era un cazador decidido y los dos sabían cómo sobrevivir. Siempre sabían cómo conseguir comida para sus hijos, e incluso algo de carne extra se cruzaba en su camino porque, sobre todo ella, Akii, descubría en sueños dónde encontrar animales. Tenía un corazón perspicaz y ojos de gata, con los que mantenía a sus hijos a raya. Akii y su marido nunca fueron tacaños y, como ya he dicho, se les daba muy bien encontrar comida incluso en lo más crudo del invierno, es decir, hasta el año en que nos metieron a la fuerza dentro de nuestras fronteras. El año de la reserva.

Algunos tenían tierras polvorientas como el hombre blanco y enterraron semillas en el suelo, pero levantar una granja de verdad, con la que sobrevivir durante todo el invierno, requiere muchos años. Cazamos todos los animales antes de la Luna del Pequeño Espíritu y ya no quedaba un solo conejo para entonces. El agente del Gobierno nos había prometido provisiones para compensar la pérdida de nuestro territorio, pero estas nunca llegaron. Abandonamos nuestras fronteras y deambulamos de vuelta hasta Canadá, pero hacía tiempo que los caribús habían desaparecido; tampoco quedaban castores, ni siquiera ratas almizcleras. Los niños lloraban y un anciano hirvió tiras de sus pantalones de piel de alce para que pudieran masticar algo.

Durante aquella época, cada día, Akii salía y siempre regresaba con algún trocito de algo rico. Hizo un agujero en el hielo y con gran denuedo su marido y ella lo mantuvieron abierto noche y día, de modo que pescaron en él hasta que la mujer capturó un pez que le dijo: «Mi gente se va a dormir ahora y vosotros moriréis de hambre». Y así fue: no consiguió pescar un solo pez después de aquello. Veía a Mirage mirarla de forma extraña, y ella le devolvía esa mirada extraña. El hombre protegía a sus hijos detrás de él mientras dormía y guardaba siempre el hacha con él en la manta. Se había cansado de Akii, así que fingió que podía ver lo que sucedía. Algunas personas en estos tiempos de hambruna acababan siendo poseídos. Un *wiindigoo* podía proyectar su espíritu en el interior de una persona y esa persona se volvía muy poderosa y salvaje, como un animal, hasta considerar a sus congéneres carne de presa. Eso era lo que estaba pasando, pensó el marido. Le pareció que los

ojos de su mujer comenzaban a brillar en la oscuridad. Lo que había que hacer era matar a esa persona de inmediato. Pero no antes de lograr cierto consentimiento previo. No lo podía hacer uno solo. Existía una manera específica para matar a un *wiindigoo*.

Mirage convocó a varios hombres y los convenció de que Akii se estaba volviendo muy poderosa y pronto podría estar fuera de control. Se había practicado un corte en el brazo para que su hijo bebiera de su sangre, por lo que ese bebé también podría volverse *wiindigoo*. La mirada de la mujer era inquietante, como si fuese a abalanzarse sobre sus hijos, y seguía todos sus movimientos. Cuando intentaron maniatarla, la mujer se resistió. Fueron necesarios seis hombres para lograrlo, y cuando acabaron, salieron malparados, llenos de mordeduras y arañazos. Otra mujer se llevó a los niños para que no vieran lo que iba a suceder. Pero uno de ellos, el mayor, se quedó. La única persona que podía matar a un *wiindigoo* era alguien de su propia sangre. Si la mataba el marido, la familia de Akiikwe podría vengarse. Podría hacerlo una hermana o un hermano, pero se negaron. De modo que se entregó el puñal al muchacho y se le ordenó que matara a su madre. Tenía doce años. Los hombres la sujetarían. Debía cortarle el cuello. El muchacho se puso a llorar, pero le dijeron que debía hacerlo más pronto que tarde. Se llamaba Nanapush. Los hombres le apremiaban para que matara a su madre, intentaban animarle e infundirle valor. Pero él se enfadó y clavó el puñal en uno de los hombres que sujetaba a su madre. Sin embargo, el hombre llevaba un abrigo de piel y la herida no fue muy profunda.

Ah, dijo su madre, eres un buen hijo. No me matarás. ¡Eres el único al que no me comeré! Después, forcejeó con tal fuerza que se soltó de todos los hombres que la sujetaban. Pero consiguieron derribarla.

Nanapush sabía que ella acababa de amenazar con comerse a esos hombres solo porque la habían martirizado. Era una buena madre y había enseñado a sus hijos a sobrevivir. Los hombres la trajeron de nuevo maniatada con cuerdas. El marido la ató a un árbol y la dejó allí para que muriera de frío o de inanición. La mujer chilló y forcejeó con las cuerdas, pero luego se quedó en silencio. Los demás pensaron que se estaba debilitando así que la dejaron sola esa noche. Pero el viento Chinook se levantó y el aire se templó. La mujer comió nieve. Algo bueno habría en la nieve, porque con sus fuertes dedos consiguió desatar los nudos y soltarse. Comenzó a alejarse. Su hijo se arrastró desde la tienda y decidió acompañarla, pero los siguieron y atraparon cuando llegaban al lago. Los hombres volvieron a maniatarla.

Luego, Mirage amplió el mismo agujero en el que Akii había pescado, donde el hielo era más fino. Los hombres decidieron arrojarla al agua todos juntos, de modo que ninguno tuviera él solo la culpa. Apretaron los nudos y, esta vez, le ataron una piedra a los pies. Después, la introdujeron por el agujero en el agua congelada.

Cuando no emergió a la superficie, se marcharon, todos salvo su hijo, que no quiso irse con ellos. Se sentó allí en el hielo y entonó su canto de la muerte. Cuando su padre pasó delante de él, el chico le pidió el rifle diciendo que dispararía a su madre en caso de que emergiera.

Es posible que en ese momento su padre no pensara con claridad, porque entregó su arma a Nanapush.

Cuando los hombres desaparecieron de su vista, Akii sacó la cabeza del agujero. Había logrado soltar la piedra con los pies y respiraba el aire que permanece justo debajo de la superficie del hielo. Nanapush la ayudó a salir del agua y la envolvió en su manta. Después, se adentraron en el bosque hasta que estuvieron tan exhaustos que no pudieron caminar más. La madre llevaba consigo el pedernal y el eslabón en un bolsillo pegado a la piel. Encendieron un fuego y construyeron un refugio. Akii contó a su hijo que, mientras estaba bajo el agua, el pez le habló y le dijo que sentía pena por ella, y que debería tener un canto de caza. Ella le repitió este canto a su hijo. Era un canto de búfalo. ¿Por qué un canto de búfalo? Porque el pez echaba de menos a los búfalos. Cuando los búfalos llegaban a los lagos y a los ríos en los calurosos días de verano, se despojaban de sus sabrosas y gruesas garrapatas para que se las comieran los peces, y su estiércol atraía a otros insectos que también gustaban a los peces. Anhelaban el regreso de los búfalos. Me preguntaron adónde habían ido los búfalos, dijo Akii. No supe qué responderles. El muchacho se aprendió el canto, pero comentó que dudaba de que sirviera para algo. Nadie había visto un búfalo en años.

Los dos durmieron aquella noche. Durmieron y durmieron. Cuando despertaron, se hallaban tan débiles que pensaron que resultaría más fácil dejarse morir. Pero Nanapush guardaba un poco de alambre para tender una trampa. Se arrastró y preparó un cepo a unos pocos metros de su precario refugio.

Si atrapamos un conejo, me dirá dónde están los animales, dijo Akii.

Volvieron a dormirse. Cuando despertaron, había un conejo debatiéndose en la trampa. La madre se arrastró hasta el animal y escuchó lo que tenía que decir. Después, regresó junto a su hijo con el conejo.

El conejo se ha entregado a ti, dijo. Debes comértelo y arrojar cada uno de sus huesos a la nieve, para que pueda vivir de nuevo.

Nanapush asó el conejo y se lo comió. Le dijo tres veces a su madre que tomara un poco, pero ella se negó. La madre escondió la cabeza en la manta para que el muchacho no le viese la cara.

Ahora márchate, ordenó. He oído el mismo canto por parte del conejo. El búfalo solía remover la tierra de modo que la hierba crecía mejor para que se la comieran los conejos. Todos los animales echan de menos a los búfalos, pero también añoran al auténtico *Anishinaabeg*. Llévate el rifle y camina rumbo al oeste. Un búfalo ha vuelto desde ese horizonte. La anciana te espera. Si cuando regreses he muerto, no llores.

Has sido un muy buen hijo conmigo.

Así que Nanapush se marchó.

Mooshum calló. Oí el crujido de su cama, después la luz, incluso las vibraciones de sus ronquidos. Me sentía decepcionado y pensé en zarandearle para despertarle y conocer el final de la historia. Pero terminé por dormirme yo también. Cuando desperté, me pregunté de nuevo qué había sucedido. Mooshum estaba en la cocina, tomando a sorbos las espesas gachas de copos de avena, aromatizadas al jarabe de arce, que tanto le gustaban para desayunar. Pregunté a Mooshum quién era ese tal Nanapush, el chico del que hablaba en esa historia. Pero me dio una respuesta totalmente diferente.

¿Nanapush?, Mooshum soltó una risita cáustica y estridente.

¡Un viejo propenso a la locura! Como yo, pero peor. Había que haberle eliminado. Ante una situación de peligro, podías estar seguro de que se comportaría como un idiota. Cuando hacía falta autodisciplina, con Nanapush ganaba la codicia. Envejeció muy pronto por culpa de los despropósitos y las mentiras. El Viejo Nanapush, como le llamaban, o *akiwenziish*. A veces el viejo rijoso obraba milagros mediante un comportamiento soez e indecente. La gente acudía a él, aunque en secreto, para que la sanara. De hecho, cuando yo era mozo, yo mismo le llevé unas mantas y tabaco, y conseguí aprender de él secretos sobre cómo complacer a mi primera esposa, cuyos ojos comenzaban a extraviarse. Junesse era un poco mayor que yo y en la cama requería paciencia por parte de un hombre que solo se corría con la edad. ¿Qué he de hacer?, supliqué al anciano. ¡Dímelo!

¡*Baashkizigan!* ¡*Baashkizigan!*!, dijo Nanapush. No seas tímido. Tómate tu tiempo en el siguiente, y cuando se presente un nuevo asalto, piensa en que estás remando por el lago con un fuerte viento en contra y no te detengas hasta que hayas dejado tu canoa en la orilla.

Y así fue cómo conservé a mi mujer y comencé a respetar al anciano. Se comportaba como un loco para distinguir a sus amigos de sus enemigos. Pero siempre decía la verdad.

¿Qué fue de su madre?, pregunté. ¿Qué fue de la mujer a la que ningún hombre podía matar? Cuando le envié en busca del búfalo, ¿qué ocurrió?

¿De qué puñetas estás hablando, muchacho?

De tu historia.

¿Qué historia?

La que me contabas anoche.

¿Anoche? No conté ninguna historia. He dormido toda la noche de un tirón. A

pierna suelta.

Está bien, pensé. Voy a tener que esperar a que se vuelva a quedar dormido como un tronco otra vez. Tal vez entonces escuche el final.

Así que a la noche siguiente esperé, procurando mantenerme despierto. Pero estaba cansado y no paraba de cabecear. Durante un rato, dormí profundamente. Entonces, en mis sueños, oí el sonido del chasquido de una lámpara, como si se golpeasen juntos unos palos, y me desperté para encontrarme con Mooshum sentado otra vez. Se había olvidado de quitarse la dentadura y ésta se movía, un tanto suelta. Le castañeteaban los dientes, sin hablar, como solía hacer a veces cuando estaba muy enfadado. Pero al final se le cayeron de la boca y encontró las palabras.

Ah, esos primeros años de la reserva, ¡cuándo nos arrinconaron! Reducidos a tan solo unos pocos kilómetros cuadrados. Nos moríamos de hambre mientras las vacas de los colonos engordaban con los prados cercados de nuestras antiguas tierras de caza. En aquellos primeros años nuestro padre blanco, con su enorme panza, se comía diez patos para cenar y ni siquiera nos mandaba las patas. Fueron años malos. Nanapush tuvo que ver cómo su gente pasaba hambre y se moría; después su madre fue agredida como *wiindigoo* pero los hombres no lograron matarla. No estaban en ninguna parte. Se morían. Pero ahora desde su condición de hambriento, el conejo le dio un poco de fuerza, así que decidió ir en busca de ese búfalo. Cogió el hacha de su madre y el rifle de su padre.

Mientras se arrastraba a duras penas, kilómetro tras kilómetro, Nanapush entonó el canto del búfalo aunque le hiciese llorar. Le desgarraba el corazón. Recordaba cómo, cuando era un niño pequeño, el búfalo había llenado su mundo. En una ocasión, siendo niño, los cazadores bajaron al río. Nanapush se había subido a un árbol para mirar por dónde venía el búfalo. En aquellos tiempos cubrían la tierra. Eran infinitos. Él había conocido aquella gloria. ¿Adónde habían ido a parar?

Algunos ancianos decían que el búfalo desapareció dentro de un agujero en la tierra. Otros habían visto al hombre blanco matar a miles de ejemplares desde el vagón de un tren y dejarlos allí mismo para que se pudrieran. De cualquier manera, ya no estaban. Con todo, mientras Nanapush avanzaba tambaleante, kilómetro a kilómetro, cantaba el canto del búfalo. Pensaba que debía de haber alguna razón. Y al fin, bajó la mirada. ¡Descubrió las huellas de un búfalo! Le pareció difícil de creer. El hambre te hace ver cosas. Pero después de seguir esas huellas durante un tiempo, comprobó que se trataba en efecto de un búfalo. Un animal viejo tan loco y decrepito como se volvería el mismísimo Nanapush, y yo, y todos los que sobrevivimos a aquellos tiempos, el último de tantos.

El frío se iba recrudeciendo por momentos. Nanapush caminaba con dificultad, pisando las huellas del búfalo que entraban y salían zigzagueando en una agreste zona boscosa llena de maleza y un grueso manto de hojarasca, donde, pensó Nanapush,

habría buscado cobijo. Pero no fue así. Desembocó en una llanura violentamente plana, donde el viento los azotaba a ambos con una fuerza asesina. Nanapush sabía que tendría que disparar al bóvido de una buena vez. Se armó de cada trocito de fuerza de voluntad de su cuerpo hambriento y alargó el paso, pero el búfalo mantenía la delantera, avanzando por la nieve con más facilidad que él.

Nanapush entonó el canto del búfalo desde el fondo de sus pulmones, proyectándolo todo lo que pudo. Y al fin, en medio de esa hiel blanca, el búfalo oyó su canción. Se detuvo para escucharle. Se volvió hacia él. A ambos solo los separaban ahora unos seis metros quizás. Nanapush podía ver que la criatura era, más que nada, una piel colgando sobre un montón de huesos desvencijados. Sin embargo, había sido inmensa y en sus ojos castaños había una profunda tristeza, que estremeció a Nanapush incluso en su desesperación.

Vieja Mujer Búfalo, odio tener que matarte, dijo Nanapush, pues has conseguido vivir gracias a tu inteligencia y tu valor, a pesar de que tu pueblo haya sido aniquilado. Debes de haberte hecho invisible. Pero, por otra parte, dado que eres la última esperanza para mi familia, tal vez me estuvieras esperando.

Nanapush volvió a entonar aquel canto porque sabía que el búfalo estaba aguardando para escucharlo. Cuando acabó, el animal permitió que le disparara a bocajarro, directamente al corazón. La vieja dama se desplomó sin dejar de mirar a Nanapush con esa extraña manera tan humana, y Nanapush cayó a su lado, exhausto. Al cabo de unos minutos, se incorporó y hundió el puñal en sus entrañas. Una ráfaga de vapor con olor a sangre le azotó hasta devolverle a la vida, y actuó con rapidez, arrancándole las vísceras y vaciando la caja torácica. Mientras trabajaba, masticaba lonchas crudas de corazón e hígado. Aun así, le temblaban las manos y le flaqueaban las piernas. Sabía que no estaba pensando con lucidez. Entonces comenzó a nevar. Y se encontró atrapado en medio del ciego aullido.

Los cazadores de las praderas pueden sobrevivir a una tempestad letal fabricando un refugio con piel de búfalo directamente desollado, pero resulta peligroso introducirse dentro del animal. Todo el mundo lo sabe. Sin embargo, en su delirio, cegado y atraído por el calor que desprendía, Nanapush se arrastró hacia el interior de su pellejo. Con la panza llena y rodeado de calor, perdió el conocimiento. Y mientras yacía inconsciente, se convirtió en un búfalo. Este búfalo adoptó a Nanapush y le enseñó todo lo que sabía.

Por supuesto, en cuanto la tormenta amainó, Nanapush descubrió que se había quedado congelado junto a las costillas del búfalo. Estaba sujeto por sangre solidificada. Nanapush había arrastrado el rifle junto a él y lo guardaba donde pudiera disparar; así consiguió abrirse un hueco para respirar, aunque quedó ensordecido durante días por culpa de la detonación. No logró volver a hacer funcionar el arma. Pinchaba el respiradero con el cañón para impedir que se helara de nuevo, y esperó.

Para mantener el ánimo, se puso a cantar.

En cuanto pasó la tempestad, su madre salió a buscarle. Se había salvado sacando a la fuerza un puercoespín de un árbol. Lo mató con gran ternura y chamuscó las espinas hasta llegar a la carne, de modo que sacó provecho de cada una de sus partes. Comenzó a buscar a su hijo cuando dejó de nevar. Incluso construyó un trineo y lo arrastró todo el camino, por si acaso el chico estaba herido o, en el mejor de los casos, había matado algún animal. Pronto divisó la silueta oscura y deforme, medio despejada de nieve. Echó a correr, con el trineo dando saltos detrás; pero cuando alcanzó al búfalo, le flaquearon las rodillas de miedo, pues estaba tan sorprendida de oírle cantar el canto que ella había aprendido del pez. Enseguida su mente se despejó y rompió a reír. Supo cómo había quedado atrapado su insensato hijo en su propia trampa. Así fue como Akii sacó a Nanapush a hachazos del interior del búfalo, lo ató al trineo y lo arrastró hasta el bosque. Allí levantó un refugio con brozas y encendió un fuego para descongelarle. Después, regresaron varias veces con el trineo y transportaron cada trozo de búfalo para su familia y sus parientes.

Cuando los hombres vieron a la mujer que habían intentado matar, y a su hijo, se sintieron muy arrepentidos. La mujer era generosa, pero se llevó a sus hijos y no volvió con su marido.

Muchas personas se salvaron gracias a esa vieja dama búfalo, que se entregó a Nanapush y a su madre imposible de matar. El mismo Nanapush dijo que cada vez que sentía pena por las desgracias que sufría una y otra vez a lo largo de su vida, su vieja abuela búfalo le hablaba para consolarlo. Este búfalo sabía lo que le había pasado a la madre de Nanapush. Decía que había que buscar la justicia *wiindigoo* con total afán. Debía erigirse un lugar para que la gente pudiese obrar siempre bien. Dijo muchas cosas y enseñó a Nanapush, para que, a lo largo de su vida, se volviera sabio en su idiotez.

Mooshum se recostó de golpe, exhaló un largo suspiro y comenzó a roncar suavemente. Yo también me dormí, tan de repente como Nanapush dentro del búfalo, y cuando me desperté, se me había olvidado la historia de Mooshum; pero la recordé más tarde, cuando mi padre vino a buscarme, porque empleó la palabra «pellejo». Estaba muy pálido y eufórico, y hablaba con el tío Edward: Han detenido a su maldito pellejo. Entonces recordé de pronto toda la historia de Mooshum, tan vívida como un sueño, y supe también que habían cogido al violador de mi madre.

¿Quién es? ¿Quién?, pregunté a mi padre mientras avanzábamos por la carretera que conducía a nuestra casa.

A su debido tiempo, respondió.

En casa, mi madre estaba levantada y con mucho ajeteo, limpiando y yendo de un lado para otro de la casa con la agilidad de una araña. Después se derrumbaba en una silla, sin aliento, exhausta, dejando las tareas a medio empezar y sin concluir. Volvía a levantarse, apenas una silueta delgada como un palillo. Corría de un lado a otro, desde el frigorífico a los fogones y de allí al congelador. Después de su largo retiro, esta apabullante energía resultaba angustiada. Había pasado de cero a ciento cincuenta kilómetros por hora y eso daba mala espina, aunque mi padre parecía alegrarse y se apresuró a terminar las tareas comenzadas por ella. No reparaban en mí para nada, así que me marché.

Ahora que habían detenido a su pellejo, ahora que se había hecho algo por fin, sentí cierto alivio. Sentí que podría volver a ser solo un chico de trece años y a disfrutar del verano. Me alegraba de haber dejado el trabajo en la gasolinera. Iba flotando por la carretera.

La casa de Cappy, rodeada también por proyectos inacabados, se encontraba a cinco kilómetros al este del campo de golf de Hoopdance. El campo de golf se adentra en la reserva, lo cual es un tema de discusión pendiente de resolver entre el pueblo y el consejo tribal. ¿Tenía derecho el consejo tribal a arrendar terrenos tribales a un campo de golf que se extiende más allá de la reserva y que proporciona la mayor parte de sus beneficios a personas no indias? ¿Y quién es el responsable si un golfista resulta alcanzado por un rayo? Yo no tenía conocimiento de si mi padre había enjuiciado este asunto, pero todo el mundo creía que los indios debían poder jugar al golf allí gratuitamente, lo que por supuesto no era el caso. A veces Cappy y yo nos acercábamos en bicicleta a buscar pelotas de golf extraviadas, que pensábamos revender a los golfistas. Cuando llegué a casa de Cappy y se lo propuse, no obstante, me respondió que quería hacer otra cosa, pero que no sabía el qué. A mí tampoco se me ocurría nada. Cogimos las bicicletas y nos fuimos a la casa de Zack; Angus ya estaba allí, así que ya estábamos los cuatro juntos.

Había una iglesia en la playa del lago más cercana al pueblo —o para ser más exacto, la iglesia impedía su acceso—. La iglesia era la dueña de la carretera que conducía a la playa y tenía una cancela para ganado que podía cerrarse. Más allá de las verjas, había señales: prohibido el alcohol, prohibido el paso, prohibido todo. En la playa católica había una desvaída estatua de la Virgen María rodeada de rocas. Se hallaba envuelta en rosarios, entre ellos uno que pertenecía a la tía de Angus. Gracias a ese rosario, nosotros considerábamos que teníamos derecho a estar allí, aunque, por supuesto, dado que la iglesia católica recibió esas tierras en una época de desesperanza nuestra, la misma época en que Nanapush mató al búfalo, era cierto que no solo teníamos el derecho, sino que además éramos dueños de la tierra, la iglesia, la estatua, el lago, e incluso de la pequeña casa del padre Travis Wozniak. Éramos

dueños del cementerio que se extendía colina arriba detrás de la vivienda y del precioso bosque de añejos robles que dominaban esas sepulturas. Pero por muy dueños o no que fuéramos de todo aquel conjunto, una vez llegados allí tras subir la colina con enorme descaro, saltando por encima de la verja para ganado y corriendo hacia la playa, nos topamos con los Jóvenes Encuentran a Cristo, YEC^[6].

Cuando pasamos junto a ellos, estaban sentados con las piernas cruzadas formando un círculo al otro extremo del césped recién cortado. Con un solo vistazo advertí que se trataba de una mezcla de chicos de la reserva, a muchos de los cuales yo conocía, y jóvenes desconocidos, seguramente voluntarios para el verano procedentes de institutos o universidades católicas. Los había visto en las últimas semanas, viajando en grupo, con llamativas camisetas naranjas con imágenes del Sagrado Corazón en negro impresas en el pecho. La mayoría de la gente que hablaba con ellos ya se había convertido, lo cual debió de suponerles cierta decepción. De todas formas, pasamos de largo y dejamos nuestras bicicletas junto al muelle. Nos abrimos paso entre la maleza hasta otra zona de playa que parecía más íntima.

Vamos a esconder nuestros pantalones, por si acaso alguno de ellos aparece y nos roba la ropa, sugirió Angus. No apareció ningún ladrón de ropa exactamente, pero después de llevar media hora en el agua, en pelotas y haciendo el tonto, en efecto llegaron dos visitas. La primera era un tipo rubio larguirucho y encorvado, mayor, probablemente universitario, y con los granos más horribles que jamás háyanse visto. La segunda, bueno, ella era todo lo contrario. Supongo que se podría decir que era una chica de ensueño. Y así fue como la llamamos después: Chica de Ensueño. Piel tostada. Unos ojazos dulces y aterciopelados de color miel. Una melena lacia y castaña, que sujetaba con una bonita diadema. Pantalones cortos. Curvas. Unos pechos que presionaban delicadamente su horrible camiseta naranja con el Sagrado Corazón. Yo estaba descansando boca arriba y mirando el cielo cuando sucedió todo esto. Me di la vuelta y advertí que mis amigos habían desaparecido. Se habían acercado a la orilla y se hallaban de pie con el agua por la cintura, golpeando el leve oleaje con las manos. Cappy se peinaba el pelo hacia atrás mientras hablaba y, de pronto, me di cuenta de que parecía mucho mayor y más fuerte que Zack, Angus o yo mismo. Nadé hasta la playa y me puse de pie junto a mis amigos.

Así que os vuelvo a pedir que os marchéis, dijo el chico de las espinillas.

Y yo te vuelvo a preguntar por qué, replicó Cappy.

De nuevo y para que no hubiera lugar a dudas, el tipo del YEC se calló y levantó el dedo índice señalando el cielo, un gesto que Angus copiaría a partir de aquel día. Esta playa está reservada para actividades autorizadas por la parroquia, dijo el YEC. Os pido educadamente que os marchéis.

No, contestó Cappy. No queremos marcharnos. Lanzó un chorro de agua a través de su puño cerrado. Levantó la cabeza para mirar detrás de sus pestañas a Chica de

Ensueño. No había dicho una palabra. Pero no apartaba los ojos de Cappy.

¿Tú qué opinas? La señaló con la cabeza. ¿Crees que nos debemos marchar?

Chica de Ensueño respondió con voz clara: Creo que deberíais marcharos.

Vale, dijo Cappy, si tú lo dices. Y salió del agua.

Miré de reojo a Cappy mientras pasaba a mi lado. Su pene colgaba con vehemencia entre sus piernas. Se oyó un grito. Provenía del chico.

¡Atrás!

El chico de las espinillas se precipitó entonces hacia delante e intentó forcejear con Cappy para que volviese al agua. Cappy lo apartó de un empujón y Chica de Ensueño se marchó, pero no sin antes echarle un último y prolongado vistazo. Cappy dio una patada a las piernas del escuadrón de Dios desde abajo, se dio la vuelta con un movimiento de lucha libre y comenzó a sumergirle en el agua. No lo hundió demasiado, no más de lo que hacíamos cuando jugábamos en el agua, pero el chico gritó otra vez y Cappy lo soltó.

Oye, tío. Cappy le sujetaba por el hombro. El chico de las espinillas vomitó en el lago y nos apartamos. Lo siento, tío, se disculpó Cappy. Alargó la mano para darle una palmada en su espalda naranja, pero la cara del joven se volvió de un espantoso color morado y oímos cómo le castañeteaban las muelas.

Está mal de la cabeza, dijo Cappy. Y de pronto el tío se dio la vuelta y comenzó a retorcerse como un loco y a sacudir la cabeza hacia atrás; se habría ahogado allí mismo si no le hubiéramos cogido y sacado a la orilla. Le tumbamos en el suelo. Yo era el único que llevaba calcetines. Enrollé uno y se lo introduje en la boca. Nos turnamos para sujetar al tipo y hablarle, mientras nos íbamos vistiendo lo más rápido posible. Las convulsiones cesaron y le quité el calcetín. Enviamos a Angus a buscar al padre Travis.

Después de que Angus se fuera y el muchacho respirara con normalidad, aunque todavía inconsciente, Cappy preguntó: ¿Qué hacemos ahora? Piensa rápido, Número Uno.

Nos apuntamos al YEC, dije.

Sí, asintió Zack. Busquemos nuevas formas de vida. El YEC, gente primitiva basada en el rosario...

Lo pillo, dijo Cappy. Nos convertimos. Este tío nos ha convertido.

Ya, dijo el chico de las espinillas con los ojos entornados. Perdió el conocimiento y vomitó otra vez. Le pusimos de lado para que no se ahogara, hasta que escupió el agua y volvió en sí.

Ahora estamos tranquilos, tío, dijo Cappy. Tú nos has enseñado el camino. Hemos sentido una llamarada cayendo sobre nosotros.

Ha ocurrido, dije. La llamarada.

Jesús salva, dijo Zack. Y luego repitió esas palabras una y otra vez en un cántico

suave que iba *in crescendo* y que parecía galvanizar a ese escuálido muchacho, que se llamaba —supimos entonces— Neal, levantándole con nosotros y alzando una mano temblorosa junto a la nuestra para sentir el espíritu. Avanzando con el espíritu sobre nosotros, salimos de la maleza, ya completamente vestidos, arracimados alrededor del empapado Neal, repitiendo a voz en grito todo lo que decía Zack. ¡El Espíritu Santo está aquí! Está aquí sobre nosotros. Aleluya. Alabada sea la Sagrada Forma de Cristo. Alabada sea su erección de la reserva. ¡La Leche de la Santísima Madre! Cordero del Amor de Dios. ¡Santísimo Vientre lleno de Frutos! Zack era un pésimo católico. El padre Travis había dejado al grupo para atender algún asunto urgente y solo entonces regresaba a toda prisa con Angus. Su casulla se le enredaba en los muslos mientras avanzaba a grandes zancadas. Pero era demasiado tarde. Todo lo que el cura alcanzó a ver fue a nosotros cuatro rodeados por un montón de camisetas naranjas, abrazándonos entre sollozos y alzando las manos. Lo único que pudo hacer cuando Cappy se abalanzó sobre él con gritos emocionados de «gracias, gracias, Jesús» fue darle palmadas en la espalda lo bastante fuertes como para que gruñera sin quitarme el ojo de encima con gran recelo. Después de aquella mirada, comprendí que era mejor no mirar al padre Travis a los ojos. Me di la vuelta y me tropecé con Chica de Ensueño, que permanecía al margen de lo que estaba acaeciendo, ensimismada en la verdad y en la imagen de Cappy emergiendo del agua. Vi todo aquello escrito en su rostro. Y también vi que no había señal de conflicto. Lo cual viene a ser como decir que se había enamorado.

Se llamaba Zelia y había viajado desde Helena, en Montana, para convertir a los indios, que ya no vivían en tipis y muchos de los cuales tenían la piel más clara que la suya, y eso la desconcertaba.

Zack le preguntó por qué no se quedaba en Montana y convertía a los indios de allí.

¿Qué indios?, replicó ella.

Ah, éstos, intervino Cappy rápidamente. Esos indios de Montana ya son todos mormones, testigos de Jehová o qué sé yo. Nadie se les acerca. Deberías quedarte a convertir a los de por aquí. Esto está lleno de paganos.

Ah, dijo Zelia. Bueno, de todos modos, no solemos inmiscuirnos en las misiones de los demás.

Era mexicana, de una familia muy unida, la cual se había opuesto a que llevara a cabo su obra misionera en territorio hostil, explicó, pero al final la chica se salió con la suya.

En realidad, tú también eres india, le dije. Pareció ofenderse, así que añadí: Tal vez seas una maya noble.

Seguramente seas azteca, dijo Cappy más tarde, ese mismo día. Nos apuntamos

para participar durante al menos dos días en el campamento de verano del padre Travis, con el fin de poder ver a Chica de Ensueño. Cappy y ella empezaban a tontear.

Sí, creo que eres azteca. Cappy le dirigió una mirada juguetona. Eres capaz de hundir la mano en el pecho de un hombre y arrancarle el corazón.

La chica apartó la mirada, pero sonrió.

Zack mostró el puño cerrado e hizo ademán de bombear con sonido baboso. *Pumpum, pumpum*. Pero ninguno de los dos le miró. Los tres sabíamos que no teníamos nada que hacer. Cappy era el elegido. Pero aun así, queríamos estar cerca de ella y esperábamos que la chica quisiera convertirnos de verdad.

En casa, la energía de mi madre solo se había desvanecido levemente. Tenía dos vetas coloradas en la cara. Me di cuenta de que se había embadurnado el rostro con colorete. Tomaba suplementos de hierro y otras pastillas. Había seis botellas de jarabes en la despensa. Había preparado tortitas de guilomos para cenar. Mi madre y mi padre me escucharon sentados con escepticismo mientras les relataba cómo me había unido a los Jóvenes Encuentran a Cristo, o YEC, y que debía presentarme en la iglesia al día siguiente.

¿Jóvenes Encuentran a Cristo? Mi padre frunció el ceño. ¿Has dejado el trabajo con Whitey para unirse a un grupo cristiano juvenil?

Dejé el trabajo con Whitey porque le pegó a Sonja.

Mi madre se puso tensa.

Está bien, prosiguió mi padre rápidamente. ¿En qué consisten esos encuentros?

Escenificamos situaciones de la vida. Hacemos como si alguien nos ofreciera drogas. Imaginamos que Jesús está ahí para interponerse, como por ejemplo entre Angus y el camello. O entre el camello y yo. No es que pase eso.

Eso es cierto, dijo mi padre. Vosotros bebéis cerveza, si no recuerdo mal. ¿Acaso Jesús os arranca las latas de las manos? ¿Y las vacía en el suelo?

Eso es lo que se supone que debemos visualizar.

Interesante, dijo mi madre. Su voz sonaba neutra, formal; no era sarcástica ni denotaba falso entusiasmo. Yo habría pensado que se trataba de la misma madre, solo que con rostro demacrado, codos prominentes y piernas esqueléticas. Pero comenzaba a comprender que era una persona diferente a la madre de antes. La que yo consideraba como mi madre verdadera. Yo había creído que mi madre verdadera emergería de nuevo en algún momento. Que recuperaría a mi madre de antes. Pero ahora se me pasaba por la cabeza la posibilidad de que esto tal vez nunca sucediera. Ese maldito pellejo había ocupado su lugar. Una parte cálida de ella había desaparecido para tal vez no regresar jamás. Iba a costar mucho llegar a esta nueva y turbulenta mujer, y yo tenía trece años. No tenía tiempo.

El segundo día en Jóvenes Encuentran a Cristo fue mejor que el primero: aquella mañana conseguimos nuestras camisetas naranjas y nos las pusimos directamente encima de nuestra ropa, dando pequeñas palmadas en los sagrados corazones enmarcados en un círculo de espinas, que se superponían a nuestros propios corazones. Bajamos hasta el lago y nos pusimos a cantar en *playback* los cánticos que todos los demás miembros del grupo conocían. Neal era ahora nuestro mejor amigo. Los otros chicos de la reserva, verdaderos devotos cuyos padres eran diáconos y siempre elaboraban tartas para los funerales, habían explicado a Neal que nosotros cuatro éramos la escoria del colegio, lo cual ni siquiera era cierto. Solo pretendían ayudar a que Neal se sintiera impresionado consigo mismo, ya que desde un primer momento había confesado tener baja autoestima. Por desgracia para nosotros y para nuestras posibilidades de eterna salvación, Jóvenes Encuentran a Cristo era un campamento de solo dos semanas. Nos habíamos convertido a tan solo un día del final. De modo que nos hallábamos envueltos en las sesiones de clausura. Y puesto que estaban dedicadas a definir las conclusiones de lo que se había experimentado y comprendido a lo largo de las dos últimas semanas, no teníamos mucho que aportar.

Ruby Smoke, una chica a cuya hermana conocíamos, declaró que se había logrado liberar de una serpiente. Noté que Zack se ponía a temblar a mi lado y le di un fuerte codazo. Angus conocía la partitura, así que alabó al Señor, pero Cappy preguntó con cara de póquer qué tipo de serpiente y el padre Travis se inclinó hacia delante y le fulminó con una mirada de soslayo.

Ruby era una chica corpulenta con el pelo corto, adornado con mechuras rojas oscuras hechas con aerosol, y aretes en las orejas. Mucho maquillaje. Toast, su novio —no recuerdo su verdadero nombre, ni nadie lo recordaba—, también estaba allí: un tipo desgarrado y encorvado con pantalones cortos de baloncesto y aire tristón. Dirigió a Cappy una mirada sin mala intención. No es asunto tuyo. Una serpiente es una serpiente, dijo.

Cappy levantó las manos. ¡Solo estaba preguntando, tío! Clavó los ojos en el suelo.

Pero ya que te interesa, dijo Ruby, era una serpiente gigantesca, marrón con líneas entrecruzadas. Y tenía los ojos dorados y una cabeza con forma de cuña semejante a una serpiente de cascabel.

Un crótalo, intervine. Fuiste liberada de un crótalo.

El padre Travis tenía una expresión inquietante, pero Ruby parecía contenta.

No pasa nada, padre, dijo. El tío de Joe es profesor de ciencias.

De hecho, proseguí, animado, me parece a mí que fuiste liberada de una víbora cabeza de lanza, que es sin lugar a dudas la serpiente más letal del mundo. Si te muerde en la mano, te cortan el brazo. Ése es el remedio. O también puede que fueras liberada de la serpiente de cascabel muda, que puede alcanzar los tres metros de

longitud y aguarda a sus presas con una emboscada. Es capaz de tragarse una vaca entera. Es imposible ver a la cabeza de lanza cuando golpea, se mueve como un rayo.

Todo el mundo asintió con emoción mirando a Ruby y alguien dijo: ¡Así se hace, Ruby! La joven parecía orgullosa de sí misma. Después, el padre Travis tomó la palabra. A veces las cosas ocurren muy rápido, visto y no visto, y por eso en este grupo de encuentro trabajamos con el fin de prepararos para esos momentos fulminantes. Esos momentos no son realmente tentaciones. Uno reacciona por instinto. La tentación es un proceso más lento y lo sentiréis sobre todo por la mañana, nada más despertar, y a última hora de la tarde, cuando ya no tenéis cosas que hacer y estáis cansados, pero todavía no os ha entrado sueño. Entonces estaréis tentados. Por eso aprendemos estrategias para mantenernos ocupados y rezar. Pero un veneno que actúa con rapidez, eso es otra cosa. Golpea con una celeridad ciega. Os puede morder la tentación en cualquier momento. Un pensamiento, una dirección, un ruido en vuestra mente, un palpito, una intuición que os conduce a lugares más oscuros de lo que hayáis imaginado jamás.

Me senté atornillado en el sitio, golpeado por un extraño terror al oír sus palabras.

Nos dimos las manos en corro y agachamos la cabeza para rezar un avemaría, oración que no hay que ser católico para saber en la reserva, ya que la gente la musita a todas horas en la tienda de comestibles, en los bares o en los pasillos del colegio. Rezamos diez seguidas, mencionando el fruto de su vientre cada vez, frase que le resultaba insoportable a Zack y que era incapaz de pronunciar por miedo a echarse a reír. El día transcurrió más o menos igual entre confesiones, discursos motivadores, lágrimas y mucho teatro. Y momentos escalofriantes cuando tuvimos que mirarnos a los ojos unos a otros. Digo escalofriantes porque me tocó mirar a los ojos de Toast, que eran dos agujeros abrasados, insondables y que pertenecían además a un tío, por lo que no tenían ninguna gracia ni interés. A Cappy le tocó mirar a los ojos de Zelia. Se supone que aquello debía ser un encuentro alma con alma. Algo espiritual. Pero Cappy nos contó que tuvo la peor erección de toda su vida.

La energía febril e inquieta que se había apoderado de mi madre se había agotado y ahora estaba descansando, pero en el sofá y no encerrada en su habitación. Después de que yo llegara a casa, mi padre me invitó a que me sentara a su lado en una vieja y oxidada silla de cocina junto al jardín. El atardecer era fresco y la brisa movía los arbustos de arces americanos que bordeaban el terreno. El enorme álamo susurraba junto al garaje. Mi padre echó la cabeza hacia atrás para captar la luz crepuscular del sol en la cara.

Le había preguntado acerca del maldito pellejo, y él estaba pensando en lo que

podía decirme.

¿Quién es?

Mi padre sacudió la cabeza.

Verás, comenzó mi padre, verás. Buscaba las palabras con pies de plomo. Habrá una imputación formal de cargos y el juez decidirá si se le puede acusar o no. Pero incluso ahora es posible que nos estemos extralimitando. El abogado defensor ha interpuesto un recurso en el que pide su puesta en libertad. Gabir no afloja, pero no tiene argumentos de peso. La mayoría de los casos de violación no llegan tan lejos, pero tenemos a Gabir. Se habla de que la defensa va a demandar a la Oficina de Asuntos Indios. Aunque nosotros sabemos que lo hizo él. Aunque todo encaja.

¿Quién es? ¿Por qué no pueden ahorcarle sin más?

Mi padre hundió el rostro en las manos y dije que lo sentía.

No, dijo, pensativo. Ojalá pudiera ahorcarle. Créeme. Me imagino a mí mismo como juez implacable en una vieja película del Oeste; con mucho gusto dictaría la sentencia. Pero más allá de jugar a los vaqueros mentalmente, está la justicia tradicional *anishinaabe*. Nos habríamos sentado para decidir sobre su destino. Nuestro sistema actual, sin embargo...

Ella no sabe dónde sucedió, dije.

Mi padre bajó la barbilla. No tenemos un sitio en el que basarnos. Ninguna jurisdicción definida, ninguna descripción precisa de dónde se cometió el delito. Dio la vuelta a una hoja de papel y dibujó un círculo; luego golpeó el lápiz en el círculo. Era un mapa.

Ésta es la casa redonda. Justo detrás, se encuentra la parcela asignada de los Smoker, que ahora está tan fragmentada que no hay quien le saque provecho. Después hay una franja que fue vendida: terreno de pleno dominio. La casa redonda se encuentra en la linde de las tierras otorgadas a la tribu en fideicomiso, donde nuestro tribunal tiene jurisdicción, aunque por supuesto, no sobre un hombre blanco. De modo que se aplican las leyes federales. Las tierras hasta el lago también son tierras otorgadas a la tribu en fideicomiso. Pero solo por una orilla, una esquina de allí es un parque estatal donde rigen las leyes del estado. Más allá de ese prado, hay más bosque y tenemos una extensión de terreno de la casa redonda.

Vale, dije, observando el dibujo. Perfecto. ¿Por qué no puede inventarse un lugar?

Mi padre giró la cabeza y me miró. La piel bajo sus ojos mostraba un tono gris morado. Sus mejillas eran pliegues caídos.

No puedo pedirle que haga eso. De modo que el problema persiste. Lark cometió el crimen. ¿En qué terrenos? ¿Eran tierras tribales? ¿Propiedad de los hombres blancos? ¿Del estado? No podemos interponer una demanda judicial si no sabemos qué leyes han de aplicarse.

Si hubiese ocurrido en cualquier otra parte...

Ya, pero ocurrió aquí.
Tú lo sabías desde que mamá habló de ello.
Y tú también, respondió mi padre.

Desde que mi madre había roto su silencio en mi presencia, desencadenando todo lo que sucedió a continuación, insistí a mi padre para que me contara todo lo que iba pasando. Y lo hizo hasta cierto punto, aunque no del todo, en absoluto. Por ejemplo, no mencionó lo de los perros. El día después de que habláramos, un equipo de búsqueda y salvamento vino a nuestra reserva. Desde Montana, eso fue lo que oyó Zack.

Estábamos dando una vuelta en bicicleta sin rumbo fijo, haciendo caballitos en la tierra, recorriendo en círculo el gran solar de gravilla junto al hospital, saltando por encima de matas diseminadas de alfalfa e impaciencias. Era sábado y Zelia, junto con los demás monitores, se había ido de excursión de fin de campamento en autobús a los jardines Peace. Después del taller de liderazgo, todos se marcharían. El taller duraba tres días y Cappy jugaba a ser Worf.

Me lanzó el desafío Klingon, *heghlu meh qaq jajvam*, intentó derrapar formando un giro de 360 grados y mordió el polvo.

¡Es un buen día para morir!, vociferó.

¡Ya te digo!, grité también.

Angus era a quien mejor se le daba imitar a Data. Por favor, seguid con vuestro insignificante rifirrafe, dijo. Resulta de lo más fascinante. Levantó el dedo.

En ese momento, apareció Zack en bicicleta y nos contó lo que estaba sucediendo junto al lago con los equipos de búsqueda y salvamento, la policía y las furgonetas que remolcaban barcas incautadas. Cuando llegamos al lago, pudimos verlos: los perros y sus adiestradores a bordo de cuatro barcas de aluminio con motores fueraborda, que debían de tener más de quince caballos de potencia. Los perros eran de razas diferentes; había un *golden retriever*, un perro canijo que parecía un cruce entre Pearl y el tiñoso chucho de la reserva de Angus, un labrador de lustroso pelo negro y un pastor alemán.

Están buscando un coche que se ha hundido allí, explicó Zack. Hasta ahí es lo que sé.

Yo sabía que se trataba del coche de Mayla. Por lo que nos había dicho mi madre, sabía que el agresor lo había mandado al fondo del lago. También sabía que buscaban a Mayla. No podía evitar imaginarme todas las maneras en que podía haber lastrado el cuerpo de la chica y conseguido, de algún modo, meterla de nuevo en ese coche. No quería pensar en esas cosas, pero mi mente no paraba de dar vueltas a esos

pensamientos. Observamos a los rescatadores durante todo el día, a los perros que rastreaban el aire en la superficie mientras sus dueños vigilaban cada uno de sus movimientos. Fue una operación muy lenta. Se movían por el agua con calma, metódicamente, dibujando una cuadrícula invisible en el fondo del lago. Siguieron trabajando hasta que oscureció; después lo dejaron y montaron las tiendas de campaña y el comedor cerca de la orilla.

Al día siguiente, llegamos allí temprano y nos acercamos un poco más; en realidad, nos acercamos una barbaridad, aunque no pretendíamos hacerlo. Dejamos las bicicletas y reptamos hasta el campamento sin llamar la atención: había allí un nuevo bullicio de energía. Se había establecido algún tipo de propósito y lo descubrimos cuando divisamos a dos buzos con traje de neopreno que se alejaban en uno de los barcos y se sumergían en el abrupto desnivel que todos conocíamos. Había un banco muy empinado y allí donde llegaba a la orilla se sabía que el agua alcanzaba enseguida una profundidad que nosotros siempre habíamos calculado en unos trescientos metros, aunque resultó ser de veinte. Un acantilado lo dominaba todo y allí nos acomodamos y observamos la escena durante todo el día. Teníamos hambre y sed, y discutíamos sobre si debíamos escabullirnos, cuando un camión de remolque apareció por el camino de tierra. Se acercó al agua marcha atrás lo máximo posible mientras los hombres le indicaban con la mano. Permanecemos ocultos entre la maleza y allí estábamos cuando un coche, un Chevy Nova granate, fue traccionado por la arena chorreando agua y algas. Esperábamos encontrar un cuerpo, por supuesto, y Angus susurró que estuviésemos preparados. Tendríamos pesadillas. Él había visto a su tío ahogado. Pero no apareció ningún cadáver en el coche. Escudriñamos a través de las malas hierbas, pero desde una posición elevada, donde teníamos una vista perfecta del interior del vehículo. Vimos cómo salía el agua fangosa que lo inundaba. Las ventanillas estaban todas bajadas. Enseguida abrieron las puertas. Nadie, nada, pensé en un principio, solo que sí había algo.

Algo que provocó en mí un escalofrío que se tradujo en un hormigueo superficial y que se fue haciendo más profundo a lo largo de todo ese día, toda esa tarde y toda esa noche; hasta que volví a verlo justo cuando estaba a punto de dormirme y me desperté sobresaltado.

En la luna trasera del coche había un revoltijo de juguetes: algunos de plástico, quizás algún osito de peluche destrozado, todos estaban entremezclados, por lo que resultaba difícil distinguir con exactitud lo que eran, salvo por un trozo de tela, un pequeño retazo a cuadros azules y blancos que iba a juego con el traje de la muñeca rellena de dinero.

Capítulo nueve

El gran adiós

Mooshum había nacido nueve meses después del campamento para recolectar bayas, una época feliz en que las familias se reunían en el monte. Salí para recoger bayas con mi padre, decía siempre Mooshum, y regresé con mi madre. A él le parecía un chiste muy gracioso y siempre celebraba el día de su concepción y no el de su nacimiento, ya que se había convencido con el tiempo de que había nacido en Batoche durante el asedio de 1885, de lo cual mi padre dudaba en privado. Era cierto, sin embargo, que Mooshum todavía era un niño cuando su familia abandonó su prolija cabaña, sus tierras, su establo y su pozo de agua dulce para huir de Batoche tras la detención de Louis Riel y su condena a la horca. Cruzaron la frontera hacia el sur, donde no les recibieron exactamente con los brazos abiertos. Aun así, les dio amparo un jefe inusualmente amable, que dijo al Gobierno de los Estados Unidos que tal vez ellos expulsaban a sus hijos mestizos sin darles tierra alguna, pero que los indios acogerían a esos niños en sus corazones. En los años venideros, los generosos indios de pura sangre pasarían las de Caín mientras que los mestizos, que ya sabían labrar la tierra y cuidar de los animales, tuvieron mejor suerte y, con el tiempo, comenzaron a tomar el mando e incluso a mirar con condescendencia a aquéllos que les habían rescatado. Sin embargo, con los años, Mooshum se fue desprendiendo de sus hechuras de michif. Lo primero que abandonó fue el catolicismo; después comenzó a hablar solo chippewa, sin mezclarlo con francés, e incluso se fabricó un elegante traje de *powwow* para bailar, aunque todavía danzaba la giga y bebía. Como se decía en aquellos tiempos, volvió a la manta. No es que llevase puesta una manta, pero a veces se echaba una por encima del hombro y se dirigía a la casa redonda para participar en las ceremonias del monte. Era muy amigo de todos los juerguistas que se iban de farra por allí, así como de aquéllos que luchaban con denuedo para proteger la reserva, unas tierras que no dejaban de moverse bajo sus pies, al antojo del Gobierno, los censos de indios y algo llamado parcelas asignadas. Más de un agente se enriqueció con las raciones robadas durante esos años, y más de una familia volvió el rostro contra la pared y murió por falta de aquello que se le había prometido.

Y ahora, dijo Mooshum el día que nos reunimos para celebrar su cumpleaños, hay comida a espuestas. Comida en todas partes. ¡Indios gordos! Jamás se habría visto a un indio gordo en mi época.

La abuela Ignatia se sentó con él bajo la vieja pérgola, que el tío Edward y Whitey habían levantado para la fiesta de cumpleaños de Mooshum. Habían colocado chopos jóvenes y pequeños sobre unos palos para fabricar un tejado que diera algo de sombra, y las hojas todavía permanecían tiernas y lustrosas. Los ancianos se sentaban

en sillas de jardín de plástico trenzado y bebían té caliente, a pesar de ser un día caluroso. Clemence me había dado instrucciones para que me sentara al lado de Mooshum, con el fin de vigilarle y de asegurarme de que el calor no le afectara. La abuela Ignatia sacudía la cabeza ante los indios gordos.

Yo tuve un indio gordo por marido una vez, le contó a Mooshum. Su verga era larga y grande, pero solo la cabeza le sobrepasaba la panza. Y claro, no me gustaba ponerme debajo de él por miedo a que me aplastara.

¡*Miigwayak!* Por supuesto. ¿Y qué hacías?, preguntó Mooshum.

Rebotaba sobre él, naturalmente. Pero esa barriga, ¡caramba! Se volvió tan grande como una colina y no lograba ver por encima de ella. Yo le gritaba: ¿Sigues ahí? ¡Gritame algo! Como la mayoría de los gordos, tenía un culo raquítrico. Y, caray, esos músculos en los cachetes traseros eran vigorosos, además. Me daba vueltas como en un número de circo. Así que yo disfrutaba mucho con él; esos tiempos fueron estupendos.

Awee, asintió Mooshum con voz melancólica.

Por desgracia, no duraron, prosiguió la abuela Ignatia. Una vez, estábamos en plena faena a todo trapo cuando de pronto desistió. A veces se cansaba, claro, con lo que pesaba, así que yo seguí dale que te pego encima de él. Seguía empalmado con la picha dura como el acero. Yo pensé que tal vez se había quedado dormido, es que no se movía nada. ¡Gritame algo!, le espeté. Pero no lo hizo. ¡Caray, qué raro que se duerma en medio de todo esto! Debe de estar soñando algo increíble, me puse a pensar. Así que no lo dejé hasta el final: gocé un buen número de veces chillando, oh, oh, oh. Al fin, me quité de encima. ¡Vaya, cómo le está durando!, me dije. Repté hasta el otro lado de su cuerpo. Enseguida me di cuenta de que ya no respiraba. Le di palmadas en la cara, pero en vano. Estaba muerto: mi dulce y gordo marido había muerto. Lloré la pérdida de ese hombre durante todo un año.

Awee, dijo Mooshum. Una muerte dichosa. Y un noble amante para ti, Ignatia, puesto que te colmó incluso desde el otro barrio. Ojalá yo pudiera morir así, ¿pero quién me brindará esa oportunidad?

¿Todavía se te levanta?, preguntó Ignatia.

No por sí sola, respondió Mooshum.

¡Ea!, exclamó Ignatia. Después de cien años de continuo uso, eso sería un milagro. Si tan solo rezaras un poco más, se rio con guasa.

Los frágiles hombros de Mooshum se pusieron a temblar. ¡Rezar para empalmarse! Eso es muy bueno. Tal vez deba rezarle a san José. Era carpintero y trabajaba con la madera.

Las monjas jamás mencionaron al santo patrono del maná.

Rezaré a san Judas Tadeo, el que se ocupa de los casos perdidos, añadió Mooshum.

Y yo le rezaré a san Antonio, el que se encarga de los objetos perdidos. Eres tan viejo que lo más probable es que no encuentres tu propia verga en esos pantalones que te ha puesto hoy Clemence.

Sí, esos pantalones. Son de buena tela.

Otro de mis maridos, dijo Ignatia, el que tenía la picha minúscula, tuvo una vez unos pantalones como los tuyos. De primera calidad. Follaba como un conejo. Entraba y salía una y otra vez a toda prisa pero aguantaba horas y horas. Yo solo me quedaba allí tumbada, ensimismada, pensando en mis cosas. Resultaba relajante. No sentía nada. Luego, un día exclamé: ¡Howah! ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha crecido?

Sí, la he estado regando, dijo entre dos embestidas. Y le he puesto abono.

¡Caramba!, solté, todavía más alto. ¿Y qué has utilizado?

Es broma, mujer. La he agrandado con arcilla del río. ¡Ay, no!

De pronto dejé de sentir nada.

Se ha caído, dijo.

¿El *wiinag* entero?

No, solo la parte de arcilla, explicó, descorazonado. Oh, amor mío, quería hacerte gritar como un lince rojo. Daría la vida por hacerte feliz. No pasa nada, te mostraré otra forma de lograrlo, le respondí.

Así que le enseñé un par de cosillas y las aprendió tan bien que de mí salían sonidos que sus oídos jamás habían escuchado. Una vez, había una lámpara que se balanceaba colgada encima del pie de la cama. Mientras me poseía como un conejo, la lámpara se cayó del gancho y le golpeó en el culo. Le oí contárselo a sus amigos. Se reían a carcajadas, hasta que él dijo: Pero tuve suerte. Si le hubiese hecho el amor como me ha enseñado mi señora, de la manera que la hace disfrutar tanto, esa lámpara me habría golpeado en la cabeza.

¡Caramba! A Mooshum se le cayó el té de los labios. Le di una servilleta porque Clemence también me había encargado que mantuviera limpia de comida su cabellera, que en contra de la voluntad de mi tía él llevaba como le gustaba, es decir, suelta y enmarcando su rostro con grasientos mechones.

Una pena que nunca probamos el uno con el otro cuando éramos jóvenes, dijo Ignatia. Estás demasiado marchito y arrugado ahora para mi gusto, pero tal y como lo recuerdo, eras jodidamente atractivo.

Sí que lo era, asintió Mooshum.

Sequé el té que le resbalaba por el cuello antes de que alcanzara la camisa blanca y almidonada. Volví locas a unas cuantas chicas, prosiguió Mooshum, pero mientras mi hermosa mujer vivía, cumplí con mi deber católico.

Eso no es nada difícil, bufó Ignatia. ¿Le fuiste fiel o no? (Ambos pronunciaron la palabra «fatídico^[7]»; de hecho, en toda esta conversación cada «th» se convertía en una «t»).

Fui fatídico, asintió Mooshum. Hasta cierto punto.

¿Qué punto?, preguntó Ignatia con brusquedad. Siempre defendía las aventuras extraconyugales de las mujeres, pero se mostraba absolutamente intolerante con las de los hombres. Espera, mi viejo amigo, ¿cómo he podido olvidarlo? ¡Hasta cierto punto! Ja, ja, qué gracioso.

Anishaaindinaa. Claro, por supuesto. Esa Lulu siempre fue un punto y aparte. Y tú tuviste a tu hijo con ella.

Me sobresalté con asombro, pero ninguno de los dos se dio cuenta. ¿Era algo conocido que yo tenía un tío del que no había oído hablar? ¿Quién era este hijo de Mooshum? Intenté mantener la boca cerrada, pero mientras miraba a mi alrededor, vi, por supuesto, que un gran número de invitados eran Lamartine y Morrissey, hasta que Ignatia pronunció su nombre.

A ese Alvin le ha ido bien en la vida.

¡Alvin, un amigo de Whitey! Siempre se le había tratado como a alguien de la familia. Vaya. Cuando les cuento esta historia a los blancos, se quedan patidifusos, y cuando se la cuento a los indios siempre tienen alguna historia parecida. Y, por regla general, descubren la existencia de esos parientes al intentar salir con las personas equivocadas, o en todo caso, suelen comenzar a entender la telaraña familiar en algún momento de su adolescencia. Tal vez porque a nadie se le había ocurrido explicar lo evidente, que siempre estuvo allí o porque de niño no había prestado atención. Fuera como fuera, ahora caía en la cuenta de que Angus tenía algún parentesco conmigo, lo mismo que Star era una Morrissey y su hermana, madre de Angus, había estado casada una vez con Vance, el hermano pequeño de Alvin, pero, ya que Vance no tenía el mismo padre que Alvin, la relación perdía fuelle. Allí sentado, me preguntaba si había oído el nombre que se le daba a este tipo de primo o si debía preguntárselo a Mooshum e Ignatia.

Perdón, interrumpí.

Sí, hijo, ¡qué educado eres! La abuela Ignatia descubrió de pronto mi presencia allí sentado y me clavó sus ojos penetrantes de cuervo.

Si Alvin es mi medio tío y la hermana de Star estuvo casada con Vance y ambos tuvieron a Angus, ¿qué es Angus respecto a mí?

Puedes casarte con él, dijo la abuela Ignatia con voz ronca. *Anishaaindinaa*. Es una broma, hijo. Puedes casarte con la hermana de Angus. Pero has hecho una buena pregunta.

Es tu primo cuarto, dictaminó Mooshum con seguridad. No le tratas como si fuera un primo de pleno derecho, pero es más allegado a ti que un amigo. Le defenderías, pero no *hasda*^[8] la muerte.

Lo dijo así: «*hasda* la muerte». Hoy día la mayoría de nosotros pronunciamos correctamente las «th», a no ser que nos hayamos criado hablando chippewa; pero

todavía se nos escapan unas cuantas por la costumbre. Mi padre consideraba que, como juez, era muy importante pronunciar correctamente cada una de las «th». Mi madre no, sin embargo. En cuanto a mí, yo dejé de pronunciar «d» para adoptar el sonido «th» cuando fui a la universidad. Lo mismo ocurrió con muchos indios. Una vez escribí un poema espantoso sobre todas las letras «d» que quedaron atrás, flotando a la deriva en nuestras reservas, y una amiga lo leyó. Esa idea le resultó interesante y, puesto que se estaba especializando en Lingüística, escribió un trabajo sobre ello. Varios años después de ese trabajo, me casé con ella, de vuelta en la reserva, y advertí que, nada más pasar la frontera, dejamos de lado el sonido «th» y volvimos otra vez a nuestra vieja «d». Pero a pesar de ser una especialista en Lingüística, ella no conocía ninguna palabra que expresara el tipo de primo que era Angus con respecto a mí. A mí me pareció que Mooshum fue quien mejor lo definió al declarar que yo defendería a Angus, pero solo hasta cierto punto. No tenía que morir por él, lo cual suponía un alivio.

Llegados a este punto, más personas se acercaron y se sentaron con nosotros; de hecho, una multitud se arracimó alrededor de Mooshum, y todos los invitados centraron su atención en el lugar donde el anciano estaba sentado bajo la pérgola. Algunos con cámaras de fotos tomaron posiciones con cuidado, y Clemence y mi madre posaron con las cabezas cada una a un lado de Mooshum. Después, Clemence entró rápidamente en casa y se produjo un silencio solo interrumpido por el griterío de los niños apartados hacia los extremos de la muchedumbre: ¡La tarta! ¡La tarta!

Mientras Clemence y Edward manipulaban sus propias cámaras, mi primos Joseph y Evey eran los encargados de llevar la enorme tarta. Clemence había preparado una gran tarta rectangular con un glaseado aromatizado al whisky, la preferida de Mooshum, y la había colocado sobre una tabla de contrachapado forrada con papel de aluminio. La tarta tenía el tamaño de un escritorio y estaba decorada con esmero con las letras del nombre de Mooshum y tachonada con al menos cien velas, ya encendidas, y que ardían con fulgor mientras mis primos avanzaban con cautela. La gente se apartaba a su paso. Me puse a un lado cuando sujetaron la tarta justo delante de la cara de Mooshum. La tarta era impresionante. A Ignatia se le notaba un rictus de envidia. Las pequeñas llamas se reflejaban en los viejos y cansados ojos de Mooshum mientras los invitados le cantaban el cumpleaños feliz en ojibwe y en inglés antes de entonar una canción michif. Las velas brillaban con más intensidad conforme se iban consumiendo, desparramando cera sobre el glaseado, hasta no ser más que cabos.

¡Sóplalas! ¡Pide un deseo!, exhortó la gente. Pero Mooshum parecía hipnotizado por la luz que desprendían. La abuela Ignatia se inclinó y le habló al oído. El hombre asintió con la cabeza y, al fin, se encorvó sobre la tarta en el momento en que entró por la pérgola una repentina brisa, una leve ráfaga de aire. Se podría pensar que ésta

habría apagado las velas, pero al contrario. Les proporcionó suficiente oxígeno para un último destello y, cuando esto ocurrió, las diminutas llamas se fusionaron en un solo fuego que prendió la mezcla de cera y glaseado de whisky. La tarta se incendió con un suave murmullo y las llamas se alzaron lo bastante alto como para ensortijarse en los mechones del cabello grasiento de Mooshum mientras el anciano se inclinaba con los labios fruncidos. Aún guardo en mi mente la imagen de la cabeza de Mooshum envuelta en llamas. Solo se podían ver sus ojos encantados y su sonrisa feliz, así que se iba consumiendo. Mi abuelo y la tarta se habrían calcinado allí mismo si mi tío Edward no hubiese tenido la suficiente sangre fría como para vaciar sobre la cabeza de Mooshum la jarra de limonada. Igual de providenciales resultaron Joseph y Evelina, que aún sujetaban la tabla de contrachapado y se llevaron la tarta flameante hasta el camino de entrada, donde las llamas se fueron apagando en cuanto consumieron todo el alcohol del glaseado. El tío Edward fue de nuevo el héroe del día cuando, con toda sencillez, quitó con un largo cuchillo de pan la capa chamuscada del glaseado. Dictaminó que el resto de la tarta se podía comer, desde luego, y mejorada gracias al flambeado. Alguien trajo litros y litros de helado y la fiesta se reanudó. Me ordenaron llevar a Mooshum dentro para que descansara de tantas emociones. Una vez en casa, Clemence intentó cortarle los mechones quemados.

El fuego en sí no le había alcanzado la piel ni el cuero cabelludo; sin embargo, la sensación de haber estado envuelto en llamas le había entusiasmado enormemente. Ahora le preocupaba que Clemence solo le cortara las partes de su cabello que estuviesen irremediablemente negras y secas.

Está bien. Eso es lo que intento, papá. Pero el pelo apesta, ¿sabes?

Se rindió.

Oye, Joe. Tú, quédate con él.

El anciano descansaba tumbado en el sofá, entre almohadas, tapado con una manta de ganchillo: un montón de huesos y una amplia sonrisa. Su reluciente dentadura postiza se había aflojado con la emoción, de modo que fui a buscar una taza con agua para que la depositara en ella. Por desgracia, elegí una taza de plástico opaco, como las que utilizaban los niños para tomar sus refrescos de Kool-Aid. En un momento en que me di la vuelta, un niño de cuatro años se la llevó y salió corriendo bebiendo con alegría el agua de la dentadura, imitando a sus primos mayores, hasta que, por lo visto, el crío le pidió a su madre más Kool-Aid y ella advirtió lo que había en el fondo de la taza. Permanecí junto a Mooshum, sin embargo, ajeno a todos estos dramas. Mis primos estaban en casa, pero eran mucho mayores que yo y se hallaban inmersos en cumplir las constantes instrucciones de sus madres. Mis amigos, que habían prometido venir, no habían llegado aún. La fiesta iba a durar mucho. Después, vendría el baile; más tarde, los violines, una guitarra eléctrica y un teclado, y más comida. Mis amigos seguramente esperaban el venado asado en la barbacoa de Alvin

o la comida traída de sus propias casas. Una vez que comenzaba en la reserva una fiesta como ésta, siempre cobraba vida propia. Había una tradición según la cual se presentaba gente que no había sido invitada, y toda fiesta que se preciara debía contar con abundantes provisiones para ello, así como para aquéllos que acudieran borrachos y armaran demasiado alboroto. Pero, descansando de cuerpo presente en el sofá del salón, Mooshum estaba protegido de todo aquello. Formaba parte de las cosas pero podía echarse alguna que otra cabezadita. Permanecí sentado a su lado mientras se quedaba dormido. Sin embargo cuando Sonja entró, se espabiló de golpe, como un soldado. El traje de la mujer debió de infiltrarse en su inconsciente. Llevaba una camisa de ante con suaves flecos que se adherían a sus pechos como un pecado imperdonable. Y esos vaqueros, que le hacían las piernas tan largas y delgadas... Se me salían los ojos. ¡Botas vaqueras nuevas de piel de lagarto! Y llevaba esos aros en las orejas. Titilaban bajo la tenue luz.

Me agaché cuando intentó besarme en la cabeza y me aparté para dejarle mi silla, pero me quedé en la habitación con los brazos cruzados, sin quitarle los ojos de encima. Sabía que se había comprado esa camisa con el dinero de la muñeca y parecía una prenda cara. Había vuelto a utilizar una gran suma de mi dinero. ¡Y esas botas! Todo el mundo se daría cuenta.

Sonja se inclinó hacia Mooshum. Conversaban en una voz frustrantemente baja y ella sacudía la cabeza entre risas. Él le dedicaba una mirada desdentada y suplicante, llena de babeante y enamorada admiración. La mujer se inclinó más y le dio un beso en la mejilla; después, le tomó la mano y le dijo unas palabras más, y ambos se echaron a reír tontamente hasta que me harté y me fui.

Mis padres estaban sentados en la zona destinada a los adultos bajo la pérgola, y mi madre, aunque hablaba poco, al menos asentía con la cabeza cuando mi padre se dirigía a ella. La banda de música se preparaba junto al cobertizo. Detrás del tinglado, Whitey y otros hombres bebían sentados en el suelo, pasándose la botella unos a otros. Whitey presentaba una curda irascible. Estaba sentado en un rincón del jardín observando la fiesta, intentando registrar las cosas con su visión doble y farfullando lúgubres pensamientos, que por suerte eran incoherentes. Divisé a Doe Lafournais y a Josey, la tía de Cappy. También estaban Star y la madre de éste, así como el hermano pequeño de éste y su hermana. Pero no habían llegado aún ni Zack ni Angus ni Cappy. No quería preguntar dónde estaban por si andaban metidos en algún lío, así que cogí mi bicicleta junto al garaje y me escabullí. Estaba casi seguro de que Zelia tenía algo que ver con la ausencia de Cappy y, en efecto, conforme me dirigía a la iglesia, me crucé con Zack y Angus haciendo zigzags colina abajo, lo más lentamente posible, pero sin rastro de Cappy.

No ha venido. Han quedado en el cementerio cuando oscurezca, explicó Zack.

Los tres nos quedamos hechos polvo ante esa idea, a pesar de que habíamos tirado la toalla respecto a Zelia desde el primer día. Regresamos a la fiesta, que se iba animando a medida que la gente salía a bailar la giga en el césped y la abuela Ignatia, en el medio, hacía alarde de sus elaborados pasos. Comimos todo cuanto pudimos; luego nos llevamos a escondidas unas cervezas que vertimos en latas de refresco vacías. Bebimos y nos quedamos por ahí escuchando la música, observando a Whitey, que se colgaba de Sonja mientras bailaban un *two-step*^[9], hasta que se hizo tarde. Mi padre dijo que me marchara a casa en bicicleta y eso hice; entré en el jardín dando tumbos. Llevé a Pearl conmigo hasta mi habitación, y me estaba quedando dormido cuando oí a mis padres que llegaban. Los oí subir las escaleras hablando en voz baja y, después, oí cómo la puerta se cerraba con ese suave chasquido que significaba que todo estaba bien y en orden.

Ojalá las cosas pudieran permanecer así, bien y en orden; ojalá el agresor se pudriera en la cárcel. Ojalá se suicidara. No podía vivir con el «ojalá».

Necesito saber, dije a mi padre a la mañana siguiente. Tienes que contarme qué aspecto tiene ese pellejo.

Te lo diré en cuanto pueda, Joe.

¿Mamá sabe que podría salir?

Mi padre se pasó los dedos por los labios. No exactamente, no. Bueno, sí. Pero no hemos hablado de ello. Dificultaría su recuperación, añadió rápidamente, con el rostro contraído. Se llevó las manos a la cara como si quisiera borrar ese gesto.

Tengo que velar por ella, estar alerta por si él vuelve a aparecer.

Asintió con la cabeza y, al cabo de un rato, se levantó y se dirigió a su escritorio con paso pesado. Mientras se palpaba los bolsillos en busca de las llaves, contemplé su vulnerable y morena coronilla en forma de huevo, jaspeada de blanco. Estaba cerrando con llave su cajón privado, pero lo abrió y extrajo un expediente. Abrió la carpeta, se acercó a mí y sacó una fotografía. Una fotografía de archivo policial. Me puso el retrato en las manos.

Tu madre no ha decidido aún si contárselo a alguien más, dijo. Es su voluntad. Así que no hables de esto.

Un hombre fuerte, atractivo pero no guapo, de tez clara y ojos negros y centelleantes que no mostraban el menor blanco, tan solo una mota de vida lívida. Su boca entreabierta presentaba una perfecta dentadura blanca y sus labios eran finos y rojos. Era el cliente. El tipo que había repostado la víspera de que yo renunciara.

Lo he visto antes, dije. Linden Lark. Echó gasolina en la gasolinera de Whitey.

Mi padre no me miró, pero apretó la mandíbula y sus labios se tensaron.

¿Cuándo?

Debe de haber sido justo antes de que le detuvieran.

Mi padre recuperó la fotografía con dos dedos y la guardó de nuevo en la carpeta. Sentí su dolor en los dedos al tocar esa fotografía, como si la imagen muda desprendiera una energía afilada. Guardó el expediente en el cajón y lo cerró de golpe; después, se quedó mirando fijamente los papeles esparcidos sobre la mesa. Soltó la mano que llevaba en el corazón, la abrió y jugueteó con un botón de su camisa.

Repostó en la gasolinera de Whitey.

Oímos a mi madre fuera. Estaba clavando en la tierra delgados postes que había recortado, colocándolos a lo largo de sus tomateras. A continuación rasgaría sábanas viejas a fin de obtener unas tiras para afianzar los tallos acres y almizclados, de modo que pudieran trepar con toda seguridad. Las plantas ya desplegaban florecillas con forma de estrella de un suave color amarillo amargo.

Nos ha estudiado, explicó mi padre sin alzar la voz. Sabe que no podemos pillarle. Piensa que se saldrá con la suya. Al igual que su tío.

¿Qué quieres decir?

El linchamiento. Ya lo sabes.

Eso es historia antigua, papá.

El tío abuelo de Lark formaba parte de la cuadrilla de linchadores. De ahí viene, creo, tanto desprecio.

Me pregunto si tan siquiera sabe cómo la gente de aquí mantiene vivo el recuerdo de todo aquello, dije.

Conocemos a las familias de los hombres que fueron ahorcados. Conocemos a las familias de los hombres que los ahorcaron. Incluso sabemos que los nuestros eran inocentes del crimen por el que se les ahorcó. Una historiadora local sacó el asunto a la luz y lo demostró.

Fuera, mi madre guardaba las herramientas. Tintineaban en el cubo. Abrió el grifo de la manguera y comenzó a regar el jardín: el agua salpicaba con suavidad de un lado a otro.

Lo cogeremos de todas maneras, dije, ¿verdad, papá?

Pero él tenía la mirada perdida en el escritorio como si pudiera ver a través del tablero de roble y dentro de la carpeta que yacía debajo, y a través de la cubierta de cartón Manila hasta la fotografía, y desde esa fotografía quizá hasta alguna otra imagen o registro de algún antiguo acto de violencia que todavía no se había terminado de purgar del todo.

Tras la muerte de su madre, Linden Lark se había quedado con la granja en las afueras de Hoopdance. Se había instalado en la casa, una vivienda desvencijada y desconchada de dos plantas, que había tenido una vez arriates de flores y huertos. Ahora, por supuesto, el lugar se había venido abajo, invadido por las malas hierbas y precintado por la policía. Los perros habían rastreado una y otra vez el recinto, así como los campos y bosques que rodeaban la casa sin encontrar nada.

No había rastro de Mayla, señalé.

Mi padre conversó conmigo más tarde ese mismo día; la casa estaba en silencio. Yo había movido mis fichas. Él entró. Esta vez me contó cosas. El gobernador de Dakota del Sur había declarado que la niña que deseaba adoptar procedía de una agencia de los servicios sociales de Rapid City y esa solicitud había sido confirmada. La gente de allí había dicho que, aproximadamente un mes atrás, alguien, se creía que un hombre, había abandonado al bebé dormido en su silla de seguridad del coche, en la sección de muebles de Goodwill. Llevaba una nota prendida con un alfiler en la chaqueta, que informaba a quien la encontrase de que los padres habían fallecido.

¿Es la hija de Mayla?

Mi padre asintió.

Le enseñamos una fotografía a tu madre. Ha identificado a la niña.

¿Dónde está mamá ahora?, pregunté.

Mi padre arqueó las cejas, todavía asombrado.

Acabo de dejarla en el trabajo.

Unos días después de que mi madre identificara a la niña, comenzó a acudir a su oficina con regularidad. Tenía mucho trabajo acumulado, porcentajes sanguíneos que analizar de aspirantes a una genealogía, ansiosos por averiguar si tenían alguna abuela que fuese una romántica princesa india. Había niños que regresaban convertidos en adultos, personas adoptadas fuera de su tribu, básicamente robadas por las agencias de los servicios sociales estatales, y también estaban aquéllos que habían renunciado a ser indios pero cuyos hijos deseaban mantener ese vínculo y planificaban unas significativas vacaciones en familia a la reserva para explorar su herencia. Tenía mucho trabajo, y eso fue incluso antes de que el dinero del casino atrajera en masa a más aspirantes a indios. Podía trabajar, aparentemente, mientras Lark siguiera detenido. Mientras la niña estuviera a salvo. Durante unos pocos días las cosas fueron normales: pero era una normalidad de aguantarse la respiración. Oímos que la niña se hallaba con sus abuelos, George y Aurora Wolfskin. La dejaron allí en acogida de forma permanente, o al menos hasta que Mayla reapareciera. Si es que volvía. Después, al cuarto día más o menos, mi madre dijo a mi padre que necesitaba hablar con Gabir Olson y con el agente especial Bjerke, porque, ahora que la seguridad de la niña ya no corría peligro, había recordado de pronto el paradero de

aquel expediente desaparecido.

De acuerdo, asintió mi padre. ¿Dónde está?

Allí donde lo dejé, debajo del asiento delantero del coche.

Mi padre salió y regresó con una carpeta Manila en las manos.

Viajaron de nuevo a Bismarck y yo me quedé con Clemence y Edward. Ya habían desaparecido todas las pancartas del cumpleaños. Se habían aplastado todas las latas de cerveza. Las hojas se habían secado en la pérgola. Todo volvía a estar tranquilo en la casa, pero era una tranquilidad animada, ya que recibían constantes visitas. No solo de parientes y amigos, sino de personas que simplemente venían a saludar a Mooshum, así como estudiantes y profesores. Encendían su grabadora y grababan a Mooshum mientras rememoraba los viejos tiempos o hablaba en michif, ojibwe o cree, o las tres lenguas a la vez. Pero, en realidad, no les contaba gran cosa. Todas sus verdaderas historias aparecían por las noches. Yo dormía con él en la habitación de Evey. Al cabo de un par de horas, me despertaba cada noche para oírle hablar.

La casa redonda

Cuando le ordenaron matar a su madre, contó Nanapush, se abrió en su corazón una enorme fisura. La grieta era tan profunda que descendía hasta el infinito. En el lado anterior, el amor por su padre y la creencia en todo lo que este hacía yacía arrugado y preterido. Y no solo una creencia, sino las demás también. Era cierto que podía haber *wiindigoog* —personas que perdían todos sus reparos humanos en tiempos de hambruna y devoraban la carne de sus semejantes—. Pero también era posible acusar a la gente en falso. El remedio para un *wiindigoo* a menudo era sencillo: grandes cantidades de sopa caliente. Nadie había probado la sopa con Akii. Nadie había consultado a los sabios y ancianos. Las personas a quienes él quería, incluso sus tíos, se habían vuelto sencillamente contra su madre, de modo que Nanapush ya no podía creer en ellos ni en lo que dijeran o hicieran. En el lado de la grieta en el que se encontraba Nanapush, no obstante, estaban sus hermanos pequeños, que habían llorado por su madre. Y su madre también. Así como el espíritu de la vieja hembra búfalo que había sido su refugio.

Esa vieja mujer búfalo le había dado su opinión. Le había explicado que el joven había sobrevivido al hacer lo contrario de los demás. Allí donde el resto abandonaba, él salvaba. Donde ellos se mostraban crueles, él era bondadoso. Donde ellos traicionaban, él se mantenía fiel. Nanapush decidió que se mostraría impredecible sobre todas las cosas. Puesto que había perdido por completo la fe en la autoridad, decidió mantenerse alejado de los demás y pensar por sí mismo, e incluso hacer las

cosas más absurdas que se le ocurrieran.

Puedes elegir ese camino, le dijo la vieja mujer búfalo, pero aunque te vuelvas un necio, con el tiempo la gente te considerará un hombre sabio. Acudirá a ti.

Nanapush no quería que nadie acudiese a él.

Eso no será posible, respondió la mujer búfalo. Pero puedo darte algo que te ayude. Busca en tu mente y mira lo que estoy pensando.

Nanapush buscó en su mente y vio un edificio. Incluso vio cómo construir ese edificio. Era la casa redonda. La vieja mujer búfalo prosiguió.

Nosotros, los búfalos, unimos a tu pueblo una vez. Sabíais cómo cazarnos y utilizarnos. Vuestros clanes os dieron leyes. Tuvisteis muchas reglas por las que regiros. Normas que nos respetaban y os obligaban a trabajar juntos. Ahora hemos desaparecido, pero tú te refugiaste una vez en mi cuerpo, por lo que comprendes. La casa redonda será mi cuerpo; los pilares, mis costillas y el fuego, mi corazón. Será el cuerpo de tu madre y ha de ser respetado de la misma manera. Del mismo modo que una madre se entrega a la vida de su bebé, tu pueblo habrá de pensar en sus hijos.

De esa manera fue revelado, contó Mooshum. Yo era joven cuando la gente la construyó. Siguieron las instrucciones de Nanapush.

Me incorporé para mirar a Mooshum, pero se había dado media vuelta y comenzado a roncar. Permanecí despierto, tumbado en la cama, pensando en aquel lugar en la colina, en el viento sagrado entre la hierba, y en cómo la estructura me había llamado. Atisbé una fracción de algo más grande, una idea, una verdad, pero tan solo algo fragmentario. No alcanzaba a abarcarlo en su totalidad, solo una sombra de aquel modo de vida.

Llevaba allí con ellos unos tres o cuatro días cuando Clemence y el tío Edward viajaron a Minot para comprar un congelador nuevo. Salieron muy temprano, antes de que yo me despertara. Mooshum se había levantado a las seis, como de costumbre. Se había tomado el café, comido los huevos, las tostadas y untado mantequilla en las tortitas de patata que había preparado Clemence, incluso en las mías. Cuando bajé a la cocina, cogí una loncha de carne fría que me había dejado para mi almuerzo y la introduje entre dos rebanadas de pan blanco y blando con ketchup. Pregunté a Mooshum qué quería hacer ese día y puso cara de circunstancias.

Tú lárgate con tus amigos, dijo con un aspaviento. Yo ya estoy servido.

Clemence me dijo que me quedara contigo.

Saaah, me trata como si fuera un mocoso. ¡Tú lárgate! ¡Vete por ahí y pásatelo

bien!

Después, Mooshum se encaminó titubeante hasta la vieja cómoda de Evey y rebuscó entre sus cosas en el primer cajón hasta que sacó un viejo calcetín gris. Meneó el calcetín ante mí con mirada elocuente y hundió la mano en la prenda. Llevaba puesta la dentadura, lo cual solía significar que iba a tener alguna compañía. Con aire triunfal y travieso, sacó del dedo gordo un billete de diez dólares reblandecido y lo agitó ante mis ojos.

¡Toma esto! Vamos, disfruta de la vida. ¡*Majaan!*

No cogí el billete.

Estás tramando algo, Mooshum.

Tramando algo, repitió mientras se sentaba, tramando algo... Después, espetó en voz baja, ofendido: ¡¿Cómo puede un hombre ser un hombre?!

Tal vez yo pueda ayudarte, dije.

Eh, que así sea. Clemence guarda mi botella arriba del todo, en el armario de la cocina. Tú ve a buscármela.

No eran siquiera las doce, pero después pensé que no había nada malo en ello. Había vivido lo suficiente como para merecerse un trago de whisky cuando le apetecía. Clemence solo le había dado una copa por su cumpleaños y a continuación litros de té de labrador de los pantanos para contrarrestar los efectos del alcohol. Me encontraba de pie sobre la encimera, intentando dar con el lugar donde Clemence había escondido la botella, cuando apareció Sonja por la puerta trasera. Llevaba una bolsa de plástico con sólidas asas, y al principio pensé que había vuelto a ir de compras con mi dinero y que venía a enseñarle a Clemence sus adquisiciones. Me bajé de la mesa con la botella en la mano y dije, en tono beligerante: ¡Así que has vuelto a salir a gastar dinero a lo loco! Me detuve ante ella. Vamos a desenterrar esas libretas. Vamos a ir a recuperar todo ese dinero, Sonja.

De acuerdo, respondió con sus ojos azules dolidos y mansos. Muy bien.

Dejad de hablar de dinero. Mooshum dio un traspies cerca de Sonja y se aferró a su brazo. Habló con voz melosa.

Este anciano tiene dinero y también una botella, *ma chère niinimosenh*.

Mooshum condujo a Sonja con su pesada bolsa de la compra hacia el dormitorio.

Tú, lárgate de aquí ahora mismo, me ordenó. ¡Fuera! Extendió la mano para que le diera la botella.

Pero me mantuve firme.

No me iré a ninguna parte, repliqué. Clemence me dijo que me quedara.

Los seguí hasta el dormitorio. Me miraron con impotencia. Me senté en la cama.

No me marcharé, al menos hasta que yo vea lo que hay en esa bolsa.

Mooshum me dedicó un furioso gruñido. Me arrancó la botella de la mano y le dio un pequeño trago. Sonja se sentó con hosquedad y resopló con los labios

fruncidos. Llevaba uno de sus chándales, de felpa rosa, y una camiseta con un escote vertiginoso; un corazón de plata colgaba al final de una cadena también de plata, señalando el canalillo sombreado y carnoso donde se juntaban los pechos. Su pelo brillaba bajo la luz que entraba por la ventana a sus espaldas.

Joe, dijo Sonja, es el regalo de cumpleaños de Mooshum.

¿Qué es?

¿Qué hay en esa bolsa?

Bueno, pues dáselo entonces.

Es... eh... un regalo para mayores.

¿Un regalo para mayores?

Sonja puso cara de que era obvio.

Noté un nudo en la garganta. Miré a Mooshum y luego a Sonja, una y otra vez. Ellos no se miraban el uno al otro.

Voy a pedirte educadamente que te vayas, Joe.

Pero mientras Sonja hablaba, comenzó a extraer cosas de la bolsa, no exactamente ropa, sino jirones de tela, cosas con lentejuelas, borlas centelleantes y unas largas tiras de pelo y pieles. Sandalias de tacón alto con largos cordones de cuero. Ya había visto ese tipo de prendas antes, y llevadas por ella, en mi carpeta con la etiqueta «DEBERES».

No me voy. Me senté al lado de Mooshum en su catre.

¡Te estás pasando! Sonja me miró fijamente. ¡Joe! Su rostro se tensó como nunca lo había visto. ¡Fuera de aquí!, ordenó.

No, respondí.

¿No? Se levantó con los brazos en jarras y se le hincharon los carrillos, furiosa.

Yo también estaba furioso, pero lo que dije me sorprendió.

Vas a dejar que me quede. Porque si no lo haces, le contaré a Whitey lo del dinero.

Sonja se detuvo en seco y volvió a sentarse. Sujetaba en la mano alguna prenda brillante. Me clavó los ojos. Una mirada distante y perpleja le cubrió el rostro. Una película brillante le anegó los ojos, dándole un aspecto juvenil.

En serio, dijo, con voz triste, casi un susurro. ¿En serio?

Debí de haberme marchado en ese momento. Media hora más tarde, desearía haberlo hecho, al tiempo que me alegraría de haberme quedado. Siempre tuve sentimientos encontrados respecto a lo que sucedió aquel día.

Otra vez dinero, *saaah*, soltó Mooshum con desprecio. Lo que me llevó a pensar en el dinero y en los pendientes de diamantes de Sonja.

Cogí la botella de Mooshum y le di un trago. El whisky me sacudió y mis ojos también se humedecieron.

Es un buen chico, dijo Mooshum.

Sonja no me quitaba los ojos de encima. ¿Tú crees? ¿De verdad te parece un buen chico? Se sentó y golpeó el sujetador brillante que apretaba contra la rodilla.

Cuida bien de mí. Mooshum tomó otro trago y me ofreció de nuevo la botella. Se la pasé a Sonja.

Se lo dirás a Whitey, ¿eh?

Me dirigió una sonrisa horrible, una mueca que me estremeció. Después, apuró un largo trago. Mooshum tomó un sorbo y me devolvió la botella. Sonja frunció el ceño hasta que el azul de sus ojos se tornó negro. De modo que sois tú y Whitey. Está bien. Voy a cambiarme al cuarto de baño. Chicos, no os mováis de aquí. Y como digas una sola palabra de esto a alguien, Joe, te cortaré tu raquílica polla.

Me quedé boquiabierto y ella soltó una risotada cruel. No puedes tenerlo todo, pedazo de farsante mentiroso. Se acabaron los mimos maternales.

Sacó un radiocasete del fondo de la bolsa, lo enchufó a la pared e introdujo una cinta.

Cuando vuelva, enciende la música, me ordenó. Después, atravesó el pasillo con la bolsa hasta el cuarto de baño.

Mooshum y yo aguardamos sentados en el catre en silencio. Recordaba cómo ambos habían estado cuchicheando durante la fiesta y cómo eso me había molestado. Me empezaba a zumbar la cabeza. Tomé otro trago de la botella de Mooshum. Al cabo de un rato, Sonja regresó, cerró la puerta y echó el cerrojo; después, se dio la vuelta.

Supongo que los dos nos la quedamos mirando boquiabiertos.

Dale al *play*, Joe, gruñó Sonja.

La música comenzó a sonar, una serie de lamentos y cánticos lejanos. Sonja se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza con un cono metálico, como si fuera una especie de fuente, dejando caer por los hombros y la espalda toneladas de cabellos, más de los que ella tenía de verdad. Llevaba mucho maquillaje: sus cejas eran dos alas negras y sus labios mostraban un rojo despiadado. Un ajustado vestido de seda gris le ceñía el cuerpo desde el cuello hasta las piernas y le cubría los brazos. Extrajo un largo y ondulado puñal de la manga. Acto seguido, levantó los brazos como una diosa antigua a punto de sacrificar una cabra, o a un hombre vivo atado a una losa de piedra. Sujetaba el puñal con ambas manos; después, lo pasó a una sola, observando el arma fijamente. Apretó un botón invisible. El puñal se encendió y brilló. La música se tornó gutural, unos vagidos chirriantes, y a continuación una repentina serie de agudos lamentos. Con cada susurro, cortaba un trozo de velcro que mantenía sujeto el vestido. Durante un tiempo nos estuvo provocando. El vestido tenía pequeñas aberturas en los lados. Apareció un pecho acorazado. Una pierna enfundada en una sandalia con los cordones atados hasta el muslo. Por último, tras un coro de cánticos y aullidos, sonó un brusco chillido. Luego, silencio. Dejó caer el

vestido. Agarré el brazo de Mooshum. No quería malgastar ni un segundo mirándole a él, pero tampoco quería que el hombre se cayera de espaldas y se golpeará la cabeza. Jamás he olvidado la imagen de Sonja en la gloria poco iluminada del dormitorio de Evey. Se la veía alta con esas sandalias de tacón. Con el pelo recogido en ese cono casi rozaba el techo. Sus piernas no acababan nunca y llevaba una braguita de bikini que parecía forjada en hierro y cerrada con candado. Su vientre lucía impoluto y flexible, tonificado no sé cómo. Nunca la había visto hacer ejercicio. Y mis adorados pechos aparecían constreñidos también en trozos de armadura de plástico, apretados en las costuras del peto, que había sido fabricado con falsos pezones erectos de imitación. Piel y pañuelos colgaban de ella como una flor. Sujetó el puñal entre los dientes y después comenzó a frotar las pieles y las telas por todo su cuerpo. Llevaba unos largos y finos guantes de vinilo. Se quitó uno; con él se azotó suavemente, se acarició el cinturón de castidad y, luego, me fustigó la cara. Estuve a punto de desmayarme. Volví a agarrar a Mooshum. El anciano resollaba de placer. Sonja me abofeteó en el ojo con el otro guante. Los tambores comenzaron a retumbar. El vientre y las caderas de Sonja empezaron a girar a otro ritmo: tan veloces que sus movimientos se desdibujaron. Mooshum me tendió la botella. Me atraganté. Sonja daba vueltas sobre sí misma. Me dio una patada en la rodilla. Me encorvé, dolorido, pero sin apartar los ojos de ella. Los tambores callaron. Jugueteó con las tiras de cuero que abrochaban su armadura-sujetador hasta que de golpe lo dejó caer. Y allí estaban. Luciéndolo tan solo unas borlas doradas que giraban, primero hacia un lado y luego hacia el otro, hipnotizándonos. Yo ya estaba mareado cuando el tambor dejó de sonar. Mooshum tenía la respiración entrecortada e irregular. Oí la cinta que chirriaba. Tiró de los cordones de las sandalias, se las quitó y me las lanzó a la cabeza. Retiró el cono del pelo y el cabello cayó en cascada, enmarcándole el rostro. También me lanzó el cono. Descalza, se acercó y comenzó a contonear las caderas al son de los aullidos de los lobos; pero cuando se introdujo la mano en la braguita de hierro y extrajo lentamente una llave sujeta a una cuerda de seda, Mooshum estaba preparado. Le arrebató la llave de los dedos y, sin el menor temblor en su anciana muñeca, abrió el candado, lo desenganchó y lo arrojó a un lado hasta que apareció un tanga de piel negra, aterciopelada y mullida. Bueno, era una piel de conejo. Qué más da. Se sentó a horcajadas en el regazo de Mooshum, pero cuidándose de no apoyar todo su peso. Se sujetó los pechos adornados con borlas en sus manos ahuecadas.

Feliz cumpleaños, abuelo, dijo.

La sonrisa de Mooshum resplandecía. Unas lágrimas le caían por los surcos de las mejillas. La abrazó por la cintura y apoyó la frente entre sus pechos, y tomó una profunda y sonora inspiración. No volvió a tomar otra.

Oh, no. Sonja apartó los brazos y le recostó con cuidado sobre el catre. Apoyó la

oreja en su pecho y escuchó.

No le oigo el corazón.

Yo también me aferré a Mooshum. ¿Le hacemos el boca a boca? ¿La reanimación cardiopulmonar? ¿Qué hacemos? ¿Sonja?

No lo sé.

Le miramos. Tenía los ojos cerrados. Sonreía. Parecía el hombre más feliz que yo había visto jamás.

Ahora está en un sueño, dijo Sonja con dulzura. Sus palabras brotaron entre sollozos. Se va. No hay que molestarle. Se inclinó sobre Mooshum, para peinarle el cabello hacia atrás mientras le hablaba en voz muy baja.

Mooshum abrió los ojos de pronto, le sonrió y volvió a cerrarlos.

¡Tal vez siga latiéndole el corazón después de todo! Sonja se arrodilló y apoyó de nuevo la oreja en su pecho, mordiéndose el labio.

Oigo algún latido, dijo, aliviada.

Aturdido, escruté a Mooshum en busca de alguna señal de vida. Pero el anciano no movió un músculo.

Recoge mis cosas, me ordenó Sonja, con la cabeza todavía apoyada en el pecho de Mooshum. Sí, prosiguió. Late. Solo que muy lentamente. Creo que ha respirado.

Recorrí la habitación recogiendo sus cosas, las llevé al cuarto de baño y las guardé en la bolsa de la compra. Llevé a la habitación el chándal y sus deportivas y me di la vuelta mientras se cambiaba. No quería mirarla.

Cuando ya estuvo vestida, cogió la bolsa de la compra que contenía su atuendo de *stripper* y la soltó a mis pies.

Quédatela, córrete en ella. Me da igual, dijo. Recogió del suelo una borla que se me había pasado y me la lanzó a la cara.

Lo siento de veras, balbucí.

Disculparte no cambiará nada. Pero me trae sin cuidado. ¿Sabes de dónde soy?

No.

De las afueras de Duluth. Una bonita ciudad, ¿verdad?

Sí, supongo que sí.

Fui a una escuela católica. Terminé octavo. ¿Sabes cómo salí adelante?

No.

Mi madre. Mi madre era católica. Sí. Iba a la iglesia. Ella... trabajaba en los barcos. ¿Sabes lo que hacía?

No.

Iba con hombres, Joe. ¿Sabes lo que eso significa?

Farfullé algo.

Así fue como vine a este mundo, para empezar. También intentaba quedarse con lo que ganaba. ¿Sabes lo que eso significa, Joe?

No.

Recibía muchas palizas. También se drogaba. ¿Y adivina qué? Nunca conocí a mi padre. Jamás le vi, pero mi madre era buena conmigo algunas veces, otras no. No importa. Abandoné los estudios y tuve a mi hija. No aprendí nada. Nada de nada. Mi madre decía que si no tenías nada, podías hacer *striptease*. Solo bailar, ¿sí? Sin hacer nada más, solo bailar. Tenía una amiga que lo hacía y ganaba dinero. Dije que sí, que no haría nada más. ¿Crees que hice algo más?

No.

Me quedé atrapada en esa vida. Después conocí a Whitey. Abrieron más bares de alterne durante la temporada de caza. Whitey me tiró los tejos. Me siguió por todo el circuito. Whitey comenzó a protegerme. Me pidió que lo dejara. Vente a vivir conmigo, me dijo. No le pregunté si se casaría conmigo. ¿Sabes por qué, Joe?

No.

Te lo diré. No pensaba que yo fuera digna de que nadie se casara conmigo. Por eso. No era digna de que nadie se casara conmigo. ¿Por qué habría de casarse conmigo un imitador de Elvis ya talludito con un puente por dentadura, un viejo que no ha estudiado más que yo, un borracho que me pega, eh?

No lo sé. Yo pensaba...

Tú pensabas que estábamos casados. Pues no. Whitey no me hizo ese honor, aunque sí me dio un anillo barato. Ahora me importa una mierda. Y tú. Te traté bien, ¿no?

Sí.

Pero, durante todo este tiempo, solo te morías de ganas. Te comías mis tetas con los ojos, disimuladamente, cuando pensabas que no me daba cuenta. ¿Crees que no lo sabía?

Mi rostro estaba tan colorado y ardiente que me quemaba la piel.

Sí, me daba cuenta, prosiguió Sonja. Míralas bien ahora. Acércate. ¿Ves esto?

No podía mirar.

Abre tus putos ojos.

Miré. Una delgada cicatriz blanca recorría el lateral y la areola del pezón de su pecho izquierdo.

Me lo hizo mi mánager con una cuchilla de afeitar, Joe. Me había negado a irme con un grupo de cazadores. ¿Crees que me asustan tus amenazas?

No.

Eso es, no. Estás llorando, ¿verdad? Lloro todo lo que quieras, Joe. Muchos hombres lloran después de hacerle daño a una mujer. Ya no tengo hija. Te consideraba como a un hijo. Pero has resultado ser otra mierda de tío. Otro puto capullo que solo piensa en sí mismo, Joe. Eso es lo que eres.

Sonja se marchó. Me quedé con Mooshum. El tiempo se desplomó. En mi cabeza

retumbaba un tictac como si fuera un reloj. A veces, la respiración de los ancianos se vuelve tan tenue que apenas puede percibirse. La tarde transcurrió y el aire se tornó triste antes de que al fin se moviera. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Fui corriendo a buscar agua y le ofrecí un sorbo.

Sigo aquí, dijo, con voz débil y decepcionada.

Permanecí sentado al lado de Mooshum, en el borde del catre, reflexionando sobre su deseo de tener una muerte feliz. Yo había tenido la oportunidad de ver la diferencia entre el pecho derecho y el pecho izquierdo de Sonja, pero desearía no haberla tenido. Sin embargo, me alegraba de haberlo hecho. Aquel conflicto interno me distorsionaba la mente. Aproximadamente quince minutos antes de que Clemence y Edward regresaran con el congelador, bajé la vista hacia mis pies y descubrí la borla dorada junto a una pata del catre. La recogí y me la guardé en el bolsillo de mis vaqueros.

No guardo la borla en ninguna caja especial ni nada, ya no. Se halla en el primer cajón de mi cómoda, donde acaban amontonándose las cosas, como el mustio y desparejado calcetín en el que Mooshum guardaba el dinero. Si mi esposa se ha fijado alguna vez en que la tengo, jamás lo ha mencionado. Nunca le hablé de Sonja, no realmente. No le conté cómo arrojé el resto del traje de Sonja al cubo de la basura junto a las oficinas tribales, donde la Oficina de Asuntos Indios era contratada para recogerla. Nunca sabría que yo había guardado la borla de recuerdo en un lugar donde la podía encontrar de casualidad, a propósito. Porque cada vez que la miraba, me recordaba la manera en que yo traté a Sonja y en que Sonja me trató a mí, o cómo la amenacé y todo lo que aquello desencadenó, cómo yo solo era otro tipo más. Cómo eso acabó conmigo una vez que pude reflexionar sobre ello. Un puto capullo que solo piensa en sí mismo. Tal vez lo fuera. Aun así, después de meditar sobre ello durante mucho tiempo —de hecho, toda mi vida—, quise ser un poco mejor.

Doe había construido una pequeña terraza delante de la casa y estaba llena de desechos útiles, como solían estarlo todas nuestras terrazas. Había neumáticos de nieve almacenados en bolsas de basura negras, gatos oxidados, una parrilla hibachi torcida, herramientas machacadas y juguetes de plástico. Cappy estaba repantigado en medio de todos esos desperdicios en una desvencijada tumbona. Se pasaba las dos manos por el pelo mientras observaba las tablas de madera llenas de arañazos de perro. Ni siquiera levantó la mirada cuando me acerqué a él y me senté en un viejo banco de picnic.

Hola.

Cappy no reaccionó.

Ya, *aaniin*...

Todavía nada.

Después de un rato de conversación insustancial, salió a la luz que Zelia se había vuelto a Helena con el grupo de la iglesia, algo que yo ya sabía, y después de otro tanto de conversación más insustancial, Cappy soltó: Zelia y yo... hicimos algo.

¿Algo?

Lo hicimos todo.

¿Cómo que todo?

Todo lo que se nos ocurría... Bueno, puede que haya más cosas, pero intentamos...

¿Dónde?

En el cementerio. La noche del cumpleaños de Mooshum. Y después de que ya hiciéramos un par de cosas allí...

¿Sobre una tumba?

Yo qué sé. Estábamos en los alrededores de las sepulturas, en los laterales. No encima de una tumba.

Eso está bien. Podría traer mala suerte.

Seguro. Luego entramos en el sótano de la iglesia. Y lo hicimos un par de veces más allí.

¿¡Qué!?

En el aula de catequesis. Hay una alfombra.

Me quedé callado. Me zumbaba la cabeza. Qué fuerte, dije al fin.

Sí. Después, ella se marchó. No puedo hacer nada. Me duele. Cappy me miró con cara de perrito moribundo. Se golpeó el pecho mientras susurraba: Me duele aquí.

Mujeres, dije.

Me miró.

Te matarán.

¿Tú cómo lo sabes?

No respondí. Su amor por Zelia no se parecía al mío por Sonja, que se había convertido en algo contaminado por la humillación, la traición e incluso por intensas oleadas de emoción que me desgarraban por dentro y me dejaban noqueado. Por el contrario, el amor de Cappy era puro. Su amor apenas comenzaba a manifestarse. Elwin tenía una pistola para tatuajes con la que comerciaba. Cappy dijo que quería ir a verle para que Elwin le tatuara en el pecho el nombre de Zelia en letras grandes.

No, repliqué. Venga, no lo hagas.

Se levantó. ¡Voy a hacerlo!

Solo pude convencerle de que esperara explicándole que, cuando le crecieran los pectorales con el entrenamiento, las letras podrían ser aún más grandes. Nos quedamos sentados allí mucho tiempo, mientras yo intentaba distraer a Cappy, sin

resultado. Al final opté por marcharme cuando Doe volvió a casa y mandó a Cappy ponerse manos a la obra con la pila de madera. Cappy se encaminó hasta el hacha, la cogió y comenzó a partir la leña con golpes tan enloquecidos que temí que terminara cortándose una pierna y le dije que se relajara un poco; pero en su lugar me fulminó con la mirada y golpeó un leño con tanta fuerza que salió disparado hacia arriba, a tres metros de altura.

Deambulando de vuelta a casa, donde se suponía que habían regresado mis padres esa misma tarde, me invadió de nuevo esa sensación de no querer estar allí. Pero tampoco quería ir a ningún sitio donde pudiera encontrarme con Sonja. Pensar en ella me hacía pensar en todo lo demás. Asomó a mi cabeza la imagen de ese retal de tela de cuadros azules y blancos, así como la certeza —que no dejaba de apartar de mi mente— de que aquella muñeca había estado en ese coche. Al tirar la muñeca a la basura, sin duda yo había destruido alguna prueba, e incluso tal vez algo que nos hubiera podido conducir hasta el paradero de Mayla. Hasta el sitio donde se encontraba, en un lugar tan oscuro que ni siquiera los perros pudieron dar con ella. Aparté de mi mente cualquier pensamiento sobre Mayla. Y sobre Sonja. También intenté no pensar en mi madre. En lo que podía haber pasado en Bismarck. Todos estos pensamientos eran los motivos por los cuales yo no deseaba volver a casa ni tampoco estar solo. Me invadían y me nublaban la mente. Incluso mientras pedaleaba, intenté expulsar esos pensamientos de mi cabeza llevando la bicicleta por los montículos de tierra de detrás del hospital. Comencé a precipitarme con furia por las pendientes, arriba y abajo, saltando tan alto que mis huesos se sacudían cada vez que aterrizaba. Giraba bruscamente y derrapaba. Levantaba nubes de polvo, que me llenaban la boca hasta que acabé mareado, sediento y empapado en sudor, de modo que por fin podía irme a casa.

Pearl me había oído llegar con la bicicleta y aguardaba a la entrada del camino que conducía hasta casa. Me bajé de la bici y apoyé mi frente en la suya. Anhelé poder intercambiarle por ella. Estaba sujetando a Pearl cuando oí gritar a mi madre. Lo hizo otra vez. Después, oí a mi padre hablándole en voz baja entre sus chillidos. La voz de mi madre cambió bruscamente y enmudeció, del mismo modo en que yo había estado montando en bicicleta, golpeándose contra el suelo con furia, hasta que finalmente disminuyó y se convirtió en un murmullo desconcertado.

Me quedé fuera, sujetando la bicicleta, apoyado en ella. Pearl esperaba a mi lado. Al fin, mi padre salió por la puerta trasera y encendió un cigarrillo, algo que nunca le había visto hacer. Tenía el rostro agotado y amarillo. Sus ojos estaban tan enrojecidos que parecían inyectados en sangre. Se giró y me vio.

Lo han soltado, ¿verdad?, dije.

No contestó.

¿A que sí, papá?

Al cabo de un momento, dio varias caladas y bajó la mirada.

Todo aquel veneno eléctrico que había conseguido exudar de mi cuerpo montando en bicicleta me anegó de nuevo y comencé a despotricar contra mi padre con palabras. Palabras estúpidas.

Tú solo detienes a borrachos y a ladrones de perritos calientes.

Me miró con sorpresa; después, se encogió de hombros y desprendió la ceniza del cigarrillo sacudiéndolo con los dedos.

No te olvides de los infractores de la ley ni de los casos de patria potestad.

¿Infractores? Sí, claro. ¿Existe algún lugar en la reserva donde esté prohibido aparcar?

Prueba en el aparcamiento del presidente tribal.

Y la patria potestad. Nada más que sufrimiento. Tú mismo lo dijiste. Tienes cero autoridad, papá. Un cero como una casa. No puedes hacer nada. ¿Para qué, además?

Tú ya lo sabes.

No. No lo sé, le grité y entré en casa para estar con mi madre, pero ya no había nadie con quien estar cuando llegué. Mi madre tenía la mirada vacía, clavada en la superficie blanca del refrigerador; cuando me puse delante de ella, habló con voz serena y extraña.

Hola, Joe.

Después de que entrara mi padre, mi madre subió por las escaleras con paso lento y piadoso, acompañada de mi padre, que le sujetaba el brazo.

No la dejes sola, papá, por favor. Se lo dije aterrado al ver que bajaba solo. Pero ni siquiera me miró para contestarme. Me crucé en su camino con torpeza, moviendo las manos.

¿Por qué lo haces?, le increpé con brusquedad. ¿Para qué te molestas?

¿Quieres saberlo?

Se levantó, se dirigió al refrigerador y rebuscó en el interior hasta sacar algo del fondo de la última balda. Lo llevó a la mesa. Era uno de los guisos de Clemence, que no se había comido y que llevaba allí tanto tiempo que los fideos se habían ennegrecido; sin embargo, había permanecido lo bastante cerca de los tubos de refrigeración como para congelarse y no apestaba, de momento.

Que por qué sigo. ¿Quieres saberlo?

Con un sonoro y brusco golpe dio la vuelta al recipiente sobre la mesa. Lo levantó. La mezcla aparecía jaspeada con hilitos blanquecinos pero mantenía su forma rectangular. Mi padre se levantó de nuevo y sacó el cajón de los cubiertos del armario de la cocina. Pensé que se había vuelto loco finalmente y, mientras le observaba, apenas pude hablar.

¿Papá?

Voy a explicártelo, hijo.

Se sentó y agitó un par de tenedores hacia mí. Después, con serena concentración, depositó con cuidado sobre el estofado congelado un gran cuchillo de trinchar y comenzó a clavar alrededor un tenedor tras otro, añadiendo de vez en cuando alguna cuchara, un cuchillo de untar, un cazo y una espátula, hasta que convirtió ese revoltijo en una extraña escultura. Acercó los otros cuatro cuchillos de carnicero, que mi madre siempre mantenía muy afilados. Eran buenos cuchillos, de acero y con mango de madera. Los colocó en un equilibrio precario encima del resto de la cubertería. Después, se recostó y se acarició la barbilla.

Ya está, dijo.

Debí de parecer muy asustado. Estaba asustado. Su comportamiento era el de un loco.

¿Ya está qué, papá?, pregunté con cautela. Del mismo modo en que uno habla con una persona que delira.

Se acarició la canosa y rala barba.

Ahí tienes la ley india.

Asentí y miré esa construcción de cuchillos y cubertería de plata sobre un estofado reblandecido.

Está bien, papá.

Me señaló la parte de debajo de la composición y me miró arqueando las cejas.

Eh... ¿Decisiones infectas?

Has estado mirando el viejo manual de Cohen de mi padre. Serás abogado si no acabas antes en la cárcel. Pinchó los hilos de fideos negros. Fíjate en el caso *Johnson contra McIntosh*. Estamos en 1823. Los Estados Unidos han cumplido solo cuarenta y siete años de existencia, y todo el país se centra en apoderarse de las tierras indias lo más rápido posible y de todas las maneras posibles ideadas por el hombre. La especulación inmobiliaria es la bolsa de valores de aquellos tiempos. Todo el mundo se lanzaba a ello. George Washington. Thomas Jefferson. Así como John Marshall, presidente del Tribunal Supremo, quien emitió un dictamen en este caso e hizo la fortuna de su familia. La locura por las tierras se le escapa de las manos al Gobierno recién constituido. Los especuladores adquieren derechos sobre tierras otorgadas a los indios mediante tratados y sobre tierras que siguen siendo propiedad de los indios que las ocupan todavía: el hombre blanco apuesta literalmente por la viruela. Si consideramos todos los descarados sobornos que hicieron falta para llevar a juicio este desagradable asunto, defendido por nada menos que Daniel Webster, la sentencia resulta asombrosa. Lo llamativo no era, no obstante, la sentencia en sí misma, que todavía apesta, sino las *obiter dicta*, las palabras incidentales y adicionales de la argumentación. El presidente del Supremo, Marshall, puso todo su empeño en despojar a los indios de todos sus títulos de propiedad de todas las tierras

conocidas —es decir, «descubiertas»— por los europeos. Básicamente sostuvo la doctrina medieval de descubrimiento para un gobierno cuyos pilares eran supuestamente los derechos y las libertades individuales. Marshall confirió toda la titularidad de las tierras al Gobierno y concedió a los indios tan solo el derecho de ocuparlas, un derecho que podía serles revocado en cualquier momento. Incluso a día de hoy, se sigue recurriendo a sus palabras para continuar con el expolio de nuestras tierras. Pero lo que de verdad hiere la inteligencia de cualquier persona es que el lenguaje que utilizó ha sobrevivido en la ley: que si éramos unos salvajes que vivíamos del bosque y que si dejarnos las tierras a nosotros significaba dejarlas baldías e improductivas; que si nuestro carácter y nuestra religión suponen una impronta tan inferior que ha de reivindicar su ascendencia, por supuesto, el genio superior de Europa, etc., etc.

Entonces lo entendí. Señalé la parte inferior de aquel mejunje.

Supongo que eso es *Lobo Solitario contra Hitchcock*.

Y el caso *Tee-Hit-Ton*.

Pregunté a mi padre acerca del primer cuchillo que había colocado sobre el estofado, para estabilizarlo.

Worcester contra Georgia. Ésos serían fundamentos más sólidos. Pero esto de aquí... Mi padre pinchó con la punta del tenedor un trozo especialmente repugnante y pringoso de aquella mezcla. Esto es lo que yo aboliría ahora mismo si tuviese el poder de un chamán de cine. *Oliphant contra Suquamish*. Sacudió el tenedor y me llegó el hedor. Nos arrebataron el derecho de actuar judicialmente contra los no indios que hubieran cometido algún delito en nuestras tierras. De modo que aunque...

No pudo continuar. Yo esperaba que pronto limpiaríamos toda esa porquería, pero no.

De modo que aunque yo pudiera procesar a Lark...

Vale, papá, dije, más calmado. Entonces ¿por qué lo haces? ¿Por qué sigues aquí?

El estofado comenzaba a rezumar y a derretirse. Mi padre había colocado los diferentes cubiertos y cuchillos para que armaran un edificio que se sostuviera solo. Había suspendido los buenos cuchillos de mi madre con cuidado. Asintió mientras los miraba.

Éstas son las decisiones que yo y muchos otros jueces tribales intentamos tomar. Decisiones sólidas sin ninguna argumentación inconsistente y dispersa vinculada a ellas. Todo lo que hacemos, por muy insignificante que parezca, ha de estar atado y bien atado. Intentamos construir aquí una base sólida para nuestra soberanía. Intentamos presionar los límites de lo que se nos permite hacer y dar un paso más allá. Nuestras actas serán examinadas con lupa por el Congreso algún día y se tomará la decisión de ampliar o no nuestra jurisdicción. Algún día. *Nosotros queremos tener el derecho de poder enjuiciar a delincuentes y asesinos de todas las razas en todas*

las tierras que se hallan dentro de nuestras fronteras originales. Por eso intento dirigir un tribunal con extremo rigor, Joe. Lo que yo estoy haciendo ahora es para el futuro, aunque puede que a ti te parezca nimio o insignificante o absurdo.

Ahora éramos los dos, Cappy y yo, quienes intentábamos partirnos la crisma en el circuito ciclista. Lo había llevado al solar en obras, porque Cappy había cortado en pedazos cada trozo de leña de su jardín hasta reducirlos todos a astillas. Aun así, no le bastaba y quería salir y montar los ponis de Sonja. En su estado de ánimo, temí que los reventara hasta matarlos. Además, yo no deseaba ver a Sonja, ni a Whitey tampoco. Pero estaba desesperado por distraer a Cappy, así que le prometí que, en cuanto hubiéramos dado una vuelta por ahí y encontráramos a Angus, iríamos a montar a caballo, aunque no hablaba en serio. De vez en cuando, al descansar o tras caernos, Cappy se llevaba la mano al corazón donde algo crujía. Al final le pregunté qué era.

Es una carta suya. Y yo le he contestado, confesó.

Nos hallábamos sin aliento tras echarnos unas carreras. Sacó la carta, la agitó ante mis ojos y, acto seguido, la guardó con cuidado en el sobre rasgado. Zelia tenía la típica letra bonita y redonda de chica de instituto, con pequeños círculos sobre las íes. Cappy agitó otro sobre, este cerrado, con el nombre y la dirección de Zelia.

Necesito un sello, dijo.

Así que nos dirigimos a la oficina de correos. Esperaba que Linda no estuviese trabajando ese día, pero lo estaba. Cappy sacó dinero y compró el sello. Yo no miré a Linda, pero percibí sus ojos tristes y saltones sobre mí.

Joe, dijo Linda. He preparado ese pan de plátano que tanto te gusta.

Pero le di la espalda y salí por la puerta a esperar a Cappy.

Esa mujer me ha dado esto para ti, dijo Cappy. Me tendió un ladrillo envuelto en papel de aluminio. Lo sopesé. Nos montamos en las bicicletas y fuimos en busca de Angus. Pensé en tirar el pan de plátano contra un muro o en una zanja, pero no lo hice. Lo sujeté.

Llegamos a la casa de Angus. Salió, pero nos dijo que su tía le obligaba a ir a confesarse, lo cual nos provocó una enorme carcajada.

¿Qué es eso?, preguntó señalando el ladrillo que yo llevaba en la mano.

Pan de plátano.

Tengo hambre, dijo. Así que se lo lancé y se lo comió mientras nos dirigíamos a la iglesia. Se lo comió entero, lo cual fue un alivio para mí. Arrugó el papel de aluminio hasta formar una bola y se lo guardó en el bolsillo. Lo redimiría junto con sus latas. Yo había dado por sentado que mientras Angus entraba en la iglesia para

confesarse, Cappy y yo esperaríamos fuera, bajo el pino, donde había un banco, o más abajo, en el parque infantil, aunque no teníamos cigarrillos para fumar. Pero Cappy dejó su bicicleta en el aparcabicicletas, junto a la de Angus, de modo que yo también aparqué la mía.

Oye, dije, ¿vas a entrar?

Cappy ya había subido la mitad de los escalones. Angus dijo: No, tíos, podéis esperar fuera. No pasa nada.

Voy a confesarme, anunció Cappy.

¿Qué? Pero ¿al menos estás bautizado? Angus se detuvo.

Sí. Cappy siguió avanzando. Claro que sí.

Ah, respondió Angus. ¿Y te has confirmado?

Sí, contestó Cappy.

¿Cuándo te confesaste por última vez?, preguntó Angus.

¿Y a ti qué carajo te importa?

A ver, el padre Travis te lo va preguntar.

Y se lo diré.

Angus me miró. Cappy parecía hablar muy en serio. Tenía un gesto que no le había visto nunca, o para ser más exacto, su gesto y la expresión de sus ojos cambiaban constantemente de la desesperación y la ira a un dulce y embobado éxtasis. Me dejó tan desconcertado que le agarré por los hombros y le hablé cara a cara.

No puedes hacerlo.

Entonces Cappy hizo algo que me dejó aterrado. Me abrazó. Cuando dio un paso atrás, advertí que Angus estaba todavía más consternado que yo.

Anda, creo que me he equivocado de hora, dijo. Por favor, Cappy, vámonos a nadar.

No, no, no te has equivocado de hora, respondió Cappy. Nos tocó en el hombro. Entremos.

La iglesia se hallaba casi vacía. Unas pocas personas aguardaban ante el confesionario y otras pocas rezaban a los pies de la Santísima Virgen, donde se encontraba un lampadario con velas que titilaban en pequeñas tulipas de plástico rojo. Cappy y Angus se deslizaron en el último banco, donde se inclinaron de rodillas. Angus se encontraba más cerca del confesionario. Me miró de soslayo por encima de la cabeza agachada de Cappy, puso los ojos en blanco y me señaló la puerta de la iglesia con la cabeza, como para decir: ¡Sácale de aquí! Después de que Angus entrara en el confesionario y cerrara la cortinilla de terciopelo, asomó la cabeza y puso otra vez la misma cara. Me acerqué a Cappy y le susurré: Primo, por favor, te lo suplico, larguémonos de aquí. Pero Cappy tenía los ojos cerrados y no mostró la

menor señal de haberme oído. Cuando Angus salió, Cappy se levantó como un sonámbulo, entró en el confesionario y cerró la cortinilla.

Se oyeron ruidos arcanos: la ventanilla del sacerdote que se desliza, susurros que van y vienen... y entonces una explosión. El padre Travis salió hecho una furia por la puerta del confesionario y habría atrapado a Cappy de no haberse escabullido rodando por debajo de la cortinilla y arrastrado medio a gatas por el banco. El padre Travis corrió hacia el fondo para bloquear la salida, pero Cappy ya nos había sobrepasado a toda velocidad, saltando por encima de los bancos en dirección al atrio, y había aterrizado en los asientos con una serie de saltos impresionantes, que le condujeron casi hasta el altar.

El rostro del padre Travis había empalidecido tanto que sus pecas rojizas, que solían ser invisibles, destacaban ahora como si se las hubiera pintado con un lápiz afilado. No cerró las puertas con llave tras él antes de dirigirse hacia Cappy: un error. No contó tampoco con la celeridad de Cappy, ni con la práctica que tenía a la hora de escapar de su hermano mayor en un espacio reducido. De modo que por mucho entrenamiento militar que tuviese el padre Travis, cometió graves errores tácticos mientras perseguía a Cappy. Parecía que el cura podía recorrer la nave central y atrapar a Cappy con facilidad detrás del altar, y Cappy se aprovechó de ello. Se mostró desorientado y dejó que el padre Travis se acercara al crucero antes de dar un repentino salto hacia una nave lateral y fingir que tropezaba, lo cual llevó al cura a girar a la derecha en su dirección por una de las filas. En cuanto el sacerdote se halló por la mitad de la hilera, Cappy bajó los reclinatorios y se precipitó a toda velocidad hacia la puerta abierta, donde aguardábamos junto a dos ancianos boquiabiertos. El padre Travis habría podido cortarle el paso si hubiera dado media vuelta corriendo, pero intentó salvar el reclinatorio y acabó abalanzándose junto al Vía Crucis. Cappy salió del templo. El padre Travis poseía una zancada más larga y acortó distancias, pero en lugar de bajar las escaleras a toda velocidad, Cappy, que tenía mucha práctica, como todos nosotros, en deslizarse por el pasamanos de hierro, tomó impulso y dio un elegante salto que le envió sin orden ni concierto por el camino de tierra, con el padre Travis pisándole los talones de tal forma que no pudo coger la bicicleta.

Cappy llevaba puestas sus estupendas zapatillas, pero el padre Travis también, advertí. No estaba corriendo con sus sobrias y oscuras ropas clericales; tal vez había estado jugando al baloncesto o había salido a correr antes de pasarse para oír a sus feligreses en confesión. Ambos corrieron con todas sus fuerzas por la polvorienta carretera de grava que unía la iglesia con el pueblo. Cappy cruzó la carretera principal con audacia y el padre Travis le siguió los pasos. Cappy atajaba por jardines y patios que conocía bien hasta desaparecer. Pero incluso con la casulla, que había levantado y remetido en el cinturón, el padre Travis andaba justo detrás, en dirección al bar Dead

Custer y a la gasolinera de Whitey. Nos quedamos pasmados ante las musculosas y pálidas pantorrillas del padre Travis que se desdibujaban bajo el sol.

¿Qué hacemos?

Mantenernos alerta, respondí.

Angus y yo sacamos nuestras bicicletas del aparcabicicletas y sujetamos la de Cappy en el medio. Esperábamos que hubiera cogido la suficiente delantera como para poder saltar sobre la bici y así escapar todos juntos. Observamos la franja de carretera que divisábamos por encima de los árboles, porque por allí era por donde aparecería Cappy si no le atrapaba antes el padre Travis. Pronto surgió Cappy. Muy poco después, el sacerdote. Luego ambos se evaporaron y Angus dijo: Intenta darle esquinazo zigzagueando entre todas esas viviendas de la Oficina de Asuntos Indios. También conoce muy bien esos patios. Nos giramos para observar la siguiente zona de carretera por donde debían aparecer, y de nuevo Cappy fue el primero, seguido muy de cerca por el padre Travis. Cappy conocía las puertas principales y traseras de cada edificio y entró y salió volando del hospital, la tienda de comestibles, la residencia de ancianos y el diminuto casino que teníamos por entonces. Retrocedió para atravesar otra vez el Dead Custer y entró y salió de la gasolinera de Whitey. Tomó el camino que habíamos cogido y que pasaba por delante de la casa de la vieja señora Bineshi, con la esperanza de sorprender a los perros para que éstos le dieran una buena dentellada a la casulla del padre Travis; pero ambos consiguieron salir ilesos. Cappy descendió la colina a toda velocidad serpenteando de un lado a otro y atravesó el cementerio; entonces ambos hicieron un bucle que los llevó hasta el parque infantil. Era fascinante observarlos. Cappy puso en movimiento los columpios y trepó con agilidad por las barras metálicas hasta dejarse caer con suavidad al otro extremo. El padre Travis aterrizó como un simio golpeándose los nudillos contra el suelo, pero no se detuvo. Corrieron colina arriba, dos minúsculos puntos que se agrandaban a medida que Cappy se abalanzaba hacia nosotros, dispuesto a saltar sobre la bicicleta que sujetábamos para poder salir pitando. Lo habríamos conseguido. Él lo habría logrado. A punto estuvo. El padre Travis dio un acelerón que le dejó a un soplo del cuello de la camisa de Cappy. El joven se escabulló de esa mano, pero ésta se volvió a abatir y agarró la rueda trasera de la bicicleta.

Cappy bajó de un salto, pero el padre Travis, con el rostro amoratado, sin apenas resuello, le atrapó por los hombros y le levantó por la fuerza. Angus y yo habíamos soltado nuestras bicicletas para acudir en su defensa. Aunque no sabíamos a ciencia cierta lo que Cappy había planeado confesar, ahora resultaba evidente. Había confesado lo que nos temíamos que confesara.

Padre, esto no tiene buena pinta, intervino Angus.

Suéltelo, por favor, padre Travis. Intenté imaginarme la voz de mi padre en la misma situación. Cappy es menor de edad, proseguí. Quizás fuese una tontería, pero

el cura agarraba ahora a Cappy por la camisa y había alzado el puño, deteniendo la mano en el aire.

Un menor, continué, que acudió a usted en busca de ayuda, padre Travis.

Un rugido semejante al de Worf se apoderó del padre Travis, y arrojó a Cappy contra el suelo. Llevó un pie hacia atrás, pero Cappy rodó fuera de su alcance. Recogimos las bicicletas, porque el padre Travis se había quedado inmóvil. Permanecía allí de pie, jadeando fuertemente, con la cabeza gacha, mirando desde debajo de sus cejas. De alguna manera nos habíamos apoderado de la autoridad moral en ese momento y lo sabíamos. Nos montamos en las bicicletas.

Que tenga un buen día, padre, dijo Angus.

El padre Travis nos siguió con la mirada mientras nos alejábamos.

¡Joder!, reocriminé a Cappy más tarde. ¿En qué estabas pensando?

Cappy se encogió de hombros.

Le contaste lo del sótano de la iglesia, ¿verdad?

Todo, respondió Cappy.

Joder.

Clemence frunció el ceño ante mi lenguaje.

Lo siento, tía, dije. Habíamos ido a la casa de Clemence y Edward con la esperanza de encontrarlos comiendo, pero no lo estaban, aunque no importaba, porque Clemence sabía por qué habíamos ido a verlos y enseguida calentó sus típicos macarrones de hamburguesa, nos sirvió su típico té de labrador de los pantanos, mezclado tan solo para nosotros con una lata de limonada. Sirvió a Mooshum, porque el anciano siempre comía cuando alguien más comía, pero sus temblores se habían acentuado y no podía tomar sopa.

¿Por qué se lo has contado?, le pregunté.

No lo sé, respondió Cappy. Tal vez por lo que nos contó sobre su chica. O por aquello que me dijo: «Tú serás quien se fije en ella», ¿os acordáis?

Él habló de fijarse, no de lo que tú ya sabes. Yo trataba a Cappy con mucha delicadeza, a pesar de que Clemence estuviera escuchando en ese momento. Aunque Cappy se había acostado con la chica, estaba en un plano superior, de modo que no empleé ninguna expresión que contuviera «sexo». Se molestaba cuando se asociaban esas palabras con cualquier cosa relacionada con Zelia y él.

Podías haberte dirigido a tu padre, o a tu hermano mayor, y haber hablado con ellos, dije.

Pero me alegro de haber recurrido al padre Travis, sostuvo Cappy con una sonrisa.

La huida de Cappy ya se estaba haciendo famosa y su reputación iba a dispararse. El padre Travis tampoco salía mal parado, dado que nunca habíamos tenido a un cura en semejante forma física.

¡Hay que ver el tamaño de los músculos de sus pantorrillas!, exclamó Clemence.

El último cura no hubiera podido correr ni diez metros, bromeó Mooshum. Le vi tumbado en nuestro jardín una vez, totalmente borracho. Ese viejo cura pesaba más que tú y tus flacuchos amigos juntos. Soltó una risotada socarrona. Pero este nuevo tiene su orgullo. Va a necesitar muchas oraciones para superar la fuga de Cappy.

Que Dios ayude a las taltuzas esta semana, apuntó el tío Edward mientras atravesaba la habitación.

Clemence trajo un paño de cocina y lo ató alrededor del cuello de Mooshum. Entre bocado y bocado, el anciano dijo: ¿Os he contado alguna vez, chicos, aquella ocasión en que dejé atrás a Johnson el Devorador de Hígados? ¿Y cómo ese viejo granuja solía perseguir a los indios para matarlos y luego arrancarles el hígado y comérselo? Ése era un *wiindigoo* blanco, pero cuando yo era joven y veloz, corría más que él y le conseguí reducir mordisco a mordisco, y le pagué con la misma moneda. Le arranqué la oreja con los dientes, y después la nariz. ¿Queréis ver su dedo pulgar?

Ya se lo has contado, intervino Clemence, concentrada en introducir algo de alimento en su anciano gaznate. Pero Mooshum quería hablar.

Escuchad bien, jovencitos. La gente cuenta que supuestamente Johnson el Devorador de Hígados escapó de unos indios tras roer con los dientes la tira de piel sin curtir con la que estaba maniatado. Cuenta la leyenda que mató al joven indio que le custodiaba y le cortó la pierna. Supuestamente ese canalla huyó con la pierna y se refugió en las tierras salvajes, donde sobrevivió comiéndosela hasta que logró alcanzar un territorio menos inhóspito.

Abre, dijo Clemence, y le llenó la boca.

Pero no sucedió así, continuó Mooshum. Pues yo estaba allí. Estaba cazando con unos guerreros pies negros cuando atraparon al Devorador de Hígados. Pensaron entregarle a los indios *crows*, porque había matado a muchos de los suyos. Yo estaba sentado al lado de aquel joven pie negro que supuestamente le custodiaba, pero él deseaba con tal ansia matar a Johnson que le hervían las manos.

Hablé con el Devorador de Hígados en la lengua de los pies negros, que él más o menos entendía. Devorador de Hígados, le dije, la mitad de los pies negros te odian tanto que van a empalarte por el culo desnudo y desollarte vivo. Pero antes te cortarán las pelotas y se las darán de comer a las ancianas delante de tus ojos.

¡Válgame Dios!, exclamó Clemence.

Los ojos del pie negro centelleaban, prosiguió Mooshum. Dije al Devorador de Hígados que la otra mitad de los pies negros deseaban atarle firmemente entre sus dos

mejores ponis de guerra para cargar a continuación en direcciones opuestas. Los ojos del joven pie negro destellaban como dos velas ante semejante panorama. Dije a Johnson el Devorador de Hígados que él debía decidir cuál de esos dos destinos prefería, a fin de que la tribu pudiese comenzar los preparativos. Después, dimos la espalda al Devorador de Hígados y nos calentamos las manos en la hoguera. Dejamos que mordiera las tiras de piel que le sujetaban las muñecas. También sus pies estaban atados con unas sólidas cuerdas. Y otra piel sin curtir le retenía por la cintura al tronco de un árbol. Tenía mucho que roer con los dientes, ninguno de los cuales era ya muy resistente. Y ésa era la idea. No habéis visto nunca los dientes de un trampero blanco, pero ellos no tienen la costumbre india de limpiárselos con la ayuda de una ramilla de abedul. Dejan que sus dientes se pudran. Se puede oler el aliento de un trampero dos kilómetros antes de avistarle. Por regla general, su aliento apesta más que el resto de su cuerpo, y eso es mucho decir, ¿eh? Los dientes del Devorador de Hígados no eran distintos a los de cualquier otro trampero. Y estaba intentado roer sus ligaduras. Cada tanto le oíamos soltar improperios y escupir: ahí se fue un diente, y luego se le cayó otro. Le infundimos tal pavor que continuó royendo hasta que no le quedaron más que las encías. Nunca más volvería a morder a un indio. Pero habíamos decidido incapacitarlo por completo. Este joven pie negro y yo. Él tenía una pócima de su abuela que le haría bizquear los ojos. En cuanto el Devorador de Hígados se quedó dormido y comenzó a roncar, le echamos el filtro en los ojos. Ya no podría acertar con los disparos. Tendría que hacerse *sheriff*. Eso si los crows no lo mataban. Aun así, no se deja viva a una serpiente de cascabel para que vuelva a morderte la próxima vez que camines por ese sendero, le dije al pie negro, aunque no tenga colmillos.

Ojalá no tuviésemos que entregarle a los crows, dijo el muchacho.

Necesitan divertirse, dije. Pero por si acaso se suelta, será mejor que nos aseguremos de que no puede apretar el gatillo de un arma. Podríamos cortarle los dedos; pero entonces los crows se quejarían de que les hemos robado una parte de él.

Hay un ciempiés, que si le pica a un hombre, se le hinchan las manos como manoplas para el resto de su vida, me explicó el pie negro. Así que encendimos pequeñas antorchas para nosotros y salimos a la caza de ese bicho; pero mientras estábamos fuera, el Devorador de Hígados logró huir. Cuando regresamos, lo único que encontramos fueron tiras roídas en el suelo, rodeadas de dientes pardos y rotos. Se había escapado. Después se inventó esa historia de que se había comido la pierna del indio porque, a no ser que tuviese una buena historia, ¿quién se creería a un pobre tipo bizco y sin dientes?

Exactamente, puntualizó Clemence.

Awee, echaré de menos a Sonja, suspiró Mooshum, guiñándome un ojo.

¿Qué?

Ah, dijo Clemence. Whitey dice que se ha marchado. Ayer fingió estar enferma y cuando él volvió a casa, encontró el armario vacío y descubrió que faltaban tanto ella como una de las perras. Se largó en su viejo y destartado coche, que él acababa de arreglar y dejar como nuevo.

¿Volverá?, pregunté.

Whitey me ha dicho que en su nota ponía que nunca. Me dijo que estaba tan destrozado que durmió con la otra perra. Sonja le había pedido que cambiara de vida y que sentara la cabeza. Totalmente de acuerdo con eso.

La noticia me dejó aturdido y le propuse a Cappy que fuéramos a alguna parte. Él dio las habituales, educadas y tradicionales gracias a Clemence y nos marchamos con las bicicletas pedaleando lentamente. Al final, aunque suponía un importante desvío, llegamos a la carretera que conducía al árbol de los ahorcados, donde Sonja y yo habíamos enterrado las libretas de ahorros. Detuvimos las bicicletas y le conté toda la historia a Cappy: cómo había encontrado la muñeca, cómo se la había enseñado a Sonja, cómo me había ayudado a guardar el dinero en las cuentas bancarias y dónde habíamos escondido esas libretas metidas en una caja metálica. Le expliqué cómo Sonja había insistido en que mantuviese la boca cerrada para no ponerle a él en peligro. Después, le hablé de los pendientes de diamantes de Sonja, de las botas de piel de lagarto y de la noche en que Whitey le dio una paliza; también de cómo ella parecía estar pensando en largarse y de cuánto dinero había encontrado yo.

Llegará lejísimos con todo eso, dijo. Apartó la mirada, ofendido.

Ya, tenía que habértelo contado.

No dijimos nada durante un tiempo.

Deberíamos desenterrar esa caja metálica de todas maneras. Solo para cerciorarnos. Quizá te haya dejado algo de dinero, dijo Cappy, con voz neutra.

Lo suficiente para comprarme unas zapatillas como las tuyas, dije mientras avanzábamos en bicicleta.

Me ofrecí a cambiártelas, dijo Cappy.

No pasa nada. Ahora ya me gustan las mías. Seguro que me ha dejado una maldita nota. Apuesto lo que sea.

Resultó que ambos teníamos razón.

Había doscientos dólares, una libreta y una hoja de papel.

Querido Joe:

El dinero en metálico es para tus zapatillas. También te dejo la libreta de ahorros para que lo utilices en estudiar una carrera en una de las mejores universidades del este.

Miré en el interior de la libreta. Había diez mil dólares.

Cuida bien de tu madre. Algún día puede que te merezcas lo bien que te ha criado. Con el dinero puedo tener una nueva vida. Se acabó lo que has visto.

Un beso, a pesar de todo.

Sonja

¿Qué coño es esto?, solté a Cappy.

¿A qué se refiere con eso de lo que has visto?

Sentí cierto apuro. Quería contarle todo acerca de ese baile, cada aullido, cada contoneo, y enseñarle la borla. Pero un extraño sentimiento de vergüenza me trabó la lengua.

Nada, respondí.

Repartí el dinero en metálico con Cappy y me guardé la libreta y la nota en el bolsillo. Al principio, no quería coger el dinero, pero luego le dije que era para que se comprara un billete de autocar para ir a ver a Zelia a Helena. Dinero para viajar. Y cerró la mano con los billetes.

Emprendimos la vuelta a casa y, a medio camino, espantamos a unos patos que descansaban en una zanja llena de agua.

Al cabo de unos tres kilómetros, Cappy se echó a reír. Tengo un chiste buenísimo. ¿Por qué los patos no vuelan en picado? No esperó a que yo contestara. Porque les da miedo estirar la pata. Todavía regodeándose en su propio ingenio, me dejó en la puerta de mi casa a la hora de la cena con mis padres. Entré y, aunque estábamos callados, ausentes y todavía con cierta conmoción, estábamos juntos. Cenamos boniatos confitados; nunca me han gustado, pero me los comí de todas maneras. Había jamón cocido y una fuente de guisantes de la huerta. Mi madre rezó una pequeña oración para bendecir los alimentos y nos pusimos a hablar de la persecución de Cappy. Incluso les conté su chiste. Nos mantuvimos alejados de la existencia de Lark o de cualquier cosa relacionada con nuestros pensamientos reales.

Capítulo diez

La piel del mal

Linda Wishkob bajó del coche y avanzó con dificultad hasta la entrada de nuestra casa. Dejé que abriera mi padre y me escabullí por la puerta trasera. Al final me aclaré las ideas sobre lo que opinaba de Linda y su pan de plátano; aunque estos pensamientos no tenían mucho sentido, no lograba liberarme de ellos racionalmente. Linda era responsable de la existencia de Linden. Había salvado a su hermano, a pesar de saber ya entonces que él era la piel del mal. Ahora Linda me repelía del mismo modo que ella le había repelido a Linden y a su madre biológica, aunque mis padres no sentían lo mismo que yo. Pero resultó que, mientras yo corría de un lado a otro con Pearl por el jardín trasero, jugando al pilla-pilla, aunque nunca nos pillábamos, sino que dábamos vueltas alrededor el uno del otro en un continuo trote, Linda Wishkob proporcionaba a mi padre cierta información. Lo que ella le contó llevó a mi padre a acompañar a mi madre a la oficina, y de vuelta a casa, durante los dos días siguientes. Al tercer día, mi padre le pidió que le escribiera la lista de la compra.

Insistía en que fuéramos nosotros a la compra en su lugar y que ella cerrara la puerta con llave y mantuviera a Pearl en casa con ella. De todo aquello deduje que Linden Lark merodeaba de nuevo por la zona. Mi mente era incapaz de ir más allá. No pensaba en ello: hacerlo me resultaba insoportable. Lo aparté de mi mente por completo cuando mi padre me pidió que le acompañara a la tienda de comestibles. Yo estaba a punto de marcharme para reunirme con Cappy y hacer una serie de nuevas y más veloces rampas para hacer saltos en el solar. Me molestaba tener que acompañar a mi padre a la tienda, pero me dijo que seríamos necesarios los dos para descifrar y encontrar con exactitud todos los artículos que mi madre quería; al ver su letra inclinada con incluso el nombre de las marcas e infinitos pequeños consejos para elegir bien, me pareció que tenía razón.

Tener una auténtica tienda de comestibles en nuestra reserva no es ninguna tontería. Antiguamente, además del almacén de productos básicos, la comida provenía de la diminuta tienda anterior: la tienda de Puffy. El viejo establecimiento vendía sobre todo artículos no perecederos —té, harina, mantequilla de cacahuete—, así como verduras procedentes de los excedentes de las huertas y carne de caza. Vendía artesanía de abalorios, mocasines, tabaco y chicles. Para conseguir comida de verdad, nuestro pueblo tenía que recorrer treinta kilómetros o más, fuera de la reserva, para llenar los bolsillos de tenderos que nos miraban con recelo y cogían nuestro dinero con desprecio. Pero ahora, con nuestra propia tienda de comestibles, gestionada por miembros de nuestra propia tribu que contrataban a nuestra propia gente para encargarse de guardar las compras en las bolsas y surtir el negocio,

teníamos algo especial. Aunque la máquina de bebidas que había delante estaba destrozada, las mágicas puertas se cerraban suavemente al paso de ralentizadas abuelas y los niños emborrataban la máquina expendedora de chicles hasta que no podían verse los colores de las golosinas, era nuestra propia tienda de comestibles. Los camiones llegaban hasta la puerta, como en cualquier otra tienda, la abastecían y se marchaban.

Mi padre y yo entramos y pasamos ante la pared repleta de carteles de *powwows* y anuncios de venta de coches. Cogimos un carro y mi padre desplegó la lista.

Judías pintas.

Le señalé que mi madre nos había indicado que agitáramos la bolsa de plástico y examináramos las legumbres que contenía para asegurarnos de que no llevara pequeñas piedras. Localizamos las judías en la sección de la pasta.

Una piedrecita moteada tendrá el mismo aspecto que una judía, dije a mi padre, mientras movía el paquete rectangular de un lado para otro.

Deberíamos llevarnos varios paquetes, comentó mi padre al tiempo que depositaba seis o siete en el carro. Éstos son baratos. Podemos poner las judías en una cazuela y, una vez en casa, buscar si hay piedras.

Concentrado de tomate, tomates en lata, Rotel, de los que llevan chiles. Cuatro latas de cada. Dos kilos de carne picada. Magra, a ser posible. Lo pone en la lista.

¿Magra? ¿Por qué querrá ella carne magra?

Con menos grasa, explicó mi padre.

A mí me gusta la grasa.

A mí también.

Metió más paquetes en el carro.

Comino, leí. En la sección de condimentos encontramos el comino.

Mi madre estaba preparando más comida de lo necesario para llevar a Clemence, y así devolverle el favor por todas sus cenas.

Leí: Lechuga, zanahorias y también cebollas; se supone que debemos oler las cebollas antes para comprobar que no estén podridas por dentro.

Fruta. La que sea, continuó mi padre, oteando la lista por encima de mi hombro. Supongo que somos capaces de tomar esa decisión solo con observar la fruta. ¿Tú que opinas?

Examinamos una pila de melones. Algunos tenían manchas. Había uvas. Todas con manchas. Había un cubo de bayas de la zona y algunas ciruelas. Mi padre eligió un melón y llenó bolsas de papel con ciruelas y una bolsa de redcilla de plástico con bayas.

Compramos pollo: uno entero troceado y con aspecto anémico. Contamos todos los trozos del envase, tal y como nos había indicado mi madre. Cogimos otra bandeja que solo contenía muslos. Compramos salsa barbacoa y patatas fritas Old Dutch, para

mí. Un par de latas de crema de champiñón también acabaron en el carro. Al final de la lista había leche y mantequilla, una caja de medio kilo de palitos envueltos, salados, y medio kilo de nata envasada, entera y azucarada.

¿Qué quiere decir con «envasada, entera»? Mi padre se detuvo a mi lado, mirando la lista con el ceño fruncido. Sujetaba en una mano un cartón de nata. ¿Por qué azucarado? ¿Por qué salado?

Yo empujaba el carro delante de mi padre, por lo que fui el primero en divisar a Linden Lark. Estaba inclinado sobre la fría luz de la vitrina de carne que se encontraba abierta. Mi padre debió de verle justo después que yo. Durante un momento no hicimos más que mirarle fijamente. Después, nos movimos. Mi padre tiró la nata, se precipitó hacia delante y agarró a Lark por los hombros. Le obligó a girarse, le empujó hacia atrás y le cogió del cuello con ambas manos. Como ya he apuntado, mi padre era un hombre un tanto torpe. Sin embargo, le atacó de forma tan instintiva, movido por una furia repentina, que mostró la agilidad de un especialista en una película de acción. Lark se golpeó la cabeza contra los estantes metálicos del refrigerador. Un paquete de manteca de cerdo cayó al suelo con estrépito y Lark resbaló en la grasa derramada, raspándose la cabeza contra la parte inferior de la vitrina y haciendo sonar todos los estantes. Las puertas acristaladas se cerraron sobre los brazos de mi padre y cayó al suelo con Lark, sin soltarle. Mi padre mantuvo la barbilla agachada. El pelo le caía sobre las orejas como en mechones y tenía el rostro ensombrecido e inyectado en sangre. Lark hacía aspavientos, incapaz de agarrar a mi padre de la misma manera. Entonces yo también me abalancé sobre él, con latas de tomate Rotel en la mano.

La cuestión es que Lark parecía estar sonriendo. Si es posible sonreír mientras te asfixias y recibes una paliza, él lo hacía. Como si nuestra agresión le excitara. Le aplasté la lata en la frente y le abrí una brecha encima del ojo. Me invadió un placer absoluto y malsano al contemplar su sangre. Sangre y grasa. Le golpeé lo más fuerte que pude y algo —tal vez la conmoción provocada por mi felicidad o por la de Lark— empujó a mi padre a saltar al cuello de Lark. El hombre dio una patada hacia arriba y lo repelió con todas sus fuerzas. Mi padre resbaló hacia atrás. Con un brusco golpe aterrizó en el pasillo, y Lark huyó encorvado, arrastrándose con dificultad.

Fue entonces cuando mi padre sufrió su primer infarto, que resultó ser uno leve. Ni siquiera uno mediano. Tan solo uno pequeño. Pero un infarto al fin y al cabo. En el pasillo del supermercado, en medio de la nata derramada y las latas que rodaban, junto al champú Prell, el rostro de mi padre se tornó de un color amarillento apagado. Respiraba con dificultad. Me miró desconcertado. Y al ver que se había llevado la mano al pecho, le pregunté: ¿Quieres que llame a una ambulancia?

Cuando asintió con la cabeza, me quedé postrado. Caí de rodillas, y Puffy tuvo que hacer la llamada.

Intentaron convencerme de que no podía acompañarle al hospital, pero me resistí. Permanecí con él. No consiguieron que lo dejara solo. Sabía lo que podía suceder si permitía que uno de mis padres se alejara demasiado.

Nos quedamos en Fargo durante casi una semana y pasamos los días en el hospital de Saint Luke. El primer día, mi padre fue sometido a una operación completamente habitual hoy día, pero que en aquella época era muy novedosa. Consistía en introducir unos catéteres por tres arterias. Tenía un aspecto frágil y demacrado en la cama del hospital. Aunque los médicos aseguraban que se iba recuperando, yo por supuesto tenía miedo. Al principio, solo era capaz de mirarle desde el pasillo. Cuando le trasladaron a su propia habitación, las cosas mejoraron. Pasábamos el rato todos juntos y charlábamos de todo y de nada. Puede parecer extraño, pero el estar allí los tres, juntos y seguros, colgados de esa conversación intrascendente, se convirtió en una especie de vacaciones. Dábamos paseos por el pasillo, fingíamos horrorizarnos ante la comida pringosa y conversábamos sobre cosas sin importancia.

Por las noches, mi madre y yo volvíamos a la habitación que compartíamos en el hotel. Había dos camas. En anteriores viajes, siempre dormíamos los tres juntos: mis padres en una cama de matrimonio y yo en una supletoria en una esquina. Ésta era la primera vez —que yo recordara— que me quedaba en algún sitio solo con mi madre. Reinaba cierta incomodidad; su presencia física me intimidaba. Me alegré de que hubiera traído el viejo albornoz azul de mi padre, por el que mi madre siempre le daba la lata para que lo tirara. La tela estaba muy desgastada en algunas zonas; las mangas, deshilachadas y el dobladillo, descosido. Pensé que lo había cogido para él, pero entonces mi madre se lo enfundó la primera noche. Creí que se había olvidado su bata, con un estampado de flores doradas y hojas verdes. Pero a la segunda mañana, me desperté temprano y la miré mientras dormía. Llevaba puesto el albornoz de mi padre. Esa noche quise comprobar si lo llevaba puesto a propósito y, en efecto, se metió en la cama con él. No hacía frío en la habitación. Al día siguiente se me ocurrió, mientras deambulaba por los jardines del hospital, que yo también me sentiría reconfortado con alguna prenda de mi padre. De algún modo nos uniría.

Le necesitaba tanto. Era incapaz de profundizar mucho en ello, en esa necesidad que sentía, ni tampoco mi madre y yo podíamos hablar de ello. Pero el hecho de que llevara su albornoz era para mí una señal de cómo necesitaba sentir el consuelo de su presencia de una forma elemental que yo ahora podía entender. Aquella noche, le pregunté si había metido una camisa limpia para papá y ella asintió cuando le pregunté si podría ponérmela. Me la dio.

Todavía conservo muchas camisas suyas, y corbatas también. Compraba todo en

Silverman's, en Grand Forks. Tenían la mejor ropa masculina, y él no compraba mucho, pero era muy exigente. Llevé las corbatas de mi padre para sacar adelante la carrera de Derecho en la Universidad de Minnesota, y para aprobar después el examen del Colegio de Abogados. En la época en que fui fiscal, me ponía sus corbatas durante la última semana de todos los juicios con jurado. Solía utilizar también su pluma estilográfica, pero luego tuve miedo de perderla. Todavía la conservo, pero ya no firmo ninguna sentencia de la corte tribal con ella como lo hacía él. Con las corbatas pasadas de moda ya tengo suficiente, así como con la borla dorada en el cajón y el hecho de que siempre haya tenido una perra con el nombre de Pearl.

Llevaba puesta la camisa de mi padre el día que él dejó de hablar de vaguedades, el penúltimo día que estuvimos allí. Se dio cuenta de que llevaba su camisa y me dirigió una mirada inquisitiva. Mi madre salió para buscar café y yo me quedé con él. Era la primera vez que me encontraba realmente solo con él. No me sorprendía que, incluso mientras cicatrizaban sus heridas, él decidiera analizar de nuevo la situación y preguntarme si sabía algo del paradero de Lark. Yo había estado pensando lo mismo, pero por supuesto lo ignoraba. Si Clemence había contado algo a mi madre en la conversación telefónica que mantuvieron en la habitación del hotel, yo no tenía conocimiento de ello. Pero esa misma noche, recibí una llamada. Sucedió mientras mi madre había salido a comprar el periódico. Era Cappy.

Algunos de los nuestros le han hecho una visita, anunció.

No sabía de qué hablaba.

¿Aquí?

No, allí.

¿Dónde?

Lo pillaron.

¿Qué?

El Holodeck, tonto. Era como cuando Picard era detective. ¿Te acuerdas? La persuasión.

Vale. Me invadió un hormigueo y una sensación de alivio. Bien. ¿Está muerto?

No, solo persuadido. Le dieron una buena paliza, tío. Ya no se acercará a vosotros. Díselo a tus padres.

Tras colgar, me quedé pensando en cómo decírselo a mis padres, cómo presentarlo para que no pareciera que yo sabía que habían sido Doe, Randall, Whitey e incluso el tío Edward quienes habían ido a buscar a Lark, cuando sonó de nuevo el teléfono. Mi madre había vuelto. Me di cuenta de que era Opichi cuando mi madre preguntó si había algún problema en la oficina. El tono de su voz, susurrante al teléfono, resultaba desgarrador e intenso. Fuese lo que fuese lo que estaba oyendo, no presagiaba nada bueno. Por fin colgó el teléfono y después se acurrucó en la cama,

dándome la espalda.

¿Mamá?

No respondió. Recuerdo el zumbido de las luces en el cuarto de baño. Me acerqué al otro lado de la cama y me arrodillé a su lado. Abrió los ojos y me miró. Al principio parecía confusa y sus ojos escrutaban mi cara casi como si me buscara por primera vez, o al menos tras una larga ausencia. Después, volvió a centrarse y torció la boca en una mueca. Murmuró:

Me parece que le han dado una paliza.

Qué bien, dije. Genial.

Después, según Opichi, se fue en coche como un loco hasta la gasolinera de Whitey. Dijo algo a Whitey sobre su novia ricachona. Y cómo la rica novia de Whitey se había montado un bonito tinglado, y que él estaba pensando en irse con ella. Atravesó el establecimiento sin detenerse, chillando y burlándose de Whitey. Se escapó. Whitey le persiguió con una llave inglesa en la mano. ¿De qué estaba hablando? Sonja no es rica.

Yo me quedé allí sentado, boquiabierto.

¿Joe?

Hundí la cabeza en las manos, con los codos apoyados en las rodillas. Al cabo de un tiempo, me tumbé en la cama y me tapé la cabeza con una almohada.

Hace calor en esta habitación, dijo mi madre. Vamos a encender el ventilador.

Nos refrescamos y salimos a cenar a un pequeño restaurante llamado el Café de los 50, donde pedimos hamburguesas con patatas fritas y batidos de chocolate. Comimos en silencio. De pronto, mi madre dejó la hamburguesa en el plato y dijo: No.

Sin dejar de masticar, me la quedé mirando fijamente. La leve caída de su párpado le daba un aspecto inquietante.

¿Le pasa algo a tu hamburguesa, mamá?

Miró más allá de mí, galvanizada por un pensamiento. Frunció el ceño con un profundo pliegue entre las cejas.

Es algo que me dijo papá. Una historia sobre un *wiindigoo*. Lark está intentando devorarnos, Joe. Pero no dejaré que lo haga, dijo. Yo se lo impediré.

Su determinación me aterrorizó. Cogió el tenedor y, deliberadamente, se puso a comer muy despacio. No se detuvo hasta que se lo hubo acabado todo, lo cual también me asustó. Era la primera vez desde la agresión que se comía todo lo que tenía en el plato. Después, regresamos a la habitación y nos preparamos para acostarnos. Mi madre se tomó una pastilla y se quedó dormida enseguida. Yo me quedé mirando fijamente las frágiles placas de aislamiento acústico del techo. Si las observaba con el suficiente detenimiento, podía oír cómo los latidos de mi propio corazón se iban calmando. Mi pecho se relajó y las tripas me dejaron de rugir. Muy

despacio y de manera uniforme, conté setenta y ocho agujeros esparcidos sin ningún orden en la loseta que estaba encima de mi cabeza, y ochenta y uno en la de al lado. Si mi madre se enfrentaba a Lark, él la mataría. Yo lo sabía. Volví a contar los agujeros una y otra vez.

El día que abandonamos Fargo, me desperté temprano. Mi madre ya estaba levantada y la oía en el cuarto de baño mientras se lavaba y se peinaba. Escuché el sonido del agua en la ducha. Las cortinas del hotel tenían tal grosor que no me di cuenta de que afuera estaba diluviando. Había comenzado a caer una de esas raras lluvias de agosto, que apisonan las nubes de tierra en las carreteras. Una lluvia que quita la capa de polvillo blanquecino de las hojas. Una lluvia que inunda las grietas del suelo y reanima las hierbas pardas. Que hace crecer el maíz treinta centímetros y permite una nueva cosecha de heno. Una llovizna suave que dura varios días. Flotaba en el aire un frescor que perduró durante todo el camino de vuelta a casa. Mi madre conducía con los limpiaparabrisas activados, el sonido más reconfortante para un muchacho adormilado en el asiento trasero. Tapado con una colcha, mi padre se mantenía alerta al lado de mi madre. Yo abría los ojos de vez en cuando, tan solo para mirarlos. Mi padre tenía la mano apoyada en la pierna de mi madre, un poco por encima de la rodilla. Cada cierto tiempo, mi madre quitaba una mano del volante y la bajaba para ponerla sobre la de mi padre.

Durante ese viaje lleno de paz, tan parecido a mis primeros recuerdos de excursiones junto a mis padres, comprendí lo que debía hacer. Me vino un pensamiento mientras permanecía envuelto en mi vieja y suave colcha. Lo aparté. El pensamiento retornó. Lo aparté tres veces de mi mente, cada vez con más ahínco. Tarareé. Intenté hablar, pero mi madre se llevó el dedo a los labios y me señaló a mi padre, que dormía. El pensamiento volvió de nuevo, con mayor insistencia, y esta vez lo dejé entrar y lo examiné. Sopesé toda la idea hasta el final. Retrocedí mentalmente. Me observé mientras reflexionaba.

La meditación llegó a su fin.

Cuando llegamos a casa, Clemence había preparado chile. Puffy nos había entregado toda la compra que habíamos hecho. Todo lo que necesitábamos se hallaba almacenado en los armarios y el frigorífico. Divisé mi paquete de patatas fritas enseguida, descansando sobre la encimera. Pensé en las latas de tomates que había utilizado como arma arrojadiza. Clemence las había abierto seguramente para añadirles al chile. Desde lo sucedido en la tienda de comestibles, cada día deseaba con más rabia haberle abierto la cabeza a Lark. Me imaginaba matándole una y otra vez. Pero puesto que no lo había hecho, iba a hacer una visita al padre Travis a

primera hora del día siguiente. Tomé la decisión de apuntarme a sus clases de catequesis de los sábados por la mañana. Pensé que me dejaría hacerlo. También esperaba que, si conseguía volverme útil después en la iglesia, quizás él se daría cuenta de que la lluvia había expulsado las taltuzas de los túneles y que ahora éstas engordaban rápidamente con la hierba fresca. Había que eliminarlas. Esperaba que tal vez el padre Travis me enseñara a disparar a las taltuzas, para así poder coger algo de práctica.

No empezaba exactamente de cero en mi aprendizaje para ser católico. Los curas y las monjas llevaban aquí desde los orígenes de nuestra reserva. Incluso los indios más tradicionales, aquéllos que mantenían vivos y en secreto los antiguos ritos, habían recibido educación católica a la fuerza en los internados o se habían hecho amigos de algunos de los sacerdotes más interesantes, como le ocurrió a Mooshum durante un tiempo, o habían decidido curarse en salud añadiendo los santos a su amor por la pipa sagrada. Todo el mundo tenía algún miembro de la familia extremadamente devoto o al menos practicante. Yo, por ejemplo, había sufrido la presión de Clemence una y otra vez. Mi tía había convencido a mi madre (no se había molestado en intentarlo con mi padre) para que me bautizaran y se había empleado a fondo para que yo hiciera la primera comunión y la confirmación. Sabía en dónde me metía. El Escuadrón de Dios no había sido doctrinal, pero mis clases estarían repletas de listas. Confesión: I. Sacramental. II. Anual. III. Sacrílega. IV. Legal. Gracia: I. Actual. II. Bautismal. III. Efectiva. IV. Elevadora. V. Habitual. VI. Iluminadora. VII. Imputada. VIII. Interior. IX. Irresistible. X. Natural. XI. Preventiva. XII. Sacramental. XIII. Santificadora. XIV. Suficiente. XV. Sustancial. XVI. En las comidas. XVII. También estaban el pecado actual, formal, habitual, material, moral, original y venial. Había pecados especiales: aquellos contra el Espíritu Santo, el pecado por omisión, el pecado ajeno, el pecado del silencio y el pecado de Sodoma. Y estaban los pecados que claman venganza al cielo.

Había, por supuesto, definiciones de cada una de esas categorías de la lista. El padre Travis enseñaba como si nunca hubiese existido el Concilio Vaticano II. Nadie le supervisaba en este lugar tan remoto. Decía la misa en latín si le apetecía y, durante varios meses del anterior invierno, había apartado a los feligreses del altar y conducido los Misterios con una especie de ademán mágico, según contaba Angus. Cuando tenía que enseñar catequesis, o bien añadía algún tema, o bien cancelaba la clase. El sábado por la mañana, me dejó pasar al sótano de la iglesia y me mandó sentarme en la cafetería. Le obedecí, intentando no mirar la alfombra ni pensar en Cappy. Bugger Pourier, reformándose de nuevo tras años de vida disoluta en

Minneapolis y St. Paul, era el único alumno que estaba conmigo en la habitación en penumbra. Era un hombre enjuto y afligido, con una nariz gruesa y morada tras años y años de sumisión a la bebida. Sus hermanas le habían proporcionado ropa limpia, pero todavía olía a rancio, como si hubiese dormido en un rincón húmedo. Miré por encima de los folletos y escuché al padre Travis, que hablaba de cada persona de la Santísima Trinidad. Cuando la clase acabó y Pourier se marchó, pregunté al padre Travis si podía recibir clases particulares durante la siguiente semana.

¿Tienes algún propósito en mente?

Quiero confirmarme al final del verano.

Recibimos una sola visita del obispo en primavera y todo el mundo se confirma entonces. El padre Travis me observó. ¿Por qué tanta prisa?

Ayudaría.

¿A qué?

En casa, tal vez, si yo pudiera rezar.

Puedes rezar sin haberte confirmado, dijo, y me entregó un folleto.

Además, prosiguió, puedes rezar solo con hablar con Dios. Puedes emplear tus propias palabras, Joe. No necesitas haberte confirmado para rezar.

Padre, tengo una pregunta.

Esperó.

Hace mucho tiempo, oí a alguien mencionar una frase que se me ha quedado grabada en la mente, expliqué. ¿Qué son los pecados que claman venganza al cielo?

Ladeó la cabeza como si escuchara un sonido que yo no alcanzaba a percibir. Después, hojeó su catecismo y me señaló la definición. Los pecados que claman venganza al cielo eran el asesinato, la sodomía, estafar a un trabajador y oprimir a los pobres.

Yo creía saber lo que era la sodomía y supuse que incluía la violación. De modo que mis pensamientos se veían amparados por la doctrina de la Iglesia, algo que había descubierto ya el primer día.

Gracias, dije al padre Travis. Le veré el lunes.

Asintió con la mirada pensativa.

Sí, seguro que sí.

El domingo asistí a misa con Angus y el lunes por la mañana me fui a la iglesia nada más desayunar. Estaba lloviendo de nuevo, y yo me había comido un plato enorme de las gachas de avena de mi madre. Me habían pesado en la bicicleta pero ahora notaba su calor y consistencia en el estómago. Quería volver y seguir durmiendo, probablemente igual que el padre Travis. Estaba pálido y es posible que hubiera pasado mala noche. No se había afeitado aún. La piel bajo sus ojos estaba oscura, y se le notaba el café en el aliento. La barra de la cafetería rebosaba de cajas de comida empaquetada con cuidado y los cubos de basura estaban llenos.

¿Ha habido algún velatorio aquí?, pregunté.

Ha muerto la madre del señor Pourier. Lo cual significa que seguramente ya no le veremos más por aquí. Él esperaba poder reconciliarse con la Iglesia mientras ella estuviese todavía consciente. Por cierto, tengo un libro para ti. Me tendió un viejo y reblandecido ejemplar de bolsillo de *Dune*. Bien. ¿Empezamos con la eucaristía? Te vi en misa con Angus. ¿Has comprendido lo que sucedía?

Había memorizado el folleto, así que respondí que sí.

¿Me lo puedes explicar?

Se compartió el alimento de nuestras almas que aumenta la gracia.

Muy bien. ¿Algo más?

¿El cuerpo y la sangre de Cristo estaban presentes en el vino y las galletas?

Las hostias, sí. ¿Algo más?

Mientras me estrujaba los sesos, dejó de llover. Un repentino rayo de sol golpeó las polvorientas ventanas del sótano y proyectó motas de polvo en el aire. El sótano se llenó de una luz oblicua, velada y trémula.

Eh... ¿Alimento espiritual?

Eso es. El padre Travis sonrió ante los temblorosos haces de luz que nos rodeaban y entraban por la ventana. Ya que solo estamos tú y yo, ¿qué te parece si damos la clase fuera?

Seguí al padre Travis por las escaleras, la puerta y por el camino que conducía a los mojados pinos que goteaban. El sendero de hierba dibujaba un bucle detrás del gimnasio y la escuela, bajaba entre las hileras de árboles y se prolongaba hasta la carretera, en la que Cappy y el padre Travis habían llevado a cabo la parte más espectacular de aquella persecución. Mientras avanzábamos, me explicó que, a fin de prepararme para la eucaristía cuando me convertiría en parte del Cuerpo Místico de Cristo, tenía que purificarme mediante el sacramento de la confesión.

Para poder purificarte, debes comprenderte, prosiguió el padre Travis. Todo lo que hay en el mundo también está dentro de ti. Lo bueno, lo malo, lo perverso, la perfección, la muerte. Todo. Por eso sometemos el alma a examen.

De acuerdo, balbucí con un hilo de voz. ¡Mire, padre! Una taltuza.

Sí. Se detuvo y me miró. ¿Cómo va tu alma?

Observé a mi alrededor como si mi alma fuera a aparecer para poder escrutarla. Pero solo encontré el rostro demasiado atractivo y perfectamente dibujado del padre Travis, sus ojos claros y graves, que brillaban de un modo extraño, y sus labios esculturales.

No lo sé, respondí. Me gustaría disparar a unas taltuzas.

Emprendió de nuevo la marcha y yo le miraba de reojo de vez en cuando, pero no pronunció una sola palabra. Al final, cuando nos introdujimos entre los árboles, soltó: El mal.

¿Qué?

Tenemos que tratar el tema del mal para poder comprender tu alma o cualquier otra alma humana.

Vale.

Existen varios tipos de mal, ¿lo sabías? Está el mal material, aquél que causa sufrimiento sin tener relación con los hombres, pero que les afecta gravemente. La enfermedad y la pobreza, catástrofes de índole natural. Males materiales. Contra éstos no podemos hacer nada. Hemos de aceptar que su existencia es un misterio para nosotros. El mal moral es diferente. Lo causa el ser humano. Una persona hace algo a otra de forma deliberada para causarle daño y tormento. Eso es un mal moral. Tú has venido aquí, Joe, para sondear tu alma con la esperanza de acercarte a Dios, porque Dios es bondadoso, todopoderoso, misericordioso, lo cura todo, y todo eso. Hizo una pausa.

Eso es, dije.

Entonces, has de preguntarte por qué un ser de esa inmensidad y poder permite semejante atrocidad: que Dios permita que un ser humano lastime directamente a otro ser humano.

Sentí un dolor punzante en mi interior, algo me atravesó. Seguí caminando, cabizbajo.

La única respuesta, y no es del todo una respuesta, prosiguió el padre Travis, es que Dios ha hecho a los hombres libres. Podemos elegir hacer el bien antes que el mal, pero lo contrario también. Y a fin de proteger nuestro libre albedrío, Dios no suele intervenir muy a menudo, o al menos no muy, muy a menudo. Dios no puede hacerlo sin arrebatar nos nuestra libertad moral. ¿Lo entiendes?

No, pero sí.

Lo único que Dios puede hacer, y lo hace constantemente, es extraer el bien de cualquier situación de mal.

Me recorrió un escalofrío.

Lo hace, continuó el padre Travis, elevando un poco la voz. En cada caso, Joe. En cada caso desgarrador. Este cura aquí presente, que tú conoces, pues ha enterrado a niños y familias enteras que han muerto en accidentes de coche, así como a jóvenes que han tomado decisiones terribles, e incluso a personas que han tenido la suerte de fallecer de viejas. Lo he visto. Cada vez que hay un mal, sale mucho bien de ello: la gente en estas circunstancias elige hacer una cantidad extra de bien, muestra un amor inusual, se vuelve más fuerte en su devoción hacia Jesús, o hacia su santo favorito, o alcanza alguna comunión fuera de lo normal dentro de sus familias. Yo he visto a personas que siguen sus propias costumbres, vuestros ritos ancestrales, y que nunca vienen a misa salvo en los funerales. Las admiro. Vienen a los velatorios. Por muy pobres que sean, aunque no tengan nada, entregan lo último que tienen a otro ser

humano. Nunca somos tan pobres como para no poder bendecir a otro ser humano, ¿verdad? De modo que resulta que de cada mal, sea moral o material, siempre surge algo bueno. Ya lo verás.

Me detuve. Miré al campo y no al padre Travis. Cambié el libro que me había dado de una mano a la otra. Me entraron ganas de arrojarlo. Las taltuzas asomaban la cabeza y la escondían, soltando sus alegres gorjeos.

Me encantaría disparar a unas taltuzas, mascullé entre dientes.

Eso no lo vamos a hacer, Joe, respondió el padre Travis.

Nuestro viejo y polvoriento pueblo de la reserva relucía impoluto a mediados de verano mientras yo bajaba la colina en bicicleta, pasaba por delante de las viviendas sociales de la Oficina de Asuntos Indios y subía la cuesta delante del depósito de aguas hacia la finca de los Lafournais. Había tres parcelas de Lafournais que lindaban unas con otras y, aunque se habían dividido numerosas veces, nunca salían de la familia. Las casas estaban conectadas por fragmentos de carreteras y caminos, pero la vivienda de Doe era la principal, el rancho más cercano a la carretera, y Cappy estaba apoyado en la barandilla de la terraza con la camisa desabrochada y un par de pesas a sus pies.

Me detuve y me quedé sentado en el sillín de la bicicleta.

¿Ha pasado alguna chica por aquí para verte haciendo pesas?

No ha venido nadie, respondió Cappy. Nadie que se merezca ver esto.

Hizo ademán de arrancarse la camisa y se dio pequeños golpes en su pecho liso. Estaba más animado que la semana anterior: había recibido dos cartas de Zelia.

Toma. Me obligó a subir a la terraza para hacer pesas durante un rato.

Deberías pedirle a tu padre que te compre unas pesas. Puedes practicar en tu habitación hasta que estés presentable.

Presentable como tú crees que estás. ¿Tienes cerveza?

Tengo algo mejor que eso, respondió Cappy.

Metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó una bolsa para bocadillos que envolvía con cuidado un solitario porro.

¡Oye, hermano de sangre!

Yo pegarle al canuto, *kemo sabe*, dijo Cappy.

Decidimos ir a fumarlo donde tuviéramos una vista panorámica. Si recorriamos lo alto de la pequeña cresta boscosa que bordeaba la carretera de Cappy, ascenderíamos hasta un punto más elevado donde podríamos otear el campo de golf desde cerca sin ser vistos. Ya habíamos observado a los jugadores más perfeccionistas en otras ocasiones —indios y blancos— mientras se contoneaban, arrugaban el ceño con

miradas calculadoras y hacían un *swing* fantástico o desastroso. Todo lo que hacían resultaba divertido: hincharse el pecho y golpear con fuerza los palos de golf. Siempre seguíamos el recorrido de la pelota por si acaso ellos no la encontraban. Todavía teníamos el cubo lleno de bolas de golf. Cappy metió en una bolsa de plástico unos panecillos fritos, dos manzanas tiernas, algún refresco y una única cerveza, y la ató al manillar. Nos marchamos y arrastramos las bicicletas dentro del bosque al llegar al desvío; caminamos colina arriba y a lo largo de la cresta hasta nuestro puesto de vigía en la atalaya.

El suelo estaba casi seco. La lluvia había sido absorbida por las hojas porosas y la tierra sedienta. Las garrapatas habían desaparecido casi por completo. Apoyamos la espalda contra un roble, que nos ofrecía una sombra perfecta. Yo sujeté el porro demasiado tiempo. Que rule, tío, dijo Cappy. Me había ensimismado en mis pensamientos. La hierba sabía áspera y rancia. Nos bebimos la cerveza. Un pequeño grupo de hombres barrigudos con sombreros blancos y camisas amarillas, un equipo de algo, apareció y nos echamos a reír ante cada uno de sus movimientos. Pero eran buenos golfistas y no extraviaron ninguna bola. Después de que pasaran, hubo un periodo de calma. Terminamos el canuto y nos comimos los trozos de alquitrán con la comida. Cappy se volvió hacia mí. Tenía el pelo muy largo y lo echó hacia atrás con un movimiento de cabeza muy personal. Angus y Zack intentaban apartarse el pelo de los ojos como él, pero su imitación no resultaba muy lograda. Era un gesto que sin duda volvía locas a las chicas.

¿Cómo te dio por ir a misa y a catequesis con ese gilipollas?

Las noticias vuelan, dije.

Sí, continuó Cappy, ya te digo. No estaba dispuesto a dejar el tema. ¿Por qué?, preguntó otra vez.

A ti no te parece, comencé, que un tío, cuya madre ha sufrido lo que ha sufrido ella, y de pronto se presenta ante él la piel del mal...

La piel del mal, ya. El alien de alquitrán que mató a Yar. Igual que Lark.

Sin ningún motivo, la piel del mal se presenta en el puto supermercado y su padre tiene un puto infarto cuando intenta matarle. ¿A ti no te parece que un chaval que presencia todo eso necesita ayuda espiritual?

Cappy me escudriñó detenidamente. No.

Vale. Lo rumié mirando el césped cortado durante un rato.

No, dijo de nuevo. Hay algo más.

Está bien, confesé. Necesito practicar tiro. Se me ocurrió que me dejaría ayudarlo a disparar a las taltuzas. Pero solo me ha dado un libro.

Cappy se echó a reír. ¡Serás gilipollas!

Sí, respondí y añadí, imitando al padre Travis: «Eso no lo vamos a hacer, Joe. El bien siempre sale del mal. Ya lo verás».

¿«Ya lo verás»? ¿Te dijo eso?

Sí.

Qué hijo de puta. Si eso fuera cierto, todas las cosas buenas nacerían de las malas. Si quieres disparar, continuó Cappy, podrías ir a ver a tu tío.

Paso de Whitey.

Mejor acude a mí. Deberías haber venido a verme. Cuando quieras. Cuando quieras, hermano. Llevo cazando desde que tenía dos años. Cacé mi primer ciervo con nueve años.

Lo sé. Pero no se trata solo de matar taltuzas. Tú lo sabes.

Es posible. Es posible que lo sepa.

Lo sabes muy bien. Sabes de lo que estoy hablando.

Sí. Supongo que sí, asintió Cappy, mirando hacia una nueva partida de golfistas, indios esta vez, y no iban conjuntados.

Entonces, si lo sabes, también sabrás que no voy a implicar a nadie más.

Implicar. Una palabra típica de abogado.

¿Te la defino?

Vete a la mierda. Soy tu mejor amigo. Soy tu número uno.

Yo también soy tu número uno. O lo hago solo o no lo hago.

Cappy se echó a reír. De pronto buscó algo en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un paquete aplastado de cigarrillos de su hermano. Mierda, me había olvidado de que los tenía.

Estaban arrugados, pero no rotos. Esta vez me fijé en que las cerillas llevaban el nombre de la gasolinera de Whitey.

Ahora tiene cerillas propias, observé.

Las compró mi hermano. Yo no voy nunca allí. Pero Randall dice que sigue adelante. Ahora piensa alquilar películas. En fin, volviendo al tema.

¿Qué tema?

No necesito saberlo. Cogemos el rifle para caza mayor de mi padre y practicaremos, porque, Joe, tú no eres capaz ni de darle al costado de un camión.

Puede que no.

Y entonces, ¿dónde te vas a poner cuando el costado del camión se cabree y te atropelle? Estarás bien jodido. No puedo permitir que te pase eso.

Salvo lo del rifle. No puedo usar su rifle.

Es solo para practicar. Después, alguien le roba la escopeta a Doe mientras nosotros no estamos. Mientras la casa está vacía. Escondemos el arma y las municiones. Y además no hemos venido aquí para mofarnos de unos vejestorios, ¿a qué no?

No.

Estamos reconociendo el terreno.

Por si aparece. Sé que juega al golf. O solía hacerlo al menos. Me lo dijo Linda.

Todo el mundo sabe que Lark juega al golf, lo cual es perfecto. Cualquiera puede fallar al disparar a un ciervo y darle a un golfista.

Regresamos a la casa de Cappy y nos dirigimos al lugar donde éste había comenzado a practicar tiro cuando tenía cinco años.

Mi padre me enseñó con un calibre 22, me explicó Cappy. Solo taltuzas o ardillas, apenas tiene retroceso. Después, la primera vez que fuimos a cazar ciervos, me dejó su rifle 30.06. Le dije que me daba miedo el culatazo, pero él me aseguró que no sería mayor que con un 22. Te lo prometo, hijo, dispara con suavidad. Y así fue como maté mi primer ciervo de un solo disparo. ¿Sabes por qué?

¿Porque eres un emperador?

No, chaval, porque no noté el culatazo. No me preocupaba el retroceso. Disparé con suavidad. A veces aprendes con un rifle 30.06 y te encoges de miedo cuando aprietas el gatillo con brusquedad, porque no puedes evitar anticiparte al culatazo. Ojalá pudiera enseñarte con un calibre 22 como lo hizo mi padre, pero tú ya estás hecho una mierda.

Así era como me sentía: hecho una mierda. Sabía que apretaría el gatillo con brusquedad, sabía que me encogería de miedo, sabía que manejaría con gran torpeza el rifle de cerrojo y que seguramente lo atascaría, y sabía que daría lo mismo que bizquease al apuntar al blanco.

En una valla metálica colocamos unas latas a las que disparamos, una y otra vez. Cappy abatió la primera lata de forma impecable para enseñarme cómo se hacía, pero yo fui incapaz de dar a una sola de las demás. Sin duda era el único chico de toda la reserva que no sabía disparar. Mi padre no se había molestado en enseñarme, pero Whitey lo había intentado. Sencillamente no se me daba nada bien. No tenía puntería.

Menos mal que no eres un indio de los de antes. Te habrías muerto de hambre, comentó Cappy.

Tal vez necesite gafas, dije, desanimado.

Tal vez deberías cerrar un ojo.

Ya lo hago.

Pues el otro.

¿Los dos ojos?

Sí, puede que se te dé mejor.

Acerté tres de diez. Disparé hasta que acabamos con casi todas las municiones, un problema que Cappy destacó. No podíamos dejar que nadie se enterase de que yo estaba practicando tiro. No podía pedir más munición a Doe sin dar explicaciones.

También tomamos la decisión de que yo solamente practicaría cuando no hubiera nadie en su casa. De hecho, Cappy dijo que teníamos que buscar algún sitio más recóndito para hacerlo. Podíamos ir dos prados más allá para que nadie nos viera, si bien la gente podría oírnos.

Pero necesitamos dinero. Iremos a Hoopdance a dedo o pediremos a alguien que nos lleve. Iremos a la ferretería y compraré más munición.

No, objeté. Iré yo.

Y así estuvimos discutiendo largo y tendido hasta que hube de marcharme. Tenía un horario muy estricto. Mi madre me había dicho que enviaría a la policía a buscarme si no estaba en casa a las seis.

¿La policía?

Según ella, solo es una manera de hablar. Tal vez al tío Edward. Pero no querrás que él salga en tu busca, ¿a qué no?

No, yo no quería que el tío Edward saliera a buscarme en su enorme coche, conduciendo lentamente, bajando la ventanilla y preguntando por mí a todo quisque en la calle. Así que me fui a casa. Tenía el dinero que me había dejado Sonja. Cien dólares escondidos en mi armario en aquella carpeta con la etiqueta que ponía «DEBERES». Pensar en Sonja era como darme puñetazos en una herida. Mientras volvía a casa, ideé un plan para que mi madre me llevase a Hoopdance en coche. Todavía creía que yo seguía yendo a catequesis. Tal vez iba a necesitar unas velas. O zapatos de vestir para ser monaguillo.

La idea de los zapatos fue un gran acierto. Al día siguiente, después del trabajo, me llevó a la zapatería y compramos unos zapatos de vestir, que me causaron cierto remordimiento por malgastar tanto dinero. Pero conseguí acercarme a la ferretería y a la tienda de equipamiento deportivo con un pretexto trivial, y ella me esperó fuera mientras yo compraba cuarenta dólares de munición para el rifle de Doe. El dependiente no me conocía y examinó la cuantiosa factura detenidamente. Miré hacia las pinturas, los balones de baloncesto, las pelotas de béisbol, el rincón del golf, las cajas de clavos, las bobinas de cable, la sección de materiales para preparar conservas caseras, las palas, los rastrillos, las sierras eléctricas, y descubrí bidones de gasolina en venta. Idénticos al que había encontrado en el lago.

Supongo que todo está en orden, anunció el dependiente, entregándome el cambio.

Al salir, le dije a mi madre que había comprado una sorpresa para papá, que ahora debía tomarse las cosas con calma. Además de las municiones, había comprado cebos de cuchara para perca, el pez que más nos gustaba pescar. Iba acumulando mentira tras mentira, y éstas empezaron a deslizarse por mi boca con toda naturalidad del

mismo modo que antaño me había fluido la verdad. Mientras volvíamos a casa, comprendí que mis engaños no tenían la menor trascendencia, ya que estaba entregado a un propósito al que había etiquetado mentalmente como justicia y no venganza.

Pecados que claman justicia al cielo.

Es posible que mascullara esas palabras en voz alta. Me encontraba en una especie de trance, con la mirada puesta en la carretera mientras calculaba cuánta práctica iba a necesitar.

¿Qué has dicho?

Mi madre había conservado esa perspicacia suya. Se mostraba protectora con mi padre y eso le otorgaba un atisbo de autoridad; pero más que eso, estaba lo que me había dicho en Fargo cuando dejó la hamburguesa en el plato: «Yo se lo impediré». No, no lo harás, pensé. Pero mostraba una gran agudeza, cortante como una cuchilla, como si durante todo el tiempo que había permanecido acostada y ausente en la habitación cerrada, en realidad hubiera estado afilándose. Después, en Fargo, habíamos hablado de papá y de lo que los médicos habían dicho. Sopesamos juntos algunos datos y cuestiones. Ella me había tratado como a alguien mayor de lo que yo era, y había continuado haciéndolo. Mi madre había visto demasiado y ya no tenía la misma paciencia tranquila conmigo. Había dejado de consentirme. Ya no se reía de las cosas que yo hacía. Era como si esperase a que yo creciera en esas semanas y que dejara de necesitarla. Si ella pretendía que yo actuara solo y siguiendo mis instintos, pues eso mismo estaba haciendo. Pero aún la necesitaba. La había necesitado para llevarme a Hoopdance. No, la necesitaba de una manera que ahora había perdido para siempre. Ese día, durante el trayecto de vuelta de Hoopdance, después de que yo farfullara esa frase sobre los pecados que claman al cielo, le planteé directamente la pregunta que mi padre no se atrevía a hacerle. Era algo infantil, pero también de mayores.

Mamá, comencé, ¿por qué no pudiste mentir? ¿Por qué no pudiste decir que el saco se había caído? Que tropezaste con algo, levantaste las manos, te lo quitaste y viste el suelo. Que sabías dónde había sucedido. No habría importado el lugar si tú lo hubieras dicho.

Se quedó callada tanto tiempo que pensé que no me respondería. No percibí la menor ira ni sorpresa ni incomodidad, tan solo un momento de larga concentración.

Ojalá supiera, dijo al fin, por qué no pude mentir. La semana pasada, en el hospital, me quedé sentada allí mirando a tu padre y de pronto deseé haber mentido desde el primer momento. ¡*Ojalá hubiese mentido, Joe!* Pero no sabía dónde había ocurrido. Y tu padre sabía que yo no lo sabía. Y tú también. Os lo dije a ambos. ¿Cómo podía cambiar mi versión más tarde? ¿Y cometer perjurio? Y recuerda, yo también sabía que no lo sabía. ¿Qué pasaría con mi conciencia? Pero de haber

comprendido todo lo que acarrearía esa ignorancia, todo lo que sucedió después exactamente, su puesta en libertad y la desfachatez que mostró al dejarse ver por aquí, habría mentido sin dudarlo.

Me alegra saberlo.

Miró de frente.

A todas luces, había terminado de hablar. Miré a la carretera que avanzaba mientras reflexionaba. Si hubieras mentido, si hubieras cambiado tu versión, ¿qué habría importado? Eres mi madre. Te querría igual. Papá te querría. Mentiste para salvar a Mayla y a su bebé. Lo hiciste sin vacilar. Si se pudiera enjuiciar a Linden Lark, yo no tendría que mentir sobre las municiones o las prácticas de tiro para hacer lo que alguien tenía que hacer. Y sin demora, antes de que mi madre averiguara cuál era su forma particular de impedirselo. No había nadie más que pudiera hacerlo. Lo veía con claridad. Yo solo tenía trece años, y si me pillaban, solo estaría sometido a la ley penal de menores, sin mencionar el hecho de que contaría con claras circunstancias atenuantes. Mi abogado podría ampararse en mis buenas notas y utilizar mi fama de buen chico, que por lo visto yo había desarrollado. Sin embargo, no era que yo deseara hacerlo, ni que pensara ser capaz de llevarlo a cabo siquiera. Disparaba fatal y lo sabía. Era posible que no mejorase mucho. Además de la realidad de todo el asunto. Por eso no permitía que me invadiera la mente por completo en ningún momento. Solo dejaba que asomara una parte y luego otra. Nos quedamos callados de nuevo. Al cabo de un tiempo, vislumbré las nuevas piezas: tendría que ir a ver a Linda Wishkob. Tenía que averiguar si su hermano seguía jugando al golf y si tenía algún tipo de horario. Tenía que hacerme con algunos plátanos maduros con manchas o comprarlos enteros y dejar que se pudrieran estratégicamente.

Tres días de prácticas de tiro más tarde, me presenté en la oficina de correos con una bolsa llena de plátanos, que había supervisado con atención en mi habitación. Estaban maduros y con manchas, pero no renegridos.

Linda me dirigió una mirada por encima de la báscula con sus ojos saltones y radiantes. Y con aquella insoportable sonrisa perruna. Compré seis sellos para Cappy y le entregué la bolsa con los plátanos. Cogió la bolsa con sus dedos rollizos y, cuando la abrió, toda su cara resplandeció como si le hubiese regalado algo muy valioso.

¿Son de parte de tu madre?

No, respondí. Son de mi parte.

Su cara enrojeció de placer y asombro.

Son perfectos, dijo. Los cocinaré nada más llegar a casa y te los llevaré mañana al salir del trabajo.

Me marché. Había aprendido de mi error con el padre Travis; demasiadas buenas

maneras por parte de un chico de mi edad enseguida despertan recelos. Tendría que no salirme del carril hasta que llegara el momento adecuado. Iba a necesitar mantener más de una conversación con Linda, quizás unas cuantas, antes de atreverme a dejar caer alguna pregunta sobre su hermano. De modo que me aseguré de hallarme en casa al día siguiente cerca de las cinco, cuando el coche de Linda enfiló el camino de entrada hasta casa. Miré por la ventana.

Ha venido Linda. Te apuesto un pavo a que trae pan de plátano, le dije a mi padre. Tú ganas, respondió sin levantar la vista.

Estaba bebiendo agua mientras leía el *Fargo Forum* del día anterior. Mi madre bajó las escaleras. Llevaba unos pantalones negros y una camiseta rosa. Tenía el pelo suave y sedoso, y se lo había teñido de un lustroso tono negro. Llevaba unos pendientes de perlas negras y rosas, y caminaba descalza. Advertí que llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa. También se había maquillado levemente, lo que daba cierto dramatismo a su semblante. Y noté la suave fragancia a limón cuando pasó a mi lado. Me acerqué a ella y me quedé detrás cuando abrió la puerta y recibió el consabido ladrillo envuelto en papel de aluminio. Se había arreglado para mi padre. No era tan tonto como para no darme cuenta de eso. Se ponía guapa para que él estuviera animado. Linda entró, se sentó en el salón y mi padre dejó el periódico.

Joe, toma otro pan para ti. Sacó otro ladrillo de su bolso. No me dio las gracias por los plátanos delante de mis padres, lo cual me sorprendió. La mayoría de los adultos cree que todo lo que hace un joven debería ser de dominio público. Hacen alarde del más mínimo gesto de un muchacho. Yo estaba preparado para restarle importancia a mi regalo de los plátanos, pero Linda no me puso en esa tesitura. Lo que sí hizo, sin embargo, fue ponerse a hablar del tiempo con mi padre. Al igual que lo habían hecho aquella vez, sacaron a relucir su sempiterno y favorito tema repleto de lugares comunes. Como cabía esperar, mi madre se retiró y se dirigió a la cocina para preparar té y cortar un poco de pan de plátano. Decidí probar una nueva estratagema totalmente diferente y me senté frente a ellos en el sofá. Tarde o temprano, se trabarían en la atmósfera y dirían algo importante. O papá se marcharía y yo podría sacar el tema del golf. Estaban hablando de la lluvia: de las precipitaciones registradas en cada condado y de si podría llegar a granizar. Estaban comentando las granizadas que habían conocido y los distintos tipos de daños que podían causar, cuando bostecé, me recosté y cerré los ojos. Fingí que me había quedado dormido, sumido en un sueño impermeable; me moví una vez y después respiré con profunda regularidad, de modo que estaba seguro de haberlos convencido. Relajé todo mi cuerpo. Hablaban de granizo del tamaño de bolas de golf, o redondo como guisantes, granizo que traspasaba tejas como si fueran balas. El sofá era amplio y los cojines, acogedores. Me desperté una hora más tarde. Mi madre pronunciaba mi nombre despacio, sentada en el borde del sofá al tiempo que me daba palmaditas en

la espinilla. Como a veces sucede cuando se emerge lentamente de un sueño inesperado, no sabía dónde me encontraba. Mantuve los ojos cerrados. La voz de mi madre y la sensación de mi infancia con su mano acariciándome el tobillo, que era su forma de despertarme siempre, me inundó de paz. Dejé que mi estado de conciencia viajara a un lugar todavía más remoto de la infancia donde nada podía alcanzarme.

Cuando desperté finalmente, había oscurecido y la casa estaba en silencio. Pearl resollaba mientras dormía, acurrucada en la alfombra trenzada y ovalada, al otro lado de la habitación. Me habían tapado con una manta de ganchillo. La aparté de una patada y tuve frío. Me había perdido la cena y tenía hambre, así que me envolví en la manta y entré sigilosamente en la cocina. Pearl se levantó y me siguió. Un plato de comida, cubierto con papel de aluminio, centelleaba sobre la mesa. Era de nuevo luna llena y la cocina había cobrado vida con una pálida energía. Ahora que tengo cierta edad, comprendo lo que me sucedió en la cocina aquella noche, y por qué ocurrió en aquel preciso momento. Mientras dormía, había bajado la guardia. Los pensamientos que protegían mi mente se habían desvanecido. Me quedé con mis verdaderos pensamientos. La verdad sobre lo que estaba planeando. Con aquellos pensamientos surgió el miedo. Nunca hasta entonces había sentido verdadero miedo, no por mí. Por mi madre y mi padre, sí, pero ese miedo había sido compartido e inmediato, no llevado en secreto. Y mis mayores temores de pérdidas no se habían materializado. Aunque lastimados, mis padres dormían en la planta de arriba, en la misma habitación y en la misma cama. Pero era consciente de que su paz era provisional. Lark volvería a aparecer. A no ser que encontrarán el cuerpo de Mayla, o que ella apareciera con vida y se le imputara a él un delito de secuestro, Lark quedaría libre para disfrutar de la vida.

Yo tenía que hacer lo que tenía que hacer. Esa acción se antepone a mi persona. Bajo aquella inquietante luz, me anegó una sensación de terror tan asfixiante que se me saltaron las lágrimas y en mi pecho estalló un único sonido ahogado, tal vez un sollozo o una punzada de dolor. Crucé los puños en la manta de ganchillo y me los apreté contra el corazón. No quería que se me escapara aquel sonido. No quería dar voz a ese tumulto de sensaciones. Pero me encontraba desnudo e impotente ante su fuerza. No tenía elección. Ahogué los sonidos que salían de mí para ser el único en oírlos, burdos y extraños. Me tumbé en el suelo y dejé que el miedo se apoderase de mí. Intenté seguir respirando mientras me sacudía, al igual que un perro zarandea a una rata.

Permanecí bajo el influjo de ese hechizo durante tal vez media hora, y después se desvaneció. Yo ignoraba si se iría o no. Había tensado mi cuerpo con tal fuerza que me dolía aflojar los músculos. Estaba dolorido cuando me levanté del suelo, como un anciano con molestias en las articulaciones. Subí las escaleras arrastrando los pies lentamente y me dirigí a mi habitación. Pearl no se había apartado de mi lado. Se

acurrucó junto a mí. La mantuve conmigo. Mientras me sumía en un sueño más lúgubre, comprendí que había aprendido algo. Ahora que sabía lo que era el miedo, también sabía que no era algo permanente. Por muy poderoso que fuese, su control sobre mí se debilitaría. Y pasaría.

No podía utilizar la añagaza de los plátanos por segunda vez, así que decidí fingir un encuentro casual con Linda al mediodía. Sabía que la mujer solía llevarse la comida de casa la mayoría de los días, pero que una vez a la semana se daba un capricho y pedía lo que todas las mujeres pedían en Mighty's: el bufé de sopas y ensaladas. Cada día ojeaba por la ventana o entraba en el local y me tomaba un refresco de uva. Al tercer día, divisé a Linda, que se acercaba al bar con su típica forma de caminar de pala excavadora. Saludó con la mano a Bugger, que estaba sentado en la estrecha franja de hierba sucia que separaba ambos edificios. Se detuvo y le ofreció un cigarrillo. Me sorprendió que ella fumara, pero más tarde averigüé que siempre llevaba un paquete de tabaco para dar un cigarrillo a la gente que se lo pedía. Aparqué la bicicleta donde podría vigilarla desde el interior del bar y entré detrás de ella. Por supuesto, ella conocía a todo el mundo y hablaba con todos. No reparó en mí hasta que me senté. Fingí verla de pronto. Se le salían los ojos de alegría.

¡Joe!

Me acerqué y me quedé mirando a mi alrededor, como si buscara a mis amigos, hasta que me preguntó si tenía hambre.

Más o menos.

Entonces siéntate.

Pidió una cesta de gambas. Después, sin preguntarme, pidió otra cesta de gambas. Lo más caro de la carta. Y un café para ella y un vaso de leche para mí, porque estaba creciendo ante sus ojos. Me encogí de hombros. Intenté poner cara de fastidio al sentarme.

No te preocupes, dijo Linda. En cuanto lleguen tus amigos, puedes ir a sentarte con ellos. No me importa.

Vaya, dije. No era mi intención... En fin, gracias. Solo me alcanzaba para un refresco. ¿Siempre pide la cesta de gambas?

¡Nunca! Linda me guiñó un ojo. Es un caprichito. Es un día especial, Joe. Es mi cumpleaños.

Le deseé feliz cumpleaños. Después, caí en la cuenta de que también era el cumpleaños de su hermano mellizo. ¿Podía sacarlo a colación? Luego recordé algo acerca de la historia de su nacimiento.

Pero ¿no era invierno cuando nacieron los dos?

Pues sí, tienes buena memoria. Pero, verás, ese día solo nací físicamente. Tal y como ha ido mi vida, he nacido varias veces más. Elegí una fecha entre todos aquellos puntos de inflexión para que fuera mi cumpleaños.

Asentí con la cabeza. Snow Goodchild nos trajo las bebidas. Oía el chisporroteo de las gambas friéndose. De pronto estaba hambriento. Me alegraba de que Linda me invitara a comer. Olvidé que la odiaba y recordé que me gustaba hablar con ella y que ella siempre había querido a mis padres e incluso ahora intentaba ayudar. La garganta dejó de escocerme. El momento adecuado para hacerle preguntas ya llegaría. Tomé un sorbo de leche fría y a continuación bebí un poco de agua fresca del vaso de plástico ondulado.

¿Qué día eligió? ¿El día que Betty la llevó a casa desde el hospital?

No, respondió Linda. Elegí el día en que la asistente social me llevó a casa por segunda vez. Aparecía señalado en el calendario de Betty. Ella solo anotaba las cosas más importantes en el calendario. Así supe que me quería, Joe.

Eso está bien, dije. Después no supe qué decir. Manteníamos una conversación de adultos y era incapaz de ir más allá. Estaba bloqueado. Pensé que Linda me preguntaría qué tal me iba el verano o si tenía ganas de volver al colegio, tal y como hacían los mayores cuando no me preguntaban por mi padre. Nunca preguntaban por mi madre, directamente. En cambio, hacían algún comentario —vi a tu madre que iba a trabajar o vi a tu padre en la gasolinera—. El consejo tribal había notificado a Lark que tenía prohibida la entrada en la reserva, pero la verdad es que no había ningún modo de garantizar su cumplimiento. No funcionaría mejor que la persuasión. Cuando la gente decía que había visto a mi madre, significaba que la vigilaban. Pensé que tal vez Linda haría un comentario de ese tipo, pero, en su lugar, me dejó estupefacto.

Escucha, Joe. Tengo que decirte algo. Siento mucho haberle salvado la vida a mi hermano. Ojalá estuviera muerto. Ya está, ya lo he dicho.

Hice una breve pausa y luego dije: A mí también me gustaría.

Linda asintió con la cabeza y se miró las manos. Sus ojos volvieron a salirse de las órbitas. Joe, dice que se va a hacer rico. Dice que nunca más tendrá que volver a trabajar. Está seguro de que ahora va a tener dinero en el banco. Y dice que va a arreglar la casa y vivirá allí para siempre.

¿Ah? Me mareé al pensar en Sonja.

Todo eso me lo dejó grabado en el contestador. Dijo que una mujer se lo daría a cambio de algo, y se echó a reír.

No, no lo hará, repliqué. Mi mente se despejó y vislumbré la botella rota en la mesilla de noche de Sonja. Vi su mirada cuando tiró al suelo su bolso de la Roja Sonja. Lark no podría con ella.

Son cosas de mayores, dijo Linda. Seguramente no tienen ningún sentido para ti.

Para mí tampoco tienen mucho sentido.

Nuestras cestas de gambas llegaron y ella intentó poner un poco de ketchup en un lado. Agitó la botella con ambas manos como una niña. Le cogí la botella y di un suave golpe en el fondo con el talón de la mano, tal y como hacía mi padre, dejando caer un pegote de ketchup.

Vaya, soy incapaz de hacer eso, exclamó Linda.

Es así como se hace. Puse un poco de salsa en mi plato. Linda asintió e intentó probar la técnica.

Siempre se aprende algo nuevo, dijo, y comenzamos a comer, amontonando las colas rosas y de aspecto plastificado de las gambas a un lado de las cestas.

Lo que había dicho acerca de su hermano estaba tan cargado de complejidad adulta que me dejó descolocado. No era ésa la manera en que yo deseaba sacar el tema de Linden Lark. No sabía si sería capaz de asimilar más información. Así que fui a lo seguro para contrarrestar tanta sinceridad.

Uf, qué calor.

Pero no entró al trapo para hablar del tiempo conmigo. Asintió, cerró los ojos y, mientras se comía su gamba de cumpleaños, dijo:

Mmm... Despacio, Linda, se ordenó a sí misma. Se rio y se limpió los labios con la servilleta.

Tengo que hacerlo, pensé.

Muy bien, comencé. Entiendo lo de su hermano. Por supuesto. Ahora él cree que va ser una escoria humana adinerada. Pero yo me preguntaba si me podría usted decir cuándo juega al golf. Si es que juega al golf todavía.

Mantuvo la servilleta apoyada en los labios y pestañeó mientras me observaba por encima del papel blanco.

Bueno, es que necesito saberlo porque...

Me atiborré la boca con un puñado de patatas fritas y me puse a masticar y a pensar frenéticamente.

... porque ¿qué pasaría si mi padre decidiera ir a jugar al golf o qué sé yo? Había pensado que le sentaría bien jugar al golf. Pero no podemos correr el riesgo de toparnos con Lark.

¡Dios mío!, exclamó Linda. Puso cara de auténtico pavor. No había caído en ello, Joe. No sé si va a menudo, pero sí, Linden juega al golf y le gusta ir muy temprano, en cuanto abre el campo, a las siete de la mañana. Porque apenas duerme. Tampoco es que me sepa todas sus costumbres, ya no. Será mejor que hable con...

¡No!

¿Y eso?

Nos quedamos paralizados, mirándonos fijamente por encima de la comida. Esta vez cogí dos gambas y me las comí una tras otra con una sonrisa; luego pelé las colas

y también me las comí.

Esto es algo que quiero hacer solo. Una cosa entre padre e hijo. Una sorpresa. El tío Edward tiene palos de golf. Estoy seguro de que nos los prestará. Iremos allí. Solo mi padre y yo. Es algo que yo quiero hacer. ¿De acuerdo?

Claro que sí. Eso es muy bonito, Joe.

Más relajado, comí tan rápido que me acabé todo el plato e incluso me zampé algunas de las patatas fritas de Linda y lo que le quedaba de ensalada antes de que cayera en la cuenta de que ya tenía todo lo que necesitaba: la información y su aquiescencia para mantenerlo en secreto. Lo cual me proporcionaba al mismo tiempo una sensación de alivio y la reaparición de aquel miedo vertiginoso.

Bugger pasó rápidamente delante de la ventana. Iba montado en mi bicicleta.

Tengo que irme, dije a Linda. Gracias, pero Bugger me está robando la bici.

Salí corriendo y atrapé a Bugger, que solo iba por la mitad del aparcamiento. Avanzaba despacio y serpenteando; no se bajó de la bicicleta, solo me miró con su ojo bizco. Caminé a su lado. La verdad es que no me importaba andar porque no me encontraba muy bien. Había comido mucho y demasiado rápido, tal vez con los nervios en el estómago como le pasaba a veces a mi padre. Además, al fin y al cabo, esas gambas congeladas habían recorrido varios miles de kilómetros desde el lugar donde habían nacido hasta aterrizar en mi plato. Yo había tenido que ocultar la pila de colas con una servilleta mientras Linda esperaba la cuenta. El paseo me parecía ahora mejor opción que el traqueteo de la bicicleta. También quería alejarme de la gente, por si me daba por vomitar.

Mientras caminaba al lado de Bugger bajo un sol de justicia, empecé a encontrarme mejor y, al cabo de un kilómetro y medio, ya me sentía bien. Bugger no parecía tener un rumbo particular al que yo pudiera encontrarle algún sentido.

¿Puedes devolverme la bici ahora?

Primero tengo que llegar a un sitio, respondió.

¿Dónde?

Necesito ver si no era más que un sueño.

¿Qué es lo que no era más que un sueño?

Lo que vi no era más que un sueño. Necesito verlo.

Fuera lo que fuera, lo era, dije. Me la has mangado. ¿Puedo recuperar mi bici?

Bugger se estaba alejando demasiado del pueblo, en dirección opuesta a la casa de Cappy. Temía que fuera a dar un bandazo y chocar contra algún coche que pasara por allí. Así que le convencí para que diera media vuelta poniendo por las nubes a la abuela Ignatia y sus generosos platos.

Es verdad. A uno le entra hambre con tanta bicicleta, dijo Bugger.

Llegamos a la residencia de ancianos y soltó la bicicleta delante de mí. Se alejó dando tumbos como un hombre bajo el influjo de una fuerza magnética. Di media

vuelta y pedaleé hasta la casa de Cappy. Teníamos previsto practicar tiro, pero Randall estaba allí, había salido pronto del trabajo, arreglando su cola de plumas en la mesa de la cocina. Las largas y elegantes plumas de águila aparecían esparcidas desde el círculo donde se juntaban, y Randall estaba concentrado en una pluma suelta. Poseía un atractivo traje tradicional de *powwow*, que había heredado en gran medida de su padre, aunque sus tías le habían bordado con abalorios unas flores en los brazaletes y taparrabos de terciopelo. Cuando vestía el traje completo, presentaba una magnífica estampa. Todo tipo de objetos corrientes y extraordinarios conformaban su traje de ceremonia. Dos gigantescas plumas de águila doradas coronaban el penacho. Estabilizadas gracias a una larga antena de coche, las plumas se balanceaban enganchadas a unos muelles de bolígrafo. Las elásticas ligas de una vieja faja de una de sus tías estaban forradas con piel de venado, a las que había cosido unas tobilleras con cascabeles. Tenía un bastón de danza que provenía supuestamente de un guerrero dakota, aunque en realidad había sido fabricado en las clases de manualidades del internado. Cualquiera que fuese el origen de los elementos que componían el traje de Randall, ahora se adaptaban todos a él y cada pluma estaba en su sitio, fortalecida con astillas de madera talladas y pegamento Elmer; las suelas de sus mocasines se habían reforzado una y otra vez con cuero sin curtir. A veces Randall se llevaba dinero en premios, pero bailaba porque Doe había bailado, y también porque aquellos adornos que se movían atraían muchísimo a las chicas. Se estaba preparando para nuestra *powwow* anual de verano, que se celebraba ese fin de semana. Como de costumbre, Doe se situaría detrás del micrófono como maestro de ceremonias haciendo chistes y asegurándose de que todo fluyera bien, como siempre decía.

Venga, vamos a coger abuelos para la cabaña de sudación de Randall, dijo Cappy. Siempre ofrecíamos tabaco para esas piedras ancestrales. Por eso eran abuelos. No siempre buscábamos las piedras. Nos gustaba más ser los guardianes del fuego, pero Randall había prometido a Cappy que, si conseguía hacer arrancar su viejo coche rojo de la reserva, le dejaría conducirlo.

Había una zona hundida y pedregosa en sus tierras, que se llenaba de agua en primavera y que tenía el tipo de piedra perfecto si removías la tierra con los pies. Randall siempre necesitaba un número específico según el tipo de sudación que deseaba ofrecer. Arrastramos un viejo tobogán de plástico para recoger las piedras. Nos llevó tiempo encontrarlas. Tenían que ser de un tipo de roca en particular, que no se resquebrajara con facilidad ni reventara al llegar a la incandescencia y ser salpicada con agua en el pozo de la cabaña de sudación. Tenían que ser de un tamaño determinado para que Randall pudiera cogerlas de nuestra pala con la cornamenta de ciervo. Encontrar veintiocho abuelos suponía una tarde entera de trabajo, y a menudo más, sobre todo si Randall tenía prisa y teníamos que acudir a los montones de piedras que yacían en los campos fuera de la reserva y llenar la camioneta de Doe.

Pero en esta ocasión necesitábamos estar solos.

Le conté a Cappy lo que había averiguado en mi conversación con Linda sobre el golf matutino.

Cappy dio una patada a la hierba y se agachó para sacar una piedra redonda y gris.

Entonces tienes que mover ficha, dijo Cappy. Antes de que Lark cambie sus hábitos. Deberías llevarte el rifle de Doe cuando estemos en la *powwow*.

Solo con pensar en robarle a Doe me invadió una sensación de angustia y zozobra, y aquellas gambas comenzaron a reanimarse en mis tripas. Pero Cappy tenía razón.

Tienes que forzar la entrada el sábado entre las ocho y las diez de la noche, explicó Cappy. Cabe la remota posibilidad de que Doe o Randall necesiten volver a casa para coger algo después de la retirada de las banderas. Pero lo que sí es seguro es que Randall se quedará allí, golpeando el suelo con los pies, hasta entonces. O ligando. Y desde luego papá no podrá abandonar el micrófono. Así que tú entras en casa, Joe. Y me refiero a que realmente fuerces la entrada. Organiza un caos. Tienes que llevar una palanca para abrir el armario donde se guardan las armas. Lo he estado pensando. Roba un par de cosas más o haz como si hubieras pensado hacerlo. La tele, por ejemplo.

¡No puedo cargar con eso!

Solo desenchúfala, tira al suelo todo los cachivaches que haya encima. Llévate el radiocasete de Randall. No, lo tendrá con él. Llévate la caja de herramientas buena. Pero déjalas esparcidas por el porche, como si hubieras huido al oír llegar un coche.

Vale.

Y luego el rifle. Asegúrate de coger el bueno del armario. Te lo voy a enseñar.

De acuerdo.

Y trae un par de bolsas de plástico negras para envolverlo, porque tendrás que esconderlo.

No puedo llevármelo a casa, dije. Tendré que esconderlo en otra parte.

En la atalaya, por ejemplo, en los matorrales detrás del roble, sugirió Cappy.

Después de que amontonáramos los abuelos junto al hoyo para la hoguera, dedicamos el resto de la tarde a decidir el camino que seguiría y a elegir un escondrijo que me resultara fácil de encontrar en la oscuridad. La luna estaría en cuarto menguante, pero, claro, también podría estar nublado. Queríamos asegurarnos de que yo sería capaz de hacerlo todo sin encender una linterna. Además, después tendría que llegar hasta donde se celebraba la *powwow*, a cinco kilómetros de distancia, atravesando campos y recorriendo caminos sin utilizar la bicicleta para pasar desapercibido. En los dos últimos años había acampado con la familia de Cappy: una autocaravana para las mujeres y una tienda de campaña para los hombres.

Una hoguera. Randall deslizándose a los tipis de chicas. Escabulléndose a hurtadillas. Nos despertábamos por las mañanas y lo encontrábamos a nuestro lado inconsciente y con un leve olor a perfume de alguna muchacha. Mis padres contarían sin duda con que este año también iría. Y aunque esta vez se opusieran, me escabullaría de todas formas. Tenía que hacerlo.

Esas gambas o lo que fuese que había comido no me abandonaron durante toda esa semana. Me entraban náuseas en cuanto veía algo de comer y me sentía mareado cuando miraba a mi madre o a mi padre, de modo que dejé de mirar a nadie y apenas comí nada. Sobre todo dormí. Me quedaba dormido como si cayera desmayado y no conseguía levantarme de la cama por las mañanas. Un día, al despertar, cogí el libro que me había dado el padre Travis. *Dune* era un libro de bolsillo voluminoso con tres siluetas negras que caminaban por un desierto bajo una roca imponente. Lo abrí al azar y leí algo sobre un chico con una meta terrible en la vida. Arrojé el libro al otro lado de la habitación, una y otra vez. Durante muchos meses después de esa mañana, leería ese libro, una vez y luego otra y otra. Fue el único libro que leí durante todo un año. Mi madre dijo que yo debía de estar en plena pubertad. La oí por casualidad. O la escuché a escondidas. Escuchar conversaciones ajenas se había convertido en una constante. Comencé a espiar por la necesidad de convencerme de que no tenía alternativa, que debía hacerlo. Si Lark se mudaba o se largaba o moría envenenado como un perro o era detenido por alguna razón, yo quedaría libre. Pero no confiaba en que mis padres me contaran nada de estas cosas, por lo que tenía que esconderme detrás de las puertas y acuclillarme debajo de ventanas abiertas para poner la oreja, sin escuchar nunca lo que yo deseaba oír. Por supuesto, llegó el fin de semana de la *powwow*.

Mis padres accedieron a dejarme ir a acampar con los hijos de Doe, tal y como habían dicho, y conseguí que Randall me llevara con ellos en la parte de atrás de su camioneta, sentado sobre mi saco de dormir. Llevaba cinco dólares en el bolsillo para comer. Randall conducía tan rápido por la carretera de grava que nos castañeteaban los dientes y a punto estuvimos de salir disparados de la parte trasera, pero llegamos allí a tiempo para instalarnos en nuestro sitio habitual. La familia de Cappy siempre aparcaba la autocaravana en la zona sur, que lindaba con la parcela circular prevista para acampar durante la *powwow*, contigua a los prados de hierba sin segar. En esa época del año, el heno solía estar listo para ser cortado otra vez. De pie en el extremo del campo, contemplaba cómo la hierba se mecía suavemente por una pequeña colina, abriéndose una y otra vez como el cabello de una mujer. A la familia le gustaba acampar en la linde para poder mantenerse al margen de lo que Suzette y

Josey llamaban «los ajetreos». Las hermanas de Doe eran recias y alegres. Bailaban la danza tradicional femenina y, cuando se arreglaban en su pequeña autocaravana, ésta temblaba con sus pesados movimientos y fuertes risotadas. Sus maridos no bailaban, pero ayudaban con la organización y la seguridad del evento.

Lo primero que hicimos al llegar fue sacar las sillas de jardín, de plástico trenzado, de la parte trasera de la camioneta. Elegimos dónde cavar un hoyo para la hoguera y colocamos las sillas alrededor del agujero. Era importante tener un lugar para recibir a las visitas y ofrecerles un té o un refresco KoolAid sacado de uno de los gigantescos termos de plástico que Suzette y Josey habían rellenado antes de venir. También tenían neveras portátiles: una llena de sándwiches, encurtidos, tarrinas de alubias con tomate y ensalada de patata, panecillos *bannocks*, gelatinas, manzanas silvestres y trozos de queso de los subsidios del Gobierno. La otra nevera portátil contenía perritos calientes y conejo frito frío. Pronto, los hijos casados de Suzette y Josey comenzaron a llegar por todo el campamento con sus viejos coches bajos. Cuando abrían las puertas, salían nietos a borbotones como pelotas de goma. Reunían a otros niños de los campamentos vecinos y se movían por el recinto de la *powwow* como un torbellino de cabello revoloteando, piernas corriendo y brazos agitándose. De vez en cuando, sonaba algún anuncio por la megafonía: solo eran pruebas de micrófono. Doe no salió al escenario de verdad hasta el mediodía. Dio la bienvenida varias veces y recordó a los bailarines que la Gran Entrada comenzaba a la una.

¡Poneos vuestros zapatos de danza! Su voz de presentador era tan meliflua como un cálido sirope de arce. Le encantaba decir: Ay, misericordia, así como ¡Caramba!, ¡mecachis!, y ¡Howah! Le encantaba bromear. Sus chistes eran simpáticos y espantosos a la vez.

Ayer mismo un blanco me preguntó si yo era un indio de verdad. No, le respondí. Colón metió la pata. Los indios de verdad están en la India. Yo soy un auténtico chippewa.

¿Un chipe qué? ¿Cómo es que no llevas trenzas?

Me las cortaron, le dije. Nuestro nombre antiguo es *anishinaabe*, ¿sabes? Eyyy. A veces no puedes contarle algo a una verdadera mujer *anishinaabe*. Te dirige esa mirada suya y tienes que contárselo todo. Eyyy.

Doe anunció que unos niños se habían extraviado. ¡Chiquillos perdíos! Aquí tenemos a un muchacho que busca a su familia. No tengas miedo cuando vengas a recogerlo, mami, no está pintarrajeado con pinturas de guerra. Solo es mostaza y ketchup. Se ha estado preparando para enfrentarse al Quinto de Caballería en el puesto de perritos calientes.

Cuando presentaba los tambores, pasaba lista de uno en uno con un elogio para cada uno de ellos: Rabo de Oso, Viento Enemigo, Río Verde. Las gradas comenzaron a llenarse de gente, y Suzette y Josey enviaron a sus maridos para que colocaran las

sillas de jardín en el borde de la pista, en el lado sur, para evitar los largos y cegadores reflejos del sol al ponerse en un crepúsculo aparentemente interminable. Cappy y yo habíamos plantado nuestra tienda con el toldo cuadrado donde Randall pudiera vestirse y acicalarse. A Suzette y Josey les encantaba tener a un bailarín masculino al que mimar y no dejaban de preguntarnos a Cappy y a mí cuándo íbamos a empezar nosotros. Cappy había bailado hasta los diez años.

Te estoy preparando un traje nuevo para la danza de la hierba. Josey le señaló con el dedo.

Cappy solo le sonrió. Nunca decía que no a nadie. Randall y él habían talado en sus tierras pequeños y jóvenes álamos, y montamos una pérgola sombreada donde las tías podían tomar el fresco. El calor aumentaba con las horas, y las esclavinas bordadas con perlas, las pieles curtidas, las pecheras de huesos, los chales de lana, los pesados cinturones *concho* de plata y todos los adornos simbólicos, así como una larguísima hilera de plumas, debían de pesar veintisiete kilos o más. Suzette y Josey eran bastante rollizas pero increíblemente fuertes, por lo que eran capaces de moverse con dignidad y sin derrumbarse bajo el peso de toda esa tradición ancestral. En cambio, Randall apenas parecía sobrecargado, pero al verle cubierto con tantas plumas, Cappy dijo que parecía como si se hubiera revolcado en una bandada de águilas. Llevaba unos calzoncillos largos rojos con unos mandiles o taparrabos que le colgaban delante y detrás.

Asegúrate de taparte tus partes pudendas correctamente, dijo Cappy. No querrás que nadie vea lo que no tienes.

Cállate, picha corta, replicó a Cappy. Y a ti, ni se te ocurra empezar, gambita, me lanzó a mí.

Sujetó un espejo y se pintó dos líneas negras desde la frente hasta las cejas, luego continuó debajo de los ojos y por las mejillas. Los ojos de Randall se convirtieron de pronto en los impenetrables ojos de un guerrero. Nos fulminó con la mirada bajo su penacho de ondeantes plumas.

Pon esa mirada ardiente, dijo Cappy.

Era ésa, respondió Randall. Observad los resultados.

Salió a la luz del sol y se estiró al lado del puesto del vendedor de algodón de azúcar. Randall sostenía que sus calzoncillos largos eran tradicionales, pero a Cappy y a mí nos parecía que estropeaban su aspecto.

Una chica con un ceñido *top* de cuero se apartó de sus amigas. Sorbiendo un refresco con una pajita, observó con boquita de piñón a Randall, que ensayaba sus pasos. Él levantó el pie y lo apoyó en el enganche de la caravana, y se inclinó con esfuerzo para tocarse los dedos de los pies como si estirara los tendones de la corva. Repitió la operación una segunda vez y, a la tercera, soltó un *boogid*. Intentó marcharse con paso indolente como si nada. La chica soltó una risotada tan fuerte que

se atragantó y escupió la gaseosa.

Aprende del maestro, dijo Cappy. Haga lo que haga Randall, tú haz lo contrario.

La familia de Angus había llegado, saliendo en masa de un coche; así que nos acercamos a buscarle y nos encontramos con Zack. Cuando ya estuvimos los cuatro juntos, nos apeteció pan frito y fuimos a buscarlo; lo estábamos comiendo a la sombra de las gradas cuando se nos acercaron unas chicas del colegio. Siempre hablaban con Angus primero, luego con Zack y después conmigo hasta que se centraban en su verdadero objetivo: Cappy. Los nombres de las chicas de nuestro curso eran todos alguna versión de Shawn. Estaba Shawna, Dawna, Shawnee, Dawnali, Shalana, Dawn y Shawn sin más. También había una chica que se llamaba Margaret, por su abuela, que trabajaba en la oficina de correos. Terminé conversando con Margaret. Dawn, Shawn y las demás se habían peinado los rizos hacia atrás y los habían fijado con laca; llevaban sombra de ojos, brillo en los labios y dos pares de pendientes en cada oreja, ajustados pantalones vaqueros, ceñidas camisetas de rayas y centelleantes colgantes de plata. A día de hoy, sigo tomándole el pelo a Margaret por la ropa que llevaba en esa *powwow*, porque recuerdo cada detalle, hasta el medallón de plata que no contenía una fotografía de su novio, sino un retrato de su hermano pequeño.

Lo que Cappy hacía para atraer a las chicas era simplemente ser Cappy. No ponía miradas ardientes como Randall, ni llevaba una sola pluma. Vestía como siempre, con una camiseta descolorida y unos vaqueros. El pelo le caía de forma natural sobre un ojo y no se molestaba en recogerse detrás de las orejas, aunque utilizaba ese movimiento tan suyo de la cabeza. Por lo demás, solamente hablaba y nos incluía a todos. En lo que sí me fijé es que se interesaba por las chicas, casi como lo haría un profesor. Qué tal las vacaciones de verano, cómo estaban sus familias... La conversación nos hizo empezar con buen pie y dimos una vuelta, rodeando la pista por detrás de las gradas, con las chicas haciéndose notar y nosotros notando cómo se hacían notar. Dimos varias vueltas. Las chicas compraron algodones de azúcar. Quitaban tiras de la golosina para nosotros. Bebimos refrescos e intentamos aplastar las latas con las manos. La gala comenzó. Los veteranos entraron con la bandera de los Estados Unidos, la bandera MIA-POW por los desaparecidos en combate y los prisioneros de guerra, la bandera de nuestra nación tribal y nuestro bastón de plumas de águila. Los bailarines principales siguieron y luego los bailarines de la Gran Entrada se pusieron en fila y entraron en la pista por categorías, hasta acabar por los más pequeños. Nos colocamos de pie en la última grada para verlo todo: los tambores, la creciente sincronía de las campanas, los cascabeles, las bolas de cornamenta de ciervo y la música tintineante de las bailarinas de la danza de cascabel. La Gran Entrada siempre me ha cortado la respiración y me hace marcar el paso al ritmo de los bailarines. Es algo enorme, contagioso, desafiante y alegre. Pero esa

noche solo podía pensar en cómo iba a conseguir recoger mi mochila y escabullirme.

Salí en línea recta, seguí los senderos del bosque, atravesé un par de prados y atajé por caminos secundarios. Cuando llegué a la casa, todavía era de día. El perro que vigilaba fuera me ladró y me reconoció. Hola, Fleck, dije, mientras me lamía la mano. Esperé media hora detrás del cobertizo hasta que se pusiera el sol. Aguardé un rato más, hasta que oscureció del todo. Entonces me enfundé un par de guantes de cuero de mi madre, muy ajustados, y me dirigí a la puerta trasera con la palanca que Cappy había dejado fuera.

Cuando forcé la puerta, la perra que vigilaba en el interior se puso a ladrar, pero meneó el rabo en cuanto entré y me siguió hasta el armero. El estallido de cristales la desconcertó, pero aulló de placer cuando saqué el rifle. Supuso que nos íbamos de caza. En cambio, guardé las municiones en la mochila, tiré el televisor, esparcí las herramientas de la caja y me despedí de los perros. Crucé la carretera y encontré el camino que Cappy y yo habíamos marcado. Tuve que utilizar la linterna, pero la apagué cuando un coche apareció en lo alto de la colina, por la carretera de grava. No muy lejos de la atalaya habíamos cavado un agujero. Envolví el rifle y las municiones en las bolsas de plástico, enterré el paquete y lo tapé todo con hojarasca, broza y pequeñas ramas. Al menos bajo la luz de la luna menguante, el suelo parecía intacto. Bebí un poco de agua y emprendí el camino de vuelta al recinto de la *powwow*. Volví por los mismos senderos, las mismas ciénagas, el mismo viejo camino de tierra de doble vía y las sendas en medio del bosque que unos pocos todavía desbrozaban a fin de conseguir leña para sus chimeneas. Atravesé un prado para caballos y desde allí me llegó el sonido de los tambores, que seguían retumbando, de la sesión de las cuarenta y nueve canciones y de los juegos de los mocasines. La gente permanecía despierta toda la noche jugando en algunas de las carpas. Logré regresar a nuestra tienda y bajé la cremallera de la mosquitera. Cappy estaba despierto. Randall no estaba. Cappy me preguntó cómo me había ido.

Sin problemas, respondí. Creo que ha ido bien.

Bien, dijo Cappy. Nos quedamos tumbados boca arriba sin dormir.

Doe ya habría llegado a casa a esa hora y habría descubierto que habían entrado a robar y que le faltaba el rifle. Habría avisado a la policía tribal y a la de la Oficina de Asuntos Indios. No había forma humana de que supiera que había sido yo. Pero aun así, no sabía cómo iba a poder mirarle a la cara.

Las mañanas siempre eran el mejor momento del día: me despertaba con el aire fresco que todavía recorría las paredes de lona. El olor a café, panecillos *bannocks*, huevos y salchichas. Fuera, el sol y la alfalfa recién cortada para los caballos. Suzette y Josey estaban haciendo sus planes para el día mientras alimentaban a sus nietos en unos poco sólidos platos de cartón, que siempre se doblaban o se desintegraban bajo

el peso de la comida.

Oye. Toma. Tú, pon otro plato debajo.

Los niños caminaban encorvados hasta el borde del césped y comían sentados en el suelo. Cada bocado era una delicia. Las hermanas tenían una cocina de gas Coleman y una bombona de propano. Frieron beicon y saltearon los panecillos *bannocks* en la grasa. Los huevos revueltos estaban ligeros y esponjosos, jamás se les quemaban. Tostaron pan en la parrilla caliente. Había un frasco abierto de mermelada de guillomos. Otro de ciruelas silvestres. Sabían cómo alimentar a unos chicos. Un par de horas después de nuestro desayuno caliente, había un desayuno frío: con sandía, cereales y panecillos *bannocks* fríos, mantequilla suave y carne. Poseían una magnífica cafetera metálica esmaltada con puntitos azules, así como otra de acero inoxidable que usaban solo para el té. Las sillas de jardín estaban siempre ocupadas por hombres chismorreando, y la autocaravana comenzó a plagarse de niños hasta que una de las hermanas le puso fin, echándolos a todos de allí y cerrando la puerta con llave. Después del desayuno frío, las hermanas prepararon pilas y pilas de sándwiches, que amontonaron en la nevera portátil, bajo la supervisión de sus hijas. Se retiraron a la autocaravana para acicalarse para la Gran Entrada del día. No se les podía molestar con nada. Ni las súplicas para usar su cuarto de baño, ni los gritos de venganza de chicos peleándose ni los falsos alaridos de miedo de sus hijas. La fragancia a incienso de hierbas aromáticas entró flotando por las pequeñas ventanas de lona abatibles. Suzette y Josey se tomaban muy en serio su traje de ceremonia y se aseguraban de que el humo limpiase la tela y las perlas de cualquier mirada malévolas por parte de otras mujeres, pensamientos envidiosos o gestos despectivos. Y de sus propios pensamientos también, quizás, ya que era bien sabido que los ojos de sus maridos pendoneaban por ahí, aunque no tenían pruebas de ello. El interior de la autocaravana, equipado de forma ingeniosa con vitrinas, camas abatibles, cajones, armarios, arcones escondidos y un diminuto aseo, estaba ordenado e impecable. Cuando salieron, una de ellas cerró la puerta con un candado y guardó la llave en el bolso adornado de perlas o en la funda para navaja que colgaba de su cinturón. Se alejaron al unísono, con la melena, que solo plateaba las sienes, recogida con pieles de visón en largas trenzas. Majestuosas y elegantes, se unieron a la fluencia de bailarines. Los flecos de piel de ciervo ondeaban con una precisión onírica. A todo el mundo le gustaba contemplarlas, para ver si quedaban apartadas por el torbellino de las danzas intertribales, cuando cualquiera y todo el mundo pisaba la pista. Los niños pequeños con medio trajes de la danza de la hierba imitaban los movimientos de los mayores y chocaban con Suzette y Josey. Las niñas, con los ojos vidriosos ante tamaña concentración, saltaban con sus vestidos de cascabeles como sus glamurosas hermanas y se tropezaban con ellas. Suzette y Josey no flaqueaban. Hablaban una con otra, se echaban a reír, no perdían nunca el ritmo ni interrumpían el continuo

balanceo de los flecos de sus mangas, chales y esclavinas.

Dos pieles por cada vestido, comentó Cappy. Y seguramente otra piel en flecos. Como se caiga una encima de la otra, acabarán enredadas sin poder separarse jamás.

Venga, abajo todos los espectadores, llamó Doe. ¡Ésta es la danza intertribal! Pisad el suelo con lo que tengáis: botas, mocasines, incluso sandalias *hippies*. ¿Qué es eso? Unas Birkenstock, me dice alguien. Encontramos una Birkenstock delante de la tienda de Randall anoche. Sí, señor. *Howah*.

Doe siempre se metía con Randall y sus amigos por sus continuos esfuerzos para ligar con las chicas.

Mierda, exclamó Randall detrás de nosotros. Unos cabrones entraron en nuestra casa anoche y robaron uno de los rifles de caza mayor de papá.

¿Se han llevado algo más?, preguntó Cappy. No se volvió para mirar a Randall, pero torció el gesto sin apartar la vista de la danza.

No, respondió Randall. Cuando aparezca ese rifle, le reviento la cabeza.

¿Cómo se lo ha tomado Doe?

Está furioso. Randall se encogió de hombros. Aunque tampoco tanto. Dice que es extraño que solo se hayan llevado ese rifle. Es posible que intentaran llevarse la tele, y también se les cayó la caja de herramientas. Aficionados. No se ha podido encontrar ni una huella ni nada. Drogatas.

Sí, asintió Cappy.

Sí, dije.

O los perros no hicieron su trabajo, o conocían a quienes lo hicieron.

O alguien pudo lanzarles un trozo de carne, sugirió Cappy.

Randall soltó un gruñido de fastidio. De todas formas no era su rifle favorito. Si se hubiesen llevado su preferido, se habría vuelto loco.

Menos mal, dije.

Me sentí tan abatido que deseaba deslizarme bajo las gradas y quedarme allí acurrucado con las colillas, los envoltorios de granizados derretidos, los pañales sucios y arrugados en una bola y los marrones escupitajos de aplastado tabaco de mascar.

A partir de ahora, cerraremos mejor la casa, declaró Cappy.

Esta noche me voy a casa, dijo Randall. Dormiré en el sofá con mi escopeta hasta que arreglemos la puerta.

No te vuelas los huevos, bromeó Cappy.

No te preocupes, deshuevado. Como esos cabrones aparezcan de nuevo para acabar lo que empezaron, lo lamentarán.

¡Eres el mejor!, exclamó Cappy. Dio una palmada en el hombro de su hermano y nos marchamos con paso cansino. Dimos vueltas y más vueltas alrededor de la pista. Al cabo de un rato, me dio un golpecito en el hombro a mí también.

Lo has hecho perfecto.

Aun así me odio a mí mismo.

Hermano, tienes que superarlo, dijo Cappy. Jamás se va a enterar, pero si lo hiciese, Doe lo entendería.

Vale, dije al cabo de un tiempo. Pero cuando haga lo que queda por hacer, lo haré yo solo.

Cappy suspiró.

Mira, Cappy, precisé con voz ronca, casi susurrando. Voy a llamarlo así: asesinato en pro de la justicia, quizás. Pero asesinato al fin y al cabo. He tenido que repetírmelo miles de veces mentalmente antes de poder decirlo en voz alta. Pero ya está. Y puedo acabar con él.

Cappy se detuvo.

Vale. Lo has dicho. Pero ésa no es toda la cuestión. Si fueras capaz de dar no a tres sino a cinco latas seguidas, tan solo una vez, entonces te diría que tal vez... Pero Joe...

Me acercaré a él.

Te verá. Peor, le verás tú a él. Tienes una oportunidad, Joe. Yo estaré allí para tranquilizarte y estabilizar tu pulso. No me implicaré, Joe.

Está bien, acepté en voz alta. Ni hablar, pensé. Había decidido no contarle a Cappy qué mañana iría a la atalaya. Simplemente me dirigiría allí y lo haría.

Las previsiones meteorológicas para esa semana eran de un tiempo despejado y cálido. Linda había dicho que su hermano solía jugar a primera hora del día, antes de que nadie más llegara. Así que, en cuanto amaneció, me levanté y me deslicé por las escaleras sigilosamente. Había contado a mis padres que me estaba entrenando para la carrera de *cross* del otoño y sí que salí a correr. Corrí por los senderos del bosque, donde nadie pudiera verme. Comenzaba a dárseme bien bordear jardines y utilizar los cortavientos para ocultarme. Llevaba un frasco de pepinillos limpio lleno de agua en una mano y una chocolatina en el bolsillo de la camisa. Me había asegurado de llevar en el bolsillo de los vaqueros la piedra que me había regalado Cappy. Llevaba una camisa de cuadros marrón encima de una camiseta verde. Lo mejor que había encontrado para camuflarme. Cuando llegué a la atalaya, hurgué el suelo para retirar las ramas y la hojarasca, y las aparté a un lado. Después, desenterré las bolsas que contenían el arma y dejé el bulto a un lado también. Extraje el rifle de las bolsas y lo cargué. Me temblaban los dedos. Intenté respirar hondo. Me retorcí las manos, llevé el rifle hasta el roble, me senté y lo sujeté. Dejé el tarro con agua a mi lado. Después, esperé. Podía divisar a cualquier golfista en el quinto *tee* de salida mucho antes de

que llegase al punto donde tenía previsto dispararle. Entonces, mientras Lark recorría el *fairway* detrás de una pantalla de jóvenes pinos, yo bajaría la colina con el rifle y me escondería tras unas matas de cerezos silvestres y arces americanos. Desde allí, apuntaría y esperaría hasta que estuviera lo bastante cerca. Cuánto se acercara dependería de cómo hubiera enviado la bola, de la dirección que ésta hubiera tomado, del lugar donde se colocara él para golpearla y de otros factores más. Había muchas variables. Tantas que todavía estaba sopesando todas las posibilidades cuando el sol se elevó tanto en el cielo que comprendí que llevaba allí sentado varias horas. En cuanto comenzó el flujo regular de golfistas, me levanté y descargué el rifle. Lo guardé en una bolsa y envolví el paquete en la otra bolsa; volví a enterrarlo y esparcí las hojas y las ramas por encima. De camino a casa, me comí la chocolatina y guardé el envoltorio en el bolsillo. Ya no me rugían las tripas. Había terminado por hoy. Casi me sentía eufórico. Apuré lo último que quedaba de agua y me llevé el tarro vacío sin pensar. Miraba a cada árbol con el que me cruzaba, y me maravillaban sus detalles y la vida que atesoraban. Me detuve y contemplé dos caballos que pastaban en unos prados de hierba fresca. Elegancia innata. Cuando llegué a casa, estaba tan animado que mi madre me preguntó qué me había pasado. Le hice reír. Comí y comí. Después, subí y dormí durante una hora para despertar envuelto en la misma y asfixiante sensación de terror con la que me despertaba cada vez que abría los ojos. Tendría que volver a hacer lo mismo a la mañana siguiente. Y lo hice. Mientras permanecía sentado, apoyado contra el roble, había momentos en los que me olvidaba de por qué estaba allí. Me levantaba con la intención de marcharme, diciéndome que estaba loco. Luego, recordaba la imagen de mi madre aturdida y ensangrentada en el asiento trasero del coche. Mi mano en su pelo. O su mirada extraviada cuando yacía en la cama, como si mirase desde el fondo de la más recóndita y oscura cueva. Pensé en mi padre impotente en el suelo de linóleo de la tienda de comestibles. Pensé en el bidón de gasolina en el lago y en la estantería de la ferretería. Pensé en muchas otras cosas. Y entonces estuve preparado. Pero él no apareció ese martes. Tampoco el miércoles. El jueves habían anunciado lluvia, así que me planteé quedarme en casa.

Fui de todas maneras. En cuanto llegué a la atalaya, seguí todos los pasos que se habían convertido ya en una rutina. Me senté bajo el roble con el rifle y el seguro puesto. El agua, a mi lado. El cielo estaba encapotado y el aire olía a lluvia. Llevaba allí tal vez una hora, esperando a que se abriera un claro en el cielo, cuando Lark apareció en el *tee* arrastrando los palos en un carrito de lona sucia. Desapareció detrás de los pinos. Sujetando el rifle con ambas manos contra el pecho, como me había enseñado Cappy, bajé la colina. Me había repetido tantas veces lo que debía hacer exactamente que al principio pensé que todo iría bien. Encontré el lugar señalado justo en la linde de los matorrales, donde podría ponerme de pie medio escondido. Desde allí podría otear y apuntar a casi cualquier lugar donde pudiera situarse Lark

en el *green*. Con el dedo pulgar, quité el seguro. Respiré hondo y solté el aire con fuerza. Sujetaba el rifle con suavidad, tal y como había ensayado, e intenté controlar la respiración. Pero se me atragantaba cada inspiración. De pronto allí estaba Lark. Golpeó la bola desde una pequeña elevación cerca de los pinos. La pelota dibujó un arco y aterrizó en el borde de la calle con un rebote que la acercó al hoyo un metro más. Lark caminó con paso ligero. El olor a minerales comenzó a brotar de la tierra. Me llevé el rifle al hombro y le seguí con el cañón. Se puso de perfil, observando fijamente la bola de golf con los ojos entrecerrados; luego los abrió y los volvió a entornar, totalmente absorto. Vestía pantalones de color canela, zapatos de golf, una gorra gris y una camiseta marrón de manga corta. Se hallaba tan cerca que podía leer el logotipo de su difunta tienda de comestibles: Vinland. La bola de golf rodó hasta detenerse a quince centímetros del hoyo. Pensé que la metería con un leve toque. Se inclinaría para sacarla, y en cuanto se enderezase, le dispararía.

Lark avanzó y, antes de que llegara a golpear la bola, disparé al logotipo, encima de su corazón. Le alcancé en otra parte, tal vez en el estómago, y el hombre se derrumbó. Se produjo un largo silencio. Bajé el arma. Lark se giró, se arrodilló y se levantó tambaleante. Recobró el equilibrio y comenzó a gritar. Era un alarido agudo como no había oído nada igual. Me llevé de nuevo la escopeta al hombro y recargué. Temblaba tanto que apoyé el cañón en una rama, aguanté la respiración y apreté de nuevo el gatillo. Era incapaz de saber adónde había ido a parar el disparo. Tiré de nuevo del cerrojo, cargué una bala, apunté, pero se me resbaló el dedo del gatillo. No podía disparar. Tenía el rostro empapado de sudor. Me limpié los ojos con la manga. Lark comenzó a implorar una y otra vez.

Por favor, no... Por favor, no. Me pareció oír esas palabras, pero igual podía haberlas dicho yo. Lark intentaba levantarse de nuevo. Avanzó un pie en el aire, rodó por el suelo hasta ponerse de rodillas y se incorporó todavía encorvado. Me miró a los ojos fijamente. Su negrura me hizo trastabillarme hacia atrás. Alguien me quitó el rifle de las manos. Cappy dio un paso adelante y se colocó a mi lado. No oí la deflagración. Todo sonido y todo movimiento se habían desvanecido en el aire sombrío. Me zumbaba la cabeza. Cappy recogió los casquillos de alrededor de mis pies y los guardó en el bolsillo de sus vaqueros.

Vamos, me ordenó, tocándome el brazo y dándome media vuelta. Hay que irse.

Le seguí colina arriba, bajo las primeras gotas de lluvia.

Capítulo once

La niña

Al llegar al roble, nos giramos y miramos hacia abajo. Lark yacía boca arriba con los palos de golf aguardando pulcramente en el carrito. Tenía el *putter* tendido a sus pies. No se había movido. A mi lado, Cappy cayó de rodillas. Se agachó hasta apoyar la frente en el suelo y se llevó las manos a la cabeza como un niño en un simulacro de tornado. Al cabo de un tiempo, levantó la cabeza y la sacudió. Envolvimos la escopeta de nuevo en la bolsa y la dejamos a un lado a la vez que intentábamos escarbar en la tierra donde había estado enterrada. Cappy se sirvió de una rama para barrer la hierba que yo había pisoteado.

No hay nadie en mi casa, dijo Cappy. Tenemos que esconder esto.

Tenía el rifle.

Esperamos a que se alejara un coche que pasaba antes de cruzar la carretera. Ahora caía una fina lluvia. Cuando llegamos a casa de Cappy, fuimos directamente al grifo de la cocina. Nos lavamos las manos, nos mojamos la cara y bebimos un vaso de agua tras otro.

Tenía que haber pensado dónde esconderlo, dije. No sé por qué no caí en ello.

No sé por qué tampoco se me ocurrió a mí, respondió Cappy.

Fue a hurgar por la mesa de centro repleta de cachivaches hasta dar con un juego de llaves. Doe se había llevado el coche al trabajo y Randall se había marchado en la camioneta; pero Randall también tenía un viejo y destartado Oldsmobile rojo, con el que Cappy trasteaba. La puerta del conductor era negra y el parabrisas estaba resquebrajado. Salimos, guardó el rifle en el maletero y se instaló al volante.

El motor de arranque falla, comentó Cappy.

Rugió la primera vez que giró la llave. Pisó el acelerador. Se caló.

Hay que pillarle desprevenido, dijo Cappy. Mientras me hago con el coche, tú ve pensando adónde vamos.

Ya sé adónde vamos.

Lo intentó de nuevo. A punto estuvo de arrancar.

¿Adónde vamos?

A casa de Linda. Al viejo hogar de los Wishkob.

Nos recostamos y observamos el cobertizo a través de las dos mitades del parabrisas.

Eso tiene su extraña lógica, dijo Cappy. De pronto se inclinó hacia delante, giró la llave con fuerza y pisó varias veces el acelerador.

En marcha, clamó. Y el motor rugió.

Llovía a cántaros. Cappy bajó la ventanilla y asomó la cabeza para mirar mientras conducía. El limpiaparabrisas funcionaba en el lado del copiloto, pero no en el del conductor. Condujo despacio y de forma sosegada, como un anciano. Las tierras de los Wishkob se encontraban al otro extremo de la reserva, en las colinas pardas que parecían dunas, donde la hierba sobre todo servía para el pastoreo. Era un lugar antiguo y agradable con plantaciones de lilas, unos cuantos robles retorcidos y unos arbustos maltrechos capaces de aguantar cualquier vendaval. Durante el trayecto, nos cruzamos con uno o tal vez dos vehículos, y nadie nos vio tomar el desvío hacia la casa de Linda: el lugar estaba muy aislado. Cappy aparcó el coche y dejó el motor en punto muerto, porque no sabía si volvería a arrancar. Nos bajamos y dimos una vuelta a la casa para elegir un sitio. El viejo perro de Linda soltó unos ladridos asmáticos en el interior de la vivienda. Terminamos por desprender un trozo de la celosía tostada, clavada con tachuelas a la parte interior del porche delantero de la casa de Linda. Me deslicé al interior y empujé el arma todo lo lejos que pude. Utilizamos una llave de cruceta para asegurar la celosía en su sitio, hasta que descubrimos que todo el entramado había pasado al otro lado, donde le gustaba dormir al perro. Subimos de nuevo al coche y nos marchamos. No hablamos. Cappy detuvo el vehículo para dejarme bajar en la carretera que iba hasta mi casa. En la carretera de más arriba, que salía del pueblo, divisamos a la policía tribal que se dirigía al este, hacia el campo de golf, con las luces encendidas. Sin sirena.

Seguro que está muerto, sentenció Cappy.

Si no, irían a todo trapo.

Y se oirían las sirenas.

Nos quedamos sentados en el coche parado. Ya solo chispeaba levemente.

Me has salvado el culo, hermano.

No tanto. Habrías rematado a ese...

Cappy se calló. Donde nosotros vivimos no se habla mal de los muertos y se contuvo a tiempo.

Habría muerto de todas maneras, dije. Tú no le mataste. No es cosa tuya.

Claro. Vale.

Hablábamos con distanciamiento. Como si nos estuviéramos refiriendo a otras personas. O como si lo que acabábamos de hacer lo hubiéramos visto en televisión. Pero yo me estaba quedando sin habla y Cappy se limpió la cara con el talón de la mano.

No podemos volver a hablar de ello después de esto, dijo.

Afirmativo.

¿No es así como dice tu padre que pillan a la gente? ¿Alardeando de ello con los amigos?

Se emborrachan, lo que sea.

Tengo ganas de emborracharme, dijo Cappy.

¿Con qué?

El motor del coche perdió fuelle y Cappy pisó el acelerador.

No lo sé. Randall ha dejado de beber.

Puedo hacer las paces con Whitey, propuse.

¿Ah, sí? Cappy me miró.

Asentí con la cabeza y aparté la mirada.

Después de que dejes el coche...

Bien.

Reúnete conmigo en la gasolinera. Iré a hablar con él.

Me bajé del vehículo. Me alejé y entonces alargué la mano y di una palmada en la ventanilla. Cappy se marchó y yo me encaminé despacio hacia la gasolinera; pasé delante de la vieja escuela de la Oficina de Asuntos Indios y del centro comunitario, de la señal de Stop y de la casa de Clemence y Edward. Pasé por encima de la autopista, descendí por la cuneta llena de malas hierbas y subí al otro lado. Cuando llegué allí, el agua de la lluvia se había secado por completo, salvo en algunas zonas de grava o cemento, que aparecían más oscuras. De pie en la puerta del taller, Whitey se limpiaba las manos en un trapo grasiento. Me observó durante un momento y luego desapareció de nuevo en la oscuridad. Salió con dos botellas frías y abiertas de refresco de uva Crush. Me acerqué y cogí una botella. Su receptor de radio chisporroteaba con señales de la policía. Le di sorbo a la gaseosa y casi lo regurgité.

Debes de tener el estómago revuelto, observó Whitey. Necesitas una rebanada de pan.

Fue a buscarme un poco de pan blanco del frigorífico y, después de comer una rebanada, me encontré mejor. Nos sentamos en las sillas de jardín, a la sombra del taller, donde Sonja y LaRose solían sentarse en lo que parecía una eternidad.

¿Te acuerdas de cuando yo era pequeño? Me dabas un trago de vez en cuando, señalé.

A tu madre no le gustaba ni una pizca, respondió Whitey. ¿Tienes hambre? ¿Te apetece un sándwich de carne de la reserva?

De momento, no, contesté, y tomé otro sorbo del refresco.

Esta vez no te has atragantado, dijo Whitey, mientras me escrutaba detenidamente. Abrió la boca un par de veces antes de hablar.

Alguien se ha cargado a Lark, soltó. En el campo de golf, por supuesto. Una auténtica carnicería, como un crío disparando a una paca de heno. Luego, un disparo limpio en la cabeza.

Intenté quedarme sentado lo más quieto posible, pero no pude. Me levanté de un salto y fui corriendo detrás del taller. Llegué justo a tiempo. Whitey no me siguió.

Estaba atendiendo a un cliente cuando volví. Me flaqueaban las rodillas y necesitaba sentarme en la silla de jardín.

Vas a tomarte un refresco de jengibre, muchacho. Entró en la tienda y salió con una lata caliente.

No ha estado en la nevera y te sentará bien en la tripa.

Creo que he pillado la gripe de verano.

La gripe de verano, asintió. Hay mucha ahora mismo. ¿Tus amigos también la han cogido?

No lo sé. No los he visto.

Whitey asintió con la cabeza y se sentó a mi lado.

He estado escuchando la radio. Quien lo haya hecho no ha dejado la menor huella, dijo. No hay ni una sola pista. Nadie lo ha visto. Nadie ha visto nada. Además ha llovido una barbaridad. Te recuperarás pronto de esta gripe. Aun así, tal vez sea mejor que te acuestes un rato, Joe. Hay un pequeño catre en la oficina. Sonja solía echarse alguna siesta allí, y volverá a hacerlo. Vuelve a casa, Joe. ¿Te lo había dicho?

¿Te ha llamado?, pregunté, odiándole.

Sí, señor, me llamó. Las cosas serán diferentes a partir de ahora, me dijo, se harán a su manera. Pero no me importa. No me importa. Pienses lo que pienses, apartó la mirada despacio, estoy perdidamente enamorado de esa chica. ¿Lo entiendes? Va a volver conmigo, Joe.

Entré en la oficina y me tumbé en el catre durante más de media hora. No olía a Sonja. Me alegraba de ello porque no lo habría podido soportar. Cuando me levanté y salí, Cappy todavía no había llegado.

Quizá ahora ya pueda comerme ese sándwich, tío.

Whitey se dirigió al frigorífico y sacó la salsa boloñesa, el queso y el pan. Había un corazón de lechuga iceberg y con cuidado arrancó tres hojas de color verde pálido y las depositó sobre la carne picada antes de cerrar el emparedado.

¿Lechuga?, pregunté.

Intento cuidarme y comer sano.

Me tendió el sándwich y se preparó otro para él. Después, me lo dio también.

Ha llegado tu amigo.

Cappy entró por la puerta y le pasé el sándwich.

Los tres salimos y comimos sentados en las sillas de jardín.

Tío, comencé, nos vendría bien un traguito de algo.

Se comió todo el sándwich. No me extraña, dijo en cuanto lo terminó. Pero como se lo contéis a Geraldine o a Doe, es mi viejo culo caído y rojo el que se la juega. Además de cualquier abastecimiento futuro para vosotros. Y os lo tenéis que beber ahí atrás, detrás de la gasolinera, a la sombra de esos árboles, donde yo os pueda vigilar a los dos.

Acatamos tus condiciones, dijo Cappy con tono formal. Su rostro era inexpresivo.

Atendedme el negocio, ordenó Whitey. No había nadie a la vista. Volvió para abrir la caja fuerte, donde guardaba el alcohol. Sacó medio litro de Four Roses y nos señaló los árboles. Cappy cogió la botella y se la escondió debajo de la camisa. Apareció un cliente. Whitey le saludó con la mano y se acercó al coche.

¿Lo sabe?

Creo que sí, respondí. Vomité cuando me contó lo de Lark.

Yo también he vomitado mientras venía hacia aquí, dijo Cappy.

Solo es la gripe de verano, dije.

¿Es una opinión médica, Joe?

Nos miramos e intentamos sonreír, pero en lugar de ello, nos quedamos con la boca abierta. Nuestros rostros adoptaron su verdadero gesto.

¿Qué somos ahora?, preguntó Cappy. ¿Qué somos ahora?

No lo sé, tío. No lo sé.

Vamos a esterilizarnos por dentro.

Guay.

Bajo los árboles había cuatro o cinco bloques de cemento, unas cuantas latas aplastadas en el suelo y un círculo de ceniza. Nos sentamos en los bloques y abrimos la botella. Cappy se tomó un trago prudente y luego me la pasó. Yo me llené la boca con ansiedad y dejé que el *bourbon* me resbalara lentamente por la garganta. La quemazón se suavizó a medida que el alcohol alcanzaba mis entrañas, relajándome el pecho con un calor paulatino y aliviándome las tripas. Después del siguiente trago, ya me encontraba mejor. Todo tenía un tono ámbar. Respiré hondo por primera vez.

Ay, solté, mientras agachaba la cabeza y le devolvía la botella a Cappy. Ay, ay, ay.

¿Sí?, preguntó Cappy.

Ay.

Tomó un largo trago. Cogí una rama y aparté los trozos de madera carbonizada y las piedras moteadas de la ceniza, desdibujando el círculo. Cappy observó los movimientos de la rama y yo no dejé de moverla hasta que nos terminamos toda la botella. Después, nos tumbamos en la maleza.

Hermano, dije, ¿cómo se te ocurrió ir hoy a la atalaya?

Siempre he estado allí, respondió. Cada mañana. Siempre te cuidaba la espalda.

Eso me había parecido, dije. Y nos quedamos dormidos.

Cuando despertamos, Whitey nos obligó a que nos enjuagáramos la boca, hiciéramos gárgaras y nos comiéramos otro sándwich.

Dame tu camisa, Joe, me ordenó. Déjala aquí. No vuelvas a beber alcohol. También va por ti, Cappy.

Le di la camisa y me fui caminando a casa. Cappy avanzó a mi lado, empujando la bicicleta. No nos encontrábamos especialmente ebrios. No sentíamos nada. Pero

anduvimos zigzagueando de un lado a otro por la carretera, incapaces de caminar en línea recta. Pensamos que Angus y Zack nos estarían buscando.

Ahora deberíamos ir los cuatro juntos todo el tiempo, siempre juntos, dijo Cappy. Seguiremos entrenando por las mañanas para la carrera de *cross*.

Eso es.

Pearl salió de debajo de su arbusto y me acompañó hasta la casa. Antes de entrar por la puerta, jugué con ella y me hice reír a mí mismo. La llevé dentro conmigo porque tenía miedo de que mis padres estuviesen sentados a la mesa de la cocina, esperándome, tal y como sucedió. Cuando abrí la puerta y los vi, me agaché para acariciar a Pearl en el cuello y hablar con ella. Me incorporé para saludarlos y dejé que se me borrara la sonrisa de la cara.

¿Qué pasa?, pregunté.

El alcohol de Whitey había hecho mella en mí, separándome de quien yo era cuando, por ejemplo, había arrancado todos esos pequeños árboles de los cimientos de la casa, o cuando había llorado ante la puerta del dormitorio de mi madre, o cuando había visto cómo el ángel, mi *doodem*, recorría las paredes inundadas de sol de mi habitación. Me arrodillé con el brazo alrededor del cuello de Pearl e hice caso omiso a la mirada escrutadora e interminable de mis padres. Permanecí en el otro extremo de la habitación con la esperanza de que no me olieran, pero noté cómo mi madre miraba a mi padre.

¿Dónde estabas?, preguntó mi madre.

Corriendo.

¿Todo el día?

También he estado en la gasolinera de Whitey.

Percibí un leve alivio entre ellos.

¿Y qué hacías?

Nada en particular. Whitey nos dio de comer. A Cappy y a mí.

Tenían tantas ganas de creerme que enseguida comprendí que harían lo imposible por creerme. Lo único que yo tenía que hacer era resultar creíble. No venirme abajo. No vomitar.

Siéntate, hijo, dijo mi padre. Pero aunque di un paso al frente, no me senté en una silla. Me contó que Lark había muerto. Dejé que en mi rostro aflorasen todas mis emociones.

Qué bien, dije al fin.

Joe, dijo mi padre, con la mano en la barbilla y sin apartar los ojos de mí, con un mirada penetrante e insoportable. Joe, ¿sabes algo, aunque sea el más mínimo detalle sobre esto?

¿Esto? ¿Esto, qué?

Lo han asesinado, Joe.

Pero yo ya había empleado esa palabra con anterioridad. Me había endurecido. La había utilizado con Cappy y conmigo mismo mentalmente. Me había preparado para responder a esa pregunta y para contestarla del modo en que lo haría el antiguo Joe de antes del verano. Hablé de una manera infantil, en un arrebató de frenética excitación que no tenía nada de falsa.

¿Muerto? Yo quería verle muerto, ¿vale? Pero mentalmente. Si me estás diciendo que lo han matado, pues me alegro. Se lo merecía. Mamá ya está libre. Tú ya estás libre. El tío que le mató se merece una medalla.

Está bien, dijo mi padre. Ya basta. Empujó la silla hacia atrás. Mi madre no apartó los ojos de mi cara. Estaba decidida a creer cualquier cosa que yo dijera. Pero de pronto todo su cuerpo se estremeció. Le recorrió una onda expansiva que terminó por alcanzarme.

Está viendo al asesino que hay en mí, pensé.

Aturdido, me incliné hacia Pearl, pero se había movido hasta la pierna de mi padre. Me enderecé.

No voy a mentir. Me alegro de que esté muerto. ¿Ya puedo irme?

Pasé delante de ellos y continué caminando hasta llegar a las escaleras. Subí los peldaños con cautela. Mientras subía, arrastrado por el cansancio como si fuera una cuerda, percibí la mirada de mis padres sobre mí. Me acordaba de esa misma escena en alguna otra ocasión, en la que yo era quien observaba. Había recorrido la mitad del camino hasta mi habitación cuando recordé la imagen de mi madre subiendo hasta ese espacio de soledad desde donde temíamos que nunca descendería.

No, pensé, mientras me metía en la cama. Tengo a Cappy y a los demás. Hice lo que tenía que hacer. No hay vuelta atrás. Y pase lo que pase, puedo asumirlo.

Estaba hecho polvo. Estaba enfermo de verdad, con la gripe de verano, tal y como había fingido. Whitey dio la cara por nosotros. Cuando Vince Madwesin primero, otro agente de la policía tribal después y el agente Bjerke por último le presionaron, Whitey contó que habíamos echado mano de sus reservas de alcohol y que nos habíamos quedado inconscientes detrás de la gasolinera. Les enseñó nuestro escondite en la maleza, la botella con nuestras huellas dactilares y mi camisa. Mi madre la identificó como la que había lavado para que yo me la pusiera ese día. Salvo el rifle. El 30.06 de Doe. Yo tenía una fiebre que me producía alternativamente fuertes sudores y escalofríos, y las sábanas estaban empapadas. Mientras estuve enfermo, observaba la luz dorada que recorría las paredes de mi habitación. No sentía nada, pero mis pensamientos se desbocaron. No dejaba de regresar al día en que había desenterrado aquellos arbolitos en los cimientos de nuestra casa. Con qué

fuerza se aferraban las raíces. Tal vez habían conseguido levantar los bloques que sostenían nuestra vivienda. Resulta extraño y curioso que algo pueda crecer con tal fuerza incluso cuando está plantado en el lugar equivocado. También centrifugaba ideas. Los casos legales de papá, el manual de Cohen, así como esa fuente caliente. Pensaba en esos fideos negros. Los fideos se convirtieron en un esqueleto: el ser humano, el búfalo, el cuerpo sometido a las leyes. Me preguntaba cómo había logrado mi madre que su espíritu volviese a su cuerpo, y si efectivamente había regresado, y si el mío ahora se estaba escapando por culpa de lo que había hecho. ¿Me iba a convertir en un *wiindigoo*? ¿Infectado por Lark? Se me ocurrió que incluso mientras arrancaba los árboles aquel día, hacía tan solo unos meses, yo estaba en el paraíso. Ignorante de todo. No sabía nada, incluso mientras el mal ocurría. Me di la vuelta, apartándome de la luz, y me dormí.

Papá, balbucí, cuando entró en la habitación. ¿Lo sabe Linda? ¿Se encuentra bien?

Me traía un vaso del remedio de Whitey: refresco de jengibre caliente.

No lo sé, respondió. No coge el teléfono. No acude al trabajo.

Tengo que hablar con ella, pensé. Y después me quedé profundamente dormido hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Cuando desperté de ese sueño, ya me encontraba mejor. No tenía fiebre ni síntomas de enfermedad. Estaba hambriento. Me levanté y me duché. Me puse ropa limpia y bajé las escaleras. Los árboles que bordeaban el jardín se mecían y las hojas mostraban su apagado revés plateado. Me serví un vaso de agua del grifo y me quedé mirando por la ventana de la cocina. Mi madre se hallaba fuera, arrodillada en el suelo del jardín con un escurridor, recogiendo las judías verdes que mi padre y yo habíamos plantado tarde. Se dejó caer en el suelo y recorrió toda la hilera, a veces a cuatro patas. Se puso de cuclillas. Sacudió levemente el escurridor para colocar las judías. Por eso lo hice, pensé. Y en ese momento me sentí satisfecho. Para que ella pudiera sacudir el colador. No necesitaba volver la mirada, o temer que él se abalanzara repentinamente sobre ella. Podía recoger las judías verdes durante todo el día y nadie la molestaría.

Me llené un tazón de cereales y añadí un poco de leche. Comí despacio. Los cereales me sentaron divinamente. Enjuagué el tazón y salí.

Mi madre se levantó y se acercó a mí. Apoyó la palma de su mano manchada en mi frente.

Ya no tienes fiebre.

¡Ya estoy bien!

Será mejor que descanses, que te quedes en casa y leas o...

No haré gran cosa, dije. Pero las clases empiezan dentro de dos semanas. No quiero desperdiciar mis últimos días de vacaciones.

Ya, y seguro que quedarte en casa conmigo sería todo un desperdicio. No estaba

enfadada, pero no sonrió.

No quería decir eso, me disculpé. Volveré a casa temprano.

Sus ojos, uno más triste que el otro con su aspecto torcido y hundido, me observaron con dulzura. Me echó el pelo hacia atrás. Miré por encima de su hombro y divisé un frasco de pepinillos vacío que descansaba en el escalón de la cocina. Me quedé petrificado. El tarro. Me había dejado olvidado el tarro en la colina.

¿Qué es eso?

Se giró. Vince Madwesin apareció de pronto. El hombre me entregó el bote y me dijo que lo lavase. Dijo que le gustaban mis pepinillos caseros. Supuse que era una indirecta. Mi madre me miró detenidamente, pero yo no cambié el gesto de la cara.

Me preocupas, Joe.

Fue un momento que todavía perdura dentro de mí. Ella de pie ante mí, que me hallaba en pleno torbellino de la pubertad. El aroma a tierra cálida en sus manos, un hilo de sudor en su cuello y sus ojos inquisitivos.

Whitey dice que os emborrachasteis.

Era un experimento, dije, y el resultado ha sido negativo. Me he perdido buena parte de las vacaciones por estar enfermo. Mamá, creo que mis días de alcohol han terminado.

Dejó escapar una risa de alivio y se emocionó. Me dijo que me quería y le musité que yo a ella también. Bajé la vista hacia mis pies.

¿Tú ya estás bien?, le pregunté en voz baja.

Desde luego que sí, hijo mío. Me siento muy bien. Vuelvo a ser yo misma. Ahora todo está bien, muy bien. Intentaba convencerme.

Al menos ahora está muerto, mamá. Ha pagado; por lo menos tenemos eso.

Quería añadir que no había muerto plácidamente, que sabía por qué le estaban matando y que vio quién le estaba quitando la vida. Pero entonces no me habría quedado más remedio que confesar que había sido yo.

No pude mirarla y me monté en la bicicleta. Me alejé con su mirada silenciosa clavada en mi espalda.

Primero me dirigí a la oficina de correos. Cabía la posibilidad de que me topase con mi padre si era la hora de comer, por lo que quería entrar sigilosamente antes de las doce para comprobar si Linda estaba trabajando. No estaba. Margaret Nanapush, la abuela de la Margaret de mi clase, la chica de la *powwow* con la que acabé casándome, me dijo que Linda se había tomado unos días libres. Hasta donde sabía la señora Nanapush, estaba en casa. Así que me dirigí allá.

Me encontraba lo bastante débil como para que el viaje en bicicleta se me hiciese interminable. En aquel extremo de la reserva, el viento azotaba con fuerza. Pedaleé con el viento en contra durante más de una hora antes de llegar a la carretera de Linda y tomar después el desvío hasta su casa. El coche de Linda se encontraba en el

aparcamiento de madera cubierto. Sorprendentemente, tenía un bonito Mustang azul. Recordé que había dicho que le gustaba conducir. Apoyé la bicicleta en el porche. Me falta aire, dije en voz alta. Y deseé que Cappy estuviera allí para reírse de mi chiste malo. Avancé a duras penas hasta la puerta y llamé, haciendo vibrar la mosquitera suelta en el marco de aluminio. Apareció detrás.

¡Joe! ¡No te he oído llegar!

Tocó la mosquitera con gesto contrariado. La agitó.

Tengo que arreglar esto. Pasa, Joe.

Su perro se puso a ladrar, demasiado tarde. Apareció corriendo por la colina desde un campo más abajo del empinado saliente en el que se alzaba la casa. Cuando llegó a la vivienda, estaba jadeando: un viejo y achaparrado perro negro con la cara blanquecina.

Buster, sonrío, dijo Linda. Le colgaba la lengua, mientras sonreía y jadeaba de una manera cómica. Recordé lo que había oído sobre los parecidos entre los perros y sus dueños. Era verdad. Linda lo dejó pasar conmigo.

Supongo que no deberíamos reírnos, con lo que ha pasado, dijo mientras me acompañaba hasta la cocina. Siéntate, Joe. ¿Qué te pongo? Repasó todo lo que tenía. Cada tipo de bebida o sándwich posible. No la interrumpí. Al final, Linda me dijo que a ella le gustaba mucho el sándwich de huevo frito con mayonesa y rábano picante, y que si yo elegía ése, prepararía uno para ella y otro para mí. Le respondí que me parecía bien. Mientras se ponía a freír los huevos, me dijo que podía echar un vistazo a la casa, así que me dirigí al salón y observé el extraño orden de la habitación. En mi casa, aunque estaba más o menos ordenada, siempre había papeles y objetos interesantes amontonados aquí y allá. O libros que habíamos sacado de las estanterías. No lo guardábamos todo en su sitio inmediatamente. Podía haber alguna chaqueta colgada del respaldo de una silla. Los zapatos no estaban alineados junto a la puerta. La casa de Linda se hallaba extremadamente ordenada del modo habitual, pero también de una manera que me desconcertó hasta que logré comprenderlo. Todo tenía su doble, aunque no fuera idéntico. Su biblioteca tenía dos libros de cada autor, pero no la misma obra, aunque a veces había un ejemplar de tapa dura con su equivalente de bolsillo. Eran sobre todo novelas históricas de caballerías. Las colecciones de objetos que había elegido también iban por pares. Figuritas de cristal de personajes de Disney formaban parejas de diferentes colores en las mesas auxiliares y rodeaban las lámparas en las que había pegado falsas hojas, organizadas según el mismo principio. En las paredes de detrás del televisor colgaban cestas hechas con sauces de los pantanos. Cada una contenía el mismo arreglo de flores secas y vainas vacías. También tenía una casa de muñecas a dos aguas que solo un adulto podía poseer. Me daba miedo mirar en el interior pero lo hice y, cómo no, cada habitación estaba totalmente amueblada, incluso con candelabros finos como palillos

y dos infinitesimales cepillos de dientes y tubos de dentífrico en el cuarto de baño. Me puso los pelos de punta y aún no habíamos hablado. Linda me llamó y volví a la cocina con la lengua trabada. Nos sentamos a la mesa, que era antigua y hecha de madera arañada. Al menos era una sola mesa. No había otra casi idéntica. La había vestido con un colorido mantel y había puesto platos y vasos. Sirvió un poco de té helado. El pan estaba tostado y crujiente. Había un plato de más. Se lo hice ver.

¿Para qué es?

Doe me dijo en aquella cabaña de sudación, Joe, que, ya que tenía un espíritu doble a mi alrededor, debería acogerlo sin más. Acomodé mi casa para dos personas, ¿lo ves?, incluso para la gente menuda. Y cuando voy a comer, siempre pongo un plato de más con un poco de la comida que me he preparado.

Había un trozo de corteza de pan en el plato.

Los espíritus no comen mucho, ¿no?

Éste no, dijo Linda tranquilamente.

De pronto me pareció que todo estaba bien. Tenía hambre como se suele tener apetito después de haber estado enfermo. Estaba hambriento.

Linda masticó a gusto, dirigiéndome una sonrisa radiante primero a mí y luego al sándwich. Dejó el pan con huevo en el plato casi con amor y se dirigió a él.

¿Es un pecado disfrutar cuando tu hermano mellizo está muerto en el depósito de cadáveres? No lo sé, pero tú estás de chuparse los dedos.

Tragué saliva. El otro sándwich se me atragantó.

Toma un poco de té para que baje.

Vertió en mi vaso un poco más de té de una jarra de plástico donde flotaban trozos de limón y cubitos de hielo.

No me he cogido unos días libres del trabajo para estar de duelo, lo sabes muy bien, me dijo. Los he cogido por otros motivos. Me quedaban unos días así que pensé que podría utilizarlos para poner orden en un par de asuntos.

¿Qué asuntos?, pensé en su ordenado y duplicado salón, pero entonces comprendí que se refería a sus pensamientos.

Te lo diré, dijo Linda, si tú me dices a qué has venido.

Dejé el sándwich en el plato, deseando habérmelo comido todo antes de llegar a este momento.

Espera, dijo Linda.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo que primero terminaríamos de comer y que hablaríamos después. Se disculpó por ser tan mala anfitriona. Después, cogió la comida con sus pequeñas y rollizas manos, con las afiladas uñas recién pintadas, y me dirigió una mirada terrible: era un guiño alegre pero a la vez desprendía una chispa de locura. Comí despacio, pero al final tuve que tomar el último bocado.

Linda se limpió los labios con la servilleta de papel y lo dobló cuidadosamente en cuadrados.

El campo de golf, por supuesto, comenzó. Me sonsacaste la información. Me dedicó un gesto admonitorio con el dedo. He atado cabos. Sin embargo, he decidido que eres demasiado joven para haber cometido semejante cosa. Tal vez no lo seas, pero he decidido que sí. Mi teoría es que proporcionaste la información sobre los hábitos de golf de Linden a alguien mayor que tú. Pero a alguien miope, no a tu padre. Tu padre tiene muy buena puntería.

¿En serio?

Esto, por supuesto, era toda una sorpresa para mí.

Todo el mundo lo sabe. Daba a todo lo que apuntaba cuando era joven. Los niños no conocen la historia de sus padres. ¿A qué has venido?

¿Puedo confiar en usted?

Si tienes que preguntármelo, no.

Estaba bloqueado. Aquella chispa de locura brilló de nuevo e iluminó sus diminutos ojos saltones. Parecía a punto de estallar en una carcajada. Sin embargo, se inclinó hacia mí, miró en derredor, como si las paredes tuviesen micrófonos escondidos, y luego susurró:

Haría lo que fuese por tu familia. Me desviviría por vosotros. Aunque tú me has utilizado, Joe, y ahora también quieres algo de mí. ¿Qué es?

Bien, pensé que le preguntaría por el rifle. En cambio, me oí haciendo la pregunta que —yo sabía— no tenía respuesta.

¿Por qué, Linda? ¿Por qué lo hizo?

La pillé desprevenida. Se le hincharon y humedecieron los ojos. Pero me respondió. Contestó como si pensara que era tan evidente que yo no necesitaba preguntar.

Odiaba a tu familia; en especial a tu padre. Pero a Whitey y a Sonja también. Tenía una mente muy retorcida, Joe. Odiaba a tu padre, pero también le tenía miedo. Aun así, no habría agredido a Geraldine si no hubiera sido porque se convertía en un monstruo cuando se trataba de Mayla. Al rellenar aquel impreso en la oficina de Geraldine, Mayla había dado el nombre del viejo Yeltow como padre de su hija, lo que significaba que se había quedado embarazada mientras trabajaba para él. Una estudiante de instituto. De ese viejo verde, con perdón, consiguió un coche con el que viajar a casa más una buena suma de dinero por no hablar; pero a pesar de todo, ella insistió en inscribir a su hija. Linden trabajaba para el gobernador, pero estaba loco por Mayla y siempre se mostraba celoso y posesivo de un modo enfermizo. Un día quiere escapar con ella gracias a ese dinero, pero ella no quiere compartirlo. Se niega a marcharse con él. Seguramente le odia y le tiene pavor. Intenta pedir ayuda a Geraldine, de modo que ahora las dos saben la verdad. Todo esto corroe por dentro a

Linden. Idolatraba a Yeltow. Quizás pensara que si se hacía con esa carpeta salvaría a Yeltow. O tal vez pensaba chantajearle. Le supongo capaz de cualquiera de las dos cosas. Y por supuesto, tu madre se negó a darle ese expediente. Pero el motivo por el que le hizo eso a tu madre tiene más que ver con un hombre que dio rienda suelta al monstruo que llevaba dentro. No todo el mundo lleva un monstruo dentro, y la mayoría de los que lo tienen, lo guardan bajo siete llaves. Pero yo vi el monstruo que habitaba en mi hermano hace mucho tiempo, en el hospital, y me descompuse. Sabía que algún día soltaría la bestia. Saldría dando tumbos con una parte de mí dentro de él. Sí. Yo también era parte del monstruo. Lo alimenté y lo alimenté, pero ¿sabes qué? Seguía hambriento. ¿Sabes por qué? Porque por mucho que comiese, nunca era lo que quería. Siempre necesitaba algo más. Lo mismo que también le faltaba a mi madre. Yo te diré lo que era: era yo. Mi poderoso espíritu. ¡Yo! Su madre era incapaz de asumir lo que había hecho a su hija, o más aún, que lo que le había hecho no podía destruirme. Aun así, rumió con tristeza, fue capaz de llamarme después de haberle dicho al médico que me dejara morir. Muchos años más tarde, me llamó para decirme: «Hola, soy tu madre».

Permanecí callado.

Y no podía soltarlo, prosiguió al fin. Porque regresaba una y otra vez, como si quisiera que mataran a su monstruo, aunque también me ha venido a la cabeza otra posible razón.

¿Cuál?

Estaba nervioso por Mayla. Yo solo sé que está en algún lugar de la reserva. Él tenía que echarle un ojo constantemente y asegurarse de que nadie la encontrara.

¿Crees que está viva?

No.

Al cabo de un tiempo, me invadió un paulatino y auténtico pavor. Le pregunté:

¿Soy como él?

No, respondió. Esto te afectará. O a quien sea, me refiero. Podría destrozarte. No dejes que te destruya, Joe. ¿Qué podrías hacer? O quien sea.

Se encogió de hombros. Pero yo, prosiguió. Ésa es otra historia. Soy yo la que no es tan diferente a él, Joe. Soy yo la que debió pegarle un tiro con el viejo calibre doce de Albert. Aunque de haber podido elegir, creo que él habría preferido que le disparasen con un rifle de caza mayor.

Respecto a ese rifle, interrumpí.

El rifle.

Está debajo de su porche. ¿Puede esconderlo? ¿Sacarlo de la reserva?

Me sonrió como si fuera a estallar de un modo que se me antojó enloquecido, pero después se mordió el labio con recato y pestañeó.

Buster ya lo ha encontrado, Joe. Enseguida se entera cuando hay algo nuevo en su

territorio. Pensé que andaba detrás de una mofeta. Luego miré debajo y descubrí el borde de esa pesada bolsa negra.

Pudo advertir mi conmoción.

No te preocupes, Joe. ¿Quieres saber dónde estuve durante mis días libres? En Pierre, visitando a mi hermano Cedric. Recibió su instrucción militar en Fort Benning, en Georgia, y desde luego supo cómo desmontar ese rifle. Arrojamus un par de piezas al Misuri. Volví hasta aquí dando tantos rodeos que ni recuerdo, pero siempre por carreteras secundarias, y tiré el resto a los pantanos. Levantó las palmas de sus manos y añadió: Dile a quien sea que lo hiciera que puede estar tranquilo. Se le nublaron los ojos y suavizó el gesto.

¿Y tu madre? ¿Cómo está?

Ha salido al jardín a recoger judías verdes. Dijo que se encontraba muy bien, pero lo repitió machaconamente para que yo la creyese.

Iré a verla. Quiero que le des esto.

Linda se sacó algo del bolsillo y puso el puño cerrado sobre mi mano. Cuando lo abrió, cayó un pequeño tornillo negro.

Dile que puede guardarlo en su joyero. O enterrarlo. Lo que prefiera.

Metí el tornillo en el bolsillo.

A la mitad del camino, bajo el fuerte viento que me azotaba durante todo el trayecto de vuelta a casa, y con el ya habitual ladrillo de pan de plátano congelado y envuelto en papel de aluminio bajo el brazo, comprendí obviamente que aquel tornillo que llevaba en el bolsillo formaba parte del rifle. Manteniendo el equilibrio gracias al viento, no tuve que detenerme ni sujetar el manillar. Lo saqué y lo arrojé a la cuneta.

Esta vez era la botella de Captain Jack robada al novio de la madre de Angus con un puñado de pastillas de Valium y una bolsa de plástico medio llena de latas frías de cerveza Blatz.

Bebíamos en el extremo del solar en obras. Después de que las cansinas excavadoras y las palas mecánicas acabaran de remover los mismos montículos de tierra de un lado a otro, el lugar era nuestro. Algunos días no tocaban las huellas de nuestras bicicletas; otros, arrasaban por completo nuestra obra. No teníamos ni idea de lo que allí se iba a construir. Siempre había la misma cantidad de tierra.

Un proyecto federal, sostuvo Zack.

Cappy apuró la cerveza acompañada de una pastilla, se recostó y levantó la vista hacia las hojas. La luz se estaba tornando dorada.

Ésta es mi hora del día favorita, dijo. Sacó del bolsillo de su camisa vaquera una

pequeña fotografía de Zelia del tamaño de la cartera y se la llevó a la frente.

Silencio, se están comunicando, susurró Angus.

Yo también te echo de menos, nena, dijo Cappy al cabo de unos segundos. Guardó la fotografía en el bolsillo, presionó los botones automáticos y se dio pequeñas palmadas en el corazón.

Es un amor hermoso, dije. Me giré de costado, me incliné sobre el suelo y vomité levemente. Enterré el vómito en la tierra. Nadie se dio cuenta. Y farfullé: A mí no me importaría tener un amor hermoso.

Cappy me entregó un folleto. En su última carta, tío, hablaba del arrebatamiento. Venía con esto. Cappy sonrió mirando hacia el cielo.

Eché un vistazo al folleto y leí las palabras varias veces para asimilar su significado.

Arrebatamiento, sí, señor, dijo Zack.

No ese tipo de arrebatamiento, repuso Cappy. Se trata de una ascensión en masa. Solo un número determinado de personas puede participar. Por lo visto no suelen aceptar a católicos, por lo que la familia de Zelia se está planteando convertirse antes de la Tribulación. Quiere que me convierta con ellos para ser arrebatados juntos.

Una escalera al cielo, se rio Zack.

Arrebatados al unísono, dije. Al unísono. Mi cerebro se había puesto en modo de repetición y tuve que obligar a mi boca a que dejara de repetir cincuenta veces todo lo que estaba pensando.

No creo que lo consigáis, vosotros dos, apuntó Angus con vaguedad. Ya no podréis entrar con esa mancha mortal.

Fue como si un carámbano de hielo se clavara en mis pensamientos. No habíamos abordado el tema entre nosotros cuatro. No habíamos hablado de la muerte de Lark. El frío se fue expandiendo. Tenía la mente despejada, pero el resto de mi cuerpo se encontraba demasiado relajado. Cappy se hizo cargo de la situación y consiguió derretir el miedo fuera de mí, como siempre.

Starboy, dijo Cappy con la mano extendida. Angus se la estrechó en un apretón de hermano. La verdad es que ninguno de nosotros podrá entrar allí. Solo te aceptan si estás totalmente sobrio.

¿Toda la vida?, dijo Angus.

Toda la vida, Starboy, respondió Cappy. No puedes tener ni un solo desliz.

Ah, dijo Angus. Estamos jodidos. Toda mi familia está jodida. No habrá arrebatamiento para nosotros.

No necesitamos arrebatamiento, opinó Zack. Tenemos la confesión. Cuéntale tus pecados al cura y te quedarás limpio.

Ya lo hice, dijo Cappy. Y el padre intentó cronometrarme.

Nos reímos y hablamos un rato de la carrera de Cappy. Después, se hizo el

silencio y miramos las hojas temblorosas.

Probablemente Zelia se haya confesado en su casa, dijo Cappy tras una pausa. Probablemente Zelia haya conseguido limpiarse.

A no ser que se haya quedado embarazada. No había pensado en decir algo así, pero no pude reprimir la cita de *La guerra de las galaxias*: Luke, a esa velocidad, ¿crees que podrás retirarte a tiempo?

Ojalá no lo hubiese hecho, dijo Cappy. Ojalá ella lo estuviera. Entonces nos tendríamos que casar.

Tienes trece años, le recordé.

Zelia dijo que Romeo y Julieta también.

Odio esa película, declaró Zack.

Angus se había dormido, y su respiración semejaba el silbido regular de una cigarra.

Comida, soltó de nuevo mi voz. Pero los demás dormían. Me levanté al cabo de un rato porque alguien estaba gimiendo. Era Cappy. Sollozaba, con el corazón destrozado, y gritaba asustado en sueños: No, por favor. Le sacudí el brazo y pasó a otro sueño. Seguí pendiente de él hasta que pareció más tranquilo. Los dejé durmiendo y volví a casa dando tumbos en bicicleta; pero cuando llegué al jardín, la zona bajo el arbusto de Pearl parecía tan acogedora que me arrastré bajo las oscuras hojas a su lado y dormí hasta que el sol se desvaneció. Me desperté muy alerta y me encaminé hasta la puerta de la cocina.

¿Joe? ¿Dónde has estado?, vociferó mi madre desde la otra habitación. Tuve la sensación de que llevaba esperándome todo el tiempo.

Cogí un vaso, me serví un poco de leche y me lo bebí rápidamente.

Estaba montando en bici por ahí, respondí.

Te has perdido la cena. Puedo calentarte unos espaguetis.

Pero yo ya me los estaba comiendo fríos, directamente del frigorífico. Mi madre apareció y me apartó con brusquedad.

¿Puedes al menos ponerlos en un plato? Joe, ¿has estado fumando? Apesta a tabaco.

Fumaban ellos.

La misma cantinela de siempre que yo le soltaba a mis padres.

Me gustan los espaguetis fríos.

Me preparó un plato y me rogó que no fumara.

No lo haré más, te lo prometo.

Se sentó y me observó mientras yo comía.

Hay algo que quería decirte esta mañana, Joe. Chillaste mientras dormías anoche. Gritabas.

¿De veras?

Me levanté y fui hasta la puerta de tu habitación. Hablabas con Cappy.

¿Qué decía?

No pude entender lo que decías. Pero gritaste el nombre de Cappy dos veces.

Seguí comiendo. Es mi mejor amigo, mamá. Es como un hermano para mí.

Recordé cómo él había llorado en sueños en el solar en obras y dejé el tenedor en el plato. Quería salir de casa y estar de nuevo con Cappy. Sentía que no debía de haberle abandonado mientras dormía. El resquicio de luz bajo la puerta de mi padre aumentó, salió y vino a sentarse a la mesa con nosotros. Había dejado de beber café del amanecer al atardecer y hasta bien entrada la noche. Mi madre le dio un vaso de agua. Estaba bien afeitado y ya nunca aparecía en albornoz. Tenía jornada reducida en el trabajo.

He comenzado hoy, Joe.

¿Comenzado qué?

Todavía estaba distraído. Si llamaba a casa de Cappy, quizá pudieran traerle hasta aquí para que se quedara a dormir. Estaríamos juntos en la oscuridad. Mi padre siguió hablando.

He comenzado mis ejercicios de andar, alrededor del instituto. He conseguido recorrer ochocientos metros. Voy a ir a caminar todos los días. Tú también vas a salir a correr. Supongo que me adelantarás un par de veces.

Mi madre alargó el brazo y le cogió la mano. Él cerró su mano sobre los dedos de mi madre y le acarició la alianza.

No me deja ir solo, dijo, mirándola. Ay, Geraldine.

Ambos estaban más delgados, y las arrugas junto a la comisura de sus labios parecían más profundas. Pero el profundo surco en el entrecejo de mi madre había desaparecido. Yo había impedido que siguieran viviendo en un magma de miedo. Debería de sentirme feliz al contemplarlos al otro lado de la mesa; en cambio, me enfurecía su ignorancia. Como si yo fuese el adulto y ellos dos, cogidos de la mano, fueran los niños ajenos a la realidad. No tenían la menor idea de todo lo que yo había pasado por ellos. O Cappy. Cappy y yo. Golpeé con el pie la pata de la mesa con brusquedad.

Tengo una lucha interior, Joe, dijo mi padre.

Mi pie se quedó quieto.

Tal vez lo entiendas si te lo cuento.

De acuerdo, respondí, aunque casi se me salía el corazón por la boca. No quería escuchar.

Me siento aliviado con la muerte de Lark, prosiguió mi padre. Tal y como tú dijiste cuando te enteraste. Yo también me siento así. Tu madre está a salvo de él, ya no se presentará en la tienda de comestibles ni en la gasolinera de Whitey. Podemos seguir adelante con nuestras vidas, ¿verdad?

Sí, dije. Intenté levantarme, pero me interrumpió.

Sin embargo, debemos hacernos la pregunta de quién mató a Lark. No hubo justicia para tu madre, su víctima, o para Mayla; y sin embargo, la justicia existe.

Aplicada de forma desigual, papá. Pero él tuvo su merecido. Mi voz sonaba monótona. El corazón me latía desbocado.

Mi madre soltó la mano de mi padre. No quería vernos discutir.

Yo también lo siento así, continuó mi padre. Bjerke nos interrogará mañana, pura rutina. Pero nada es rutina. Querrá saber dónde estábamos cada uno de nosotros, cuando Lark fue asesinado. Ése es mi conflicto, Joe. Me pregunto en esta situación, dado que he jurado defender la ley en todos los casos, qué haría si poseyera alguna información susceptible de conducir a la identidad del asesino. La última vez que hablé con tu madre al respecto, no estaba muy seguro de lo que haría.

Miré a mi madre que apretaba los labios dibujando una oscura línea negra.

Pero he decidido que no haría nada. No ofrecería ninguna información. Todo juez sabe que existen muchos tipos de justicia. Por ejemplo, la justicia ideal frente a la justicia «la mejor posible», la cual es la que acabamos aplicando en muchas de nuestras sentencias. No fue ningún linchamiento. Su culpabilidad está fuera de toda duda. Puede que incluso él deseara que le atraparan y le castigaran. No podemos saber lo que pensaba. El asesinato de Lark estuvo mal, pero sirvió a una justicia ideal. Plantea un enigma legal. Se abre paso en ese injusto laberinto que es la ley del Registro de la Propiedad según la cual Lark no podía ser enjuiciado. Su muerte supuso la solución. No diría nada, no haría nada que pudiera enturbiar ese desenlace. Sin embargo...

Mi padre se calló e intentó dirigirme esa vieja mirada que solía lanzarme a mí y a los demás desde el tribunal. Pude percibirla, pero no quise enfrentarme a ella.

... sin embargo, continuó lentamente, eso también supone un desistimiento de mi propia responsabilidad. La persona que ha matado a Lark vivirá para siempre con las consecuencias humanas de haber quitado una vida humana. Y puesto que yo no maté a Lark, pero deseé hacerlo, al menos debo proteger a la persona que asumió esa tarea. Y lo haría, incluso hasta el punto de intentar alegar un precedente jurídico.

¿Qué?

Un precedente tradicional. Se podría alegar que Lark cumplía con la definición de un *wiindigoo*, y sin ningún otro recurso, matarle satisfizo los preceptos de una ley muy antigua.

Noté la mirada penetrante de mi madre sobre mí.

Solo quería que lo supieras, me animó mi padre.

Mucha gente le tenía ganas a Lark, dije.

Miré a mis padres sucesivamente. Detrás de ellos, en la habitación contigua, las estanterías repletas de viejos libros descansaban serenamente en la sombra que se

desplomaba con el ocaso. El cuero marrón y cuarteado. *Meditaciones*. Platón. *La Ilíada*. Shakespeare en un sobrio tono rojizo y los ensayos de Montaigne. Más abajo, una colección combinada de *Great Books* a los que se había suscrito por correo. Había libros de William Warren, Basil Johnston, *A Narrative of the Captivity and Adventures of John Tanner*^[10], y las obras completas de Vine Deloria Jr. Estaban las novelas que leían juntos: gruesos y desgastados volúmenes de bolsillo amontonados. Miré hacia los libros como si pudieran ayudarnos. Pero nos habíamos adentrado mucho más allá de los libros, en las historias que Mooshum contaba en sueños. En el repertorio de mi padre no hubo una sola referencia a dónde estábamos, y en ese momento me superaba pensar en las historias relatadas por Mooshum mientras dormía como una lectura de una jurisprudencia ancestral.

De modo que si oyes cualquier cosa, Joe..., concluyó mi padre.

Si oigo cualquier cosa, sí, papá. Había conseguido atraer mi atención. Hubo cierto alivio para mí incluso en sus palabras. Pero mi padre se equivocaba también, y sobre algo en particular: había dicho que yo ahora estaba a salvo, pero no estaba exactamente a salvo de Lark. Tampoco lo estaba Cappy. Cada noche nos perseguía en sueños.

Nos encontramos de nuevo en el campo de golf donde mis ojos se cruzaron con los de Lark. Ese contacto espeluznante. Después, la detonación. En ese momento, nos intercambiamos. Lark ocupa mi cuerpo y yo estoy en el suyo, muriéndome. Cappy baja la colina corriendo hasta Joe y la escopeta, pero ignora que Joe lleva el alma de Lark. Moribundo en el campo de golf, comprendo que Lark va a matar a Cappy en cuanto lleguen a la atalaya. Intento gritar para avisar a Cappy, pero siento cómo mi vida se desvanece y me desangro en el *green*.

O tengo ese sueño, o tengo otro en el que diviso de nuevo el fantasma en el jardín trasero. El mismo fantasma que vio Randall en la cabaña de sudación: su mirada agria y su boca tensa. Solo que en esta ocasión, al igual que sucedió con Randall, el fantasma se inclina sobre mí y me habla a través de un velo de oscuridad con el cabello blanco resplandeciente. Y sé que es la policía.

Como siempre, me desperté gritando el nombre de Cappy. Para amortiguar mis gritos, había taponado el resquicio de la puerta con una toalla. Asomé la cabeza a la luz del

día con la esperanza de que nadie me hubiera oído. Escuché. Parecía que mis padres ya habían bajado o salido. Volví a meterme bajo las sábanas. El aire estaba fresco pero yo estaba sudando y todavía cargado de adrenalina. El corazón me latía agitado. Me froté el pecho con la mano para calmarlo e intenté ralentizar mi respiración. Cada sueño resultaba más y más real, como si abriera un camino hasta mi cerebro.

Necesito una medicina, dije en voz alta, refiriéndome a una medicina ojibwe. Los hechiceros de antaño sabían cómo manejar los sueños, eso es lo que había dicho Mooshum. Pero su espíritu se hallaba lejos ahora, intentando liberarse de su cuerpo en un catre junto a la ventana. La única otra hechicera que yo conocía era la abuela Thunder. Quizás podíamos preguntarle lo que teníamos que hacer. No entrar en detalles, por supuesto; no desvelarle lo que había sucedido. Solo pedirle consejo sobre estos sueños. En ese momento, de entre todas las personas, Bugger Pourier se coló en mis pensamientos. Seguramente porque la última vez que había pensado en la abuela Thunder, le había enviado a él a verla, y justo antes de eso, Bugger me había robado la bicicleta. Algo sobre un sueño.

Me senté. Él quería comprobar si algo que había visto era un sueño. La realidad de mi propio sueño, que no me abandonaba nunca, y la obsesión decidida y ebria de Bugger se fundieron en una. ¿Qué había visto? Yo había recurrido a su hambre para que diera media vuelta a fin de poder recuperar mi bicicleta. Pero en ningún momento le pregunté qué había visto. Me levanté y me vestí, desayuné algo y salí. Para encontrar a Bugger había que buscar detrás de los sitios, comenzando por el bar Dead Custer. Le busqué durante toda la mañana y pregunté a todo aquél con quien me cruzaba, pero nadie sabía nada. Al final, me dirigí a la oficina de correos. Resultó que tenía que haber empezado por allí. No se me había ocurrido, ya que el pobre Bugger no tenía domicilio fijo.

Está en el hospital, me informó Linda. ¿No es cierto? Se volvió para preguntárselo a la señora Nanapush, que clasificaba las cartas.

Se rompió el pie cuando intentaba robar una caja de cervezas. Se le cayó en el pie. Y ahora se encuentra postrado en la cama y sus hermanas dicen que no hay mal que por bien no venga, a ver si así se desintoxica.

Cogí la bicicleta para ir al hospital a visitar a Bugger. Ocupaba una habitación con otros tres hombres. Llevaba el pie escayolado e inmovilizado con un sistema de tracción, aunque yo me pregunté si era algo necesario para la curación de su pie o si pretendían en realidad tenerlo atado a la cama.

¡Muchacho! Se alegró de verme. ¿Me has traído un traguito?

No, respondí.

Su gesto ávido se volvió un mohín.

He venido a preguntarte algo.

Ni siquiera un pequeño arreglo floral, refunfuñó. O una tortita.

¿Quieres una tortita?

He estado viendo tortitas. Whisky. Arañas. Tortitas. Lagartijas. Las tortitas son lo único bueno que veo. Pero a este viejo solo le dan de comer las malditas gachas de avena. Café y gachas de avena. Un desayuno muy soso.

¿Ni siquiera una tostada?, dije.

Me la darían si quisiese, pero yo no hago más que pedirles tortitas. Bugger me dirigió una mirada feroz. ¡Yo estoy empeñado en mis tortitas!

Tengo que preguntarte una cosa.

Pregunta entonces. Te responderé a cambio de una tortita.

Hecho.

Y whisky. Se inclinó hacia delante con sigilo. Tráeme un trago, pero no dejes que esos de ahí fuera se enteren. Métete la botella en la camisa.

De acuerdo.

Bugger se recostó, preparado y con la cara ilusionada.

¿Recuerdas cuando te llevaste mi bicicleta?

Palideció de pronto. Hablé despacio, haciendo una pausa al final de cada frase para que asintiera o no con la cabeza.

Tú estabas sentado delante del bar de Mighty Al. Viste mi bici. Te montaste en ella y te pusiste a pedalear. Yo salí y te pregunté adónde ibas. Me dijiste que querías comprobar si algo era un sueño.

A Bugger se le iluminó la cara.

¿Te acuerdas ahora?

No.

Le situé la escena cinco o seis veces hasta que la mente de Bugger retrocedió al fin en el tiempo y se puso a rebuscar en el pasado reciente. Estaba muy quieto y concentrado, por lo que casi pude oír los chirridos del aparejo. A medida que sus ideas se iban aclarando, le cambiaba el gesto de la cara, pero de un modo tan gradual que solo después de apartar la vista con impaciencia y fijarme de nuevo en él advertí que estaba aterrorizado. Tenía la mirada clavada en algo que había en la colcha, entre los dos. Pensé que sufría una alucinación, no de tortitas, que le habría colmado de felicidad, sino de algún tipo de reptil o insecto. Pero entonces su gesto se volvió compasivo y musitó: Pobre chica.

¿Qué chica?

Pobre chica.

Comenzó a sollozar con sacudidas secas. Siguió llorando por ella. Farfulló algo sobre las obras y lo supe. Estaba en el solar en obras, con la tierra amontonada sobre su cuerpo. No podía dejar que la imagen se formara en mí. Nosotros saltando con nuestras bicicletas, de un lado a otro, y ella debajo. Me levanté sobresaltado. En lo más hondo de mi ser, supe que él había visto a Mayla Wolfskin. Había visto su

cuerpo sin vida. Si no hubiéramos matado a Lark, habría acabado en la cárcel de todos modos para el resto de sus días. Di vueltas mientras reflexionaba si debía acudir a la comisaría, pero me contuve. No podía contar a la policía ni siquiera cuáles eran mis pensamientos. Tenía que borrarle de su radar por completo, junto a Cappy; desaparecer. No podía contárselo a nadie. Ni siquiera yo quería saber lo que sabía. Lo mejor para mí era olvidar. Y luego, durante el resto de mi vida, intentar no pensar en lo diferentes que habrían sido las cosas si, para empezar, yo hubiera seguido el sueño de Bugger.

Necesitaba encontrar a Cappy. No para contárselo. Nunca se lo diría. No se lo diría a nadie. Mientras me dirigía a la casa de los Lafournais, se produjo en mí una desconexión tan profunda que no era capaz de pensar en nada salvo en la obliteración. Encontraría la manera de emborracharme. El mundo adoptaría ese tono ámbar. Las cosas se diluirían hasta ese color sepia de las fotografías. Estaría a salvo.

Zack y Angus se hallaban en el aparcamiento de la tienda de comestibles. Sus bicicletas estaban allí, la de Cappy también, pero estaban sentados en el coche del primo mayor de Zack. Bajaron en cuanto me vieron y me dijeron que Cappy había acudido a la oficina de correos para saber si había recibido carta.

Debería de haber vuelto ya, comentó Zack.

Fui a buscar a Cappy y finalmente lo encontré detrás del edificio, sentado en una silla desvencijada donde los empleados de correos se tomaban un descanso y se fumaban un cigarrillo en verano. El pelo le cubría toda la cara. Estaba fumando y no me miró cuando me detuve a su lado. Solo me tendió una hoja de papel.

Renunciarás a ella y desistirás de todo contacto con nuestra hija. Mi esposa ha encontrado el fajo de cartas que escondía Zelia. Debes contemplar la posibilidad en este caso de que te persigamos con todo el peso de la ley.

Asimismo, Zelia está siendo castigada en estos momentos y, además, en breve nos mudaremos de domicilio. Has robado la inocencia de nuestra hija y nos has destrozado la vida.

Los brazos y las piernas de Cappy caían desvencijados, sin fuerzas y con desesperación. Tenía el rostro de un color ceniza y una nube de humo le envolvía la cabeza. Me senté a su lado en una caja de cartón. No había nada que decir sobre nada. Hundí la cabeza en mis manos.

Sí, dijo Cappy con furia. Joder. ¿Castigada? Te apuesto a que la tienen encerrada hasta que se cambien de casa. Para que no pueda ir a la oficina de correos. ¿Que les he destrozado la vida, dicen? ¿Amando a su hija con un amor verdadero?

Mírame, hermano, le supliqué.

Lo hice.

Mírame. Se echó el pelo hacia atrás y se tamborileó el pecho con los dedos. ¿Acaso destruiría yo la vida de Zelia? El Creador nos ha hecho el uno para el otro. Yo aquí. Zelia allí. Un espacio nos separó por un error humano. Pero nuestros corazones escucharon la voluntad divina. Nuestros cuerpos también. ¿Así que, qué mierda? Cada átomo de lo que hicimos, lo hicimos en el cielo. El Creador es bondad, hermano. En su misteriosa misericordia me dio a Zelia. El don de nuestro amor. No puedo arrojárselo de vuelta al Creador a la cara, ¿verdad?

No.

Eso es lo que sus padres me piden que haga. Pero no pienso hacerlo. No le devolveré a Dios nuestro amor tirándoselo a la cara. Existirá para siempre, lo quieran o no sus padres. Nada de lo que puedan hacer se interpondrá entre nosotros.

De acuerdo.

Sí, insistió Cappy. El pelo le cubrió de nuevo la cara. Prendió fuego a la carta con el extremo incandescente del cigarrillo. Observó cómo se prendía, ardiendo y consumiéndose hasta quemarse la punta de los dedos. Soltó el papel y las cenizas revolotearon alrededor de sus pies.

Me voy a casa a buscar el dinero que me diste para el autocar, anunció Cappy. Y después llenaré el depósito del coche de Randall. Me pasaré a recogerte por tu casa.

¿Adónde vamos?

No puedo quedarme quieto, Joe. No puedo quedarme aquí. Y sé que no tendré paz hasta que la vea.

Dejamos a Zack y a Angus tomando refrescos en el coche del primo de Zack y nos fuimos a casa. La mía estaba vacía. Puse ropa limpia en una mochila y cogí todo el dinero que tenía; la suma ascendía a setenta y ocho dólares. Todavía me quedaba algo del dinero de Sonja y no me había gastado lo que Whitey me había pagado por aquella semana de trabajo; me había dado demasiado, tal vez para intentar silenciarme. Cogí una cazadora. Puesto que todavía estaba esperando a Cappy y que, a pesar de lo que había hecho, yo era el tipo de persona previsora que siempre preparaba algo de comer, reuní una docena de sándwiches de mantequilla de cacahuete con pepinillos, me comí uno y bebí un poco de leche. Seguía sin aparecer. Recordé que costaba mucho arrancar el coche de Randall. En marcha, pensé. Pearl me seguía por todas partes. Entré en el despacho de mi padre. Intenté abrir el cajón que él cerraba con llave desde hacía algún tiempo y éste se enganchó; pero mi padre no había girado la llave del todo y sacudí el cajón hasta conseguir abrirlo. En el

interior había una carpeta de cartón Manila. Contenía grasientas fotocopias. Había una copia del impreso de registro tribal con el nombre de Mayla Wolfskin. Aparecía inscrita como una joven de diecisiete años, madre de una hija llamada Tanya. Curtis W. Yeltow figuraba como su padre, tal y como había dicho Linda. Cerré el expediente y volví a dejarlo en el cajón. Logré cerrarlo con un clip, para que no se notara que el cajón había sido abierto; si eso habría importado algo, no lo sé. Me alegraba de no tener que hablar con Bjerke. Cogí una hoja de papel en blanco de una caja de cuero. Mi padre guardaba una taza con lápices afilados encima del escritorio. Cogí uno y escribí a mis padres una nota diciendo que me iba de acampada. Que no debían preocuparse, que estaría con Cappy y que sentía avisarlos con tan poco tiempo. Dije que estaría fuera unos tres o cuatro días. Que los llamaría. Me imaginé añadiendo: Preguntad a Bugger Pourier por su sueño. Pero no lo hice. Oí ruido fuera. Pearl comenzó a ladrar. Eran Angus y Zack. Querían saber por qué los habíamos dejado tirados y les conté lo de la carta y que Cappy había ido a buscar el coche de Randall.

Yo tengo algo, dijo Angus.

Me enseñó un documento. Era un carné de conducir que su primo había fingido perder para que le dieran otro. Le había vendido el permiso a Angus, aunque la fotografía no se le parecía en nada.

Pero no me digáis que no se da un aire a Cappy. Él podría comprar para nosotros.

Se le parece bastante, asentí. Más o menos en ese momento apareció Cappy en coche y todos nos montamos en el vehículo sin que apagara el motor. Me senté delante, y Zack y Angus lo hicieron atrás.

¿Adónde vamos?, preguntó Zack.

A Montana, respondió Cappy. Los dos en la parte trasera se echaron a reír, pero yo miré por la ventanilla a Pearl. No me quitaba los ojos de encima.

Sé que existe otro mundo más allá de la autopista 5, pero cuando uno conduce por ella —cuatro chicos en un coche y todo está tan tranquilo, tan desierto durante kilómetros y kilómetros, cuando las emisoras de radio se apagan y solo se oyen interferencias y el sonido de nuestras voces, y también el viento cuando uno saca el brazo para apoyarlo en la capota—, es como si todo estuviera en armonía. Deslizándose por el filo del universo. Teníamos medio depósito al salir y lo llenamos dos veces más antes de cruzar la frontera hacia Plentywood. Nos desviamos allí y avanzamos por el margen sur de Fort Peck hasta Wolf Point. Cappy me entregó el volante y nos detuvimos con el coche en punto muerto delante de una tienda de bebidas alcohólicas, mientras él compraba una botella de tres cuartos de litro, una caja y otra botella más. Zack había traído la guitarra. Cantó canciones de ahogar las

penas en la cerveza C & W, una tras otra, provocando carcajadas en todos nosotros a cada vez. Y seguimos avanzando, hablando de todo un poco, a veces de cosas divertidas y otras ridículas, como el plan que había ideado Cappy para sacar a Zelia de su casa, en la dirección que aparecía en el remite, en Helena, todavía muy lejos.

Zack y Angus se pusieron nerviosos en una gasolinera y llamaron a su casa. Fue entonces cuando Zack recibió un tirón de orejas. Volvió al coche avergonzado, me miró y dijo: ¡Uy! Nos comimos los sándwiches. Tomamos cecina de buey, salchichas picantes, bolsas de patatas fritas y latas de nueces compradas en las gasolineras. Bebimos agua en un área de descanso, donde el coche murió. Tuvimos que empujarlo por una pendiente cuesta abajo, ponerlo en punto muerto y saltar con el coche en movimiento. El motor arrancó y soltamos un grito de guerra, exultantes y eufóricos. Zack y Angus se quedaron dormidos en los asientos traseros, apoyados el uno en el otro, roncando alegremente. Cappy y yo comenzamos a hablar y seguimos conduciendo hacia el oeste por el interminable crepúsculo. El sol ardió sin fin, y permaneció inalterable y en equilibrio en el horizonte; después, lanzó destellos rojos desde debajo de aquella línea negra durante otra eternidad. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido. Avanzamos sin esfuerzo dentro de un sueño.

Conté a Cappy lo del expediente que había encontrado en el cajón del escritorio de mi padre. Le desvelé todo sobre el impreso del registro tribal. Le conté lo del gobernador de Dakota del Sur.

Así que de ahí viene el dinero, dijo Cappy.

Seguro. Ella era una de esas chicas listas del instituto a las que elegían para llevar cafés y clasificar papeles. Para sacarlas después en las noticias, sobre todo una joven india tan guapa con el brazo del gobernador tomándola por el hombro. LaRose me lo contó. Linda también lo sabía. Allí fue donde Yeltow la conoció. Y Lark guardó el secreto, pero estaba celoso. Pensaba que ella le pertenecía.

El gobernador le dio dinero para que mantuviese la boca cerrada. Tal vez para que empezara una nueva vida.

Ella escondió el dinero en la muñeca de cuando era niña para ponerlo a salvo.

A salvo de Lark.

Le conté a Cappy que había visto la tela del vestido de la muñeca en el coche cuando lo sacaron del lago, y que la muñeca debió de salir flotando por las ventanillas abiertas y ser arrastrada hasta la orilla de enfrente.

Después de esto, continuó Cappy, creo que todo saldrá a la luz. Todavía queda ese expediente con su nombre. Así que, ¿por qué no? Mayla era una lolita.

Seguro que él acaba en la cárcel, dije entonces.

Pero Yeltow nunca fue arrestado.

El silencio del viento a nuestro alrededor, el coche abriéndose camino en la noche, bordeando el río Milk, donde Mooshum había cazado antaño y que se

adentraba más y más en el oeste, allí donde Nanapush había visto búfalos por doquier hasta la línea del horizonte y, al año siguiente, ni uno solo. Y después de aquello, la familia de Mooshum se había dado la vuelta para aceptar unas tierras en la reserva. Había conocido a Nanapush allí mismo y juntos habían levantado la casa redonda, la mujer dormida, la mujer a la que no se podía matar, la vieja dama búfalo. Erigieron ese lugar para mantener a su pueblo unido y para pedir misericordia al Creador, ya que la justicia se aplicaba muy por encima en la Tierra.

Pasamos Hinsdale. Sleeping Buffalo también. Malta. Giramos hacia el sur más adelante, en Havre. Habíamos dibujado nuestra ruta en el mapa de la gasolinera.

Sigamos avanzando, dijo Cappy. Me siento bien. Podemos conducir toda la noche.

Adelante.

Nos echamos a reír, y Cappy aminoró la velocidad y dejó el motor en punto muerto; yo me bajé, pasé corriendo delante del capó, subí rápidamente y me puse a conducir. El aire estaba fresco y olía a salvia. Las luces se topaban con los ojos de los coyotes que se escabullían por las zanjas, entrando y saliendo de las alambradas. Cappy arrugó mi cazadora para formar un ovillo, apoyó la cabeza en ella contra la ventanilla y se durmió. Seguí conduciendo hasta que me entró sueño y volví a cambiarme con Cappy. Esta vez, Zack y Angus se subieron delante para mantener despierto a Cappy. Me recosté en la parte trasera. Había una vieja manta para montar a caballo que olía a polvo. Recliné la cabeza hacia atrás y me abroché el cinturón porque la hebilla se me clavaba en la cadera. Mientras cabeceaba escuchándolos a los tres conversar y reír, me invadió de nuevo esa misma sensación de paz que había experimentado en el coche con mis padres. Mis amigos me tendieron la botella y tomé un largo trago para ayudarme a dormir. Me quedé dormido enseguida. Dormí sin soñar, incluso cuando el coche se salió de la carretera, volcó, dio varias vueltas de campana, se abrieron las puertas y se detuvo en un campo sin arar.

Experimenté una sensación de movimiento intenso y feroz. Antes de que lograra aprehender su significado, todo se quedó inmóvil. Estuve a punto de quedarme dormido de nuevo, pensando que nos habíamos parado. Pero abrí los ojos solo para ver dónde estábamos, y el aire era negro. Llamé a Cappy, pero no hubo respuesta. Percibí en cambio un lejano sonido de sufrimiento, no un llanto, sino una respiración entrecortada y dificultosa. Me desabroché el cinturón y repté fuera del coche por la puerta abierta. Los lamentos provenían de Zack y Angus, enmarañados el uno con el otro; se movían por el suelo intentando ponerse en pie y volviendo a caer. Mi mente se despejó. Busqué en el coche: vacío. Un faro titilaba. Me aupé fuera y peiné un círculo más amplio alrededor del coche, pero era como si Cappy se hubiera esfumado. Se ha ido a buscar ayuda, pensé aliviado mientras avanzaba despacio. Solo alumbraban la luz de las estrellas y el único faro del coche; algunas zonas del suelo

estaban tan oscuras que parecían pozos hendiendo la tierra. Durante un momento de confusión, pensé que me encontraba en la entrada del pozo de una mina y tuve miedo de que Cappy hubiese caído en él. Pero solo era una sombra. La sombra más negra que he visto jamás. Me agaché a cuatro patas y gateé por esa sombra. Me abrí paso a tientas por la hierba invisible. El viento se levantó y alejó de mí los lamentos de mis amigos. Los sonidos que hice cuando encontré a Cappy también fueron engullidos por el estruendo del viento.

Permanecí sentado en la comisaría, pegado a la silla. Zack y Angus estaban en el hospital de Havre. Habían trasladado a Cappy a algún sitio con el fin de adecentarle para Doe y Randall. El fantasma me había traído hasta aquí. Lo había visto en el campo mientras yo sujetaba a Cappy: mi fantasma se había inclinado sobre mí, recortado por la luz de la linterna que llevaba en el hombro, con un halo plateado, y me había observado con un amargo desprecio. Me sacudió suavemente. Había movido los labios pero la única palabra que fui capaz de entender fue «Suéltale» y yo me negaba a hacerlo. Me dormí y desperté en la silla. Debí de comer y beber algo también. No recuerdo nada de ello. Salvo que miré una y otra vez la piedra redonda y negra que Cappy me había regalado, el huevo de Pájaro Trueno. Y tuvo lugar ese momento, cuando mi madre y mi padre entraron por la puerta disfrazados de ancianos. Pensé que los kilómetros de carretera los habían encorvado, les habían apagado las miradas, incluso encanecido el cabello y provocado un temblor en las manos y en la voz. Al mismo tiempo, descubrí mientras me levantaba de la silla, que yo había envejecido junto a ellos. Estaba destrozado y débil. Había perdido los zapatos en el accidente. Caminé entre mis padres, tambaleante. Mi madre me cogió la mano. Cuando llegamos al coche, abrió la puerta de atrás y se subió. Había una almohada y la misma colcha vieja. Me senté delante con mi padre. Arrancó el motor. Nos marchamos sin más y emprendimos el trayecto de vuelta a casa.

Durante todos aquellos kilómetros, durante todas aquellas horas, durante todo aquel aire que íbamos dejando atrás y aquel cielo que se precipitaba hacia nosotros, fundiéndonos en la línea del horizonte, y después en la siguiente, durante todo aquel tiempo no había nada que se pudiera decir. No recuerdo haber hablado y tampoco recuerdo que lo hicieran mis padres. Supe que ellos lo sabían todo. La condena consistía en sobrellevarlo. Nadie vertió una sola lágrima y no hubo ira de ninguna clase. Mi madre y mi padre condujeron por turnos, sujetando el volante con una concentración aséptica. No recuerdo que me mirasen siquiera, o yo a ellos, después

de la conmoción de ese primer momento, cuando todos comprendimos que éramos viejos. Recuerdo, no obstante, la imagen conocida del bar de carretera justo antes de cruzar la frontera con la reserva. En todos y cada uno de mis viajes de infancia, aquel lugar siempre suponía una parada donde poder comprar un helado, un café, un pastel y un periódico. Era lo que mi padre siempre llamaba la última etapa del viaje. Pero esta vez no nos detuvimos. Pasamos de largo con una tristeza arrolladora que perduraría en nuestra corta vida para siempre. Seguimos adelante.

Epílogo

Esta novela está ambientada en 1988, pero la maraña de leyes que dificulta interponer una acción judicial en casos de violación en muchas reservas perdura a día de hoy. *El laberinto de la injusticia*, un informe de Amnistía Internacional, incluía las siguientes estadísticas: una de cada tres mujeres indígenas será violada a lo largo de su vida (esa cifra podría ser superior, ya que las mujeres indígenas muy pocas veces denuncian una violación); el 86% de las violaciones y agresiones sexuales contra mujeres indígenas son cometidas por hombres no indígenas; muy pocos responden ante la ley. En 2010, el senador por Dakota del Norte Byron Dorgan promovió la Ley de Orden Público en las Comunidades Tribales. Al firmar la ley, el presidente Obama calificó la situación como «un ataque a nuestra conciencia nacional». Las organizaciones destacadas **en negrita** más abajo trabajan para restaurar la justicia soberana y garantizar la seguridad de las mujeres indígenas.

Quiero agradecer a todas las personas que me han asesorado mientras escribía este libro: Betty Laverdure, antigua juez tribal en la reserva de Turtle Mountain; Paul Day, Gitchi Makwa, antiguo juez tribal de Mille Lacs y director de **Anishinabe Legal Services**; Betty Day, sabia guardiana y doula; Peter Meyers, doctor en Psicología; Terri Yellowhammer, antigua asesora para la protección de la infancia en el estado de Minnesota, especialista en ayuda técnica y juez asociada para White Earth Ojibwe; N. Bruce Duthu, Universidad de Dartmouth, autor de *American Indians and the Law*; los participantes en las clases de Literatura y Derecho de los indios norteamericanos del profesor Duthu; el programa Montgomery de becas para la investigación de la Universidad de Dartmouth, y Richard Stammelman; Philomena Kebec, abogada de la Bad River Band of Lake Superior Chippewa Indians; Tore Mowatt Larssen, abogado; Lucy Rain Simpson, **Indian Law Resource Center**; Ralph David Erdrich, enfermero titulado, Servicio de Salud Indio, Sisseton, Dakota del Sur; Angela Erdrich, doctora en Medicina, Servicio de Salud Indio, Minneapolis; Sandeep Patel, doctor en Medicina, Servicio de Salud Indio, Belcourt, Dakota del Norte; Walter R. Echo-hawk, autor de *In the Courts of the Conqueror: The Ten Worst Indian Law Cases Ever Decided*; Suzanne Koeplinger, directora de **Minnesota Indian Women's Resource Center**, que me proporcionó el informe que coescribió con Alexandra «Sandi» Pierce, «Shattered Hearts: The Commercial and Sexual Exploitation of American Indian Woman and Girls in Minnesota»; Darrell Emmel, consultor en TNG; mi editor de mesa, Trent Duffy; Terry Karten, mi editora en HarperCollins; Brenda J. Child, historiadora y catedrática del departamento de Estudios sobre los indios de Norteamérica en la Universidad de Minnesota; Lisa Brunner, directora de **Sacred Spirits First Nation Coalition**; y Carly Brad Heart Bull, abogada. También quiero expresar mi gratitud a Memegwesi; *chi-miigwech* al profesor John Borrows, cuyo

reciente libro, *Drawing Out Law: A Spirit's Guide*, me ayudó muchísimo a entender el funcionamiento de la ley *wiindigoo*, así como me orientó la tesis de 2010 de Hadley Louise Friedland, *The Wetiko (Windigo) Legal Principles: Responding to Harmful People in Cree, Anishinabek and Saulteaux Societies*.

Mi primo Darrell Gourneau, fallecido en 2011, aportó su pluma de águila, sus canciones y sus historias de caza. Su madre, mi tía Dolores Gourneau, me regaló su colcha para la silla donde me siento a escribir.

Por último, mi agradecimiento a todas las personas que me ayudaron a salir adelante a lo largo de 2010-2011: ante todo a mi hija Persia, por sus esmeradas lecturas del manuscrito, sus sinceras y valiosas sugerencias y sus cariñosos cuidados hacia mí, sobre todo en las semanas de incertidumbre durante mi diagnóstico. Todo el mundo se unió maravillosamente para apoyarme durante mi tratamiento de cáncer de mama; gracias a los doctores Margit M. Bretzke, Patsa Sullivan, Stuart Bloom y Judith Walker por salvarme la vida con toda naturalidad. Mi hija Pallas intercedió por mí, me llevó en coche para que recibiera los tratamientos y me ofreció sus propios remedios: *Battlestar Galactica*, música y alimentos con misteriosos poderes curativos. Mantuvo a la familia unida. Aza disputó su propia y difícil batalla y la ganó para todos nosotros con su arte. También fue una asesora de mi novela y una atenta y exigente lectora. Nenea'ikiizhikok aportó risas y ánimo. Dan fue siempre el centro de gravedad para todos nosotros con su paciencia y buen corazón.

Los acontecimientos narrados en esta obra se inspiran libremente en tantos casos, diferentes que el resultado de todo ello es pura ficción. Esta novela no pretende retratar a ninguna persona viva o muerta y, como siempre, cualquier error en la lengua ojibwe es responsabilidad única y exclusiva mía y en absoluto debe repercutir en mis pacientes profesores.



LOUISE ERDRICH (Little Falls, Minnesota, 1954), novelista, poeta y escritora de libros para niños, descende de la tribu india ojibwe y es nieta de un ex dirigente de la reserva Turtle Mountain Band of Chippewa, en Dakota del Norte, de la que sigue siendo miembro activo y en cuyas proximidades creció. Vive en Minneapolis, Minnesota, donde es propietaria de la librería independiente Birchbark Books. Ha publicado también las novelas *Filtro de amor*, *La reina de la remolacha* y *Huellas*.

Su obra ha sido galardonada con numerosos premios literarios, entre ellos el prestigioso National Book Award 2012 al mejor libro de ficción por *La casa redonda*.

Notas

[1] *Oops* es una interjección que significa «uy». (*N. de la T.*). <<

[2] *Egg* significa «huevo» en inglés. (*N. de la T.*). <<

[3] *Redneck*: término despectivo para referirse a los campesinos blancos de los estados del sur. (N. de la T.). <<

[4] Partida de hombres reclutados por el *sheriff* para el cumplimiento de la ley. (*N. de la T.*). <<

[5] *Midewiwin*: Gran sociedad de la medicina de los grandes lagos. (N. de la T.). <<

[6] YEC: *Youth Encounter Christ*. (N. de la T.). <<

[7] En inglés, fiel se dice «fathful» y fatídico, «fateful», pero los chippewas pronuncian el sonido «th», «d» o «t». (*N. de la T.*) <<

[8] «*Da dett*»: Mooshum quiere decir en inglés «*the death*» (hasta la muerte). (*N. de la T.*). <<

[9] Típico baile *country* de parejas. (*N. de la T.*). <<

[10] Relato del cautiverio y las aventuras de John Tanner. (*N. de la T.*). <<